LA GUÍA DEFINITIVA PARA ENTENDER CADA UNA
DE LAS PRINCIPALES CORRIENTES DE PENSAMIENTO

IDEOLOGÍAS

LAS IDEAS POLÍTICAS QUE MUEVEN EL MUNDO

ANTONELLA MARTY

DEUSTO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Introducción
Parte I. Ideologías
1. Liberalismo
2. Conservadurismo
3. Nueva derecha
4. Socialismo
5. Comunismo
6. Anarquismo
7. Libertarismo y paleolibertarismo
8. Fascismo
9. Nacionalismo
10. Nacionalsocialismo
11. Socialdemocracia
12. Objetivismo
Parte II. Ideas y procedimientos que influyen en el debate político actual
13. Populismo
14. Democracia
15. Teocracia
16. Cultura de la cancelación
17. Feminismo
Conclusión

Bibliografía
Créditos

Sinopsis

Estamos asistiendo al retorno de las ideologías fuertes. Pero, aunque todas han experimentado transformaciones, evolucionando y adoptando diversos significados, no sólo las ideologías han cambiado, sino también la manera en que las interpretamos y les otorgamos distintos significados. En la actualidad, las ideas están completamente desordenadas, y es ése el punto de partida de esta obra.

Pero no siempre resulta fácil delimitar los contornos doctrinales de cada movimiento.

En *Ideologías*, la politóloga Antonella Marty elabora una oportuna síntesis de las corrientes políticas contemporáneas más importantes, una guía que ayudará al lector a orientarse en este convulso panorama intelectual.

Con un lenguaje claro y sin tecnicismos rebuscados, este libro ofrece una introducción accesible a todo ese amplio escaparate de posiciones políticas que ocupan el día a día de la opinión pública.

A través de estas páginas nos adentraremos en un análisis de los distintos sistemas de ideas que no sólo nos permitirá desarrollar un pensamiento crítico que nos invite a evaluar de manera informada las diferentes propuestas políticas, sino que también nos ayudará a comprender mejor las razones, los valores y las motivaciones de aquellos que sostienen puntos de vista distintos a los nuestros.

IDEOLOGÍAS

Las ideas políticas que mueven el mundo

Antonella Marty

EDICIONES DEUSTO

A mi familia, por enseñarme
de qué se trata el amor incondicional

Nuestras convicciones más arraigadas, más indubitables, son las más sospechosas. Ellas constituyen nuestros límites, nuestros confines, nuestra prisión. Poca es la vida si no piafa en ella un afán formidable de ampliar sus fronteras. Se vive en la proporción en que se ansía vivir más. Toda obstinación en mantenernos dentro de nuestro horizonte habitual significa debilidad, decadencia de las energías vitales.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

No escribo un libro para que sea el último. Escribo para que otros libros sean posibles, no necesariamente escritos por mí.

MICHEL FOUCAULT

Introducción

En el lenguaje cotidiano suelen manejarse términos como *derecha*, *izquierda*, *conservadurismo*, *socialismo* o *ideologías*. Muchas veces se refieren a formas de pensamiento organizado sobre las cuestiones públicas, otras veces a cuestiones que pertenecen al ámbito privado, pero que son introducidas con tirabuzón en la lucha política porque, como sabemos, los políticos tienen sus propios intereses y sus manías de distraer sobre cuál es su propósito. A lo largo de esta obra procuraré sintetizar cuáles son esas ideologías, conceptos, métodos y corrientes que tienen influencia en nuestras vidas, las compartamos o no, nos ocupemos de ellas o las ignoremos. Mi objetivo es proporcionar una visión que nunca podrá ser exhaustiva, pero que aporte su granito de arena a la reflexión sobre las distintas perspectivas políticas y socioeconómicas que configuran nuestras sociedades.

Al explorar las diversas corrientes ideológicas, nos brindamos la oportunidad de tomar conciencia del mundo en el que vivimos. Además, nos permitimos comprender de manera más profunda los debates contemporáneos y las posturas que tan apasionadamente defienden distintos grupos a nuestro alrededor. Con un mayor nivel de conocimiento, podemos crear las herramientas necesarias para evaluar las propuestas que se presentan en el ámbito público, al mismo tiempo que fomentamos el desarrollo del pensamiento crítico.

Vamos a ver cómo hasta la religión se convierte en ideología por el uso que la política hace de ella y cómo eso en la actualidad ha vuelto a aparecer en la escena pública. Los contextos políticos actuales, desde los escenarios más amplios, como las guerras, hasta los aspectos más cercanos, como las razones detrás de nuestro comportamiento individual, parecen estar influenciados por movimientos, ideologías y figuras políticas que buscan revivir esa relación tóxica entre el poder y

la religión. Pero no voy a tratar cuestiones de fe, sino del teocratismo como forma de legitimación que vuelve a tomar impulso a través de una novedosa forma de populismo de derecha.

Nuestra existencia, nuestras ideas, nuestra cultura y nuestro lenguaje están en constante evolución: avanzamos con el tiempo transformando cada aspecto que nos define en el presente, con la posibilidad de que éstos no nos definan de la misma manera en el futuro. Este proceso es análogo a la manera en que percibíamos la vida durante la adolescencia en comparación con nuestra visión actual, ya un poco más mayores. A medida que accedemos a información, experiencias, otras personas y diversos contextos culturales, despertamos aspectos de nosotros mismos que desconocíamos y sobre los que deberemos reflexionar. La política la vemos con los mismos ojos y anteojos, por decirlo de alguna manera. Mezclamos experiencias con explicaciones y emociones con la identificación ideológica que nos queda más cómoda. Pero los anteojos no son neutros, son de alguna manera fabricados por una lucha de intereses adheridos a las palabras que alimentan nuestro pensamiento. En cierta forma somos «criados» en nuestro pensamiento político por lo que ha pasado a nuestro alrededor. Conocer las ideologías nos permite hacernos todavía más dueños de nuestro pensamiento, justificarlo o descartarlo si es necesario. En ese sentido, si el lector duda, como yo dudo todo el tiempo, el objetivo estará cumplido.

Realizada esta aclaración, y si has llegado hasta este párrafo con disposición para explorar nuevas perspectivas, una de mis metas es que, al menos en algún pequeño rincón, este libro funcione como un catalizador para el debate interno del lector. No me decantaré de manera categórica por lo que representa cada ideología, lo que haré es llevar a cabo un examen minucioso de su historia y realizaré un análisis de cómo las percibo, entendiendo que son entidades cambiantes, evolutivas, adaptadas a las distintas épocas, geografías, contextos sociopolíticos del momento, para exponer la manera en que cada una de ellas impacta en nuestras vidas, ya sea para bien o para mal.

El análisis de las interacciones humanas en el ámbito de la vida política es esencial, ya que numerosos asuntos en esta esfera ejercen un impacto significativo en nuestra vida personal y social. Desde la guerra, el comercio, los impuestos, la inseguridad, el matrimonio, las libertades civiles, los derechos humanos y el aborto, hasta las prohibiciones, las regulaciones y las cuestiones de género, entre otros aspectos que configuran nuestro día a día, encontramos que están de alguna forma influenciados por elementos políticos. La presencia de gobiernos formados por individuos a quienes otorgamos la autoridad para tomar decisiones se refleja de manera innegable en nosotros, incluso cuando no somos plenamente conscientes de ello.

Estamos ineludiblemente condicionados por estructuras, formatos, normas y reglas configuradas por los fundamentos del pensamiento ideológico de aquellos que gobiernan, de quienes aspiran a gobernar y, sobre todo, de aquellos que ya nos han gobernado. ¿Qué implica esta afirmación? Sencillamente, que tus experiencias, tu cotidianidad, tu existencia y tus elecciones experimentan notables variaciones según el lugar en el que hayas nacido o donde residas. No es lo mismo forjar tu trayectoria en un país que respeta los derechos humanos, las libertades civiles y la democracia, que en un lugar donde estos principios no son considerados ni respetados.

Pero la política va más allá de la simple comprensión de los gobiernos, sus ideas y sus estructuras; también abarca el tipo de sociedad en la que aspiramos a vivir, cómo nos relacionamos en el entorno social y cómo nos percibimos como individuos, tanto en el contexto de la sociedad como en nuestra percepción personal.

Este proceso comienza generalmente en el seno del entorno familiar, que actúa como la «primera pasantía» de nuestra vida. Luego se extiende a nuestras amistades, instituciones educativas, relaciones de pareja, medios de comunicación, redes sociales y aspectos religiosos, entre otros. Por un lado, damos los pasos más adultos cuando nos encontramos interpretando noticias y acontecimientos, pero también cuando nos interpretamos a nosotros mismos: lo que sentimos, quiénes somos, quiénes queremos ser, cuáles son los impedimentos para que

logremos convertirnos en lo que deseamos (si es que algún un día somos capaces de romper los anteojos de nuestro entorno y logramos descubrirlo), quiénes nos ayudan a desarrollar nuestra personalidad de una manera libre y sin ataduras, qué cosas nos gustan y quiénes o qué situaciones nos condicionan.

A menudo, aquellos que se sumergen en la política con la intención de generar cambios (independientemente de sus perspectivas) lo hacen motivados por su percepción de las «injusticias» y lo que éstas representan en función de sus propios valores. Los ideales políticos surgen como respuestas a esas injusticias, sirven como impulso para la acción política y la participación con la intención de hacer el bien. No obstante, algunos también se involucran con la intención de causar daño, a menudo convencidos de que están actuando para el «bien». Esas personas interfieren en la vida de los demás y obstaculizan su desarrollo personal al adoptar enfoques políticos que incorporan tonos violentos, discursos de odio, ofensas, maltratos o *bullying* en nombre de los dogmas que han internalizado.

Todos los aspectos abordados hasta ahora en estas páginas están directamente vinculados con la manera en que aceptamos o desafiamos los dictámenes sociales, familiares, culturales o religiosos. El primer paso consiste en identificar los factores o experiencias personales que nos condicionan, aunque éste sea un viaje personal que cada individuo decidirá emprender o no. Lo óptimo sería evitar la construcción de mandatos, ya sean impuestos por otros o autoimpuestos para complacer a terceros, y posiblemente lograr establecer un marco de vida regido por ideas, valores y principios obtenidos mediante la razón y el pensamiento crítico, pero también a través del amor hacia uno mismo y hacia los demás, especialmente mediante la empatía y el respeto. Eso nos define como personas de nuestro tiempo. ¿Qué provecho habría en obrar de otra forma? Ayn Rand diría que el grupo no necesita el sacrificio del individuo, el grupo debería actuar como una forma de colaboración en la que no hay sacrificio, sino intercambio. Pero algunas de las ideologías que veremos son contrarias a esa idea y consideran el sacrificio como el

bien supremo; dicho en términos económicos: el coste por superar la prueba del valor.

La forma en la que hacemos que los demás se sientan acerca de sí mismos habla mucho de nosotros como seres humanos. Toda política y todo pensamiento social debería estar presidido por la empatía: ya sostenía Hannah Arendt, una de las pensadoras más influyentes del siglo xx, que «la muerte de la empatía humana es uno de los primeros signos de que una cultura está a punto de caer en la barbarie». Se ha dicho que la guerra es la continuación de la política con una mezcla de otros medios, pero la guerra deja de ser política para convertirse, justamente, en mera confrontación. La política en la que es útil hablar de ideologías es aquella en la que se supone que todos pensamos distinto, pero queremos el bien de la sociedad, que es el bien de los demás. No es el caso de algunas de las ideologías y procedimientos que vamos a ver, basadas en el conflicto y la enemistad.

Es importante otra aclaración previa aquí y es que necesariamente el análisis que vamos a emprender parte de algún lugar, como todo. En este caso será el del ideal de la igualdad ante la ley, donde pensamos en el bien de todos (que es muy distinto al bien en sí, del que muchos de los militantes se creen poseedores). La empatía es más que el valor, el presupuesto de base de la discusión ideológica, si es que queremos que tenga sentido. Ni el nacionalsocialismo ni la noción de lucha de clases caben ahí, porque tienen que ser vistos como ideologías antipolítica, al menos como la entendemos nosotros.

La sociedad requiere compartir valores de respeto para que exista una libertad que no sea meramente declamatoria. Esto es así porque no nos gobierna sólo la ley escrita, también lo hace la «ideología» que la interpreta y distintas formas de violencia organizada. De manera que el lector tiene que esperar que me interese por la política más allá del Estado cuando describa las ideologías. Eso es lo que le da realidad a mi perspectiva ideológica y no la dejará como letra muerta para tranquilizar mi conciencia de manera liviana. Porque, como veremos, de esta segunda dimensión depende que hoy las mujeres puedan votar; que las personas negras puedan vivir su vida en paz sin ser linchadas o esclavizadas; que

los homosexuales no sean quemados en la hoguera, y puedan casarse y vivir sin estigmatizaciones; que los niños no tengan que trabajar o padecer palizas en las escuelas por parte de sus maestros como solía hacerse; que las personas puedan expresarse con libertad y respeto, haciéndose responsables de sus actos y opiniones; que puedan vivir sin ser súbditos de un monarca, de un tirano o de un populista; que puedan elegir quién los gobierna y quién no; o que puedan vivir en democracia, una forma de gobierno que tristemente peligra en el mundo hostil de la actualidad y sus ideologías, en muchos casos a pesar de lo que se verbaliza. Desde esa piedra fundamental, el lector encontrará el porqué de los juicios que voy a elaborar en este recorrido.

Todo esto es política, está intrínsecamente ligado a las ideas que dan forma al mundo, que nos configuran a menudo sin que seamos realmente conscientes de ello, que influyen en nuestro entorno, en las personas que interactúan con nosotros y en nuestra sociedad. Es por eso que importa comprender estas ideas y abrazar aquellas que contribuyen a que la moral evolucione hacia niveles más elevados de respeto y empatía, promoviendo la aceptación del cambio y de lo nuevo, desafiándonos a reconocer lo poco que sabemos y lo mucho que ignoramos, tanto acerca de las ideas como de las personas.

Cada vez que aspiramos a modificar algo, ya sea contribuyendo al cuidado del medio ambiente, apoyando a inmigrantes o mujeres que padecen violencia de género, colaborando con asociaciones que dan ayuda a los más necesitados o incluso participando en cuestiones locales, como abogar por la pavimentación de calles o la creación de carriles para bicicletas, estamos haciendo política. Lo hacemos cuando pensamos en una institución como la familia, que ejerce responsabilidades de poder inmensas, apoyadas por el aparato legal. Hacemos política cuando definimos a los grupos y les damos lugares y jerarquías. La hacemos también cuando discutimos las ideas, cuando hablamos de nuestras ideologías y las de los demás. En esos momentos, ponemos en práctica nuestras ideas y principios. Todos, de alguna manera, somos pensadores políticos y hacemos uso de ideas o conceptos políticos para expresar nuestras opiniones y describir nuestros puntos de vista.

Hemos avanzado, nos hemos transformado y hemos progresado gracias a aquellos que desafiaron la situación establecida, a quienes se esforzaron por construir nuevas ideas basadas en otras y a aquellos que se comprometieron a mejorar el mundo. Incluso sabiendo que era probable que no fueran testigos directos de los resultados de su activismo, confiaron en que las generaciones futuras podrían disfrutar de esos beneficios.

Cuando reflexionamos sobre los desafíos, es sorprendente considerar los enormes obstáculos que enfrentaron nuestros ancestros. Las diferentes épocas filosóficas nos revelan la colosal tarea que supone desarrollar ideas, que ha sido fundamental para dar forma al curso del pensamiento humano.

A lo largo de la historia, hemos transitado un fascinante viaje desde la antigüedad hasta la posmodernidad, atravesando diversas eras y transformaciones. La antigüedad nos legó civilizaciones destacadas como la griega y la romana, con sus avances en filosofía, arte y política. La Edad Media se caracterizó por el predominio de la Iglesia, la formación de los feudos y la búsqueda de conocimiento en los monasterios. Los avances alcanzados en la época anterior fueron archivados, destruidos o puestos en pausa durante los largos siglos de persecución moral que implicó el medievo. Y detrás de todo eso ha habido ideas e ideologías.

El Renacimiento marcó un renacer cultural, artístico y científico que cuestionó las ideas establecidas. La interesante noción de «humanismo» también es producto de la Edad Moderna, que le puso fin a la Edad Media y su modelo feudal. El término *humanismo* ha sido interpretado de diversas formas, pero dos de las más notables están vinculadas a la cultura del Renacimiento europeo. En este contexto, aquellos pensadores renacentistas que se centraban en el estudio de la Grecia y la Roma clásicas, especialmente Grecia, eran identificados como «humanistas». Todos compartían la concepción expresada por el poeta griego Sófocles resumida en la idea de que «muchas maravillas hay en el mundo, pero ninguna más sorprendente que el ser humano».

La Ilustración, uno de los productos más importantes de la Edad Moderna, fue un movimiento intelectual que floreció en Europa durante el siglo XVIII y estableció un período de transformación en el pensamiento, la política, la filosofía y la sociedad que promovió la razón, la educación, la ciencia y la emancipación individual, inspirado en las ideas del empirismo y el racionalismo para liberar a la humanidad de la opresión, el fanatismo religioso y la ignorancia. Con esto retorna la consolidación de las reflexiones y los planteamientos racionales de la filosofía clásica, inspirada incluso en ideas que la preceden.

Respecto a la Ilustración, corresponde subrayar que existieron múltiples «ilustraciones» y no sólo una. En otras palabras, no es algo producido por un grupo específico de «personas inteligentes», sino un conjunto de actividades, un cambio de mentalidad de una época, de observación, de comprensión, que nació, entre otras cosas, del hastío de la gente de matarse entre ella por unos dioses que le daban a algunos el «derecho» a obligar a otros a someterse a la autoridad divina. Junto a esto, la Revolución Industrial transformó la sociedad y la economía.

Más tarde, el siglo XX trajo consigo guerras mundiales, avances tecnológicos y movimientos sociales, llevándonos a una era posmoderna caracterizada por la pluralidad de perspectivas, la reflexión sobre las narrativas históricas y la interconexión global. Este recorrido refleja la complejidad y la riqueza de la evolución humana a lo largo de los siglos, en una historia que recién comienza.

Pero la cuestión de poner en conversación las ideas sobre el gobierno limitado, el auge de los derechos civiles y cómo éstos preceden al gobierno, es sin duda uno de los más destacados logros políticos y filosóficos de la mencionada Ilustración, que influyó tanto en la Revolución estadounidense como en la Revolución francesa al cuestionar estructuras tradicionales de poder, contemplado en documentos como la Declaración de Independencia de Estados Unidos, y dejó un legado duradero en la concepción moderna del gobierno, la política y las ideas. Es importante hacer un paréntesis para señalar que el espíritu liberal del siglo XIX se alimentó de las dos corrientes principales, la norteamericana y la francesa, las cuales tomaron senderos divergentes.

Pero, por supuesto, ilustración no es sinónimo automático de acierto. No podría serlo, porque en ella caben ideas antitéticas. Su valor está en mirar al mundo con los ojos abiertos, cuestionando las premisas y confrontándolas con otras. La Ilustración es casi una forma de honestidad intelectual, que no lleva necesariamente a las respuestas correctas, pero que tiene esa intención en lugar de responder a un programa de verdades preestablecidas. Desde ahí parten nuestras distintas formas de pensar la política también. Les llamaremos ideologías si es necesario. También hay un término sobre el que se hablará en las próximas páginas y que es el más novedoso fantasma de las nuevas derechas: lo *woke* (que significa «despierto»). Y no es casual que se vea como una amenaza. Parte de las ideologías que vamos a analizar son un desafío directo a la Ilustración en sí misma. En esa derecha, de la que hablaremos más adelante, el valor fundamental no es ver, sino creer.

> Pensadores de la talla de John Locke o Montesquieu contribuyeron con sus ideas a la construcción de fundamentos ideológicos y filosóficos para la democracia moderna y el llamado *rule of law* (el imperio de la ley en español), un principio jurídico que establece que todas las personas, incluidos los gobiernos, deben estar sujetos a la ley y obedecerla: nadie está por encima de la ley, incluidas las religiones. Continuando con aquella entonces novedosa idea de poner límites al poder, Montesquieu abogó por controlar el poder soberano dividiéndolo en distintas funciones. En su obra *El espíritu de las leyes*, de 1748, argumentó que cualquier persona con autoridad tarde o temprano se verá tentada de abusar de ella, y propuso así la existencia de tres tipos de poderes estatales, destacando que la libertad quedaría absolutamente comprometida cuando los poderes legislativo y ejecutivo se concentrasen en una sola persona.

Pero además de este aspecto, y después de un extenso recorrido como sociedad, una de las transformaciones más cruciales que hizo el ser humano fue la transición del pensamiento mítico al lógico. Este cambio se alcanzó al adoptar un enfoque más reflexivo y abandonar progresivamente la dependencia de mitos y narrativas tradicionales transmitidas de manera oral. Estos relatos, que solían explicar fenómenos naturales, eventos históricos y aspectos culturales, estaban

imbuidos de elementos sobrenaturales y cumplían la función de transmitir lecciones morales y normas sociales. Ahora nos gobierna la reflexión, la filosofía, la refutación sobre todo. No es un sistema de certezas, sino de dudas, y nos va mucho mejor que con las certezas. El tránsito del «mito» hacia el «logos» marcó un hito en nuestra capacidad para formular preguntas y razonar de manera más lógica.

Con ese cambio, algunas mentes desafiaron las fábulas, las explicaciones fantásticas, los seres divinos, así como el lenguaje metafórico y simbólico. Esas mentes nos instaron a abandonar la algunas veces llamada «fase infantil de la humanidad» y despertar para observar las cosas de manera más directa, sin la influencia de los lentes que involucraban a intérpretes y mediadores.

La búsqueda del conocimiento marcó un hito y cobró impulso en la antigua Grecia, particularmente en los centros cosmopolitas y comerciales de la costa jónica de Asia Menor (actual Turquía) alrededor del siglo VI a. C. Filósofos como Tales, Anaximandro y Anaxímenes, en la isla de Mileto, se propusieron comprender el mundo, la materia y los seres vivos prescindiendo de explicaciones sobrenaturales, optando por fundamentos reales. Un siglo después, Hipócrates postuló que las enfermedades tenían causas físicas, desvinculándolas así de los castigos divinos. Con su herencia de saberes de egipcios y babilonios, los griegos marcaron un hito al formular teorías.

El auge intelectual en la antigua Jonia podría atribuirse a varios factores. Primero, la región estaba conformada por pequeñas ciudades-estado independientes, lo que permitía una libertad de pensamiento producto de no tener gobernantes divinizados con grandes poderes. Segundo, los jonios, que eran marinos y comerciantes, fueron propiciadores del intercambio de ideas mediante el comercio entre Oriente y Occidente. A diferencia de otras regiones, Jonia no era exportadora de una religión centralizada ni de una casta religiosa dominante, lo que fomentaba la diversidad de pensamiento sin enfrentar castigos por apartarse de modelos ortodoxos.

El filósofo presocrático y poeta griego Jenófanes de Colofón cuestionó las representaciones antropomórficas de los dioses en la

mitología de su época a lo largo de los siglos VI y V a. C. En lugar de aceptar estas representaciones con características humanas, propuso concebir a los dioses de una manera más abstracta, criticando la antropomorfización como una proyección de las limitaciones humanas sobre la divinidad. Este enfoque desafiante ejemplificó la audacia del pensamiento griego al cuestionar creencias religiosas convencionales.

Sócrates, por ejemplo, cuestionó el poder y las normas sociales, lo que supuso un giro absoluto en la forma del pensamiento al alejar la atención de la ontología y la contemplación de la naturaleza para centrarse en los asuntos humanos, especialmente en la ética. Su propuesta era la autoconciencia, conocerse a uno mismo como forma para lograr la verdadera felicidad y saber qué es la virtud o la sabiduría. Además de ser un «preguntador serial», su punto de partida fue que admitiéramos la falta de conocimiento y que usáramos el diálogo como mecanismo de indagación. La búsqueda de la verdad de Sócrates se caracterizó por comenzar a indagar desde una posición de ignorancia, cuestionar lo que se asumía y abrirnos así a un mundo nuevo del que hay que seguir haciéndose preguntas.

Y así vemos que siempre nos encontramos creando conceptos, categorizando e interpretando. De esta manera, cuando nos familiarizamos con diferentes ideologías y conceptos de ideas políticas y las exploramos, nos permitimos ampliar nuestra perspectiva y comprender más a fondo las motivaciones y los valores de aquellos con puntos de vista políticos diferentes a los nuestros.

Nuestras visiones, si no son centralizadas, si no son asociadas al Estado y a la supervivencia de cosas como la «nación», pueden cambiar de modos muy fundamentales, desafiando al sentido común. Al conocer otras perspectivas que, en apariencia, son sólo opiniones opuestas, podemos comprenderlas y entenderlas. Este proceso consiste en aprender a debatir, aprender a escuchar y estar abiertos al cambio, fomentando así el diálogo constructivo en el ámbito político; no se trata de dar «batallas culturales» o «batallas morales» para defender un «pasado mejor» o construir un «hombre nuevo».

Nos llevó un largo camino milenario poder derribar teorías perjudiciales para la dignidad humana, y me atrevo a decir que todavía no lo hemos logrado del todo.

Por ejemplo, durante los años más decisivos del movimiento abolicionista, que luchaba por el fin de la esclavitud —movimiento que surgió a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX—, existían aquellos que proponían una especie de «batalla cultural» (sin usar este término, claro) para enfrentarlo, porque el abolicionismo era algo así como lo que hoy llamarían *woke*. Lo mismo sucedió con las sufragistas que, desde el feminismo, reclamaban el derecho al voto de las mujeres y desde la vereda de enfrente las catalogaban de «locas», «histéricas» y «brujas».

En la actualidad, existen numerosos problemas y prejuicios que causan daño a otras personas, y en muchos casos ni siquiera somos plenamente conscientes de ello. Por tanto, la responsabilidad recae en cada uno de nosotros, en trabajar para identificar, exponer y corregir estas problemáticas. Todos sabemos que es poco probable querer ser recordado en la misma categoría que aquellos que se opusieron a la abolición de la esclavitud, al sufragio femenino, a la despenalización de la homosexualidad, al fin de los castigos físicos a los niños en las escuelas, entre otros hitos importantes de progreso social que condujeron a sociedades más amigables y civilizadas.

En sociedades libres de tiranos celestiales y terrenales, los individuos tienen la libertad de elegir su propio destino. En contraste, aquellas lideradas por quienes afirman hablar en nombre de un dios y representarlo mediante intervenciones divinas han experimentado un destino notablemente distinto: desde la esclavitud y hambrunas hasta la persecución, condena a muerte de mujeres señaladas como «brujas», guerras religiosas, inquisiciones y juicios divinos. El liberalismo vendrá a revolucionar la idea de gobierno como servicio, no como comando de la sociedad. El gobierno tiene misiones que cumplir, no liderar al país.

Consideremos la común expresión «poner las manos en el fuego», que en el pasado no era sólo una metáfora. Durante los juicios de la Inquisición, se creía que si una persona era inocente, podía poner las manos en el fuego sin sufrir quemaduras. La «lógica» detrás de esto era la

creencia en la intervención divina de Dios, quien supuestamente protegería al inocente del daño causado por el fuego. Aunque en la actualidad usamos la expresión de manera figurada para denotar confianza absoluta o seguridad en algo o alguien, es importante recordar su origen en prácticas reales durante la Inquisición española, aquel proceso institucionalizado por la Iglesia católica (que nació en el sur de Francia en el año 1184 para aniquilar a los albigenses) con la finalidad de eliminar mediante condenas a muerte y torturas a ciertos grupos de personas que eran calificados como «herejes» (asesinos de almas). Como hizo Nerón con los cristianos en otro momento, los cristianos más tarde iniciaron sus propias cruzadas contra quienes cuestionaran los dogmas y la fe de la Iglesia.

Es que no sólo la fe puede convertirse en mera ideología, sino que las ideologías son las razones por las que la gente pone las manos en el fuego simbólicamente, a la vez que consideramos vivir en plena racionalidad y que sólo discutimos ideas.

Comprender estos aspectos en el contexto actual de polarización ideológica como polarización de irracionalidades, y no de meros pensamientos, y explorar las interpretaciones de las teorías políticas se convierte en un ejercicio esencial para fortalecer nuestro conocimiento, pero también el pensamiento crítico. Después de todo, son nuestras ideas las que configuran y determinan nuestras acciones. Entender las ideas que nos rodean es un mecanismo para también interpretarnos a nosotros mismos.

Ejemplos como la evolución del concepto de libertad o las variaciones en la interpretación del liberalismo, que difiere significativamente de su connotación original, ilustrarán cómo estas nociones pueden transformarse entre distintos países, tiempos y personas incluso dentro de los mismos movimientos ideológicos. Lo mismo ocurre con ideologías como el socialismo, cuyo significado puede variar entre Estados Unidos, Europa y países de América Latina. Por otro lado, la irrupción de los populismos de derecha ha complicado bastante la comunicación política. En su intento de polarizar, en Estados Unidos se habla de Joe Biden, un presidente claramente centrista, como si fuera

igual a Hugo Chávez y estuviera llevando a cabo una revolución comunista. Esa enormidad no se compadece para nada con la realidad y las confrontaciones ideológicas están tan distorsionadas que, al mismo tiempo que escribo estos párrafos, Alexandria Ocasio-Cortez, miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos por el estado de Nueva York, destacaba el impacto positivo que había tenido la inmigración en la política del país. El socialismo le enseña paradójicamente lo que son los recursos y cómo generan beneficios a sus enemigos, que se supone representan al capitalismo.

Respaldar un concepto por su nombre en diferentes contextos y situaciones no siempre implica respaldar la misma idea. La interpretación y el significado de un término pueden variar significativamente según las circunstancias que influyen en él y le den sentido. Por eso traigo una reflexión que sugiere que entre lo que pensamos, lo que queremos decir, lo que creemos decir, lo que decimos, lo que quieren oír, lo que oyen, lo que creen entender, lo que quieren entender y lo que entienden existen nueve posibilidades de no entenderse. Esto resalta la complejidad de la comunicación y la importancia de clarificar nuestros términos para lograr una comprensión mutua.

El uso del lenguaje se vuelve fundamental tanto en la organización de nuestro pensamiento como en la comunicación con los demás. Cuando el lenguaje que empleamos es ambiguo o malinterpretado, expresar nuestras opiniones con precisión y entender nuestros propios pensamientos se vuelve una tarea más compleja. Las palabras no sólo reflejan la realidad, sino que también contribuyen a dar forma a lo que vemos y percibimos, y estructuran nuestras actitudes.

En el ámbito político, el lenguaje se manipula a menudo, especialmente por políticos que priorizan la propaganda sobre la precisión, convirtiéndolo en una herramienta política diseñada para transmitir intenciones políticas. Esto es de suma importancia cuando entendemos el poder que tenemos como individuos, tanto para edificar como para derrumbar muros y paradigmas, y formar nuestras propias opiniones participando de manera activa en el debate político.

La política abarca la definición de las reglas y normas de la sociedad, la estructuración de la misma y la determinación de quién ostenta la autoridad. Este ámbito se encuentra presente en todas partes: desde las decisiones gubernamentales y la reducción de la delincuencia en un país hasta la planificación de una salida con amigos. En esencia, implica llegar a un consenso sobre un objetivo común para que las cosas funcionen de manera positiva. Este resultado se logra no sólo cuando se escuchan y consideran las opiniones de todos, sino también cuando el objetivo promueve la libertad, protege la pluralidad y la diversidad, y delimita el poder del poder.

Algunas ideologías políticas interpretan estos cuatro factores de manera particular y abogan por un papel más destacado del Estado o una mayor intervención, mientras que otras, con comprensiones diferentes, proponen una menor intervención, todo basado en diversas necesidades, principios o propuestas.

Pero es el intelecto, en diálogo permanente con la experiencia, el que nos lleva a renunciar a obtener beneficios a costa del otro. Esto es, no robarle, no engañarlo, no atropellarlo. La razón es el beneficio del intercambio de valor por valor. El atraco y la violencia son superados por el comercio. La violencia se convierte en algo muy caro en términos de coste de oportunidad. Este incentivo explica nuestra civilización mejor que las lecciones éticas.

Afrontamos dilemas de manera permanente: elegimos alzar la voz sobre un tema que nos importa o simplemente no pasamos a la acción. Marcamos una diferencia o no lo hacemos. La política está en todas partes y todas las acciones son políticas: desde militar en un partido político, utilizar *hashtags* en las redes sociales, boicotear empresas, votar, hacer protestas, unirse a grupos de presión, recolectar firmas, hacer peticiones, etcétera. Hacemos política todo el tiempo y lo hacemos de acuerdo con un grupo de ideas a las que nos aferramos para darle sentido a las cosas y utilizamos para tejer la red que sostiene nuestras acciones. Exigimos, reclamamos, protestamos, nos enfrentamos al poder: como dijo en un momento el abolicionista Frederick Douglass, el poder no concede nada si no se le exige, pues nunca lo hizo y nunca lo

hará porque sí. Esto es lo que exige una sociedad libre: participación, debate, activismo, esfuerzo y una fuerte oposición y resistencia a los autoritarismos de todo tipo. Si lo que hago aquí tiene sentido, el lector encontrará un motivo para actuar y exigir del poder el respeto que se merece. La oveja del poder lo es primero porque se lo cree. El esclavo hoy lo es cuando compra la ideología del amo.

La cuestión también radica en qué entendemos por debate (si es una conversación civilizada o un monólogo con discurso de odio) y por activismo (si es proponer formas de convivencia pacífica o hacer *bullying*). Otra vez, volvemos siempre al mismo eje: ¿qué queremos decir cuando decimos las cosas que decimos y utilizamos las palabras que utilizamos?, ¿qué entienden las demás personas por las ideas categorizadas que les hacemos llegar? Éstas son algunas de las preguntas que nos haremos todo el tiempo de aquí en adelante.

Nunca debemos dejar de reflexionar. Este ejercicio que los seres humanos realizamos desde hace milenios nos define y resignifica. La pregunta sobre quién debe gobernar, de qué manera y bajo qué propuestas ideológicas es fundamental. La forma de gobierno y las ideas aplicadas marcan la diferencia en cuanto a las libertades y los derechos individuales. Además, influyen en el nivel de desarrollo personal, ya que nuestras ideologías, convicciones, ideas, dogmas o religiones pueden tanto limitar como expandir nuestras oportunidades, perspectivas y desarrollo personal.

Todas las ideologías han experimentado transformaciones, han evolucionado y adoptado otros significados. Sin embargo, no sólo las ideologías han cambiado, sino también nuestra manera de percibirlas, de darles distintos significados e interpretaciones a cada una de ellas. En la actualidad, las ideas están completamente desordenadas, y éste es el punto de partida. Me adentraré en esas confusiones a medida que repasemos estas ideologías.

En resumidas cuentas, las ideologías son un «lío», un completo desorden, y por eso me asaltó la necesidad de escribir este libro, que trata precisamente sobre ese desorden de ideas dispersas que se difunden. Un caso es lo que vemos en el lenguaje del liberalismo que, por

ejemplo, está siendo secuestrado para otro proyecto, que es el movimiento «paleolibertario», del que hablaremos más adelante, hasta el punto de que es posible decir que la palabra ha sufrido una transformación probablemente insalvable.

Y este libro trata precisamente sobre ese caos de ideas sueltas que se lanzan al aire, que la gente compra y que, en su mayoría, son incoherentes. Ésta es una obra alarmista sobre la deriva de las ideas, escrita con el propósito de demostrar que nos encontramos inmersos en un gran desorden, aunque no es mi pretensión poner orden sobre «qué cosa significa cada cosa» y con eso volver a reordenar el panorama para recuperar la comunicación. Nos hemos encontrado con una biblioteca con todos los libros en lugares cambiados. El trabajo que nos queda por delante es poner cada idea en el lugar que le corresponde. Pretendo que la persona que tenga este libro en sus manos sepa que estamos enfrentando una importante crisis de las ideas y que queda poco de la era de la discusión racional de la política.

Parte I
Ideologías

En la actualidad, las ideologías están entremezcladas de manera confusa, y algunas son difíciles de comprender de la manera en que las entendíamos. El liberalismo está mezclado con nacionalismo o incluso con teocracia a través del movimiento de las nuevas derechas y el trumpismo, lo cual resulta en un desatino conceptual absoluto. Este caos es peligroso, ya que ninguna palabra de las que hemos empleado en las últimas cuatro o cinco décadas permanece indemne. Ninguna de esas palabras significa ahora lo que originalmente pretendía y hasta la democracia ha sido objeto de tergiversaciones en esta última década, en gran parte producto del populismo de derechas, el cual ha traído consigo una confusión de palabras y, de hecho, muestra un interés específico en utilizarlas y vaciarlas de sentido. Lo único positivo de este «caos» es que nos permite ver que había mucha gente que parecía pensar de una manera y en realidad pensaba de otra, lo que ha desvelado ciertas contradicciones que tendrán que ser resueltas en el plano de la honestidad intelectual. Se trata, pues, de acomodar las ideas, pero dejando claro que en el mundo actual están más confundidas y desordenadas que nunca.

Hoy observamos cómo antiguos términos han adquirido nuevos significados. No obstante, las ideologías siguen desempeñando un papel político crucial al estructurar el mundo social, ejercer el poder y establecer el marco para la toma de decisiones, como ya se ha mencionado. Al final, existen dos enfoques para influir en el comportamiento de los demás: recurrir a la violencia y la amenaza, o utilizar palabras amables y demostrar empatía. La segunda opción ha demostrado ser más efectiva porque lleva a la colaboración y al

intercambio, que es mucho más productivo, y esto es importante porque tristemente debemos reconocer que la humanidad no sólo tiene la capacidad de generar progreso, sino también de revertirlo.

Podemos empezar caracterizando la ideología como una forma de pensamiento estructurada para facilitar el acceso al poder, interpretarlo, justificarlo o indicar hasta dónde debe llegar. La ideología, vinculada al estudio de las ideas en su origen, adopta en política el significado de conjunto de ideas de un grupo político. En este contexto, una ideología abarca el diagnóstico crítico del pasado y del presente de una sociedad, un programa para un futuro mejor y el método de acción para alcanzarlo, incluyendo estrategias y tácticas.

Cada facción está conducida por una ideología que la envuelve y la diferencia de otras. La diversidad en la percepción de la realidad es la razón por la cual existen partidos políticos y movimientos sociales, ya que, de compartir una visión homogénea, no habría necesidad de estas manifestaciones. Hasta ahí estamos todos de acuerdo.

Una ideología se convierte en un conjunto de creencias, ideas y principios que reclaman un patrón constante y que son sostenidas por grupos y personas que compiten para brindar y ejecutar planes de política pública. Las ideologías se nutren de ideas que pueden pertenecer al área de la filosofía, sin tener un compromiso político en sí mismo, pero que son tomadas en todo o en parte para acceder al poder, sin que eso hable de su acierto o error. En el lenguaje común, ideas que *a priori* podríamos considerar buenas o malas, alimentan las ideologías, sin que esas ideas lo sean por sí mismas. Por ejemplo, ocurre con el feminismo o el machismo, el abolicionismo o la justificación de la esclavitud, el ecologismo o su negación, y la perspectiva de género o la disciplina religiosa, que son objeto de debate y alrededor de ellos se construyen ideologías. Sin embargo, cada una de ellas tiene su propio mérito o falta de mérito sin que haga falta que lleguen a la lucha política para poder hacer ese juicio. Sobre todo aquellas que definen cuestiones de la vida privada.

Lo que más nos interesa aquí es hurgar en formas de fundamentar las identidades y los programas políticos que están en debate en nuestras

democracias y ver si sufren algún tipo de tergiversación. El punto es que los políticos, partidos y gobiernos se mueven a través de ideologías planteando cuál es, para ellos, la razón por la que los necesitamos en el poder.

Comúnmente las ideologías se representan en un espectro que va de izquierda a derecha. Aquellas ubicadas en los extremos mantienen una marcada oposición entre sí, lo que no significa que no lleguen a tener metodologías o formas de gobierno similares (de hecho, existen populismos de izquierda y de derecha, y hemos visto la forma en que estos populismos pueden llegar a hermanarse). Las ideologías de izquierda, como el comunismo o el socialismo, se fundamentan originalmente en la búsqueda de lo que se llama igualdad social o redistribución de la riqueza. Por otro lado, las ideologías de derecha, como el conservadurismo o el nacionalismo, luchan por un fuerte orden social y moral.

El liberalismo, originado fuera del espectro izquierda-derecha, históricamente ha apoyado las libertades civiles, la visión secular del Estado y el comercio internacional. Las izquierdas se desvían promoviendo el igualitarismo y las derechas promoviendo las jerarquías. De hecho, el liberalismo se originó para liberar a las personas de las restricciones de la tradición y el misticismo, así como de la sumisión automática a las autoridades políticas y las estructuras sociales rígidas de otras épocas. Podría considerarse tal vez un proyecto sin ideologías, salvo que al llevarlo a la lucha por el poder necesariamente se convertirá en una. La actualidad política parece mostrarnos que algunas cosas han cambiado, encontrándonos con la palabra *liberalismo* cada vez más en boca de medios, políticos o *influencers* que así se declaran, pero que no parecen estar en sintonía con el liberalismo en sí, sino más bien con su propia versión ideológica.

Pero volvamos a algunas definiciones de la palabra *ideología* para entender de qué hablamos cuando hablamos de ella. Podemos dar inicio con la definición más básica de la palabra: según la Real Academia Española, *ideología* se define como la base conceptual que guía las

creencias y acciones de individuos o grupos en un determinado ámbito. Simple y sencillo.

Otra definición general puede ser la que encuadra a la ideología como un conjunto de ideas, creencias, valores y principios que conforman un sistema integrado de pensamiento. En este contexto, esas ideas suelen abordar cuestiones clave sobre la naturaleza de la sociedad, la política, la economía, la moral, la cultura y otros aspectos sociales. De esta forma, nos brindan un marco conceptual con el objetivo de interpretar el mundo, convirtiéndose en una especie de brújula o guía dentro del comportamiento político y social. Hoy muchas de esas brújulas parecen estar rotas, y precisamente por eso me vi ante la necesidad de escribir este libro y explicar cómo ha cambiado todo.

Otro punto esencial que debemos tener en cuenta es cómo las ideologías influyen o encauzan la forma en que las personas perciben y abordan sus problemas del día a día, permitiendo a los individuos observar su impacto en las relaciones sociales, ya que es ahí donde su efecto se manifiesta de manera más clara. A fin de cuentas, evolucionan con el tiempo como un mecanismo de respuesta a los cambios sociales, históricos y culturales. Las ideologías condicionan nuestro comportamiento, pero parten de pensar y pueden refutarse (a diferencia de la religión, la cual también condiciona el comportamiento, pero parte de obedecer).

Un personaje que no podemos dejar de mencionar a la hora de hablar de «ideología» es Antoine Destutt de Tracy, filósofo francés del siglo XVIII y uno de los fundadores en la década de 1790 del grupo republicano liberal clásico conocido como los «ideólogos», que incluía figuras tan destacadas como el marqués de Condorcet o Madame de Staël.

A pesar de sus orígenes aristócratas, Destutt de Tracy renunció a su título para unirse al Tercer Estado durante los Estados Generales de 1789, tuvo una participación activa en política al ser elegido para la Asamblea Constituyente y sirvió en el ejército a las órdenes del marqués de Lafayette en 1792. Aunque fue encarcelado durante el reinado del Terror francés, se salvó de ser ejecutado por Robespierre. Durante su tiempo en prisión leyó las obras de autores como Étienne Bonnot de Condillac y

John Locke, lo cual influyó en su teoría sobre la ideología. Más tarde contribuyó a reformas educativas durante el Directorio, período en la historia de Francia que abarcó desde 1795 hasta 1799, establecido después de la caída del radical Comité de Salvación Pública durante la Revolución francesa con la pretensión de establecer un gobierno más moderado y estable en comparación con la fase radical del Terror. El Directorio llegó a su fin en 1799 con el golpe de Estado liderado por Napoleón Bonaparte, quien se convirtió en el primer cónsul de Francia. Este evento supuso el inicio del Consulado, que a su vez condujo al establecimiento del Imperio napoleónico. Destutt de Tracy expresó su oposición a Napoleón y abogó por la destitución del emperador en 1814.

De Tracy acuñó el término *ideología* en 1796 para describir una nueva «ciencia que trataba sobre las ideas y sus orígenes», una forma de conocimiento enciclopédico. Influenciado por pensadores como Francis Bacon, tuvo la intención de establecer una base sólida para las ciencias morales y políticas al examinar de cerca la interacción de las ideas con nuestro entorno físico. Sostenía que «el espíritu no puede aceptar como verdad aquello que carece de una demostración clara y evidente».

Según Destutt de Tracy, el término no llevaba consigo una connotación negativa, más bien lo veía como una disciplina que abarcaba un amplio espectro de conocimientos y que contribuiría al progreso social: el término tenía como objetivo establecer una rama de estudio dedicada a las ideas, con la intención de definir ideales de pensamiento y acción fundamentados en bases empíricas. Consideraba la ideología como una fuerza positiva capaz de generar avances sociales y confiaba en la capacidad de la razón para configurar la sociedad de manera beneficiosa. En resumen, Destutt de Tracy concebía el propósito práctico de la ideología como la mejora de la vida de las personas al liberar sus mentes de prejuicios y prepararlas para la supremacía de la razón.

Así pues, en sus inicios la ideología fue considerada como la fuente de las políticas de la Ilustración, que aportaba a la generación las virtudes cívicas necesarias para la estabilidad política. Sin embargo, el significado de la palabra *ideología* adquirió connotaciones negativas cuando Napoleón Bonaparte despreció a los seguidores de Destutt de

Tracy, tildándolos peyorativamente de «ideólogos» y acusándolos de ser unos dogmáticos desconectados de la realidad política.

La visión de la ideología por parte de Napoleón contribuyó al desarrollo de una percepción negativa del término, un anticipo de aquellos que décadas más tarde abogarían por el fin de la ideología en favor de una visión «realista» de la política. Este sentido negativo del término fue el que Karl Marx tuvo en mente en sus escritos sobre la ideología.

Con sus decenas de críticos y todo, las ideas de Destutt de Tracy tuvieron un impacto significativo en el curso de la historia. Su obra *Comentario sobre el espíritu de las leyes de Montesquieu* (1811) fue elogiada por Thomas Jefferson, quien la tradujo y publicó en Estados Unidos en un momento en el que una edición francesa estaba prohibida debido a la censura del régimen de Napoleón Bonaparte. En esta obra, el filósofo francés respaldó una república al estilo estadounidense que operaba en el contexto de un orden económico basado en mercados libres.

Mientras tanto, el siglo XIX fue denominado la «era de la ideología», no tanto por el extenso uso de la palabra en sí, sino porque gran parte del pensamiento de esa época se caracterizó por lo que hoy conocemos como ideológico. Aunque persiste cierta controversia en torno a la definición precisa de la palabra *ideología*, podemos discernir entre un uso más amplio y otro más estricto.

En un sentido amplio, la ideología puede referirse a cualquier teoría orientada a la acción o intento de abordar la política a la luz de un sistema de ideas. En un sentido más estricto, la ideología se asemeja a la concepción original de Destutt de Tracy y se caracteriza por cinco elementos clave: una teoría explicativa integral, un programa abstracto de organización social y política, la concepción de su realización como una lucha, la búsqueda de seguidores leales y la dirección a un público amplio, a veces asignando un papel especial a los intelectuales. Esta definición nos sirve para entender las diferencias que vamos a hacer entre ideologías e ideas.

Como veremos que sucede con todo, la acepción de la palabra *ideología* según la propuesta de Destutt de Tracy ha experimentado

transformaciones y evoluciones, adquiriendo más tarde un matiz específico en la filosofía hegeliana y marxista, donde fue empleada ya de manera oficialmente despectiva. Hegel planteó que las personas son instrumentos de la historia y que sólo el filósofo puede comprender la verdad, mientras Marx criticó esta perspectiva como un intento de mantener el *statu quo*, argumentando que la ideología, en este contexto, representa un conjunto de creencias engañosas, una mistificación y engaño, que las personas adoptan, es decir, aquello que Engels llamó «falsa conciencia» (la ideología perpetuaría una visión falsa o equivocada del mundo, es una manifestación de poder y para Marx es un fenómeno temporal, en el sentido de que la ideología pervive en tanto el sistema de clase que la genera sobrevive). Veremos que hay mucho de esto en nuestras ideologías de la actualidad, dado que las deformaciones de las que hablamos reflejan que detrás de las ideas expresadas se esconden otras disimuladas.

De manera pura, Marx concibió la ideología como un conjunto de ideas y creencias destinadas a impulsar y reflejar los intereses de una clase dominante en una sociedad. Según él, su propósito principal era mantener y justificar las relaciones de poder existentes. Para él, las ideas estaban arraigadas en prácticas opuestas que convertían a la sociedad en un campo de enfrentamiento de intereses irreconciliables, reflejando los intereses particulares inherentes a la lucha de clases.

Marx buscó explicar la forma en que la ideología contribuía a mantener las desigualdades sociales y reproducirlas; la ideología era el brazo o herramienta subordinada de los intereses de los grupos dominantes que controlaban la difusión del conocimiento social, y respaldaba la forma existente de producción y las relaciones de poder y sumisión.

En *La ideología alemana* (1845), Marx y Engels insisten en que en toda ideología, las personas y sus circunstancias aparecen al revés, como en una cámara oscura, sugiriendo que las ideologías tienden a distorsionar la comprensión de la realidad y a ofrecer una interpretación sesgada de la misma. Los autores hacen uso de la metáfora de una cámara oscura para ilustrar cómo, según ellos, la ideología, al interpretar el mundo, lo

distorsionaba aún más, era esencialmente una «cortina de humo» que ocultaba la realidad.

La palabra *ideología*, en su sentido negativo como «falsa conciencia» que ocultaba las verdaderas estructuras de poder en la sociedad, es empleada no sólo por Marx, sino también por sociólogos como Max Weber y Karl Mannheim. Estos sociólogos considerarán los sistemas de ideas como expresiones de intereses específicos y los tratarán como entidades cuya verdadera naturaleza está oculta. Su enfoque se centra en revelar las «condiciones de vida que producen ideologías» mediante la investigación sociológica.

Por su parte, el filósofo marxista francés Louis Althusser remarcó que la ideología es un sistema de representaciones que interpela a los individuos como sujetos sociales (en otras palabras, que la ideología cumple un rol activo en la formación de la identidad y la conciencia de los seres humanos). Para Althusser, una ideología es una «nueva realidad», y no tanto un «ocultamiento» de la misma. Aseguraba —a diferencia de Marx y Engels— que la ideología es «eterna» y que los seres humanos crean un relato imaginario sobre cómo se relacionan con el mundo.

Antonio Gramsci, otro pensador central de la línea marxista, llevó el concepto un poco más lejos y no incluyó únicamente las ideas, sino también las prácticas culturales y las maneras de comportamiento, pues para Gramsci la ideología equivale a una parte integral de la cultura que influye en la manera en que las personas perciben el mundo y actúan en él. Para Gramsci, la ideología no es solamente una herramienta estatal: ahora funcionaba y se generaba en la propia sociedad civil, con los intelectuales como los principales conductores de la ideología y como líderes no gubernamentales que ejercen la llamada autoridad cultural. Para él, el sistema de clases capitalista se mantiene no sólo a través de un sistema económico y político de poder, sino también por lo que llamó «hegemonía» de las ideas y teorías burguesas. La hegemonía sería la dominación, el liderazgo o más bien, en este sentido, la capacidad de las ideas burguesas de desplazar las ideas rivales y convertirlas en el sentido común de la época (la ideología se incorporaría a la sociedad a través del

arte, la literatura, el sistema educativo, los medios de comunicación, el lenguaje diario y la cultura popular). De tal manera, sostiene, la hegemonía burguesa sólo podría ser desafiada en un nivel político e intelectual, es decir, a través del establecimiento de una hegemonía proletaria rival basada en las teorías y principios socialistas.

Había que fabricar consentimiento, dice Gramsci, para penetrar en la vida social y que las masas absorbieran las ideas. Tal proceso de consentimiento (rotulado por él como liderazgo en contraposición a dominación) hacía que los productores de ideología fueran más conscientes de la misma y los consumidores lo fueran menos. Antonio Gramsci y Louis Althusser, junto a Karl Mannheim, dieron vuelcos a la interpretación de la ideología a lo largo del siglo xx. Para este último, la ideología se volvía un reflejo de todos los entornos históricos y conformaba un producto evidentemente social.

Mucho más adelante, Michel Foucault (quien al igual que muchos intelectuales de su tiempo se unió al Partido Comunista, pero abandonó rápidamente tanto el comunismo como el marxismo) abordó el concepto de ideología desde una perspectiva de las relaciones de poder: para el autor posmoderno, la ideología no refleja únicamente relaciones de poder existentes, sino que también contribuye a fomentar, mantener y reproducir esas relaciones de poder a través de instituciones sociales y prácticas discursivas.

Pero para el antropólogo estadounidense Clifford Geertz, quien desempeñó un papel destacado en la interpretación simbólica y la antropología significativa, las ideologías son metáforas que se cargan con significado social, son los símbolos de múltiples capas de la realidad y llevan en su seno ideas complejas. Esos sistemas simbólicos son las ideologías, una especie de mapas de la realidad social, símbolos que harían más sencillo el terreno y nos ayudarían a guiarnos a lo largo del mismo.

En otras palabras, las ideologías serían unas herramientas simbólicas cuyo fin es acomodar el espacio social y el tiempo histórico. Por otra parte, el científico político italiano Giovanni Sartori, quien abordó las ideologías en varias de sus obras, expresó críticas hacia las ideologías

dogmáticas que imponen visiones rígidas y cerradas del mundo, y agregó que las ideologías cumplen con la función de simplificar excesivamente la realidad y rechazar la complejidad inherente a los fenómenos políticos y sociales, criticando así a aquellas que se apartan de un análisis un tanto más objetivo. Las ideologías influyen en la percepción y comprensión de los eventos políticos, y esto no sería un dato menor.

En realidad, a primera vista la palabra *ideología* no suena a algo tan complicado y rebuscado. Vamos a volver a ponerlo en palabras simples: las personas se apoyan en creencias, ideales y principios, y al encontrarse con determinados objetivos sociales que llaman su atención o interés, se topan con la necesidad de sentirse cómodos, actuar acorde a sus convicciones, sin mala conciencia, y para esto necesitan dar sentido a su realidad, englobar sus intereses, visiones y deseos con la óptica de unos principios morales. Pero sí, el motor de todo eso muchas veces procede de intereses políticos. La lucha política se realiza a través de palabras y de las emociones que esas palabras generan en el público que se quiere conquistar. Por eso la política no es un buen tamiz para la filosofía, pero al final, la necesidad de comunicación convertirá esas palabras en uso común.

La ideología se transforma entonces en una forma de pensar la política, en una forma de tratar la sociedad, en un programa político, en un escenario donde las personas explican y respaldan sus acciones cuando buscan objetivos distintos. Son como unos sets complejos de piezas de rompecabezas políticas dispuestas en patrones coherentes. Es como contar con muebles que se pueden ensamblar de diversas maneras para crear significado en torno a varios conceptos políticos: el punto sería organizar esos «muebles» de una forma única con el fin de construir diferentes perspectivas políticas, incluido el hecho de que algunas combinaciones pueden resultar extremadamente inusuales y hasta poco prácticas (por no decir desastrosas) para la sociedad.

La cuestión central está en que las ideologías presentan una visión particular de la sociedad, y para cumplir esa visión, es necesario comparar distintos aspectos del mundo social con el fin de mostrar cómo actúa la realidad en su conjunto y cómo organizarse desde una

perspectiva deseable y factible. A su vez, las ideologías son vehículo de un plan de acción al proponer recomendaciones con el fin de asegurar la correcta armonización entre la visión ideal y la realidad social.

Podríamos decir que las ideologías son una forma de lenguaje, pero también son una especie de lentes a través de las cuales la sociedad es observada de maneras opuestas, ofrecen interpretaciones «conflictivas» de la realidad, generan choques de unas con otras al usarse en desacuerdos políticos y en intentos de alcanzar consensos. En esas confrontaciones, los contendientes políticos usan argumentos para defender sus propias visiones y la manera en que desean poner sus ideologías en la práctica.

La ideología ha sido considerada como una fuerza transformadora en las relaciones internacionales del siglo xx. A diferencia de los siglos anteriores, donde las guerras eran principalmente dinásticas o nacionales, y la diplomacia se centraba en la seguridad y la expansión nacional, en el siglo xx las relaciones internacionales parecían estar fuertemente influenciadas por consideraciones ideológicas. Las guerras, alianzas y tratados se llevaron a cabo en gran medida debido a los «ismos». El equilibrio de poder mundial se vio afectado por compromisos ideológicos, como la confrontación entre el «bloque comunista» y «los pueblos libres», mientras que la mayoría de las llamadas naciones emergentes adoptaron ideologías nacionalistas y anticoloniales. Durante el siglo pasado, el concepto de ideología se vio así vinculado estrechamente con la política y la pelea de ideas. Durante la Guerra Fría se convirtió en un término determinante para describir las diferencias entre comunismo y capitalismo.

Cada enfoque o manera de pensar sobre la política tiene una dimensión ideológica, y cuando estudiamos la ideología estamos analizando el pensamiento político de nuestro tiempo, escarbamos hasta la raíz de la política, generando un área de influencia en el pensamiento político que brinda marcos para la toma de decisiones que hagan posible la política.

Para el autor y politólogo Andrew Heywood (2015) la ideología es un conjunto de ideas más o menos coherente que brinda la base para una

acción política organizada, ya sea que tenga la intención de preservar, modificar o derrocar un sistema de poder existente. Todas las ideologías, agrega, tienen las siguientes características: promueven una explicación del orden existente, usualmente bajo la forma de «visión del mundo»; esbozan un modelo del futuro deseado o ideal, una visión de lo que consideran una «buena sociedad»; y explican cómo el cambio político puede y debe ser provocado (es decir, cómo pasar de la primera característica a lograr la segunda). Un detalle llamativo que agrega el autor es que también habrían surgido formas de ideología híbridas, como es el caso del conservadurismo nacionalista, el feminismo socialista o el multiculturalismo liberal. Además, sostiene, cada ideología tiene un rango de tradiciones y puntos de vista diferentes (es común que entre simpatizantes de la misma ideología haya disputas sobre qué es verdadero socialismo, liberalismo, conservadurismo, etcétera). Otro punto llamativo es que las cosas se confunden todavía más cuando incluso ideologías bien distintas hacen uso del mismo vocabulario político, hacen uso de los mismos términos, como *igualdad*, *justicia*, *libertad* o *democracia*, cada uno con sus significados e interpretaciones personales. Heywood también indicó que tiene que haber un punto en el cual abandonar un principio central de determinada ideología hace que ésta pierda su identidad o sea absorbida por la ideología rival, y se hace la siguiente pregunta: «¿Puede el liberalismo seguir siendo liberalismo si ha abandonado su compromiso con la libertad?».

Autores como Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2017) interpretan la ideología como un conjunto de ideas normativas sobre la naturaleza del ser humano y la sociedad, así como sobre la organización y los fines de la sociedad. Es decir, es una visión de cómo es y cómo debería ser el mundo. Los autores hacen una distinción puntual, y es que a diferencia de las ideologías «densamente centradas» o «completas» (por ejemplo, el fascismo, el liberalismo o el socialismo), las ideologías poco centradas, como el populismo —considerado como una verdadera ideología, aunque en realidad más bien parece una forma de gobernar—, tienen una morfología restringida, que necesariamente aparece unida a otras ideologías y, a veces, incluso asimilada a ellas. De hecho, el

populismo siempre aparece unido a otros elementos ideológicos que son cruciales para la identidad y promoción de proyectos políticos atractivos para un público más amplio. Pero trataremos el populismo más adelante y entonces definiremos si es o no una «ideología».

Desde su creación y uso hace dos siglos, el término *ideología* ha sido constantemente objeto de ambigüedad y críticas. Lo que sí queda claro es que las ideologías emergen y evolucionan a raíz de circunstancias sociales específicas, y no parecen existir de manera independiente de los eventos, conflictos sociales y debates políticos actuales en los que están inmersas. El desarrollo y evolución de cada una de ellas está intrínsecamente vinculado al desarrollo de las prácticas sociales en las cuales surgen, se desarrollan y más tarde evolucionan.

Las ideologías se muestran entre ellas en una permanente competencia por el control del lenguaje político, y esto es clave, puesto que a través del lenguaje político controlan o influyen en la configuración de la política pública y partidaria. Esta influencia ideológica se manifiesta especialmente en la dicotomía entre las corrientes políticas que conocemos como «izquierda» y «derecha» mencionadas anteriormente.

Estos términos que han ido moldeando la retórica política y el discurso público tienen sus raíces en la Revolución francesa a finales del siglo XVIII. Durante la Asamblea Nacional Constituyente de 1789, los partidarios de cambios radicales y progresistas se ubicaban en el lado izquierdo del salón de sesiones, mientras que aquellos que defendían la monarquía, el modelo conservador y apoyaban mantener las tradiciones se situaban en el lado derecho. Esta división surgió debido a la disposición física de los diputados en el lugar donde se reunían. En resumidas cuentas, los representantes que apoyaban reformas, igualdad, cambios sociales y políticos más radicales se sentaban en la parte izquierda, mientras que los que favorecían la preservación del antiguo régimen, la monarquía y las instituciones tradicionales se sentaban en el lado derecho.

A diferencia del proceso de independencia norteamericana, centrado en el autogobierno y la libertad individual, la versión francesa tuvo como

legitimidad la igualdad. El ala revolucionaria ubicada a la izquierda en la Asamblea acabó predominando: con ello y su victoria se produjo el fin de la monarquía y el ciudadano pasó a gobernar en nombre de la «soberanía popular». Para los norteamericanos, el énfasis estaba en que cada persona consiguiese el derecho a la búsqueda de la propia felicidad, de la libertad religiosa y acabar con los impuestos que ponían los ingleses injustamente. En Francia el énfasis estaba en terminar con lo que quedaba del antiguo régimen, cortando cabezas y reemplazando la monarquía por una mezcla de la «voluntad general» de Jean-Jacques Rousseau (frente a la voluntad individual) y el terror, retornando al despotismo del que se intentaba escapar. Conceptos como el bienestar colectivo, concebidos inicialmente para frenar el poder de la monarquía, terminan por legitimar la transgresión de los límites al poder.

Pero a partir de entonces la dicotomía izquierda-derecha se ha mantenido como una forma común de clasificar las posturas políticas y las ideologías, aunque las definiciones precisas de lo que representa cada extremo pueden variar significativamente a lo largo del tiempo y en diferentes contextos.

No hay dudas de que la ideología, palabra claramente en cuestión, es bastante polémica en el ámbito político y puede evocar tanto respuestas positivas como negativas. Cuando las personas escuchan la palabra *ideología* suelen relacionarla con términos como comunismo, liberalismo, fascismo o anarquismo, que son ciertamente algunos ejemplos de ella. De todos modos, debe quedar claro que no todo «ismo» es una ideología, por ejemplo, el optimismo o incluso el feminismo. En una gran parte de los casos, los «ismos» se refieren a movimientos o sistemas amplios y complejos, mientras que una ideología tiende a ser más específica en sus valores, ideas y creencias. En el caso del optimismo, vemos claramente que no es un conjunto detallado de creencias políticas, económicas o sociales, ni una propuesta de poder, sino más bien una actitud positiva frente a la vida de manera general y adoptada en distintos ámbitos.

A lo largo de nuestras vidas creamos, difundimos y consumimos ideologías, de manera consciente o inconsciente, pero lo hacemos. Actuamos interpretando los eventos que nos rodean y a través de

distintas gamas ideológicas, pues como sostuvo Michael Freeden (2003), cada ideología es una instancia que impone un patrón sobre cómo leemos o mal leemos los hechos políticos, eventos, cosas que pasan, acciones sobre cómo vemos las imágenes y escuchamos las voces. Las ideologías son, pues, una especie de dispositivos, de instrumentos que moldean nuestra perspectiva del mundo político y social.

Las ideologías son producidas y también consumidas, interpretadas y entendidas. Éste es el primer paso para el gran desafío que comienza.

1

Liberalismo

Como ideología y programa de gobierno, lo «liberal» no pudo haber sufrido cambios más dramáticos en los últimos años. Javier Milei, el actual presidente argentino, se tilda y es tildado de liberal, incluso de serlo en un grado extremo, pero ese apelativo difícilmente se le hubiera otorgado unos pocos años atrás. Así y todo, este personaje se adueñó del término como ideología, manipulando su significado, vendiéndose como si lo fuera, pero sus hechos y acciones, comparados con lo que dice, lo exponen como otro populista de derechas que se aprovecha de la palabra: desde proponer aumentar impuestos, como el impuesto a la ganancia (entre otros) justo después de regresar de dar su discurso en Davos, aumentar las retenciones al campo, poner el «impuesto país» a todas las importaciones (lo que equivale a aumentar la protección arancelaria, es decir, poner una barrera al ingreso de productos), regular la tasa de interés, y licuar el gasto y los pasivos remunerados, aplicar un férreo control de cambios limitando la venta de dólares para pagar importaciones, encabezar una guerra contra las drogas (por ejemplo, el Ministerio de Seguridad publica vídeos quemando marihuana, vale preguntarnos que hubiese pensado sobre esto Antonio Escohotado), decir que lleva a cabo una batalla cultural «en nombre de Dios, la patria, la familia y la libertad», nombrar a familiares como su hermana en el más alto cargo de su gobierno favoreciendo al nepotismo y firmando un decreto al asumir con el fin de aumentarse su sueldo como presidente en un 48 por ciento. Milei, por otra parte, se identifica plenamente con el populismo de Donald Trump, a quien abrazó en una conferencia en Washington y le dijo «espero verte de nuevo como presidente», y con

quien dijo estar «naturalmente alineado», al igual que con Santiago Abascal y Jair Bolsonaro.

Sobre este último punto cabe decir que Javier Milei se refiere en público a su hermana Karina Milei como «El Jefe» y en una entrevista menciona lo siguiente sobre su relación con ella: «Vos sabés que Moisés era un gran líder, pero no era bueno divulgando. Entonces Dios le mandó a Aarón para que divulgue. Bueno, Kari es Moisés y yo soy el que divulga. Soy sólo un divulgador», respondió Javier, emocionado y llorando en vivo.

Milei ya ha dado subsidios a iglesias evangélicas y en el mes de febrero hizo una gira religiosa (con su hermana) a lo largo de Europa. Mientras los argentinos ardían en llamas con la difícil situación económica del país y con la inflación anual más elevada del mundo, él se fue a bailar al Muro de las Lamentaciones, y luego a arrodillarse frente al papa Francisco, después de haberle dicho durante años que era «el representante del maligno en la Tierra, ocupando el trono de la casa de Dios». Sin ir más lejos y hablando de comparaciones, Milei recientemente publicó en sus redes sociales una foto elaborada con inteligencia artificial, donde se personificó como el mismísimo Napoleón Bonaparte (lo más llamativo es que en la imagen se lo ve con una idéntica pose del emperador tras su derrota, puesto que es de la pintura *Napoleón abdicando en Fontainebleau*, realizada en 1846 por Paul Delaroche).

Su vicepresidenta no pierde el tiempo y sube vídeos hechos con inteligencia artificial en redes sociales donde se personifica como la Mujer Maravilla. Victoria Villarruel está abiertamente a favor del servicio militar obligatorio (llegó a sostener que haberlo eliminado en Argentina produjo una sociedad de hombres y mujeres llorones), uno de los más grandes abusos por parte de los Estados, puesto que reclutar a alguien y decidir sobre el destino de su vida sin que dicha persona pueda optar si quiere o no quiere hacerlo equivale a atentar contra el derecho a la vida y representa el hecho de que tu vida le pertenece al Estado, además de exigir que los individuos arriesguen sus vidas por una causa geopolítica que probablemente no apoyen ni comprendan. En estos

últimos meses, el ministro de Defensa de Milei, Luis Petri, expresó sobre el servicio militar que «lo estamos evaluando».

Durante el mes de febrero, Javier Milei sumó a su gabinete ministerial a Daniel Scioli, quien fue vicepresidente nada más y nada menos que de Néstor Kirchner, y ya cuenta con más de cuarenta peronistas dentro de su gobierno. Después de tanto criticar a la «casta», hoy la tiene toda en su gobierno. Por supuesto, también dijo que este año no va a dolarizar, y continúa usando el famoso banco central para ejecutar una política monetaria claramente keynesiana, después de hacer campaña diciendo que al día siguiente de asumir lo iba a dinamitar. Todas estas incoherencias son esperables de una persona que dice estar asesorada por *Conan* desde el más allá (habla a través de una médium con su perro muerto, al que clonó). Según Milei, Dios le asignó personalmente la tarea de «combatir al maligno en la Tierra» y está acompañado por «las fuerzas del cielo» (el eslogan de su partido político). Se parece mucho a los comunistas que decían ser los únicos democráticos, cuando no tenían un pelo de ello. Toda esta perspectiva del poder, unido a la religión, ha contribuido a desdibujar y tergiversar el término *liberal,* ahora asociado a este personaje con delirios mesiánicos, cuando el liberalismo nació precisamente separando el poder estatal de la religión, buscando un Estado laico y secular, lo opuesto a lo que defienden Milei y Villarruel. Mientras tanto, Milei no hace más que pelearse con el Congreso, con los gobernadores, con los periodistas y hasta con artistas. Llamando «traidor» a todo aquel que no piensa como él, incluido al reconocido liberal argentino Ricardo López Murphy, quien recientemente expresó que «la experiencia de Milei no tiene nada que ver con los liberales».

De hecho, Juan Bautista Alberdi, autor intelectual de la Constitución Nacional Argentina de 1853 (inspirada en la de Estados Unidos) y uno de los mayores exponentes del liberalismo hispanoamericano, se refirió de la siguiente forma sobre los «liberales argentinos» de aquellos años (y pareciera ser que las cosas no han cambiado mucho):

> Los liberales argentinos son amantes platónicos de una deidad que no han visto ni conocen. Ser libre, para ellos no consiste en gobernarse a sí

> mismos, sino en gobernar a los otros. La posesión del gobierno: he ahí toda su libertad. El monopolio del gobierno: he ahí todo su liberalismo. A fuerza de tomar y amar el gobierno como libertad, no quieren dividirlo, y en toda la participación de él dada a los otros ven un adulterio [...]. La libertad de los otros, dicen ellos, es el despotismo; el gobierno es nuestro poder, es la verdadera libertad... Así, esos liberales toman con un candor angelical por libertad lo que no es en realidad sino el despotismo: es decir, la libertad del otro sustituida por la nuestra.

No muy pasadas las primeras páginas de *Por qué el liberalismo funciona* (2020), la economista Deirdre McCloskey dice que la palabra *liberal* en Estados Unidos se designa a las personas que podemos considerar de «izquierda», y que en América Latina han sido los conservadores y sus parientes, no los socialistas y sus parientes, en sus propias palabras, quienes han robado la palabra *liberal* para designar a los «estatistas de derecha». Así como en Estados Unidos el término *liberal* se utiliza para referirse a aquellos que, a su vez, son identificados con la socialdemocracia o la izquierda (una izquierda muy distinta de la que conocemos en España o América Latina), también ha surgido un cambio en el significado dentro de la concepción estadounidense, y ahora se asocia con el término *woke* (despierto), que proviene de la lucha de los afroamericanos por la justicia racial, y lo utilizó en los años treinta el cantante de blues Leadbelly. En una época de linchamientos y segregación, el músico pedía a las personas negras que estuvieran alerta: «*stay woke*». La palabra se volvió popular en las protestas contra el racismo y la brutalidad policial de la última década, y también contra los ataques hacia las minorías. No obstante, algunos autores la usan para descalificar a las minorías y plantean que lo *woke* es el enemigo a destruir.

Y haré un paréntesis sobre lo *woke*, un término demonizado injustamente (principalmente por quienes lo utilizan de manera peyorativa porque quizá no comprenden qué significa realmente), porque sostengo que el término implica examinar la sociedad con criticismo, señalando los prejuicios raciales y contra minorías sexuales en su legislación, en sus costumbres y en su historia. Hoy desde la nueva

derecha se busca que todo lo que llaman *woke* se entienda como intolerante, cuando en realidad ellos son y han sido los intolerantes en el curso de la historia.

Pero el movimiento *woke* cobra cada vez más relevancia y la idea que promueve su cultura es estar atento a las posibles injusticias sociales, tanto explícitas como simbólicas, desde las más pequeñas, que a veces se normalizan, hasta las más grandes, que generalmente se legislan. Este paradigma sitúa en el centro a la identidad, argumentando que nos configuramos políticamente a través de ella. En la conversación actual, ser *woke* representa una comprensión y una resistencia activa contra los abusos de poder dirigidos hacia personas debido a su género, nacionalidad, color de piel, orientación sexual y otras identidades. Esta mayor sensibilidad no es simplemente una moda pasajera, sino un paso fundamental en la continua lucha por la igualdad ante la ley y el reconocimiento de la dignidad humana. A pesar de sus nobles intenciones, el movimiento *woke* a menudo es malinterpretado y criticado, acusándolo de fomentar la división o reprimir la libertad de expresión. Sin embargo, estas críticas suelen surgir de una falta de comprensión o, más preocupante aún, de una distorsión deliberada de los objetivos del movimiento. Políticos como Ron DeSantis son conocidos por manipular el concepto con fines políticos, aplicándolo incorrectamente para beneficio propio y desviando así su verdadero propósito de promover una sociedad más justa y consciente.

Las críticas al movimiento *woke* a menudo provienen de la resistencia a enfrentar realidades incómodas sobre nuestros sistemas sociales y los abusos que perpetúan. Sin embargo, reconocer y abordar estos problemas es el primer paso crucial hacia un cambio significativo. El «despertar» no busca culpar a individuos por errores históricos, sino más bien iluminar el impacto continuo de estas injusticias. Hasta pudiésemos agregar que es posible cometer errores al interpretar situaciones o al tomar acciones en respuesta a ellas. Sin embargo, el simple acto de observar, reconocer y esforzarse por comprender estas injusticias tiene un valor intrínseco. Lo *woke* es un viaje permanente de educación, de autorreflexión y de reconocimiento de los derechos de

todos los seres humanos. Rechazar el «despertar», entonces, no se trata de defender el libre pensamiento o el debate.

Algunos años atrás, específicamente en el 2017, se añadió la palabra *woke* al *Oxford English Dictionary*, definido al comienzo como el acto de estar bien informado y actualizado, y luego revisado para definir el estar alerta ante la discriminación o injusticia racial o social. La meta del movimiento *woke* es educar y concientizar a las personas sobre los matices de pertenecer a diferentes grupos sociales o minorías marginadas históricamente, pero, además de eso, podemos agregar que es un movimiento que trabaja por que se realicen cambios sistemáticos para que los individuos de estos grupos puedan ser ellos mismos y desarrollarse a pleno, sin ataduras ni prejuicios.

Para generar cambios a nivel sistémico es crucial cultivar una mentalidad abierta y observadora desde el principio. Educar a los niños para que aprendan a ser inclusivos, así como inculcarles el aprecio y el respeto por personas de todos los ámbitos de la vida, promoverá su madurez y los convertirá en adultos visionarios que se esfuerzan por mejorar el mundo para las generaciones futuras. Permitir que los niños se expresen libremente y enseñarles a defender a quienes los rodean no los vuelve excesivamente sensibles o protegidos; por el contrario, los transforma en individuos auténticos, emocionalmente inteligentes y con un sólido sentido de moralidad. Es importante reconocer que en la era digital actual es casi imposible mantener a los niños completamente protegidos. Con acceso a una vasta cantidad de información, desarrollarán sus propias opiniones y valores en poco tiempo; por eso, el deber de los padres debe ser guiarlos con las herramientas básicas de inteligencia emocional, validando sus emociones, fomentando el pensamiento crítico, siendo su red de contención y dándoles mucho cariño.

Retomando el punto, tiene un valor muy diferente tratar al individuo como un elemento de un colectivo, postergando sus derechos por cosas como la patria, el partido, la raza o la religión y, una vez que ese individuo ha sido reducido de esa manera, pedir que cese la persecución por parte de los que pertenecen a esa raza (cabe mencionar que las razas

no existen), religión o sexualidad. Estas posturas, un tanto retorcidas diría yo, juzgan el racismo, la xenofobia y la homofobia como muestras de un «derecho a ofender», y la unión de los perseguidos y sus manifestaciones como el colectivismo del que hay que preocuparse.

Fukuyama (2022) sostiene lo siguiente:

> La política identitaria fue una herramienta de movilización muy poderosa que pudo contribuir a promover los derechos de comunidades. Fue una forma de ayudar a los individuos a entender de qué maneras habían sufrido injusticias y un trato desigual, y qué tenían en común con otros miembros de su grupo. Surge como un intento de cumplir la promesa del liberalismo, la cual predicaba una doctrina de igualdad universal e igual protección de la dignidad humana ante la ley. La política identitaria trata de completar el proyecto liberal.

El punto interesante radica en que cuando la nueva derecha ataca el concepto de política identitaria lo hace desde un lugar tramposo. El asunto es si uno se junta con un fin ofensivo o defensivo, porque una cosa es promover una identidad como si fuera una política racista y otra promover una identidad por alguien que es perseguido por su color de piel. La equivalencia moral entre una cosa y la otra es aberrante. Por ejemplo, de nuevo, es muy diferente establecer una agrupación antisemita que montar una agrupación de judíos para defenderse del antisemitismo, lo que conlleva una especie de políticas identitarias defensivas. Si insistimos en lo que llaman política identitaria, no es lo mismo que alguien monte un partido político nazi a que los judíos se organicen para defenderse de él. Además, los partidarios de estos modelos de la nueva derecha plantean que agruparse para defenderse es colectivismo, cuando en realidad hacerlo es incuestionable moralmente. Colectivismo es pasar derechos del individuo al colectivo, pero no eso. De alguna manera, su argumento sería así: «Vamos a perseguir a los judíos, pero después éstos tienen que defenderse como individuos». Piden que uno no se defienda en grupo, que se defienda solo. Es decir, ellos te atacan en grupo, pero piden que tú te defiendas solo o sola. Al joven enfrentado al tanque militar en la plaza de Tiananmén en 1989 ellos lo llamarían individualismo, yo lo llamaría indefensión.

Cerrando este paréntesis podemos resumir que el término *woke* deriva de la expresión en inglés *stay woke*, que significa, como fue mencionado, estar alerta, estar despierto o consciente de las injusticias sociales y políticas. No hay duda a partir de ahí en cuanto a que lo *woke* se insertaría tranquilamente en la tradición liberal. El liberalismo, es decir la filosofía que exalta la libertad de la vida privada y el rol del gobierno como protector de los derechos de las personas, se inicia como una rebelión contra la oscuridad, es darnos cuenta de que existía la oscuridad, que estábamos viviendo en ella, en un mundo al que se le había apagado la luz. Es el liberalismo el que cataloga la Edad Media como la «edad oscura». Contra ella, la luz falible de la razón (y destaco lo de «falible», para que no se confunda con el racionalismo mítico de la Diosa Razón, que es otra religión). Lo *woke*, la atención, la mirada hacia las injusticias, no es más que la materia prima de esa tradición.

Pero hecha toda esta aclaración, avanzaré en este capítulo explicando cómo nace el liberalismo en el más honesto sentido de la palabra, cuáles son sus principales aristas y en qué tipo de formatos desemboca más tarde con la aparición de políticos de la talla de Javier Milei, que están confundidos, confunden a otros y fomentan parte del «caos» ideológico al que nos enfrentamos.

Los antepasados del liberalismo se encuentran en gran parte en la Inglaterra del siglo XVIII, cuando la autoridad eclesiástica y estatal fue cuestionada por pensadores y activistas políticos que afirmaban que cada individuo poseía derechos que restringían el poder del gobierno y delineaban un espacio de comportamiento o conducta personal donde el juicio individual y la conciencia propia eran supremos. El liberalismo representó los argumentos contra el poder monárquico y el monopolio de la verdad religiosa absoluta con el que contaba la religión, específicamente la Iglesia.

De este modo, el liberalismo, el que conocemos como clásico, sería una ideología o corriente filosófica y política que comienza a moldearse con más fuerza en Inglaterra (a lo largo de un período de cuatro décadas a partir de la guerra civil inglesa y la llegada del gobierno constitucional bajo el «imperio de la ley» implantado con la Revolución Gloriosa de

1688), y luego en Francia y Estados Unidos, donde busca limitar el poder del gobierno para que las personas puedan perseguir libremente sus propios intereses económicos, políticos y personales.

En el núcleo de esta visión se desarrolló la idea de los derechos naturales. La antigua estructura social, basada en la llamada gracia de Dios, postulaba una jerarquía rígida, pero la nueva propuesta promovía la igualdad de derechos fundamentales para todas las personas libres: derechos que existían desde antes de la formación del gobierno y que debían ser respetados. Esto los conduce al concepto de gobierno representativo y elecciones periódicas del Parlamento para actuar en nombre de la población, rompiendo la relación tóxica monarca-súbdito que era parte de la norma de la época. Esto expone que en sus primeras manifestaciones, el liberalismo es una doctrina política que cuestiona el absolutismo y los privilegios feudales de ese entonces, abogando en cambio por un gobierno constitucional y representativo.

Los pensadores de la Ilustración del siglo XVIII promulgaban la igualdad ante la ley, el respeto por los derechos civiles y la limitación del poder absoluto. John Locke, destacada figura de la Ilustración y reconocido como el padre del liberalismo político, cuestionó la autoridad absoluta y se encargó de explorar la relación entre el individuo y el gobierno. Este proceso ilustrado influyó sobremanera en la formación de los principios liberales al cuestionar tanto el absolutismo estatal como el religioso, pero también a la hora de poner como prioridad la protección de las decisiones individuales o, en otras palabras, que cada uno pueda tomar las riendas de su propia vida en todo sentido.

John Locke, a través de sus escritos, introdujo esta esencia del liberalismo al proponer que el gobierno tiene la responsabilidad de establecer leyes que resguarden y protejan la libertad y la igualdad de los ciudadanos. Estas ideas se plasman en su *Ensayo sobre el conocimiento humano* (1690) y, de manera más específica, en *Dos tratados sobre el gobierno civil* (1689), escrito en su exilio neerlandés. En el primer tratado, Locke critica el concepto del derecho divino de los reyes y la monarquía absoluta, mientras que en el segundo aboga por un gobierno benevolente

basado en el concepto de contrato social. Según este principio, los ciudadanos renuncian a ciertos derechos en favor del Estado, a cambio de protección, un gobierno justo y la salvaguardia de derechos naturales como la vida, la libertad y la propiedad. Un rey que no resguardara esos derechos fundamentales de los ciudadanos dejaba de ser considerado un verdadero monarca. En Rousseau, en cambio, el contrato social significa una transferencia absoluta de derechos a la voluntad general.

Locke también sostiene en su segundo tratado que «el fin más alto y principal de las personas que forman parte de un Estado libre asociado y se acogen a un gobierno es el de preservar su propiedad», considerando así al gobierno como un tipo de convenio o acuerdo para proteger los derechos de propiedad, de manera que la propiedad privada pasó a ser a partir de entonces una temática central para los liberales. El principio de la propiedad privada es esencial en el movimiento liberal porque significa la propiedad como derecho de cualquiera y no por determinación de sangre. Que cada persona sea reconocida dueña de los bienes que obtiene por intercambio e inversión es la contracara material del ideal de la libertad individual. La propiedad privada otorga independencia al ciudadano.

Esta teoría sienta las bases del liberalismo clásico, que es la tradición liberal más temprana desarrollada durante la transición del feudalismo al capitalismo, que logró su punto máximo en la temprana industrialización del siglo XIX, con raíces en los países anglosajones. Además, esta teoría ha dejado una huella significativa en la Declaración de Independencia de Estados Unidos, la cual, como afirma Norberg (2021), «no proclamó que el objetivo del gobierno fuese la fe, el orden y la tradición, sino la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad por parte de cada individuo».

El liberalismo se desenvuelve tanto en la libertad individual y política como en la preservación de la igualdad de derechos: las personas nacen iguales, y es por eso que los liberales apoyan la llamada «igualdad ante la ley». Algunas veces el poder político puede concentrarse demasiado en una sola persona y otorgarle determinados derechos, rompiendo con el marco de igualdad ante la ley. Ante esto, la propuesta del liberalismo fue dividir ese poder y hacer que los poderes se vigilen entre ellos.

James Madison llegó a advertir que la acumulación de todos los poderes en las mismas manos, ya sea de uno, de unos pocos o de muchos, de manera hereditaria, autoadjudicada o electiva, podría describirse acertadamente como la definición de tiranía. Montesquieu, figura clave de la Ilustración y crítico de la sociedad parisina, ha perdurado como un filósofo político de enorme influencia para el liberalismo, estableciendo posteriormente, de la mano de John Locke, las columnas de la libertad política.

En 1721, Montesquieu presentó sus *Cartas persas*, su primera obra destacada. Este trabajo adoptó la forma de correspondencia que relata las vivencias de dos nobles persas durante su viaje desde Isfahán hasta París, en la que explora temas como el papel gubernamental, la religión, la ley y la esencia del poder. Unos años más tarde, en 1748, publicó *El espíritu de las leyes*, un tratado clave que abarca desde la antropología política, legal y social, hasta la filosofía.

Montesquieu clasificó los sistemas de gobierno en monárquico, despótico y republicano, señalando que cada uno se fundamenta en el honor, el miedo o una constitución, respectivamente. Para prevenir posibles abusos de poder, defiende la separación de los poderes ejecutivo, legislativo (compuesto por dos cámaras, según su propuesta) y judicial, un principio fundamental en las constituciones de las democracias actuales.

Es importante destacar que en ningún momento el liberalismo abogó por la anarquía ni la ausencia de la ley o del gobierno (hoy muchas personas lo pueden confundir al asociarlo al «libertarismo», el «paleolibertarismo» o el «anarcocapitalismo», modelos que plantean una presencia estatal muy ínfima y diferente a cómo la concibe el liberalismo). En el caso del anarcocapitalismo incluso hay una deriva que es bien opuesta a los principios liberales, que es postular la eliminación del Estado para que no pueda defender los derechos de los débiles, constituyéndose en una especie de ética del canibalismo simbólico, que ha ido a peor en la actualidad en nombre de una particular visión del cristianismo. A diferencia de esto, para John Locke, la libertad de las personas bajo un gobierno (liberal) implica tener una norma estable por

la cual regirse, idéntica para toda la sociedad: tener libertad para seguir la voluntad propia y no estar sometido a la voluntad arbitraria de otra persona, siendo el gobierno el encargado de garantizar el cumplimiento de la ley y la protección de la libertad y los derechos fundamentales.

Durante el período de la independencia de las colonias de Norteamérica y el proceso revolucionario francés, Thomas Paine, nacido en Norfolk, Inglaterra, se destacó como un representante del espíritu progresista y liberal de la época, que generó un alto impacto en el desenlace de las revoluciones americana y francesa. Éste es otro personaje que vale la pena traer a estas páginas.

En su obra *El sentido común* (1776), apostó por una república independiente, cuestionó la legitimidad del gobierno monárquico y su sistema hereditario, y argumentó que el poder debe derivar del consentimiento de los gobernados. Esta obra se distribuyó ampliamente y contribuyó a cambiar el clima de opinión y la percepción de muchos colonos sobre la oportunidad de independizarse, convirtiéndose en un catalizador que aceleró la independencia norteamericana. Paine, reconocido por su papel como difusor de ideas, es considerado por algunos como «el principal profeta de la democracia y el gobierno representativo».

Sustentaba su defensa en los derechos naturales del «primer liberalismo», bajo el cual todos nacen con la capacidad de tomar decisiones independientes en todos los aspectos de su vida, y además proporciona las bases para defender la abolición de la esclavitud, los derechos de la mujer y la libertad de expresión y religión. En su obra *La edad de la razón* (1794-1795), efectúa una fuerte crítica a las instituciones religiosas, especialmente a la Iglesia cristiana, cuestionando su autoridad establecida. Paine demanda un enfoque racional que se base en la evidencia como guía para comprender el mundo y la moralidad, y cuestiona la idea de la revelación divina como fuente de conocimiento. Su legado destaca su contribución significativa a la formación de la democracia moderna. El filósofo inglés murió abandonado por sus antiguos amigos del mundo político, quienes lo habían rechazado por sus opiniones contra el cristianismo, excepto Thomas Jefferson.

Autores como Jeremy Bentham también son considerados figuras asociadas al liberalismo, especialmente por su contribución a la filosofía del utilitarismo, la cual busca que la felicidad y la libertad individual puedan ser maximizadas. En su obra *Introducción a los principios de la moral y la legislación* (1789), Jeremy Bentham define los seres humanos como criaturas en busca del placer y en una constante evitación del dolor, y argumenta que la función del gobierno es promover la utilidad o la mayor felicidad para el mayor número de personas. Bentham abogó por la independencia económica. Los utilitaristas, en línea con los primeros liberales, comparten su rechazo hacia los privilegios aristocráticos.

Un punto interesante es el mencionado por Hamowy (2008), quien argumentó que para Bentham la libertad, si se comprende correctamente, también es una ficción, es decir, un concepto abstracto no observable. La libertad sería simplemente la ausencia de restricciones externas. La libertad para realizar cierta acción no es más que el hecho de que ninguna ley lo prohíbe y ninguna fuerza física lo impide.

Bentham estaba dispuesto a admitir que a veces podían existir ficciones útiles, y la libertad era una de ellas. Sin embargo, le da importancia no como un valor en sí mismo, sino sólo en la medida en que contribuya a la felicidad, lo cual dependía enteramente de las circunstancias. La libertad que Bentham consideraba valiosa era una forma de seguridad, la libertad otorgada por la ley para protegernos de las intrusiones de los demás. Esta libertad nos permitiría perseguir pacíficamente nuestros propios objetivos.

Pero lo innovador del liberalismo es que por fin un marco político, social y económico puso las libertades y los derechos del individuo en el centro de la política, señalando la importancia de la libertad de expresión, la libre prensa, la libertad religiosa, la libertad de comercio o la libertad de elegir a los gobernantes. Esto hace que el liberalismo sea un concepto amplio con ideas económicas, políticas y sociales, puesto que desemboca en movimientos y activismo social por distintas causas específicas, como el fin de la esclavitud, la propuesta del sufragio femenino, el fin de la persecución religiosa o la eliminación de las penas a

la homosexualidad. Como marco inicial de debate, el liberalismo original, no la ideología actual, no puede más que ser *woke*.

El liberalismo implica la libertad frente a la fuerza impuesta por otros individuos, especialmente la libertad ante la coerción que pueden ejercer los gobiernos, los criminales y otras personas. Dos eventos significativos convirtieron la convicción de los derechos universales en programas políticos concretos y reales. Por un lado, la ya mencionada Declaración de Independencia de Estados Unidos de 1776, que liberaba a las colonias del dominio británico, y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, que supuso el fin del régimen aristocrático francés.

La libertad se entiende como la ausencia de intromisión física, emocional o de cualquier tipo por parte de otros seres humanos en uno: es no estar subyugado como esclavo. La libertad es poder actuar en beneficio propio sin rendir cuentas a nadie por ello, y que el otro pueda hacerlo es la garantía de que yo podré hacerlo. La libertad se entiende como respetar la libertad de los demás a decir «no», como el vehículo que acepta y permite el surgimiento del cambio, sin miedo, sin aprensión.

La libertad es un concepto en constante evolución, que va adquiriendo significados que evolucionan en cada generación. Para los primeros reformadores, representaba la emancipación. A medida que la sociedad evoluciona, la libertad no sólo implica eliminar restricciones, sino también la afirmación positiva de derechos. La libertad política no sólo es negativa, sino también un concepto positivo que se enriquece con el tiempo y la experiencia. Isaiah Berlin lo había explicado en su famosa conferencia *Dos conceptos de libertad*, en la que identificó dos formas a la hora de comprender la libertad. Primero, esa libertad negativa que es la ausencia de interferencia o restricciones externas en la capacidad de un individuo de actuar: uno es libre en la medida en que no se le impide realizar sus acciones por fuerzas externas, entendiendo la libertad como no interferencia. Por otro lado, la libertad positiva, la cual trata de la capacidad de un individuo para realizar su propio potencial y alcanzar sus metas, es la libertad comprendida como empoderamiento o

capacidad, es la noción de libertad que comprende la oportunidad de que los ciudadanos puedan dar lo mejor de sí mismos. Aquella relación entre libertad negativa y liberalismo se mantiene a lo largo del tiempo aprendiendo de todo tipo de autoritarismo.

La gran lección que se extrae de esta historia es que aunque el liberalismo es una respuesta al despotismo, no todos los que se autodenominan liberales, o incluso sus variantes o tergiversaciones, siguen ese camino. Resulta alarmante cómo esta versión supuesta del liberalismo, que ha ido evolucionando hacia una importante distorsión del término, ha aceptado fácilmente el argumento de que ciertos derechos, considerados por algunos como inspirados en un supuesto «plan marxista», podrían ser denegados. Los derechos, entonces, ya no lo serían.

El liberalismo se fundamenta en principios esenciales, enfatiza Michael Freeden (2003), tales como la racionalidad humana, la libertad de pensamiento y acción dentro de unos límites, la creencia en el progreso humano y social, la centralidad del individuo, la sociabilidad y la benevolencia humana, el poder limitado y el no ser dominados contra nuestra voluntad.

Por otro lado, el auge del método científico fue determinante en la lucha del liberalismo contra la religión arraigada en el poder, pues la Ilustración liberal se consideraba como la victoria de la razón sobre la superstición. Claro está que la Ilustración fue seguida de manera inmediata por un movimiento contrario, porque al entrar en la era de la luz de la razón, se le sugirió a las personas que la oscuridad, en realidad, no era tan mala como se pensaba.

Pero si somos fieles a los principios originales de lo que entendemos histórica y teóricamente como liberalismo, entonces los liberales deberían apoyar reformas sociales a favor del respeto por los derechos de todas las minorías, y por la no discriminación, sumado a la no violencia (física, emocional, verbal, psicológica, etcétera). Así, el término *liberal* no sólo implicaría una inclinación política, sino también una mentalidad abierta y civilizada, una actitud que aborda las cuestiones desde una perspectiva racional, imparcial, sin supersticiones, sin juzgar,

sin prejuicios. En conclusión, podemos agregar que liberal es quien tiene sensibilidad. De ahí que numerosas personas se etiqueten como pensadores o mentes liberales, incluso cuando no respaldan el liberalismo como ideología.

Las diferentes generaciones de liberalismo representan una evolución continua de esta ideología. Autores como Francis Fukuyama insisten en hacer una defensa del «liberalismo clásico» o «liberalismo humano» (como lo describe la autora Deirdre McCloskey), el cual se encontraría amenazado en todo el mundo, por personas de la talla de Vladímir Putin, quien sostiene que el liberalismo es una doctrina obsoleta; como Viktor Orbán, que expresa su deseo de construir una democracia iliberal en el propio corazón de Europa, o como Donald Trump, quien se negó a respetar las instituciones democráticas al no aceptar su derrota en las elecciones presidenciales de 2020 y no quiso ceder el poder a Joe Biden de manera pacífica y civilizada.

Conservadores y religiosos fundamentalistas, custodios de lo que llaman una sabiduría heredada por obra de la gracia, ven el liberalismo como el promotor de una «laxitud moral general», en la que las personas se adoran a sí mismas y no a un dios o una ley moral. El nacionalismo también ha puesto su grito en el cielo, nos recuerda Fukuyama (2022), cuando sus propios partidarios sostienen que el liberalismo rompió los lazos de la «comunidad nacional» y los reemplazó por una sociedad cosmopolita y abierta.

A lo largo de la historia, continúa el autor, se han presentado tres razones fundamentales para respaldar las sociedades liberales. En primer lugar, desde un enfoque pragmático, el liberalismo sirve como una manera de regular la violencia y facilitar la convivencia pacífica de diversas poblaciones. En segundo lugar, desde una perspectiva moral, el liberalismo resguarda la dignidad humana básica y, en particular, la autonomía individual, permitiendo que cada persona tome decisiones. Por último, desde una perspectiva económica, el liberalismo impulsa el crecimiento económico al proteger los derechos de propiedad y la libertad para realizar transacciones, lo que genera beneficios para la sociedad.

Una clave del liberalismo es la globalización o la idea del mundo globalizado, la sociedad interconectada y multicultural. Una manera de definir la globalización es la creciente interconexión entre economías, personas, ideas, procesos, innovaciones y culturas de manera global: hablamos de un sistema económico más amplio y relacionado a través del libre comercio de bienes, servicios, capitales de inversión y el libre movimiento de personas. De hecho, hay constataciones de intercambios comerciales entre seres humanos desde tiempos muy lejanos. La cooperación, el lenguaje, la razón y la inteligencia nos trajeron al lugar en el que estamos, pero todavía nos queda pendiente reforzar ingredientes como la pluralidad, la empatía y el afecto.

Pero podemos empezar diciendo que los grandes impulsores de la primera «globalización» estuvieron presentes en el mundo clásico y fueron los fenicios, originarios de la costa este del Mediterráneo, en el actual Líbano. Los fenicios actuaron como enlaces entre antiguas civilizaciones mesopotámicas y egipcias, y las emergentes culturas mediterráneas, como la griega, la romana y la etrusca, facilitando así la circulación de personas, ideas y bienes. Los fenicios eran prósperos porque eran productivos y se inclinaban al comercio en vez del poder militar. A diferencia de imperios como los asirios o los babilonios, los fenicios no tenían en mente conquistar, sino sencillamente lograr beneficios económicos, centrándose en la búsqueda de ganancias, de intercambio y comercio, en lugar del saqueo o el robo.

También es importante que profundicemos en la rama económica del liberalismo, es decir, qué plantea el liberalismo desde la economía. Andrew Heywood explica en *Political theory: An introduction* (2015) que las ideas liberales surgieron a raíz del colapso del feudalismo en Europa y el auge, en su lugar, de una economía de mercado que apostaba por el libre comercio. Ya para el siglo XIX se había desarrollado una creencia política liberal distintiva que elogiaba las virtudes de la economía del *laissez-faire*, argumentaba que una intervención gubernamental excesiva amenaza los aspectos positivos de la sociedad. Esto se convirtió en el eje del liberalismo clásico de aquella época. No obstante, desde finales del siglo XIX, surgió una forma de liberalismo enfocado en lo social que se

convirtió en el tema característico del liberalismo moderno del siglo XX y podemos interpretarlo como una moderación del principio, aceptando que no hay forma definitiva y exacta de definir una doctrina social con precisión matemática.

Deirdre McCloskey resumió que el plan liberal de libre comercio dio voz y permiso para innovar a los Benjamin Franklin, los Isambard Kingdom Brunel, los Nikola Tesla, los Albert Einstein, las Coco Chanel y las Willa Cather, que «de otro modo habrían permanecido silenciados y sin reconocimiento». Además, dio permiso al trabajador para ser capaz en libertad de conseguir un nuevo trabajo, o a los comerciantes de poder abrir su propia tienda. El proceso liberador, dice, «nos dio el vapor, el ferrocarril, las universidades, el acero, las alcantarillas, la lámina de vidrio, el mercado de frutas, la alfabetización universal, el agua corriente, la ciencia, el hormigón armado, el voto secreto, las bicicletas, los coches, la libertad de expresión, las cajas de cartón, los aviones, el transporte de contenedores, el libre comercio, los ordenadores y la nube». El título que le pone a este hecho inigualable de crecimiento y desarrollo es el de «gran enriquecimiento», el cual tiene lugar desde 1800 en adelante y significó un aumento total del 3.000 por ciento de los salarios reales per cápita.

En el siglo XVIII, el escocés Adam Smith, conocido como el padre del liberalismo económico, abogó con énfasis por el libre comercio, argumentando que el mercado se ajustaría de manera natural según la ley de la oferta y la demanda, aunque dándole un rol importante al gobierno. La economía y el comercio se basan en el interés propio de las personas. Éste era el nacimiento oficial del liberalismo dentro del ámbito económico.

La indignación de Smith se dirigía hacia las licencias, pasaportes y otras restricciones que impedían a los trabajadores utilizar sus habilidades de manera inofensiva o útil, señala McCloskey (2020), agregando que el deseo de Smith era el de la justicia, otra forma de igualdad, que consistía en ser igual a cualquier otra persona frente al poder gubernamental y los tribunales si otros individuos los empleaban en tu contra. Smith consideraba que la humanidad tiene una inclinación

natural hacia el intercambio comercial. A lo largo del siglo, acabó desarrollando todo un argumentario detallado basado en la separación entre el gobierno y la economía, enfocado en la eliminación de restricciones políticas para la búsqueda de la riqueza, y afirmando, con su *mano invisible*, que aunque todos perseguían sus propios intereses y enriquecerse, las transacciones y servicios que producían contribuían al bienestar común, además de que las personas que realizaban cálculos en su propio interés en un entorno competitivo aprendían la importancia de una conducta productiva. Esto se resume en la siguiente frase de Smith: «No es por la benevolencia del carnicero, del cervecero y del panadero que podemos contar con nuestra cena, sino por su propio interés».

El economista clásico por excelencia convierte estos argumentos en la teoría económica del *laissez-faire*, pero no podemos pasar por alto su obra *La teoría de los sentimientos morales* (1759), en la que explora la naturaleza de la moral y los fundamentos en los que se basa la conducta de los seres humanos. Smith escribe que la moralidad tiene origen en la capacidad humana para simpatizar con los sentimientos de los demás y comprender las emociones ajenas incluso a la hora de hacer un juicio moral. La moralidad, además de basarse en la búsqueda del interés propio, debe respaldarse en la benevolencia, la simpatía y la justicia.

En el siglo XIX, Inglaterra, como la principal potencia económica global, comenzó a cambiar su enfoque económico dejando de lado el proteccionismo y el mercantilismo. En su lugar, optó por reducir los aranceles para facilitar el comercio internacional. Aunque hubo interrupciones debido a guerras y depresiones, después de la Segunda Guerra Mundial se produjo un cambio importante. Hoy en día, la globalización abarca mucho más que el intercambio de materias primas y productos manufacturados, puesto que incluye servicios y productos de inversión. Esto ha llevado a una integración económica global mucho más profunda. La globalización puede comprenderse también como una consecuencia del liberalismo.

En los últimos dos siglos, hemos sido testigos de un aumento en la esperanza de vida, que ha pasado de menos de treinta años a más de setenta. Al mismo tiempo, la incidencia de la pobreza extrema ha

experimentado una notable disminución, descendiendo del 90 al 9 por ciento de la población mundial. Estos logros representan hitos notables en el progreso humano y subrayan la influencia duradera de los principios ilustrados en la mejora de las condiciones de vida a nivel global.

La globalización es una especie de nueva Ilustración, por cuanto nos pone por encima de los límites de la cultura local. Nuestras explicaciones, encerradas dentro del marco de nuestras experiencias acumuladas, se encuentran con formas de definir y comunicar diferentes. Las ideologías aislacionistas y nacionalistas ven en esto una pérdida, como el dogmático ve que su idea cae ante la evidencia. Para este liberalismo, toda refutación, o toda situación que no cabe en sus definiciones, es una ganancia.

La globalización tiene como base la internacionalización de ciertos principios legales y abrir fronteras al comercio, al intercambio, a los negocios, a los gobiernos y a las personas: todos interconectados. El sociólogo británico-canadiense Roland Robertson describió la globalización como la comprensión del mundo como un todo. El autor sostuvo que la globalización no es sólo la difusión de influencias globales, sino también una adaptación local de dichas influencias: en el proceso de globalización, la homogeneidad y la heterogeneidad coexisten y crean una dinámica interacción entre lo local y lo global.

Y cuando hablamos de liberalismo o globalización, es inevitable asociarlo a palabras como *capitalismo*. De alguna manera, podemos decir que ambos comparten una conexión intrínseca, puesto que promueven la libertad individual y la iniciativa privada como pilares del progreso económico.

En el sistema económico teórico que representa el capitalismo, que hunde sus raíces en la industrialización de los siglos XVIII y XIX, las empresas y las personas intercambian bienes y servicios de manera libre para obtener beneficios. Este intercambio libre determina precios y depende de decisiones individuales para distribuir los recursos de una nación. En este sistema, la propiedad y la gestión de empresas y activos están en manos privadas, que se enfocan en el capital (ahorros y

recursos). El capitalismo promovería entonces la propiedad privada, mercados competitivos y la generación de riqueza, donde las empresas buscan obtener beneficios, incluidas las más pequeñas.

Según el *Oxford English Dictionary*, la palabra *capitalismo* fue utilizada por primera vez en impresión por William Makepeace Thackeray en 1854, en su novela satírica *The newcomes*. Sin embargo, no fue hasta la década de 1890 cuando su uso se generalizó, y su aplicación como término de descripción y análisis se extendió en 1902 con la obra *Der Moderne Kapitalismus*, de Werner Sombart. Aunque inicialmente era visto con desaprobación, el término fue pronto adoptado ampliamente, convirtiéndose en la descripción común del *statu quo* desafiado por el socialismo. Hasta la década de 1920, aquellos que se oponían al socialismo preferían el término *individualismo*. La palabra *capitalismo* fue posteriormente asumida como un distintivo de honor, como demuestra uno de sus primeros ejemplos, el libro *Confessions of a capitalist*, de sir Ernest Benn en 1925. Aunque algunos preferían utilizar términos como *libre empresa*, fue a partir de la década de 1960 cuando «capitalismo» se popularizó en ambos lados del debate. La publicación en 1962 de *Capitalism and freedom*, de Milton Friedman, marcó un hito muy significativo, ya que fue uno de los primeros libros en emplear el término de manera positiva, como harían también autoras como Ayn Rand.

El término *capitalismo* fue popularizado por los críticos teóricos del sistema económico. Fue Karl Marx quien contribuyó a la distribución del término al darle uso en su obra *El capital*, publicada en el siglo XIX. Por ser adoptado y utilizado por sus detractores, la autora Deirdre McCloskey prefiere llamarlo «innovismo», ya que «capitalismo» generaría confusión al dar la impresión de que el progreso moderno, donde la situación de los más pobres es significativamente mejor que la de sus ancestros, se debe exclusivamente a la acumulación de capital. En realidad, dice, fueron las ideas, y no la inversión pura, las que iniciaron el cambio económico. Al final del día, también a la hora de hablar del término *capitalismo*, tenemos que entender a qué nos referimos, puesto que su significado varía según la perspectiva de quién lo utiliza, como el caso de China, por ejemplo, donde a veces se plantea que existe «capitalismo», pero en realidad se

trata de un «capitalismo de Estado» con control gubernamental sobre la industria y el comercio, limitando las libertades civiles. Capital manejan todos los sistemas. En las fábricas soviéticas había máquinas, es decir, funcionaban con capital. Es importante entender que capitalismo quiere decir capital libre de formarse, invertirse, pero también de perderse, capital de riesgo. Esto deja fuera al llamado capitalismo de amigos, que son propietarios favorecidos por el gobierno.

Sus defensores sostienen que el capitalismo ha generado beneficios como la creación de empleo y mejoras en la calidad de vida, y sus detractores exponen críticas acusándolo de concentrar la riqueza, explotar a los trabajadores y contribuir a la crisis climática.

Los hechos exponen que en los últimos treinta años, la economía global ha logrado sacar de la pobreza a más de 130.000 personas por día. No sé si podemos decir que esto es producto de lo que se entiende necesariamente como «capitalismo», pero sí del mundo interconectado que rompe fronteras, donde abundan la libertad y la democracia. Por otro lado, es crucial reconocer que el liberalismo no se limita a una visión puramente *laissez-faire*, donde el mercado es visto como el único mecanismo para resolver los problemas sociales. Es imperativo entender que no se le puede dar la espalda a los más pobres ni delegar exclusivamente en el mercado la responsabilidad de abordar la pobreza. Si bien la economía de mercado puede generar riqueza y fomentar la innovación, también debe ir acompañada de políticas sociales sólidas que garanticen un acceso equitativo a la educación y otras necesidades básicas, así como redes de seguridad y contención que protejan a los más vulnerables, al menos hasta que se cree un entorno con mayores oportunidades.

En conclusión, en economía, el liberalismo defiende un comercio libre, donde el gobierno no intervenga de manera excesiva en las transacciones entre individuos; y en lo político, se identifica con los límites al poder, las reformas sociales, la democracia y los derechos humanos. Por último, aquí insisto en que el liberalismo se desarrolla en Occidente por la misma razón que los anticuerpos contra una enfermedad se desarrollan en una persona: porque la enfermedad

existía; en este caso, porque la opresión existía en ese Occidente del que hablamos, que estaba repleto de hogueras y controles morales. Por eso el liberalismo se desarrolla como un concepto negativo respecto del uso del poder. Ludwig von Mises, autor fundamental del liberalismo del siglo XX, manipulado y tergiversado por muchos libertarios y conservadores, sostuvo en su libro *Burocracia* (1944) que el liberalismo no es una teoría orgánica, ni un dogma rígido, ni una religión, puesto que no pide fe ni entrega, ni vive en una aureola de misticismo.

Hecha esta aclaración, y a modo personal, creo que tal vez ya no tiene mucho sentido continuar defendiendo a capa y espada una palabra que, en gran parte, ha sido absorbida por el culto de la nueva derecha, tema que analizaremos más adelante, como es el caso de la palabra *liberal*, ejemplificada en el movimiento de Javier Milei y muchos de sus promotores. Hice el intento en *El manual liberal* (2021), para que no fuese asociada a los movimientos de la nueva derecha, pero ha sido una tarea compleja. Tristemente, una gran parte de lo que hoy se entiende por *liberalismo* se ha transformado en un Frankenstein (ni siquiera de ideas, sino más bien de dogmas y credos).

Actualmente, el rumbo del «liberalismo» se encuentra conducido por semilleros de fundaciones, *influencers*, políticos y académicos que lo han direccionado hacia la nueva derecha, con eventos donde se forman a nuevas juventudes para recitar dogmas. Desde allí se expulsa del liberalismo a todo liberal, bajo la instrucción de encabezar una «batalla cultural» que tiene como lema «combatir al marxismo mundial», al «posmodernismo» o al «comunismo», en un mensaje muchas veces estancado en la Guerra Fría (le llaman *marxismo*, de manera errónea, a todo lo que rompe la visión conservadora de la sociedad). Lamentablemente, en estos tiempos, el restaurar sistemas medievales, teocracias y falta de libertad, aparece bajo el disfraz del «liberalismo».

Es por eso que adhiero a lo que sostiene Benegas (2024) cuando expone lo siguiente:

> Ya no me identifico con el grupo al que una vez orgullosamente pertenecí, los liberales. No es una decisión tomada a la ligera, sino el

> resultado de una observación prolongada y desilusionada de cómo se ha deformado lo que una vez consideré un bastión de la libertad y la integridad. Muchos de los que estaban en la trinchera liberal hasta hace poco, han cambiado de bando, seducidos por la promesa de poder y reconocimiento, adoptando posturas que van desde un conservadurismo restrictivo hasta el neofascismo. Esta mutación del liberalismo en un nacionalismo clerical, un neoconservadurismo disfrazado, es una traición a los ideales de libertad, diversidad y respeto por el individuo. He sido testigo y, en cierto modo, víctima de este cambio. Mis críticas a estas deformaciones me han granjeado la etiqueta de disidente, de «loco», en un ambiente que una vez valoró la libertad de pensamiento. Mi voz puede ser una entre muchas, pero es una voz que se niega a ser silenciada por la conformidad o el miedo a la disidencia.

Como este autor, en un momento afirmé con mucho orgullo que era «liberal». No es que haya dejado de serlo, sino que eso en lo que hoy se ha transformado o se conoce como «liberalismo», adoptado injustamente por hordas de fanáticos, ya no permite a liberales en su entorno, no permite el pensamiento crítico, sigue a líderes mesiánicos incuestionables, se limita únicamente a la economía, y, simplemente, no puedo identificarme con esta nueva deriva. Ese «liberalismo» instrumental actual es muy distinto al de hace décadas o siglos. Lo que vemos es, directamente, que el lenguaje del liberalismo está siendo secuestrado para otro proyecto, que es el de la nueva derecha, al menos en el caso de Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos. Creo que la palabra ha sufrido una transformación probablemente insalvable, como sucede con muchos conceptos, y por el momento quise dejar en este capítulo algunas reflexiones sobre lo que el liberalismo fue, recurriendo a la historia y sus principios fundamentales. El futuro es incierto.

2

Conservadurismo

Esta ideología se encuentra a la derecha del espectro político y surgió en el siglo XVIII. Tiene como cometido, la piedra fundacional de su conjunto de ideas, mantener y preservar las instituciones, prácticas sociales y valores tradicionales. Los conservadores consideran determinadas tradiciones como esenciales para mantener un «orden» puntual y con un esquema diagramado desde hace ya múltiples siglos, arraigado en la presencia de autoridades que reafirmen instituciones como la Iglesia, la familia convencional, la heteronormatividad, el patriotismo y un gobierno que lleva a cabo la obligación de traducir en sus políticas una moral particular. La retórica de la ley y el orden es algo que no estará ausente en el discurso conservador, puesto que el aparato de fuerza representado por el Estado, lejos de estar constreñido a actuar de modo defensivo, tiene como papel fundamental hacer regir en la sociedad tales valores y actuar como policía de las conductas, con independencia de que éstas comprometan derechos o libertades ajenas. Así pues, el Estado se basa en un programa que está por encima de las elecciones individuales, es el custodio de las tradiciones inamovibles.

La resistencia y el temor al cambio también forman parte del marco conservador, algo que explicaba con claridad el autor Friedrich Hayek (quien, por cierto, escribió un interesante ensayo titulado *Por qué no soy conservador*, en el que mencionó que el conservadurismo admira la autoridad y sostuvo que los conservadores tienden a usar la fuerza estatal con el objetivo de prevenir cambios morales). Esto no significa que no pueda haber conservadores con una mente un poco más abierta; puede haberlos, puede suceder de hecho que algunos decidan vivir su

vida de una manera conservadora y que no intenten aplicar sus valores o moral a las demás personas. Pero ése es un conservadurismo en la vida privada, con el mismo valor que otra elección, desde el punto de vista liberal. El punto radica en hasta qué punto es moral juzgar a los demás por su estilo de vida, afirmar que algunos están «equivocados» o «se han salido del camino», y por eso son tratados con lástima, como si debieran curarse de algo malo.

Algunas autoras, como Ayn Rand, han sido abiertamente críticas con el conservadurismo. Sostienen que los conservadores abogan por el control gubernamental sobre el espíritu del ser humano, sobre su conciencia, ya que defienden el derecho estatal a imponer la censura, a determinar los valores morales, a implementar un *establishment* gubernamental de la moralidad o a regir el intelecto, parafraseándola. Rand los llamó «místicos del espíritu». En la obra *Para el nuevo intelectual* (1961), sostuvo que «todo dictador es un místico, y todo místico es un dictador potencial. Un místico ansía la obediencia de las personas, no su acuerdo. Quiere que se rindan su conciencia a sus afirmaciones, sus edictos, sus deseos, sus caprichos, como su conciencia se rinde a la de ellos. Quiere tratar con las personas mediante la fe y la fuerza; no encuentra satisfacción en su consentimiento si debe ganarlo mediante hechos y razón. Su deseo es mandar, no convencer: la convicción requiere un acto de independencia».

Otro aspecto interesante para abrir un debate es hasta qué punto es ético o sano imponer sus valores tradicionales a sus hijos, si eso les coarta la libertad y el derecho al libre desarrollo de su personalidad al limitarlos, o también hacerles «militar» o ser parte de una religión determinada (digo «militar», y no «profesar» o «ejercer», porque los niños no son religiosos, simplemente se les enseña una religión antes de tiempo, sin que logren plantearse ellos mismos dudas o planteamientos que tienen que ver con la existencia y la razón). Ése es un aspecto en el que el conservadurismo, aunque esté circunscrito al plano familiar, entra en conflicto con el Estado liberal, que considera a los niños seres independientes con sus propios derechos, incluso ante la autoridad paterna. Podríamos también reflexionar sobre el término *reproducirse*.

Los niños no son una reproducción de los padres, son más bien producidos, sí, pero para ser seres independientes, con la libertad de desarrollar su propia personalidad, no son, ni deben ser, una mera fotocopia.

Michael Freeden (2003) planteó que los conservadores tienen una especie de ansiedad desarrollada frente al cambio, que los lleva a pensar en una permanente distinción entre el cambio «natural» y «antinatural», y agrega que muchos hacen uso de la religión como un principio de la moral y las creencias políticas que tienen, y buscan imponer el orden político mediante la religión, convirtiendo el Estado en un instrumento político de su fe y apelando a la inercia humana (lo que lo vuelve una tradición política con tanto poder). El estímulo principal del conservadurismo, remata Freeden, sigue siendo el miedo, y la esencia del conservadurismo radica en su propio nombre: conservar, conservar estructuras sociales y políticas que ya han sido probadas, en lugar de dar pie a cambios que se dan de un momento a otro y que podrían traer beneficios a la sociedad.

Pero el conservadurismo se ha manifestado a lo largo de la historia de distintas formas, algunas veces de forma más cautelosa, abierto al debate, y otras, como en las décadas más recientes, reaccionario y dispuesto al choque, transformándose en la base ideológica de movimientos más radicales, como la llamada nueva derecha o incluso la derecha alternativa (*alt-right*), desde donde varios de sus profetas se identifican como conservadores (y recientemente como «liberales», de ahí que el sentido de las palabras pierda su historia o simplemente cambie con el tiempo dejando de expresar su significado original).

De nuevo, algunos conservadores pueden mostrar actitudes más críticas hacia las formas de vida de las demás personas, tratando a los demás como niños a los que hay que educar e imponerles rectitud desde un escenario de superioridad moral, y otros pueden adoptar una actitud de respeto y convivencia pacífica en la sociedad, incluso con apertura al diálogo. Desde la primera perspectiva, la autora liberal clásica Deirdre McCloskey (2020) plantea que «los conservadores consideran que las

personas corrientes son bárbaros, niños indisciplinados o ignorantes, que deben ser gobernados de manera estricta».

Ahora vayamos a los inicios del conservadurismo como ideología, el cual tiene su origen entre los siglos XVIII y XIX tras desarrollarse como corriente política en respuesta a la Revolución francesa (1789-1799), cuando la sociedad dio un vuelco que rompió con el modelo político monárquico y déspota de aquella época. Los conservadores buscaron preservar las instituciones tradicionales y monárquicas, oponiéndose a los ideales de la naciente revolución. De este modo, el conservadurismo siempre ha sido una ideología de reacción, primero contra la Revolución francesa y más tarde contra los movimientos de liberación de los años sesenta y setenta (sin mencionar los de la actualidad).

El filósofo irlandés-británico Edmund Burke (1729-1797) es considerado uno de los padres de esta ideología tras detallar la importancia de mantener las instituciones establecidas en el llamado Antiguo Régimen, una forma de gobierno y estructura social prevaleciente en Europa, que abarcaba desde la Edad Media hasta finales del siglo XVIII. Algunas características de este régimen incluyen la monarquía absoluta (el poder concentrado en manos de un monarca con derecho divino y control casi ilimitado del gobierno), la sociedad estamental (dividida en estamentos o clases sociales definidas y jerárquicas, que incluían la nobleza, el clero y el tercer estado, generalmente conformado por la burguesía y los campesinos), los privilegios y desigualdades (los estamentos tenían derechos y privilegios: la nobleza y el clero, por lo general, gozaban de exenciones fiscales y otros privilegios, mientras que el llamado tercer estado soportaba una carga fiscal significativa y tenía menos derechos políticos), la economía agraria con relaciones feudales entre terratenientes y campesinos, y la rigidez social, que conllevaba una movilidad social limitada: la posición social de una persona estaba en gran medida determinada por su lugar de nacimiento.

Al escribir su obra *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1790), en la que se enfrenta al proceso revolucionario francés, Burke condena el derrocamiento de la monarquía, el gobierno aristocrático y la alteración

del orden social. Burke argumentó que aquella revolución pretendía destruir las tradiciones, abogó por la tradición como una «fuente de sabiduría acumulada a lo largo de los años» y enfatizó que los cambios dentro de la política debían ser graduales, además de que había que preservar las jerarquías y las autoridades para mantener una estabilidad producto de un orden que radicaba en las estructuras sociales hegemónicas establecidas.

Sus ideas sentaron las bases del pensamiento conservador. También se mostró como defensor del libre mercado, algo que muchas veces, incluso en la actualidad, hace que el conservadurismo se confunda con el liberalismo si no se tiene mucho conocimiento sobre las propuestas profundas de ambas ideologías (en la actualidad, muchos conservadores declarados, entre ellos los del Partido Republicano en Estados Unidos o los del partido Vox en España, son partidarios de políticas económicas proteccionistas y de sustitución de importaciones).

Pero como explica Valentina Verbal (2022), Burke no sólo justificó el orden social desde una suerte de transmisión intergeneracional de costumbres y tradiciones, sino también desde la primacía del principio de autoridad sobre el de libertad. De hecho, Burke criticó lo que denominó «libertad extrema» y señaló abiertamente que «la libertad debe ser limitada para ser poseída». Esto es así porque lo que siempre ha caracterizado a los conservadores, agrega Verbal, es la defensa de un carácter teleológico o instrumental de la libertad, en el sentido de que ésta debería estar al servicio de una determinada concepción de la vida buena, normalmente de raigambre cristiana.

Autores como Joseph de Maistre (1753-1821) también abogaron por la tradición y la autoridad, influyendo en el desarrollo del modelo y el pensamiento conservador a lo largo del continente europeo. Para este autor, el conservadurismo consistía en la creencia de que es mejor conservar determinadas cosas que cambiarlas y que la sociedad era una asociación sagrada que iba desarrollándose a lo largo del tiempo. El conservadurismo, como doctrina política y social, sostiene que la sociedad progresa mejor al mirar atrás, al pasado: es una adhesión a lo ya probado, frente a lo que está sin probar. Mientras se aferra a prácticas

sociales anticuadas, pareciera tener problemas para afrontar los problemas del mundo actual.

Por otro lado, en el siglo XX, el historiador estadounidense Russell Kirk influyó en el desenlace del pensamiento conservador de Estados Unidos con su libro *Los fundamentos del orden* (1953), en el que defendía la autoridad moral tradicional, respaldada y protegida por las «instituciones intermedias», una vez más, como la Iglesia, la familia y otras asociaciones. Según Kirk, «el conservadurismo es la expresión de la disposición humana a aprender de la experiencia, a respetar las tradiciones y a someternos a las limitaciones impuestas por el orden moral y el conocimiento divino». Este autor estableció que la libertad es sumisión a la voluntad de Dios y que quien desea la verdadera libertad debe reconocer un orden providencial que sanciona todas las libertades.

En ese mismo siglo, el británico Michael Oakeshott difundió el conservadurismo y criticó lo que él llamaba «ideologías abstractas» junto al «racionalismo político», sosteniendo que la política debe guiarse según la experiencia y el hábito moralista. Además, distinguía entre lo que denominaba el «modo de hacer» y el «modo de ser», mostrando recelo frente a la «sociedad planificada» (corresponde analizar qué se entiende por planificada y si esto significa que todo lo que encabeza un movimiento social es interpretado como «planificado», pues los que rechazaban el auge del feminismo o el abolicionismo también lo veían como algo «planificado»; de hecho, actualmente muchos ven los movimientos sociales como un «complot» o *lobby*).

Para Oakeshott, «el conservadurismo no es una ideología fija y rígida; es más bien una posición que preservar, renovar y ajustar gradualmente las instituciones y prácticas que han demostrado ser eficaces a lo largo del tiempo», y ser conservador «es preferir lo familiar a lo desconocido, es preferir lo probado a lo no probado, el hecho al misterio, lo actual a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo cercano a lo distante, lo suficiente a lo superabundante, lo conveniente a lo perfecto, la risa presente a la dicha utópica».

El escritor británico Roger Scruton también defendió el conservadurismo. Sostenía que el arte y la cultura juegan un papel clave

en la gestación de la identidad cultural y la transmisión de valores, y planteaba que autorregularse moralmente era esencial para mantener la sociedad cohesionada. Puso un especial énfasis en destacar la relación entre la naturaleza y el ser humano (una especie de conservadurismo ambiental), criticando el mundo moderno (la arquitectura, el urbanismo), y se mostró con miedo frente al mundo multicultural, haciendo hincapié en preservar la identidad nacional. Scruton definió al conservadurismo no sólo como una «posición política», sino también como una visión del mundo basada en la historia y las tradiciones culturales. Esa visión del mundo, modelo de vida o hábito mental, algunas veces suele ser derrocado por el doble estándar de las personas que lo predican pero no lo ejercen. Pero nos deja la duda acerca del sentido de la autorregulación. Cabrían ahí tal vez las preocupaciones de muchos conservadores sobre las costumbres personales, pero ¿por qué no tendrían el mismo valor las de los liberales acerca de no meterse con la moral ajena que no nos incumbe?

Esta ideología llegó a transformarse en una fuerza política en Europa, que se opuso a las visiones más liberales de la sociedad y planteó la restauración de monarquías, como sucedió en Francia. Prácticamente todas las monarquías de la historia estuvieron sustentadas en un sistema hereditario, que casi siempre consistía en que el primer hijo varón era el que heredaba el poder. La monarquía es una de las formas más antiguas de gobierno, que se remonta aproximadamente al 3000 a. C., con monarcas bajo distintos títulos, desde faraón, zar, emperador, sultán, rey y demás.

Con el tiempo, el poder de los monarcas empezó a limitarse, desde el caso del rey Juan (1199-1216) en Inglaterra, quien fue obligado a firmar la Carta Magna, que establecía ciertos límites a su poder. Esta carta, firmada en 1215 en Inglaterra entre el rey y los señores feudales rebeldes, es un documento clave que limitaba el poder del monarca, introdujo derechos individuales y sentó las bases para el desarrollo del Estado de derecho y la constitucionalidad, lo que tuvo su influencia en la evolución de los derechos humanos y el parlamentarismo. Su importancia perdura en la historia del gobierno y la protección de derechos, aunque esto sea

en realidad producto del pensamiento liberal, a lo que nace enfrentándose el conservador.

La monarquía como forma de gobierno languidece tras revoluciones como las de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Las monarquías en el mundo moderno han evolucionado de distintas formas. En Europa, a excepción de la Ciudad del Vaticano, se han convertido en monarquías constitucionales donde el soberano ostenta un poder limitado y está sujeto a la ley. El verdadero poder recae en un primer ministro, elegido por un parlamento.

En el Reino Unido y los Países Bajos, por ejemplo, el monarca es un símbolo de unidad nacional, mientras que en otros, como Grecia o Italia, durante el siglo XX se eliminó esta figura al considerarla fuente de división. Por su parte, existen otros países, como Arabia Saudita o los Emiratos Árabes Unidos, que cuentan con monarcas que ejercen un gobierno directo sobre sus naciones. Actualmente, alrededor de 20 por ciento de los países en el mundo tienen monarquías, muchas de las cuales son constitucionales, con monarcas sujetos a una constitución y que deben respetar las decisiones parlamentarias.

Thomas Hobbes (1588-1679), influyente filósofo inglés en el ámbito político, defendía la idea de que la monarquía absoluta era la única forma de gobierno que podía garantizar la estabilidad social. En su obra *Leviatán* (1651), expresó la conocida teoría de que el hombre es el lobo del hombre, indicando que sin un poder central, la sociedad caería en un estado de guerra constante llamado «condición natural» o «estado de naturaleza», y que por eso era necesario un Leviatán, es decir, un gobierno grande y todopoderoso al que había que temer.

Para escapar del «caos» del estado de naturaleza en el cual la vida era «solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve», propuso la idea del contrato social, es decir, que las personas acordaran de manera tácita o explícita renunciar a parte de su libertad y someterse a la autoridad de un soberano a cambio de seguridad y orden social. Hobbes llegó a la conclusión de que esta seguridad sólo puede lograrse mediante la creación de un Estado, al cual todos nosotros cedemos parte de nuestro poder. En aquella famosa obra, Hobbes lo explica así:

> Hecho esto, la multitud así unida en una persona se denomina ESTADO, en latín, *civitas*. Ésta es la generación de aquel gran LEVIATÁN, o más bien (hablando con más reverencia), de aquel dios mortal, al cual debemos, bajo el Dios inmortal, nuestra paz y nuestra defensa. Porque en virtud de esta autoridad que se le confiere por cada hombre particular en el Estado, posee y utiliza tanto poder y fortaleza que por el terror que inspira es capaz de conformar las voluntades de todos ellos para la paz, en su propio país, y para la mutua ayuda contra sus enemigos, en el extranjero. Y en ello consiste la esencia del Estado, que podemos definir así: una persona de cuyos actos una gran multitud, por pactos mutuos, realizados entre sí, ha sido instituida por cada uno como autor, al objeto de que pueda utilizar la fortaleza y medios de todos, como lo juzgue oportuno, para asegurar la paz y la defensa común. El titular de esta persona se denomina SOBERANO, y se dice que tiene poder soberano; cada uno de los que le rodean es SÚBDITO suyo.

Un ejemplo que traer al debate es que en su *Segundo ensayo sobre el gobierno civil* (1690), John Locke comparte con Hobbes la idea de dejar atrás el estado de naturaleza, pero a diferencia de Hobbes, Locke no respalda monarquías absolutas sin límites de poder. Sostiene que las personas forman comunidades políticas y aceptan el gobierno para proteger su propiedad, pero que es fundamental la creación de leyes conocidas y aceptadas por consenso para solucionar disputas.

De esta forma, Locke plantea la necesidad de limitar el poder del Estado para preservar la propiedad, iniciando un debate sobre cómo poner esos límites y cuáles deben ser. Algernon Sidney (1623-1683), por ejemplo, cuyas obras, junto a las de su contemporáneo John Locke, simbolizan una piedra angular en los límites al poder propuestos por el pensamiento liberal clásico, explora cómo definir los límites del gobierno, sosteniendo que el propósito del mismo es el beneficio de los gobernados y no del gobernante. Argumenta que el poder no debe convertirse en una ventaja personal para el líder, sino más bien en una responsabilidad que implica servir a la comunidad.

Pero ya en el siglo xx, después de las guerras mundiales, los conservadores no ponen tanto énfasis en instituciones como la monarquía, sino en el rechazo hacia los cambios sociales que se comenzaban a observar en las sociedades más abiertas en términos

sociales y culturales. En Estados Unidos, como respuesta al despertar de las décadas de los años sesenta y setenta, cuando aparecieron movimientos sociales a favor de los derechos de la mujer, de la libertad sexual, la legalización de las drogas y otros temas que tienen que ver con la esfera de decisiones de los individuos, estos movimientos comenzaron a tomar fuerza política y a romper con el modelo conservador de los años cincuenta, cuando la regulación de la moral era firme y dura, la mujer debía comportarse de determinada manera, las personas negras de otra, los niños de una diferente, y los homosexuales de otra forma rígida: todos tenían que seguir a rajatabla los códigos para ser «buen niño», «buena niña», «buena madre», «buena esposa», etcétera, cada uno con un lugar determinado y asignado en la sociedad.

Ahora me gustaría hacer un inciso, esta vez para profundizar en el ya mencionado tema de la «familia tradicional», un tópico de extrema importancia para la ideología conservadora, puesto que para ellos esta institución está actualmente atravesando una «crisis». La buena familia, plantean, es la que llaman «tradicional» (papá, mamá, hijos) o «natural». En realidad, no hay tal cosa como familia «natural», puesto que hay cientos de formatos posibles de familia, y cabe agregar que la «buena familia» es la que proporciona amor, la que cuida, la que escucha, la que ayuda a que uno desarrolle su personalidad libremente, la que tiene empatía, la que en vez de construir barreras a cada lado del camino ayuda a cada uno a construir los propios escalones para llegar a donde se quiere.

La autora Triviño (2021) sostiene que «no hay tal cosa como crisis de la familia» y que en realidad lo que puede haber es una crisis de un modelo familiar concreto. En las últimas décadas, sostiene, «se han experimentado cambios familiares reseñables: la democratización de la toma de decisiones dentro de algunos núcleos familiares, la irrupción de otros modelos de familia, el descenso de la nupcialidad, los cambios en las formas de matrimonio y emparejamiento, la emancipación tardía de la juventud, el retraso de la edad de maternidad, el descenso de la natalidad, la opción de no tener hijos, y el aumento de la tasa de separaciones y divorcios». Además, «contraer matrimonio o formar una

familia siguiendo patrones patriarcales ya no forma parte del proyecto de vida de un número en aumento de mujeres. El rol de la buena esposa, del ángel del hogar que tantos malestares generaba en las mujeres, se ha resquebrajado en muchos sentidos».

Hago aquí un paréntesis para explicar que el concepto de patriarcado, tal cual se entiende actualmente, se traduce en una referencia a una distribución desigual del poder entre hombres y mujeres, donde los hombres tienen preeminencia en aspectos como la determinación de la descendencia, derechos de primogenitura, autonomía personal en las relaciones sociales, participación en el ámbito público y la asignación de estatus según la división sexual del trabajo. El término *patriarcado* se utiliza históricamente para describir una forma de organización social en la que la autoridad está concentrada en el varón líder de la familia. En ese sistema, ese hombre es el propietario del patrimonio familiar, que engloba a sus hijos, esposa y bienes. Esta estructura tradicional ha sido identificada como una base para la desigualdad de género, ya que asigna roles y jerarquías específicos según el género, perpetuando dinámicas de poder desiguales entre hombres y mujeres.

No olvidemos que hasta la segunda mitad del siglo XX, la sociedad estadounidense estaba obsesionada con el nivel de conformidad impulsado por los valores judeocristianos y el racismo socialmente aceptado, sumado a que el papel de la mujer se encontraba en el hogar para criar hijos viriles e hijas serviles. La institución eclesiástica era fundamental para la familia estadounidense y la homosexualidad se consideraba una perversión, así como el sexo antes del matrimonio o el control de la natalidad con métodos anticonceptivos.

El patriotismo, así como lo siguen sintiendo los conservadores, era una religión en sí misma: de hecho, la bandera continúa jurándose en su «Pledge of Allegiance» bajo el lema de «una nación bajo Dios», frase insertada el 14 de junio de 1954 por el presidente Dwight Eisenhower. El escrito original, de 1892, no tenía ninguna referencia a la religión y recitaba lo siguiente: «Prometo lealtad a mi bandera y a la República que representa, una nación indivisible, con libertad y justicia para todos».

Toda esta visión conservadora de unión del poder estatal y la religión representa una desviación absoluta del proyecto estadounidense pensado por los padres fundadores.

Este marco ideológico conservador nace como una confrontación a la visión liberal, criticándola por desafiar y cuestionar las instituciones establecidas o por el énfasis liberal en los derechos individuales y la autonomía.

Respecto al socialismo, los conservadores criticarán más adelante, al igual que los liberales, la concentración excesiva de poder en manos del Estado, la intervención estatal en la economía y la planificación económica centralizada que rechaza el mercado. Sin embargo, en estas últimas décadas, algunos denominados conservadores, principalmente dentro del Partido Republicano estadounidense, se han mostrado a favor de las guerras comerciales, del proteccionismo y de algunas medidas de control dentro de la economía, lo que a veces ha convertido al conservadurismo en una militancia de la reducción de impuestos (que luego no bajan) y del control moral, confundiéndose erróneamente con el liberalismo.

Poniendo el énfasis en el conservadurismo social y fiscal, el modelo conservador ideológico se impuso como propuesta política en los años ochenta, con figuras como las de Ronald Reagan o Margaret Thatcher. Vale la pena señalar la ubicación de los conceptos en la historia. Ronald Reagan fue quien dio viabilidad a un movimiento llamado «mayoría moral», que Ayn Rand criticó severamente por la imposición de un modelo de conducta desde el centro del poder. Ese mismo fue el puntapié inicial del trumpismo, que lo hace centro de su ideología. Pero Reagan tenía una vida tradicional, paradójicamente, muy alejada de las libertades que se toma Donald Trump. Sin embargo, en la década de 1980, la propuesta reaganiana no chocaba tanto con el estado de la sociedad como su versión extremista con Trump. Por lo tanto, las campañas de Reagan contra las drogas no resaltaban como características principales de su gobierno, sino sus ideas reformistas en materia económica, no siempre llevadas a cabo, y su papel en la Guerra Fría.

Rand fue la primera en oponerse a esa «mayoría moral» —la raíz de la nueva derecha en la que se inscribe Javier Milei (quien cita la Biblia para justificar sus acciones) y muchos de sus «liberales»—, cuya meta fue convertirse en unidades básicas de militancia religiosa durante la campaña de Reagan, parafraseando a José Benegas, que en ese entonces eran un apoyo a su proyecto, pero que hoy han absorbido al Partido Republicano, y transformado al «liberalismo» en lo que este autor describe en *Lo impensable: el curioso caso de los liberales mutando al fascismo* (2018). En su último discurso, en el año 1981, Ayn Rand hizo una enfática crítica a Ronald Reagan y a la llamada «mayoría moral»:

> La clase de criaturas estilo Halloween que está tratando de tomar la arena intelectual de hoy no fue creada por la administración Reagan, existió en cada periodo en los rincones oscuros y conocidos de la historia. Pero en un período de quebranto filosófico, pueden arrastrarse hacia la luz. Hoy están organizados bajo muchos nombres y lemas pretenciosos. El más presuntuoso de los nombres es «la mayoría moral», y el más falso de sus lemas es la afirmación de que son «provida». Lo que todos tienen en común es que son místicos militantes que han aprendido a ser arrogantes al no encontrar oposición. Su pensamiento común y el ideal reconocido, la encarnación de sus objetivos filosóficos, es el hombre que ha tenido éxito en unir la religión y la política y establecer una dictadura religiosa. Conocido como Ayatollah Khomeini.

Es de amplio conocimiento que la libertad y la innovación (en todos sus sentidos) siempre tendrán que hacer frente a la resistencia de parte de personas que temen perder algo en el caso de que cambien las cosas, temor que alimenta los incentivos para intentar poner freno a la innovación y a los cambios a través de regulaciones, monopolios, prohibiciones, control social, discriminación, etcétera.

Sí, la nostalgia y el miedo son elementos de la psicología humana, pero no pueden ser la esencia y el timón principal de la política ni de nuestras vidas: animarnos a más, y si no nos animamos, no molestar a los que quieren hacerlo. Vivir con miedo es ser esclavo, e imponer el miedo a otros (desde la política, la religión o desde donde sea) es esclavizar a los demás. La realidad, así como sucede con las ideologías, con las palabras o

incluso con nosotros mismos, nos enseña que la vida se caracteriza por el cambio constante, por la transición, puesto que lo que permanece estático carece de vida. El cambio requiere valentía y coraje.

3

Nueva derecha

Hemos hablado bastante sobre este movimiento o ramificación ideológica a lo largo de las páginas anteriores, pero ha llegado la hora de describirlo en detalle en este capítulo, después de ahondar en la perspectiva conservadora, de donde brota la llamada «nueva derecha». Se trata de un engendro de la política que hace de todos los prejuicios una ideología, que se ve a sí misma como conservadora, pero en realidad quiere cambiar la sociedad, en base a un pasado idílico visto con ciertas anteojeras.

Ese pasado al que quieren regresar es de familias bajo modelos cristianos, donde las personas diferentes eran ignoradas, tratadas o detenidas, por lo tanto no molestaban. Los extranjeros estaban por ahí limpiando automóviles y haciendo tareas de limpieza, pero su carácter de ilegales los hacía marginales. Este tipo de conservadurismo de la nueva derecha es un sincretismo de ideas fascistas, racistas, xenófobas y homófobas, victimizando a una normalidad que se encontraba bajo el control de un poder masculino.

Para esa nueva derecha, todo el que no se encuentra bajo los parámetros de su normalidad es un agresor, un conspirador que destruye su mundo. Desde esa ubicación juzgan el cambio cultural que ocurre a su alrededor y, alimentada por la frustración de una clase media que ya no puede mantenerse a flote sin dos trabajos, representa un estado de ánimo y un resentimiento muy particular.

Hoy hay un conservadurismo reaccionario que es difícil diferenciar del fascismo, principalmente porque muchos fascistas (que existen, aunque creamos que es sólo una etiqueta peyorativa generalizada y

utilizada ligeramente, que algunas veces puede ser cierta) y conservadores se unen en un punto de encuentro en la llamada nueva derecha. Pero como explica José Benegas en *Un mundo contaminado* (2023), hoy por hoy, ser conservador tiene más que ver con rasgos teocráticos, con nacionalismo y con la lucha contra las expresiones de género de los individuos, que son consideradas como una conspiración marxista parecida más bien a una herejía, a una rebelión de la ciencia contra Dios.

El término *nueva derecha* es un tanto más amplio y general, aplicado a distintas revisiones y evoluciones dentro del espectro político de la derecha, y no directamente asociado (aunque adquiere muchas de sus características) a los movimientos supremacistas blancos, como sí lo está la llamada «derecha alternativa» (*alt-right*), la cual tiene su origen en la descripción de una coalición de grupos y movimientos estadounidenses más específicos que surgen en la década de 2010 en adelante. Así pues, la *alt-right*, aunque tiene varias semejanzas con la llamada «nueva derecha», no es exactamente lo mismo. Aquellos rasgos sí pueden encontrarse también en la «nueva derecha», pero en la *alt-right*, por sus posturas más radicales, se encuentran más arraigados.

Uno de los principales nombres asociados e ideólogos de la *alt-right* es Richard Spencer, quien acuñó el término y se ha dedicado desde hace años a la propagación de ideas y propuestas en contra de la inmigración y a favor del nacionalismo blanco. Fue Spencer quien exclamó en una conferencia «Hail Trump, hail our people, hail victory!», y afirmó lo siguiente: «Soy un identitario blanco, me importa la supervivencia de mi gente. La idea de que todos somos iguales es un absurdo y está destruyendo nuestra sociedad». Spencer ha estado involucrado en la organización de varios eventos nacionalistas blancos (él dice que «Estados Unidos pertenece a los blancos») y ha sido una figura reconocida del movimiento *alt-right* más amplio. Podemos mencionar también a Rick Tyler, candidato al Congreso inspirado por Donald Trump, quien se hizo conocido por colocar en vallas publicitarias de Tennessee carteles que dicen «Make America White Again» [Haz que Estados Unidos sea blanco otra vez].

En 2016, el entonces presidente Donald Trump resucitó el eslogan «America First» como parte de su plataforma política. En su primera semana en el cargo, Trump firmó una serie de órdenes ejecutivas para prohibir la entrada de inmigrantes, incluyendo refugiados, especialmente de países árabes. En 2017, Trump estableció una cuota históricamente baja al limitar la admisión de refugiados a 45.000 para el año 2018, marcando un mínimo desde que los presidentes estadounidenses establecieron cuotas de refugiados.

La propuesta de Donald Trump de regresar a un «pasado glorioso» plantea interrogantes sobre a qué momento específico de la historia se refiere. ¿Es acaso el siglo XIX, cuando en Estados Unidos regía la esclavitud y la opresión a la población negra? ¿Se remonta a la era de las leyes de Jim Crow, llamadas así por el nombre de un personaje de un espectáculo musical caricaturesco, cuando los afroamericanos en el sur enfrentaban la discriminación sistemática y restricciones para votar?

Los efectos de la era Jim Crow definitivamente siguen vigentes, aunque la gente crea a veces que eso es historia antigua, pero aún hay personas vivas que están traumatizadas por acontecimientos de aquellos años, de una época que abarcó desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX, cuando las leyes estatales y locales, específicamente las del sur del país, negaban los derechos a las personas negras. La era Jim Crow duró aproximadamente ochenta años, partiendo de la historia que viene después de la guerra civil hasta la aprobación de la Ley de Derecho al Voto de 1965.

En una entrevista para *Hollywood Reporter*, el principal estratega político de Trump y fanático defensor del nacionalismo cultural, Steve Bannon, mencionó que actualmente estamos viviendo una era que será tan emocionante como los años treinta. Esa declaración suscitó preocupaciones, ya que la década de 1930 fue testigo de simpatías hacia el fascismo en Estados Unidos. La llamada a recuperar la grandeza del pasado plantea inquietudes sobre qué aspectos específicos de la historia se están idealizando y sus posibles implicaciones en términos de derechos civiles y valores democráticos.

Pero retomando el auge de la nueva derecha, podemos decir que en este momento somos testigos de la presencia y el crecimiento de este movimiento como fenómeno político y social, que ha emergido en distintas partes del mundo compartiendo algunas características fundamentales, como la adopción de un discurso populista que se asume como defensor de las preocupaciones del «pueblo», el rechazo a la globalización, el refuerzo de la idea de la soberanía nacional, el patriotismo y la obsesión con la identidad cultural y los «valores tradicionales» del país, el nacionalismo, las propuestas conservadoras en ámbitos culturales y sociales, como la oposición al matrimonio igualitario, la defensa de los roles de género tradicionales y el rechazo hacia la legalización de las drogas, entre otras cosas, y una fuerte crítica a la inmigración bajo el argumento de que la apertura de fronteras y la llegada de inmigrantes sería una amenaza a la cohesión y cultura nacional, y también se presentan como personas *antiestablishment*. En España, por ejemplo, es el partido político Vox el que encarnó la creación y la estructuración de la nueva derecha en ese país, que no ofrecía simplemente una «ideología», sino que crearon una identidad de consumo fácil y masivo.

El golpe a la democracia por parte de estos movimientos es un componente característico. No olvidemos que Adolf Hitler rechazaba la democracia aduciendo en su libro *Mein Kampf* (1925) que «la debilidad de la democracia reside en que, por lo general, se pronuncia en voz alta en términos humanos sobre temas que han de ser decididos por hombres, no por chacales» y que «las grandes masas son carentes de discernimiento y, por tanto, fácilmente manipuladas por una propaganda hábil». Hitler la despreció, la consideraba un sistema débil y caótico que conducía a la decadencia y a la pérdida de la identidad nacional. Hoy la opinión que circula dentro de los movimientos de la nueva derecha no son muy diferentes a éste. De hecho, en el mes de febrero, en la celebración de la conferencia conservadora CPAC en Estados Unidos, el *influencer* del movimiento MAGA de Donald Trump, Jack Posobiec, compartiendo escenario con Steve Bannon, dijo lo siguiente: «Bienvenidos al fin de la democracia. Estamos aquí para derrocarla

completamente. No acabamos de llegar del todo hasta allí el 6 de enero, pero nos esforzaremos por deshacernos de ella».

En el año 2016, Donald Trump asumió la presidencia de Estados Unidos. Llegó como un *outsider* ajeno a la política y haciendo uso del populismo como un mecanismo para atraer a un electorado ya disgustado y con sensación de haber sido abandonado por la política de siempre, en busca de un cambio que pusiera las cosas patas arriba (algo similar a lo sucedido con Javier Milei, no electo porque a la gente de repente se le ocurre leer a Friedrich Hayek o a Ludwig von Mises —que si ése fuera el caso, no parecieron entenderlos—, sino por una política partidaria del hartazgo, lo mismo que sucedió con Hugo Chávez en Venezuela).

Como ha sucedido siempre, frente a momentos de descontento social, brotan personajes, caudillos, mesías, los llamados «líderes populistas», que lo aprovechan y edifican su figura para satisfacer su ego y alimentar su narcicismo. Trump, sin haber ejercido un cargo político en su vida, aparece en la escena política de Washington con una dialéctica *antiestablishment* que pone al «pueblo» frente a la «élite» (un condimento clave del populismo), encabezando consignas violentas contra Hilary Clinton y con promesas que endulzan a las masas: desde bajar impuestos hasta negar el cambio climático o construir un muro en la frontera con México y, por supuesto, «Hacer a Estados Unidos grande otra vez» (el partido de Javier Milei utiliza gorras que en vez de rojas son azules, y sostienen las consignas «Hacer a Argentina grande otra vez» y «Las fuerzas del cielo»).

Pero la nostalgia de Trump difícilmente pueda encontrarse en la tradición norteamericana, se parece mucho más al tipo de cultura política que José Ignacio García Hamilton comenta en *El autoritarismo y la improductividad en Hispanoamérica* (2004), una combinación de tradicionalismo católico con una disciplina militar. Encuentra más raíces en el nacionalismo europeo de la década de 1930 que en las ideas que hicieron de Estados Unidos un país particular. Si, como decía Ayn Rand, Estados Unidos es el primer país basado en el concepto de libertad, Donald Trump no lo representa ni lo entiende.

El 6 de enero de 2021 se vivió un acontecimiento sin precedentes en Estados Unidos: el asalto al Capitolio por parte de seguidores identificados con el entonces presidente Donald Trump, quien respaldó y fomentó la acción. Después de meses repitiendo la gran mentira de que él era el verdadero ganador de las elecciones, acabó desatando a una turba de sus seguidores más fanáticos y los instó a marchar hacia el Capitolio con el objetivo de insistir en que el Congreso y el entonces vicepresidente Mike Pence revocaran los resultados electorales y lo nombraran presidente. Los niños *bullies* y caprichosos no aceptan un «no».

Este evento, encabezado en nombre del conservadurismo y con similitudes con golpes vistos en América Latina, buscaba mantener a Trump en el poder a pesar de la confirmación legal de la victoria de Joe Biden en las elecciones presidenciales más revisadas de la historia del país. Este episodio refleja una negación infundada de la realidad por parte de Trump, quien, impulsado por su narcisismo, se negó a aceptar los resultados respaldados por exhaustivos escrutinios y validaciones legales hechas por tribunales y funcionarios electorales de distintos sectores. Ninguna elección fue escrutada tantas veces y ratificada en resultados como aquélla.

Mientras estos militantes con banderas confederadas y libertarias (de Gadsden) rompían ventanas y asaltaban el Capitolio, nos dimos cuenta de que nunca en la historia los estadounidenses habían intentado destruir de esa forma su propia capital (y esencia) con el fin de revertir los resultados de una elección: la furia estaba desatada y ésos eran los síntomas de una estructura de larga data en el país, porque nadie se despierta una mañana y decide asaltar el Capitolio de Estados Unidos porque sí. Llegar a tal punto requiere años de sumergirse en un ambiente en el que un comportamiento como ése sea considerado heroico en lugar de ridículo, absurdo y brutal, además de completamente antiestadounidense, puesto que está en las antípodas del experimento propuesto por los padres fundadores.

Este fenómeno se vio alimentado por el reciclaje de la doctrina del «Occidente cristiano» y la insistencia en que el liberalismo es y debe permanecer como parte integral de la doctrina cristiana. Figuras como

Marjorie Taylor Greene, antes conservadores, ahora también se identifican como nacionalistas cristianos. Putin sigue una doctrina similar respaldada por la Iglesia ortodoxa rusa para aplicar lo que él entiende como «valores tradicionales» y regular la vida de las minorías, persiguiendo a cualquier disidencia o a las minorías.

Desde la óptica del nacionalismo cristiano, la supremacía legal no recae en la constitución o la libertad, sino en su propia interpretación del cristianismo. Según esta narrativa mítica, los cristianos se ven a sí mismos como los fundadores o creadores de lo que conocemos como Estados Unidos, asumiendo que tienen el poder de imponer su religión a la sociedad civil porque supuestamente así fue establecido en un principio. Para los defensores del nacionalismo cristiano, que hoy ocupan múltiples lugares y partidos dentro de la política, como es el caso del Partido Republicano estadounidense, Estados Unidos sería un Estado confesional, una tierra prometida. En el caso de países como Argentina, o incluso en el falangismo español, se interpreta que el catolicismo y la soberanía nacional son y deben ser los cimientos del gobierno.

Este lema de una regeneración del llamado nacionalismo cristiano, que es una tendencia en Estados Unidos (recomiendo ver el documental *God and country*, de Dan Partland y Rob Reiner, en el que explican este fenómeno), trae adosado el mito de una nación cristiana, de que Estados Unidos es la tierra prometida y de que los blancos son los puros seguidores de Cristo. El concepto racial se basa en la idea de pertenecer a un grupo étnico específico conformado por colonizadores europeos cristianos en Estados Unidos. Esto ha llevado a la asociación del término *cristiano* con el color de piel de los colonizadores, en contraposición a aquellos que no comparten su fe y tienen otro color de piel. Además, esta versión del cristianismo que se ha vuelto racista se entrelaza con el nacionalismo, que define la nación como exclusivamente blanca y considera a los blancos como los únicos verdaderos estadounidenses. Contrariamente a esta perspectiva, Estados Unidos no debe su existencia a su fundación original, sino al cambio de rumbo que toma el país por la filosofía política predominante durante su independencia y la sanción de la Constitución, con un gobierno secular.

De todos modos, la nueva derecha dice llegar al terreno de juego político con la meta de ponerle fin al mencionado «marxismo cultural» (así llaman a todo lo que es avance en materia de derechos y libertades individuales que no les gustan), con el objetivo de dar una épica batalla en defensa de un mundo que estaría cada vez más moralmente sucio y degenerado por culpa de un complot internacional. El condimento de las teorías conspirativas es esencial para entender este estilo de movimientos (recordemos que hay personas que son inmunes a la evidencia, pero que también muchas son susceptibles a las teorías conspirativas porque son preparados y educados para aceptar ideas sin evidencia). Dichas teorías, que rondan por todas partes y son aceptadas como verdades incuestionables, en realidad deben ser interpretadas como lo que son: ataques estratégicos destinados a perjudicar, patologizar y discriminar a un grupo externo en beneficio de otro al que pertenecen. En esta visión, su función principal es dañar y restar legitimidad a quienes tienen en la mira, a los fantasmas que construyen, a los que representan todo lo que ellos quisieran ser, pero su represión moral no les permite. Ahí está la clave: para explicarse recurren a uno de los atractivos emocionales más destacados de la historia, dice Anne Applebaum en *El ocaso de la democracia* (2021), que no es otro que la teoría conspiracionista que se sustenta, a su vez, en explicar fenómenos complejos a sus creyentes a través de un supuesto conocimiento especial de la verdad que tendrían quienes la predican y repiten para alcanzar el poder como recompensa.

Ese daño y esa deslegitimación los hacen conectándolos simbólicamente con acciones problemáticas. Recordemos que las corrientes autoritarias comparten un rasgo distintivo, además de alejar a la gente de la realidad y hacerla creer que su vida se romperá en pedazos si no aparece un político que acabe con los males inventados. Ese rasgo distintivo tiene su origen en el humano temor a la incertidumbre. Bertrand Russell nos hizo la siguiente recomendación: si quieres medir la inteligencia de alguien, no le preguntes por sus estudios, mejor observa cuánta incertidumbre es capaz de soportar. El consejo sigue más vigente que nunca.

Aunque la libertad individual permite adaptarse en un mundo cambiante, persiste el miedo a las libertades personales, especialmente porque es algo que la nueva derecha no está logrando controlar como sí lo hizo desde sus facciones teocráticas o conservadoras siglos atrás. De este modo, surge el temor a que los inmigrantes alteren nuestras costumbres y a que otros vivan de manera diferente a la nuestra y nos «infecten». Además, hay aprehensión hacia el placer y los objetivos personales, sin comprender que éstos impulsan los intercambios beneficiosos. Este miedo puede alimentar regímenes iliberales y autoritarios que prometen estabilidad económica sacrificando la diversidad, el pensamiento crítico y la expresión personal. En conclusión, nuestras ideas acerca del mundo están vinculadas a cómo percibimos lo que entendemos como posibles amenazas.

Esta nueva derecha, una ramificación del conservadurismo más reaccionario, pretende ser la unión y mezcla del fascismo, el conservadurismo y, por momentos, de las ideas económicas del liberalismo (esto último, llamado «liberalismo económico», es la máscara que les da un margen y una imagen más aceptables en la sociedad, mientras usan a autores de la tradición liberal). Applebaum (2021) señaló que aunque la nueva derecha detesta el término, acabó siendo más bolchevique que burkeana, y está compuesta por personas que buscan derrocar y socavar las instituciones democráticas y todo lo que existe. De eso se trata, además de hacerlo todo en nombre de su épica «batalla cultural», concepto bandera de la nueva derecha y sus derivados.

El término *batalla cultural* tiene sus orígenes en la izquierda comunista, especialmente en el pensamiento del comunista italiano Antonio Gramsci, para quien dicha batalla se refiere a la lucha por el control de las ideas, los valores y las creencias que configuran la cultura de una sociedad. Para Gramsci, esta batalla debía iniciarla la izquierda para vencer la visión de la derecha. Hoy la izquierda ha abandonado el término, que ha sido invocado por la derecha con el fin de imponer su visión frente a la izquierda, «dando la batalla» por imponer sus paradigmas, tradiciones y valores.

Gramsci argumentó que la clase dominante emplea la cultura, donde incluye la religión, la educación y los medios de comunicación, como expliqué inicialmente, para consolidar su poder y difundir su ideología de manera que parezca universal y natural. La hegemonía cultural implica la dominación de un grupo social sobre otros, no sólo en términos políticos y económicos, sino también en el ámbito cultural. La hegemonía cultural, por lo tanto, se convertiría en un mecanismo esencial para la estabilidad y reproducción del sistema de clases, al incorporar la subordinación como parte integral de la mentalidad colectiva. Gramsci considera la hegemonía como un concepto fundamental para cambiar o alterar el conjunto de mecanismos superestructurales, especialmente del orden cultural, sobre los que reposa el orden político.

Gramsci destacó la importancia del consentimiento y la aceptación voluntaria de las normas impuestas por la clase dominante, pero también reconoció la posibilidad de resistencia y contrahegemonía por parte de grupos subalternos que buscan desafiar y cambiar las ideas dominantes.

En la teoría gramsciana, la batalla cultural está intrínsecamente vinculada a la noción más amplia de la «hegemonía». Antonio Gramsci utiliza el término para describir el dominio de una clase sobre otra, hasta el punto de que la clase subordinada acepta el orden del mundo de la dominante como lo natural. El autor sostuvo que la clase dominante no sólo ejerce su poder a través de la coerción económica o política, sino también mediante la construcción y la difusión de un conjunto de ideas, valores y normas culturales que legitiman su posición. Desde este punto de vista, la batalla cultural implica, entonces, la disputa por la dirección de la cultura, la educación y las instituciones sociales, con el propósito de establecer una hegemonía cultural que moldee las percepciones, las vidas y las creencias de la sociedad.

Autores como el sociólogo Herbert Schiller examinan el concepto desde la perspectiva de los medios de comunicación, definiendo el término como el conflicto en el que los distintos actores sociales compiten por tener el control y moldear la producción y la distribución de la información en la sociedad. James Davison Hunter, por ejemplo, la

define como la lucha por la influencia cultural en la sociedad, una lucha que se da en los campos de la educación, los medios y las instituciones culturales para dar forma a los valores que guían el comportamiento humano.

Pero para sorpresa de algunos, aunque considerando la tesis de cómo y cuánto cambian las ideas, las palabras y las ideologías de manera permanente, que la nueva derecha se haya apropiado del término no debería asombrarnos, pero sí alertarnos cuando se convierte en un mecanismo de control social y pone en peligro la convivencia democrática como hacen hoy sus adeptos, que se han adueñado de la «batalla cultural» y usan el concepto en cada uno de sus discursos a nivel global, desde Trump hasta Milei, desde Abascal hasta Meloni, Putin y Orbán.

Pero la cultura, para comenzar, es el mercado contemplado desde otro punto de vista. Lo he dicho en otras ocasiones, pero la «batalla cultural» es en sí misma una contradicción, puesto que la cultura se desarrolla de forma espontánea, con acciones humanas que le dan forma, y evoluciona cuando las personas sintetizan valores en discusiones abiertas, en una sociedad libre, sin coacción. La cultura tampoco tiene vida propia, y analizarla es simplemente observarla como fenómeno agregado, no hay nada en ella de contractual o prestacional que deba ser obedecido.

Cualquier cosa que no se permita evolucionar o cambiar no es cultura, sino más bien ingeniería social: cuando nos referimos a «nuestra cultura», y eso lo explico en un artículo titulado «La batalla cultural es incompatible con el liberalismo» (2023), estamos hablando de nuestras limitaciones. Es decir, si hablamos nuestro idioma es porque lo conocemos, pero intentamos aprender otros para aumentar nuestra cultura. Es parte de la misma ampliar nuestra visión con otras culturas, incorporándolas y conociéndolas. Nuestra cultura también es, en resumen, nuestra limitación.

Hacer uso de un término militar como *batalla* cuando hablamos de cultura es entonces algo incompatible, primero porque la cultura no se desarrolla combatiendo, patologizando o destruyendo al que es diferente

a uno, y mucho menos se desarrolla con las cruzadas morales que llega a encabezar la nueva derecha, la cual crea mecanismos de pureza interna y divide a la sociedad en «impuros» y «puros», o «gente de bien» y «gente de mal».

Los que hablan de dar una «batalla cultural» en realidad no plantean un debate de ideas político, sino la pretensión de un grupo de imponer sus puntos de vista sobre costumbres y modos de vivir ajenos, enfocados, de nuevo, e insisto en esto porque es la obsesión que ellos tienen, en qué tipo de familias son aceptables, qué prácticas sexuales son válidas o qué identidad de género se puede adquirir. En esa batalla que evoca a la cultura, no hay nada de cultura, no hay nada de postura literaria o artística, no hay idea sobre ciencia, arquitectura o antropología, y acaba mostrando su verdadero rostro cuando la vemos transformada en una verdadera cruzada moral.

Esto lo expliqué hace poco en una nota titulada «No lo llamen batalla cultural cuando quieren decir cruzada» (2023), en la que hago énfasis en que en esta contienda hay dos ramas o alas que confunden el lenguaje para tapar cosas distintas. Primero, sectores religiosos extremos, amparados políticamente por la nueva derecha, que creen que el cristianismo, entendido de manera muy específica, debe regir el Estado y la política, y acabar con las libertades individuales que de manera caprichosa llaman «marxismo cultural». Para esta rama, la gran preocupación suele ser la transexualidad, pero nada sobre pintura, arquitectura o discusión de ideas. La única razón para llamar a su pretensión de regular las elecciones de otros «batalla cultural» es esconder sus intenciones liberticidas, lo que los sitúa más cerca del marxismo que de combatir al «marxismo cultural». El objetivo de esta nueva derecha no es fusionar de manera libre distintos enfoques de pensamiento para crear algo nuevo (lo que sería parte de la evolución cultural), sino más bien destruir la ideología adversaria, eliminar una forma de pensamiento que considera inaceptable y reemplazarla por la de ellos, que consideran correcta, superior y moral. Esto implica una confrontación, una batalla donde la cultura no existe y tal vez es mejor

llamarla «batalla inculta», «batalla de la incultura», «batalla de los anticultura» o «batalla contra la cultura».

La otra ala se adjudica el nombre de *liberal*, que comparte las mismas inquietudes sobre la sociedad abierta, la que cuando se abre, para ellos acaba entrando en decadencia. Pero estos «liberales» que forman parte de un nuevo liberalismo que ha mutado hacia un modelo repleto de teorías conspiracionistas, adulaciones a líderes mesiánicos y controles morales, como no pueden o no quieren admitir que han dejado el liberalismo al hacerse parte de la cruzada, también recurren al genérico de «batalla cultural» desde sus fundaciones y *think tanks*.

Cabe decir sobre este concepto que el uso ambiguo del término *cultura* es el que ha permitido a muchos «liberales», confundidos o con ganas de confundir, iniciar esta cruzada para imponer una versión incluso hipócrita de su propia religión. Además, agregan que son ellos los atacados, los que no pueden hablar de religión, cuando en realidad nadie los silencia y, por el contrario, son ellos quienes intentan silenciar permanentemente a todo disidente y lo hacen en la búsqueda de una nueva forma de oportunismo oscurantista y populista que amenaza a las sociedades libres.

No intento con estas aclaraciones hacer una mera crítica de esta ideología, simplemente hay tanta simulación sobre este proyecto que no se podrá comprender sin despojarlo antes de la hojarasca o del disfraz que usa para confundirnos. No se trata de una ideología directa, sino de una simulada que debe ser desvestida.

Roger Scruton defendió la «cultura occidental» frente a lo que llamó «críticos internos» y «enemigos externos», y en su libro *Culture counts: Faith and feeling in a world besieged* (2007) hizo un «análisis» de la música y su papel en la educación moral, defendiendo la tradición clásica, así como la música clásica, y señaló el «daño» causado a la psique por las nuevas formas de música pop. Scruton expresó en varias de sus obras su inquietud (o temor frente al cambio) por lo que percibía como amenazas a los valores, las instituciones y las normas culturales que consideraba fundamentales para la civilización occidental. Para él, la batalla era esencial para preservar una herencia moral.

Esto recuerda a la famosa Liga de Combate por la Cultura Alemana (*Kampfbund fur deutsche Kultur*), una organización cultural y política establecida en Alemania en 1928, dirigida por Alfred Rosenberg, uno de los principales ideólogos y teóricos del nacionalsocialismo, cercano a Adolf Hitler. Esta liga de la «batalla cultural» (literalmente) fue creada con el objetivo de promover la cultura alemana según la interpretación nazi y luchar contra lo que consideraban influencias culturales extranjeras y «degeneradas» en el arte, la literatura, la música y otras formas de expresión cultural. Rosenberg llamó a «frenar todas aquellas tendencias teatrales que resultan perjudiciales para el pueblo, pues el teatro se ha convertido en casi todas las grandes ciudades en el escenario donde se da rienda suelta a las perversiones», de igual modo que hoy acusan a Hollywood o a Disney de «pervertir» a la sociedad. Las cosas no han cambiado tanto.

Para autores como Jordan Peterson, representante intelectual de estos movimientos de derechas, la «cultura occidental» estaría en un proceso de degeneración moral (llaman degeneración moral a todo lo que es avance en términos de derechos y libertades civiles), por lo que habría que hacer hincapié en volver a los «valores tradicionales». Para este autor, la «cultura» es básicamente hacer que las mujeres usen falda y los hombres pantalones, puesto que de eso dependería la batalla de los defensores de occidente contra un «marxismo» que quiere vestirnos a todos con falda y, acto seguido, el comunismo tomará el mundo (según esta lógica, el «liberalismo» también tiene que sumarse a este relato porque si no también se volverá comunista).

Las posturas de Peterson, como sostuve recientemente en una nota, tienden a justificar, mediante una narrativa de la religión del amor, expresiones de odio contra minorías, que sus fanáticos interpretan a la perfección sin esconder su misoginia y homofobia: «¿Qué estás sacrificando al casarte? Pensémoslo. ¿Qué estás sacrificando? La promiscuidad tonta, juvenil, miope, hedonista, nihilista, cínica, psicópata e impulsiva. Eso es lo que estás sacrificando. No quieres ser la persona más vieja en la fiesta de la fraternidad», dijo Peterson en su podcast sobre el matrimonio (algo que también les obsesiona). Sumado a

esto, en una entrevista para *The New York Times*, sostuvo que «el espíritu masculino está en peligro» y que es necesaria una «monogamia forzada» con el fin de alcanzar una especie de orden frente al caos producido por «lo femenino».

Peterson no está exento de críticas y controversias, pues uno de los puntos más criticados es su postura y activismo en temas de género y pronombres. Este llamado «guardián del patriarcado», ha sostenido en varias ocasiones y en una entrevista para *El Periódico* (2018) que vivimos en una «sociedad de llorones», que es necesario una «vuelta a la jerarquía», que se dedica a «explicarle a la gente que puede encontrar un significado a su vida» y que «en nuestra cultura se dice que hay una tiranía patriarcal, que es una idea que se desarrolló a principios de los años setenta como una reconfiguración de viejas ideas marxistas» y que «la ha impuesto la narrativa que utiliza el feminismo, el posmodernismo y el marxismo», agregando que son «narrativas antihumanas», y dice «antihumanas» porque su concepto de humano es dogmático, sin diversidad de ser humano, cerrado, un concepto talibán de ser humano.

Peterson llegó a decir en una entrevista que «la inteligencia emocional no existe ni tiene validez» y que él le habla a los hombres de «ser fuertes», que «ser amable está muy bien si te dedicas a cuidar seres vulnerables, pero cuando debes negociar tu futuro, la amabilidad no te aporta nada», que es mucho mejor «ser capaz de dar un puñetazo en la mesa», y que es «mejor ser un macho». Respecto al rol de las mujeres, dice que «están estructuradas emocionalmente para optimizar su relación con los bebés», que «el tándem mujer-bebé es fundamental en la naturaleza» y que «si no se protege, la sociedad desaparece», por eso «la misión del hombre es protegerlos». Algunos llaman a esto liberalismo, a ese nivel de desorden están las ideas en la actualidad.

Peterson simplemente no conoce el concepto fundamental del liberalismo, que es el de colaboración. La firmeza para defender los propios derechos no tiene justificación cuando se trata de hablar de cuánta masculinidad o femineidad deben ejercer los demás. Su defensa de la masculinidad resulta tan victimizante, que en sus parámetros debería ser entendida como femenina, y ésa es toda una paradoja. La

masculinidad de Peterson es tan endeble, que la vida de una persona transexual o transgénero, que representa a un porcentaje pequeño de la población mundial, la pone en juego. Es una masculinidad endeble, que necesita llegar al gobierno, que se enoja y patalea ante la femineidad.

El comentarista político estadounidense Patrick Buchanan, por ejemplo, sostuvo en un discurso en contra del multiculturalismo que la cultura estadounidense es superior porque su religión es el cristianismo y ésa es la verdad que hace al hombre libre. Además, en una correspondencia del 20 de junio del año 2000, argumentó que «si los políticos no defienden el orden moral arraigado en el Antiguo y el Nuevo Testamento y el derecho natural, la sociedad se enfrentará a una caída libre permanente».

Lo que olvida es que los valores fundamentales que salvaguardan nuestra libertad de expresión, de religión, de prensa y demás, no se encontraban en gran parte de la historia cristiana, la cual a menudo impuso exactamente lo contrario a los principios fundacionales de países como Estados Unidos o incluso a las libertades actuales. El legado cristiano en la política de Estados Unidos se ha manifestado históricamente en intentos de usurpar las mismas libertades de las cuales, irónicamente, reclaman crédito: libertades que no existían en la gran mayoría de la historia cristiana.

De hecho, es interesante echarle un vistazo a la visión que los más reconocidos padres fundadores tenían sobre el cristianismo. Thomas Jefferson sostuvo que «el Dios cristiano es un ser con un carácter terrible, cruel, vengativo, caprichoso e injusto», y en otra ocasión, que «el cristianismo es el sistema más perverso de los que haya alumbrado el hombre». También le escribió lo siguiente a John Adams: «Vendrá el día en que la concepción mística de Jesús realizada por el ser supremo como su padre en el vientre de una virgen, será catalogada junto a la fábula de Minerva, diosa nacida de la cabeza de Júpiter». Por último, en una carta a Thomas Cooper de 1814, en la que hace un comentario sobre el establecimiento de la Universidad de Virginia por parte de Jefferson, una universidad secular, dijo lo siguiente: «En nuestra institución no debería tener lugar una cátedra de Teología».

John Adams llegó a decirle en una carta a Thomas Jefferson que «éste sería el mejor de todos los mundos posibles si no hubiera religión en él». En otra carta también dirigida a Jefferson, le dijo lo siguiente: «Me estremezco sólo de pensar en aludir al ejemplo más funesto de la explotación de la aflicción que ha preservado la historia de la humanidad: la cruz. ¡Considere las calamidades que ha causado ese artefacto de sufrimiento!».

Las perspectivas religiosas de los padres fundadores son objeto de gran interés para frenar la locura de tantos propagandistas de la nueva derecha estadounidense hoy en día, quienes cuentan con largas filas de personas que desean promover su propia interpretación de la historia y ensalzar un nacionalismo cristiano en nombre de Estados Unidos. Contrariamente a lo que muchos creen, la idea de que el país norteamericano no fue fundado como una nación cristiana quedó establecida tempranamente en los términos del tratado con Trípoli, redactado en 1796 durante el mandato de George Washington y firmado por John Adams en 1797: «El gobierno de Estados Unidos de América no está, en ningún sentido, fundado en la religión cristiana».

Los fundadores eran personas laicas que creían firmemente en la separación entre la religión y la política. Por lo tanto, se opondrían a la exhibición ostentosa de los Diez Mandamientos en espacios públicos gubernamentales. Es ampliamente reconocido que en la actualidad cualquier candidato presidencial que admitiera ser ateo enfrentaría un rechazo inmediato en el ámbito político. Figuras como Jefferson, Washington, Madison y Adams, junto con sus contemporáneos, habrían quedado horrorizados por la situación política actual en Estados Unidos, donde la influencia religiosa está completamente arraigada en la esfera gubernamental. Sin importar sus propias creencias religiosas, habrían rechazado con consternación la idea de una influencia teocrática en la política, tal como la vemos desde hace ya unas cuantas décadas en el país.

Desde la idea actual de lo que consideramos como valores occidentales, incluso hasta la ciencia misma, son atribuidos frecuentemente al cristianismo. Sin embargo, al examinar

detenidamente la historia, se revela que, en el mejor de los casos, el cristianismo desempeñó sólo un papel secundario, y en el peor de los casos, se opuso activamente a todos los avances.

La razón principal por la que el cristianismo se manifiesta de manera diferente en algunos casos hoy en día es debido a que ha experimentado un período de secularización que lo ha despojado de parte de su influencia, que duró algunos largos siglos. El humanismo, el liberalismo, la Ilustración, todos estos mecanismos pusieron de manifiesto el autoritarismo y el fanatismo de la religión, haciendo esfuerzos extraordinarios para detenerlos después de siglos de sangre y hogueras contra la razón. No digo que se debe o puede ser cristiano o practicante de cualquier otra religión, sino que es importante poner las cartas sobre la mesa y contar la historia completa.

Pero teniendo en cuenta que la nueva derecha ve la sociedad como algo que hay que salvar, no le queda más propuesta, al menos por lo que plantea, que una intervención celestial desde la política, la cultura, la educación, etcétera. Esta batalla cultural sería una lucha por revertir todo lo positivo que ha evolucionado a lo largo del tiempo. Aunque la separación de la religión y el Estado representó un gran avance, las costumbres siguen siendo influenciadas por la represión psicológica vinculada a la obediencia. Lo que buscan autores como Peterson y los representantes de la nueva derecha es la restauración del poder clerical.

La batalla cultural se da contra las teorías que reflexionan sobre el género, contra el feminismo, contra el matrimonio igualitario, contra la promoción del respeto por las formas de vida ajenas, el cuestionamiento del pasado y todo lo que desafíe a los portadores de la fe o la visión correcta de la moral, incluyendo a los artistas o cantantes que representen todo eso (es común ver a los líderes de la nueva derecha atacar la música nueva o incluso a artistas mujeres que son revolucionarias con su mensaje y su música).

La batalla cultural es un intento de cambiar para mal lo que ya hace rato cambió y evolucionó para bien, es una búsqueda de detener un cambio social que tuvo sus inicios hace varios siglos y desde hace algunos

ha adquirido reconocimiento a través de la legislación y la política pública.

La batalla cultural es un proyecto político que se cimenta en el falso argumento de que la cultura cambia porque hay conspiraciones en contra de Occidente, así que a ellos les toca batallar. La batalla cultural es una versión de mala calidad de la guerra de la religión contra la libertad o de una invitación a una revolución cultural al estilo maoísta vacía de contenido: la cultura no está por encima del individuo como se pretende hacer creer, la cultura es un agregado de intercambios dispersos, un orden emergente y espontáneo, tal como lo es el lenguaje. De hecho, echemos un vistazo al concepto común que se entiende por cultura: la Real Academia Española la define como el conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grados de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etcétera. El término viene en realidad del verbo latino *culturum*, que se traduce como «cultivar». Por esto también podemos decir que las expresiones culturales más destacadas en la historia de la humanidad han surgido de siglos de interacciones individuales, fundamentadas en principios morales personales, que gradualmente fueron siendo aceptadas de manera voluntaria.

La cultura es algo vivo, cambiante, inquieto, pero para esta nueva derecha no es más que el chivo expiatorio de su cruzada, con una épica que los hace sentir cruzados, medievales, machos o parte de los conquistadores españoles en América, momentos que consideran su pasado ideal. En esta espontaneidad, la masculinidad de los Peterson está a punto de extinguirse y todos tendríamos que aceptar a un gobierno macho que la restablezca. Si ésa es la piedra fundamental de su sociedad, no podemos confiar demasiado en su solidez.

Esta idea no es nueva y más cuando la sociedad libre sigue liberándose, lo que causa escándalos entre los dogmáticos: la gente empezó a buscar libertad y ya no a un profeta. Sucedió cuando cambiaron las modas, cuando las mujeres empezaron a usar pantalones o minifaldas, rompiendo los esquemas de la «señorita bien con falda hasta la rodilla», sucedió cuando a los hombres ya no se los juzgaba por tener

cabello largo, cuando las «niñas» ya no usaban el rosa y los «niños» el azul, cuando las mujeres salieron a la calle y exigieron el derecho a votar, sucedió con el despertar de los años sesenta y setenta, pasando por un período de un nuevo intento de represión moral durante los ochenta por parte de los conservadores, pero con una liberación en los noventa y con el nuevo milenio.

Sucedió con el fin de la esclavitud, de la segregación y de la criminalización de la vida privada. Sucedió con la píldora anticonceptiva, con el aborto legal, con la legalización de las drogas, con el matrimonio igualitario, con el fin de esos siglos de dominación y subordinación a un ser celestial preocupado por los «pecados» y la vida sexual de la gente en la tierra. Al final, la humanidad progresó cuando pecó, cuando se atrevió a pecar, incluso cuando el que se atreve a cuestionar es destruido por los arrogantes.

Es interesante lo que sucede con la libertad de expresión, porque los del derecho a ofender defienden el derecho a expresar el racismo, la homofobia, la xenofobia, etcétera, pero no conceden el mismo derecho al antirracismo o a los que se organizan para defender a los migrantes, o a las personas trans. El argumento de que «nos persiguen porque no nos dejan ser racistas» es como si Hitler hubiera dicho que no lo dejaban ser antijudío o lo hubieran aplaudido en el nombre de la libertad de expresión.

Los detractores del movimiento *woke*, por ejemplo, argumentan que el enfoque *woke* en el uso cuidadoso del lenguaje limitaría la libertad de expresión. Sin embargo, ese argumento no tiene en cuenta las dinámicas de poder fundamentales que están presentes en el lenguaje mismo. El lenguaje no es una herramienta neutral, sino que puede actuar como un medio para perpetuar desigualdades de poder, discriminación y daño. La resistencia a utilizar palabras específicas que puedan degradar o dañar a las personas, a menudo se malinterpreta como un intento de restringir la libertad de expresión. En realidad, la misma implica responsabilidad y conlleva consecuencias.

Como no ven ni reconocen la dinámica de poder inherente al lenguaje, los críticos de lo *woke* ignoran los impactos del habla en el

mundo real: al igual que la sociedad establece límites a ciertas acciones, como conducir, para prevenir daños, abogar por un uso más consciente del lenguaje busca prevenir daños verbales, no limitar la libertad de expresión. El propósito del movimiento *woke* no es silenciar el discurso, sino promover un discurso que reconozca y respete la humanidad de todos los individuos. De hecho, la postura anti-*woke* se organiza políticamente en contra de algo tan fundamental como la capacidad de ver o reconocer la realidad.

Para los de la batalla cultural, los cambios sociales y movimientos a favor de las libertades civiles los crea una conspiración, así como ahora creen que el estudio de las perspectivas de género son conspiraciones y no una forma de explicar una realidad social que cuestiona las normas morales, pues estas últimas evolucionan y el ser humano experimenta una realidad que cambia, si hacemos las cosas usando la razón, la empatía y sin dogmas, para bien. Ahora di que Dios es «ella» y fíjate con qué rapidez se interesan por el género y los pronombres.

Javier Milei, por ejemplo, repite la frase del autor Alberto Benegas Lynch que dice que «el liberalismo es el respeto irrestricto al proyecto de vida del prójimo». Cuando este autor la usó en uno de sus libros, quería presentar un liberalismo que se encaminaba a lo que hoy se descalificaría como *woke*. Incluso comentaba que la palabra «tolerancia» no le parecía suficiente. Paradójicamente, esta conceptualización del liberalismo puesta en su boca se hace popular por Javier Milei, que es la versión argentina de la nueva derecha, la cual cuenta con el apoyo de aquel autor, y se basa en la ideología del «derecho a ofender», es decir, a la falta de respeto irrestricta a los proyectos de vida fuera de las normas, en nombre de la libertad. Y aun así es la facción que Benegas Lynch encuentra como la más liberal, la que hace de su frase una inaudita repetición mecánica, sin significado alguno.

La esencia de la libertad es la libertad para cambiar, para evolucionar. La libertad va de la mano del cambio, el despotismo de la mano de la nostalgia y el miedo. Todo va a cambiar: aceptarlo es parte de crecer. La batalla cultural no es otra cosa que una ola puritana y un

intento de detener la apertura de la sociedad libre hacia grupos despreciados y segregados históricamente.

La pregunta es a qué le temen tanto. Será que ven languidecer un modelo de control con el que creían haber alcanzado la cima, como fabricantes de carretas en la era del motor a explosión. La batalla cultural parece entonces un mero título pensado desde el marketing para la destrucción de lo que es mejor, un nuevo resentimiento contra el progreso.

Un nuevo clericalismo surge así como algo instrumental, pero la idea de que la religión debe gobernar y regir las relaciones civiles es completamente incompatible con el liberalismo, al menos con el de las olas anteriores, puesto que en ésta ha sido totalmente transformado y separado de lo que hizo al liberalismo ser liberal, que es descubrir, dudar, que es el conocimiento del autoritarismo. Pero como ya han dicho los filósofos, «el ignorante afirma, mientras que el sabio duda y reflexiona», así también lo afirmó Jorge Luis Borges cuando dijo que «la duda es uno de los mejores nombres de la inteligencia», y lo reforzó el físico Richard Feynman al sostener que es preferible tener preguntas que no se pueden responder, que tener respuestas que no se pueden cuestionar.

Este movimiento reaccionario de la nueva derecha, y también de la *alt-right*, busca justificarse a sí mismo en torno a que existe ese complot global ya mencionado, que se puso como meta acabar con la familia, Occidente y el espíritu de la soberanía nacional. Pero también corresponde explicar de qué se habla o qué se interpreta cuando se hace uso del término *Occidente*. En realidad, Occidente es una historia, es miles de cosas, es la antigua Grecia, el Imperio romano, y también todo lo que estuvo antes de esas dos civilizaciones que las moldearon y les dieron forma, pero un día fue absorbido por el cristianismo y pocos protestaron.

Friedrich Nietzsche, quien dejó muy clara su visión crítica sobre el cristianismo, lo consideró como una fuerza con influencia en la cultura occidental, pero empapada de una moralidad basada en la debilidad y la negación de la vida. Pues parte de la crítica a la moralidad cristiana

estaba en que se encontraba basada en la represión de los deseos humanos, la sumisión y la debilidad del espíritu creativo. Acuñó el término *moral de esclavos* para hacer referencia a la misma. En otras palabras, para él era una fuerza negativa que ponía límites al desarrollo pleno del individuo.

Nietzsche sostuvo que la religión nació del miedo que el ser humano tiene de sí mismo y planteó la frase «Dios ha muerto» (algo en lo que ya muchos filósofos habían ahondado de alguna manera), una muerte que en la historia de la filosofía no es una novedad, puesto que, llevado al caso, esa muerte probablemente se inició con la muerte de los dioses del politeísmo tras el cambio de la cultura antigua de Grecia y Roma, que era denominada pagana o tenía múltiples dioses, hacia una cultura religiosa monoteísta, donde se experimentó un período que probablemente también se percibió como una «crisis» de los valores.

Después de la caída del Imperio romano, el conocimiento griego en filosofía, ciencia y literatura se perdió en Europa, o más bien se destruyó y persiguió a manos de fanáticos religiosos, especialmente cristianos. Los árabes lo redescubrieron, lo tradujeron y lo preservaron durante los oscuros años medievales. La base de lo que conocemos hoy como Occidente fue rescatado por los árabes, que trajeron de vuelta la filosofía griega que el cristianismo había ocultado y quemado, de lo que se concluye que el mundo árabe definitivamente protegió la cultura clásica. En otras palabras, este Occidente del que tanto hablamos no sería lo que es si no fuera por los árabes de ese entonces.

Eric Wolf, en *Europe and the people without history* (1982), argumenta que, contrariamente a lo que se piensa, Oriente desempeñó un papel crucial, contribuyendo significativamente al ascenso de la civilización occidental moderna. En lugar de ver a Oriente como menos avanzado, sostiene que su influencia fue fundamental para el desarrollo de Occidente. De hecho, la base de lo que se conoce como cultura occidental no es cristiana, ya que el cristianismo tiene sus raíces en la religión judía, la mitología egipcia, etcétera. De hecho, como plantea el autor, en los orígenes de la civilización de la antigua Grecia se puede ver en gran medida la influencia del antiguo Egipto.

En *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente* (2004), John M. Hobson señala que hemos aprendido sobre la existencia de una entidad llamada Occidente, presentándola como una sociedad y civilización independiente, opuesta a otras como Oriente. Algunos hemos sido educados creyendo en una genealogía autónoma de Occidente: desde la antigua Grecia a Roma, luego a la Europa cristiana, el Renacimiento, la Ilustración, la democracia política y la Revolución Industrial, y cómo estas dos últimas dan lugar a Estados Unidos, basado en los derechos a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Este concepto simplifica la historia como un relato de triunfo moral, donde Occidente entrega la antorcha de la libertad a lo largo del tiempo. La historia se reduce a una narrativa de virtud, presentando a Occidente como los niños virtuosos que vencen a los «niños malos» de Oriente.

Se tradujeron al árabe textos filosóficos y científicos griegos clásicos, entre ellos los de Aristóteles. Estos escritos les dieron la base a los árabes para lograr notables avances en disciplinas diversas, como la medicina, la química, la física, la matemática, la astronomía y más.

A lo largo del siglo XII, el conocimiento y la filosofía en Europa se vieron influenciados por pensadores del Oriente Próximo, así como por teólogos islámicos y judíos. Figuras destacadas como el filósofo y médico andalusí Averroes (1126-1198) y Maimónides (1135-1204) jugaron un papel importante. Maimónides, proveniente de Al-Ándalus, fue crucial en la transmisión de ideas.

Un aspecto intrigante de Averroes es su argumento de que la verdad religiosa no debe interpretarse literalmente, sino de manera alegórica. Según él, las narrativas religiosas son más metafóricas que literales. Él abogaba por adoptar explicaciones científicas y retomar un legado humanista que destaca la ciencia sobre las enseñanzas religiosas. A pesar de su contribución significativa a la filosofía, sus interpretaciones alegóricas de la verdad religiosa y su énfasis en la importancia de la razón y la ciencia provocaron desacuerdo y oposición de las autoridades religiosas islámicas de su tiempo. Averroes enfrentó acusaciones de herejía, y sus obras fueron en ocasiones censuradas y condenadas por autoridades eclesiásticas en el siglo XIII, cuando la Edad de Oro árabe

enfrentó importantes desafíos con las invasiones de cruzados cristianos y mongoles.

En cincuenta años, el califato perdió más de la mitad de sus territorios, entre ellos Sevilla y Córdoba. La caída de Bagdad en 1258 significó el declive de su época dorada. Bagdad, base del pensamiento histórico del mundo musulmán, fue saqueada y vio destruidas sus bibliotecas y centros educativos, se quemaron libros y se persiguió a filósofos y científicos. Este hecho, junto a la peste negra y la invasión de Timur en el siglo XIV, tuvo consecuencias sociales y económicas profundas.

Con estos distintos acontecimientos, rebrotó una reacción religiosa conservadora que luchó por un retorno al islam tradicional y combatió la filosofía secular. Al-Ghazali fue un ejemplo de ello: criticó la filosofía griega y sostuvo que la guía hacia la verdad eran la revelación divina y la religión, restringiendo y acotando el libre pensamiento. De la misma forma opinaba Agustín de Hipona (también conocido como san Agustín): el argumento era prohibir las «ideas peligrosas». La ciencia, la filosofía y la razón, más tarde que temprano, encontraron una vía para dar pie al proceso renacentista e ilustrado en Europa.

En la Universidad de París, fundada en 1150, que era un centro intelectual europeo, aparecieron preocupaciones sobre si debía o no estudiarse el pensamiento de Aristóteles, puesto que tras leer sus obras, los estudiantes comenzaban a cuestionar las doctrinas cristianas. En 1210 se prohibió la enseñanza y lectura de la obra de Aristóteles bajo amenaza de excomunión. En 1215 sus obras fueron condenadas y en 1231 el papa Gregorio IX las prohibió hasta ser revisadas, purgadas, marcadas y censuradas por ser incompatibles con la doctrina cristiana. En 1228, los dominicos prohibieron a sus miembros estudiar a los filósofos griegos.

Aristóteles tenía algunos puntos de vista que se consideraban incompatibles con la fe cristiana, pues no abrazaba la idea de la intervención divina, sino que defendía el determinismo. Además, sostenía que el conocimiento provenía exclusivamente de la observación directa y la razón. Tomás de Aquino (1225-1274), influenciado por Averroes, aunque también muy crítico con él, intentó armonizar la razón

de Aristóteles con la teología cristiana al dar validez a la razón, pero sosteniendo que las «verdades religiosas» podían demostrarse mediante la misma. En su *Suma teológica* (1265-1274), desarrolló una ética centrada en Dios como creador del mundo y, contradiciendo a Agustín de Hipona, quien le reconoce al mal una forma de ser independiente, definió el mal como la ausencia del bien.

El objetivo de Tomás de Aquino era integrar la filosofía aristotélica y la doctrina cristiana en la comprensión del mundo. Fernando Savater (2008) menciona que «Tomás de Aquino entendía que no se podía renunciar a Aristóteles, sino que sólo cabía corregirlo y depurarlo. Por ello encargó a Guillermo de Moerbecke, dominico y helenista, que tradujera directamente del griego, lo más fielmente posible, los libros de Aristóteles. A la vez, acometió la tarea de defender al filósofo tanto de quienes lo seguían irreflexivamente como de quienes lo rechazaban por fidelidad a cierto tradicionalismo platonizante o hasta irracionalista. No era una tarea sencilla. La Santa Sede prohibió los libros aristotélicos hasta que fuesen corregidos».

En resumidas cuentas, los astrónomos, filósofos, físicos, pensadores y matemáticos vivieron un tiempo resguardados en el mundo árabe, sofisticado, abierto y cosmopolita, el cual se había convertido en heredero y protector de la llamada civilización clásica entre los siglos VIII y XII, erigieron los primeros centros de educación superior, las «protouniversidades», como Al-Karaouine en Marruecos, fundada en 859 por una mujer. Europa ya no causaba fascinación, por el contrario, generaba temor, así resumió esta historia el autor árabe Al-Masudi (896-956):

> En la época de los helenos y en los primeros tiempos de Roma, las ciencias fueron honradas y gozaron de respeto universal. Desde una base ya sólida y grandiosa, fueron elevadas cada día hasta lograr mayores desarrollos. Pero la religión cristiana hizo su aparición entre los romanos, lo que supuso un golpe fatal que derrumbó el edificio del saber. Las huellas del conocimiento desaparecieron y sus caminos fueron borrados.

El trabajo de Nicolás Copérnico, por ejemplo, fue activamente eliminado por la Iglesia católica, la cual borró y modificó su obra por ser «contraria a las Sagradas Escrituras». En 1633, Galileo Galilei, padre de la ciencia moderna, fue forzado a negar su idea heliocéntrica, censurado y cancelado por el poder institucionalizado de la Iglesia, condenado a retractarse de sus teorías, guardar silencio sobre el tema por el resto de su vida, permanecer bajo arresto domiciliario y amenazado de ejecución por el cargo de «seguir la posición de Nicolás Copérnico», lo cual era un crimen de pensamiento. Sus libros fueron incluidos en el *Índice de libros prohibidos* de la Iglesia, en el que permanecieron durante largos años. La Iglesia fue tan piadosa que finalmente se disculpó con Galileo casi 360 años después de condenarlo.

Si bien muchos están familiarizados con esta parte de la historia y no es nada nuevo, lo que corresponde recordar es que lo nuevo son las nuevas generaciones, a las cuales hay que recordarles cómo han sido las cosas y enseñarles a valorar lo mucho que ha costado llegar a donde llegamos gracias a la democracia, la pluralidad y la libertad. Es por este motivo que en reiteradas ocasiones intentaré hacer énfasis en esta parte de la historia para que podamos reflexionar sobre ella, tenerla presente e incluso considerarla para los análisis en los debates de actualidad. No faltan intelectuales e *influencers* religiosos que confunden la esfera de la política y la esfera de la religiosidad personal, que hoy presentan a Occidente, o incluso a Estados Unidos, como una supuesta «cuna de la libertad» producto del cristianismo, como he mencionado, pero creer que Occidente le pertenece al cristianismo es un disparate histórico. Una cuna de la que no se puede salir, por otra parte, no debería llamarse cuna, sino jaula.

Siempre digo que es increíble que en pleno siglo XXI tengamos que seguir explicando que el liberalismo nació como una rebelión contra el poder religioso, que también era el político, y que concibe la separación de la religión y el Estado como un requisito indispensable para que este último no sea un monstruo totalitario. El liberalismo nació como una rebelión contra el Occidente integrista de la Edad Media y la Iglesia católica, y estuvo representado por la tradición inglesa y la revolución

estadounidense, mal que les pese a los conservadores o a la nueva derecha. Pero para algunos académicos, el liberalismo nació gracias al cristianismo, cuando en realidad, como dice la politóloga Gloria Álvarez, nació a pesar de él. O como dice Catherine Nixey (2017), «antes de preservar, la Iglesia destruyó», y agregó que «la Iglesia dominó el pensamiento europeo durante más de un milenio» borrando de la memoria la oposición al cristianismo: ardieron bibliotecas enteras, se borraron pergaminos clásicos para escribir biblias y desapareció el 99 por ciento de la literatura latina y el 90 por ciento de la griega, considerada herética o peligrosa, incluida la innovadora teoría atómica de Demócrito.

Defender la religión unida al poder y en nombre de un supuesto «liberalismo» es una de las cosas más deshonestas que puede verse en el ámbito de las ideas políticas o las ideologías. Por eso insisto en conocer la historia y, como dijo el autor Christopher Hitchens, «no hay derecho a olvidar cómo se comportó la religión cuando fue fuerte y cuando realmente pensaba que Dios estaba de su lado». Esto es muy distinto a que cada persona pueda tener su propia religión y creer en ella si eso le hace bien, le funciona, le sirve, le reconforta o le llena. Esto es parte de la libertad religiosa, cada quien cree en lo que quiere creer. Uno puede no aprobar los mecanismos de la religión, su historia o incluso a la religión en sí misma (la cual se da en todas las culturas humanas), pero siempre se debe reconocer el derecho de los demás a creer en lo que quieran sin prohibírselo.

Además, a menudo se enseña que la moral tiene sus raíces en la religión, pero todo parece señalar que aquélla antecede a esta última. También sucede que para algunas personas resulta difícil entender cómo alguien puede ser bueno sin tener creencias religiosas, pero realmente parece ser que no necesitamos creer en Dios para ser buenos o malos. Richard Dawkins, en *El espejismo de Dios* (2006), nos pregunta esto:

> Si no hay Dios, ¿por qué ser bueno? ¿Realmente se nos sugiere que la única razón por la que se es bueno es para ganar el favor y la recompensa de Dios o para evitar su desaprobación y castigo? Eso no es moral, sino una adulación, mirar en dirección a la gran cámara de

> vigilancia del cielo o hacia el pequeño micrófono oculto dentro de tu cabeza que monitorea cada uno de tus movimientos, incluso cada uno de tus pensamientos. Como dijo Einstein, «si las personas sólo son buenas por el miedo al castigo y el deseo de recompensa, entonces somos una caterva lamentable». Hay un consenso sobre lo que consideramos que está bien y lo que está mal: un consenso que prevalece con sorprendente amplitud. Es obvio que tal consenso no tiene nada que ver con la religión y sin embargo abarca a la mayor parte de las personas religiosas.

Con o sin religión hay personas haciendo cosas buenas, y malas personas haciendo cosas terribles. Y es interesante la reflexión que hace Dawkins (o al menos esa versión del autor) en esa misma obra, donde plantea que hay ideas sagradas o benditas, específicamente sobre la religión, sobre las cuales no está permitido decir nada malo, simplemente porque así se ha establecido, y sobre las cuales la sociedad tiene un excesivo respeto, mientras muchos de los políticos o *influencers* religiosos argumentan que ellos sí deben tener el «derecho» a ofender o a dar sus discursos de odio:

> Libertad de expresión no incluye libertad de expresar odio. Aunque si se prueba que el odio es religioso, ya no se considera «odio». Si no la tomas en serio y guardas el debido respeto, verás amenazada tu integridad física a una escala a la que ninguna otra religión ha aspirado desde la Edad Media. Me intriga y desconcierta la desproporción con la que se privilegia a la religión en nuestras, por lo demás, sociedades laicas. ¿Qué tiene la religión de especial para que le concedamos el privilegio de un respeto tan singular? Como dijo H. L. Menken: «Deberíamos respetar la religión de nuestro prójimo, pero sólo en idéntico sentido y de la misma forma en que respetamos su teoría de que su mujer es la más guapa y sus hijos los más inteligentes». No usaré guantes de seda para tratar la religión con más delicadeza con la que trataría cualquier otra cosa.

Por otro lado, y regresando a la historia del cristianismo, el autor cubano icono del liberalismo argentino, Armando Ribas, planteó la pregunta de por qué, si el liberalismo y el pensamiento ilustrado son supuestamente hijos del cristianismo, tardaron 1.800 años en ser paridos. Tal vez quienes se presentan en las antípodas del argumento de Ribas no

pretenden defender el Occidente post-Ilustración, sino que, mediante una cruzada moral, pretenden imponer y regresar al Occidente pre-Ilustración, aquel que se encontraba unido a un abrazo religioso que tuvo como producto los años inquisidores y fue profundamente en contra de la ciencia y el pensamiento libre, en una de las etapas más oscuras de la Iglesia católica.

En el libro *Quién es Occidente* (1997), Armando Ribas examina cómo lo occidental es otra entelequia que busca unificar ideas incompatibles y diferentes como el comunismo y el capitalismo, el absolutismo y la libertad religiosa, el pensamiento de Hegel y el de Hume, en una idea de identidad o gran nación global. No olvidemos que este Occidente, como suelo decir, nos dio tanto a Thomas Jefferson como a Tomás de Torquemada.

El occidentalismo del que hablan los cruzados de la «batalla cultural» es una nostalgia del mundo sin libertad, represor del placer y del interés individual, que es el único secreto del éxito económico, político, cultural y moral del Occidente revelado contra sus captores morales. Los de la «batalla» quieren ser a la vez los mejores representantes de la religión del amor al prójimo y están cazando prójimos en público para no ver amenazado el lugar que creen merecer, y hablan de su «derecho a ofender». Un mandamiento nuevo les da el señor: tira piedras y ofende. Pero a su vez son de la generación de cristal que tanto critican cuando se victimizan porque los débiles de repente son fuertes y los cancelan por su homofobia, transfobia o racismo. En realidad, son eso para sentirse fuertes y los de la cancelación los hacen verse, según ellos injustamente, como todo lo contrario. Estos cobardes se ofenden cuando la réplica se organiza. El que a hierro mata, a hierro muere. Si son valientes para decir cosas desagradables sobre los demás, no pueden ser tan frágiles como para echarse a llorar porque los cancelan o se la devuelven.

Cuando cualquier religión tiene un poder sobre el gobierno, los resultados acaban siendo orwellianos (término que se refiere a situaciones de control gubernamental totalitario, vigilancia extrema y manipulación de la información, similar a las descripciones en la novela *1984* de George Orwell). El período de ignorancia inició su final en el

Renacimiento (y se corona en la Ilustración), cuando vemos que se retoma lo que había sido paralizado más de mil años atrás.

El período renacentista inició el desarrollo del humanismo como una corriente intelectual que enfatiza el estudio de las humanidades clásicas, como la filosofía, la literatura y la historia, con un enfoque en la importancia del individuo y el desarrollo integral de la persona. Surge como una reacción al pensamiento medieval e influye significativamente en áreas como la educación, la filosofía y las artes. Otra vez el mundo natural era fuente de inspiración y referencia, los pies se ponían de nuevo en la tierra y ya no en el cielo.

El período de redescubrimiento y desarrollo de los griegos clásicos y el pensamiento crítico fue mucho más breve en comparación con los supuestos mil quinientos años y más en los que se dice que el cristianismo influyó en este cambio repentino. En lugar de inspirar la revolución científica, más bien parece que la religión la retrasó.

Vale la pena destacar que un elemento clave de la ciencia estuvo ausente hasta ese punto: la extensa cooperación y revisión por parte de los científicos y filósofos. Aunque el término «revisión por pares» apareció en el siglo XX, su precursor se remonta exactamente a la época de esta revolución científica. Antes, los pensadores y estudiosos del conocimiento frecuentemente estaban separados por cientos de años o largas distancias, sin acceso fácil al trabajo de los demás, que por otro lado estaban reservados para unos pocos y escondidos en monasterios. ¿Hubo algo que resolviera este problema en ese momento? La invención de la imprenta en el siglo XV.

Copérnico, Galileo y tantos pensadores más desafiaban las ideas convencionales y religiosas, pero la imprenta de Gutenberg hizo lo suyo para acelerar la circulación de las ideas más disruptivas y romper con la mentalidad cerrada. Después de la invención de la imprenta, la producción de libros y otras publicaciones masivas, incluyendo nuevos descubrimientos científicos, se volvió bastante más rápida y accesible en términos de traducción, creación y distribución.

Pero el cambio no sólo fue científico o filosófico, sino también artístico. Con el proceso renacentista se produjo un cambio importante

en el arte, que se debió también al redescubrimiento de la civilización de los clásicos griegos. ¿Por qué es esto significativo? Porque el arte, tanto de la antigua Grecia como de Roma, era en realidad mucho más creativo y avanzado que el arte medieval que llegó siglos después. El cambio en las obras de arte fue seguido rápidamente por un cambio en el enfoque científico, lo cual no fue una casualidad. El Renacimiento marcó la ruptura con el dominio del misticismo.

Observemos las creaciones artísticas o filosóficas del mundo liderado por el cristianismo desde el siglo V, poco después de que el cristianismo se estableciera, hasta el siglo XV, un período que marcó el inicio de los cambios significativos. Estos mil años nos muestran un progreso lento en un período donde, a pesar del predominio del poder e influencia religiosa, los avances en ciencia, filosofía, tecnología y arte fueron limitados en comparación con otras épocas. El punto está en que, a diferencia de los griegos y romanos, la doctrina cristiana no contemplaba el mundo natural como referencia, sino que miraba hacia su interior, sus imaginaciones, con una fijación en los reinos celestiales o en un infierno aterrador, ignorando el mundo natural y terrenal. No por nada el autoritarismo que deriva del fanatismo cristiano resultó desde el comienzo en la persecución y profanación de estatuas griegas y romanas, destruyendo la historia porque iba en contra de las escrituras y sus sensibilidades (recomiendo leer a la autora Catherine Nixey en *La edad de la penumbra* para profundizar más en este tema específico).

A principios del siglo XVI vivieron Martín Lutero (1483-1546), teólogo y reformador alemán que desempeñó un papel en el inicio de la Reforma Protestante, y Juan Calvino (1509-1564), teólogo y reformador francés que tuvo un papel importante en el desarrollo del protestantismo. Lutero inició el movimiento reformista tras publicar sus «95 tesis» en 1517, con las que criticaba las prácticas de la Iglesia católica, especialmente en relación con la venta de indulgencias. Su acción supuso el comienzo de la Reforma Protestante.

Aunque contemporáneo de Lutero, Calvino desarrolló sus ideas teológicas de manera independiente. Su obra más conocida es *La institución de la religión cristiana* (1536) y su teología se asoció más tarde a

la corriente conocida como calvinismo. Sus obras y acciones impulsaron la llamada reforma, la cual incluía principios como los siguientes: que la salvación se obtiene sólo a través de la fe en Jesucristo, y no por obras o méritos humanos; que la Biblia es la única autoridad para la fe y la práctica cristiana, y no deberían agregarse tradiciones humanas; que la salvación es un regalo divino y no puede ser ganada mediante acciones humanas; y que Jesucristo es el único mediador entre Dios y los seres humanos.

La reforma dio como resultado la formación de diversas denominaciones cristianas, como los luteranos, los calvinistas, los anglicanos y otros grupos que buscaban una reforma en línea con sus interpretaciones de las Escrituras. Este movimiento tuvo un profundo impacto en la historia religiosa y política europea, y llevó a la diversificación del cristianismo occidental. Cabe mencionar que bajo el liderazgo de Juan Calvino, Ginebra se convirtió en un lugar de fuerte control, una teocracia donde el control del Estado y la Iglesia estaba fuertemente entrelazado, incluyendo la ejecución de herejes y la regulación estricta de la vida cotidiana. Es importante destacar que ni Lutero ni Calvino defendían la tolerancia religiosa; de hecho, clamaban por torturar y quemar a los que catalogaban de blasfemos.

Lo que sigue a esto fue la llamada Contrarreforma, también conocida como la Reforma Católica, un movimiento iniciado por la Iglesia católica en respuesta a la Reforma Protestante del siglo XVI. La Contrarreforma tuvo como objeto reformar y revitalizar la Iglesia en términos de doctrina, prácticas religiosas y estructuras institucionales en iniciativas como las siguientes: el Concilio de Trento (1545-1564), un concilio ecuménico convocado por la Iglesia católica para abordar las críticas de los reformadores protestantes y cuestiones internas dentro de la Iglesia; la llamada Compañía de Jesús (jesuitas), fundada por Ignacio de Loyola en 1534, que se dedicó a una tarea misionera para inculcar la fe católica y expandir el catolicismo a niveles más globales; y el refuerzo del mencionado *Index Librorum Prohibitorum* (*Índice de libros prohibidos*), una lista de obras prohibidas por la Iglesia con el fin de censurar y evitar la difusión de libros considerados peligrosos para la fe católica.

En todas estas historias, por sus descubrimientos, los científicos, los filósofos y los pensadores caminaron por una delgada línea entre la aprobación cristiana y el pensamiento herético. En aquella época, muchos de ellos mantuvieron en secreto descubrimientos por miedo a ser perseguidos. Sin el fanatismo de la religión, todo el progreso alcanzado en los últimos siglos desde que salimos de la Edad Media habría sucedido mucho más rápido y vaya a saber uno cuánto tiempo, avance y buenas ideas habremos perdido. Como sostuvo la escritora estadounidense Catherine Fahringer, «estaríamos mil quinientos años más adelantados si no hubiera sido por la Iglesia, que arrastró a la ciencia y quemó nuestras mejores mentes en la hoguera». Nos pusimos un freno a nosotros mismos, nos limitamos, nos cortamos las alas. Como llegó a decir el escritor estadounidense Robert G. Ingersoll, «cuando la ciencia estaba en su infancia, la religión trató de estrangularla en su cuna».

La nueva derecha y su batalla cultural toman ese pasado como referencia, para ellos un período dorado, pero nunca podrían repetirlo. El pasado actúa aquí como una mera deslegitimación del presente en un mundo que no pueden controlar. Tanto es así que no pueden llamar vuelta a la Edad Media, teocracia o siquiera fascismo a su sincretismo ideológico, deben adoptar términos ambiguos, como la propia batalla cultural, el antiglobalismo o ser patriotas, porque ni se animan a llamarse nacionalistas. Eso habla de una batalla perdida de antemano. Por el mismo motivo tampoco sería justo juzgar el pasado a la luz de quienes lo reivindican. El pasado se vivía con el grado de avance de su época. Esta ideología quiere quemar los libros de los últimos doscientos años, pero no porque conozca del todo aquel pasado y lo añore, sino porque no encuentra una forma más proactiva y creativa de destruir el presente.

El pasado tenía sus concepciones culturales y sus ideales. Hoy podemos mirarlos y no necesitamos nada de eso.

Incluso podemos hacer una breve parada por la mitología griega y pasear con Prometeo, un titán amigo de los mortales, conocido por ser quien desafió a los dioses al robar el fuego del Olimpo y entregárselo a los seres humanos para que pudieran acceder al conocimiento. Además del fuego, Prometeo también dio a los humanos diferentes artes y

habilidades. La actitud de Prometeo enfureció a Zeus, el dios de los dioses, quien decidió castigarlo encadenándolo a una roca, donde un águila lo visitaba diariamente para devorar su hígado, que se regeneraba cada día, convirtiendo su castigo en un ciclo interminable.

El personaje de Prometeo es conocido por su astucia, inteligencia y valentía para desafiar a los dioses en beneficio de la humanidad, convirtiéndose en un símbolo de resistencia, ingenio y sacrificio en la mitología griega. A lo largo de la historia humana, y especialmente durante la Edad Media, tuvimos muchos Prometeos que fueron encadenados y castigados. Johan Norberg (2021) describe con precisión algunos detalles de aquella época embriagada de intolerancia:

> Para Europa, se produjo una era oscura de intolerancia. A medida que los gobernantes y los ejércitos comenzaron a afirmar que gobernaban y conquistaban en nombre del único dios verdadero, la disidencia religiosa se convirtió en un crimen contra él y no fue posible ningún compromiso. Durante la cruzada contra los cátaros, que creían en dos deidades, a principios del siglo XI, los cristianos podrían haber matado hasta un millón de personas. «Mátalos a todos, porque el Señor conoce a los que son suyos», como se supone que les dijo el inquisidor Arnaldo Amalric a sus cruzados cuando se enteró de que también había católicos en la fortaleza cátara de Béziers. Cinco años antes, la Cuarta Cruzada había conmocionado a Europa al saquear la ciudad cristiana más grande del mundo, Constantinopla, masacrando a civiles y violando incluso a mojas. Durante largos períodos, los imperios chino, otomano e incluso mongol fueron mucho más tolerantes que los europeos. Una y otra vez, los europeos se mataron en nombre de Dios los unos a los otros.

Hobbes escribió *Leviatán* en el exilio, al igual que le sucedió a Locke al escribir sus obras refugiado en Ámsterdam. Descartes, Voltaire y Grocio también experimentaron el exilio. A pesar de la prohibición de la Iglesia católica, Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert persistieron con la Enciclopedia, respaldados por Catalina la Grande y editores suizos: su obra había entrado en el *Índice de los libros prohibidos* por la Iglesia. El éxito de sus obras contribuyó a difundir las ideas ilustradas, mientras que la persecución del libre pensamiento dejaba a las naciones rezagadas en este período histórico.

En el año 1660 se fundó la Royal Society de Londres con la consigna *Nullius in verba*, que significa «no confiar en las palabras de nadie». Este lema encapsulaba su decidido compromiso con la evidencia y su disposición a cuestionar las ideas preexistentes, desviándose de la tradición de reverenciar a los pensadores antiguos. Inspirada por un espíritu de curiosidad y apertura, esta institución demostraba escepticismo hacia las creencias arraigadas y mostraba respeto por la innovación, distinguiéndose por acoger a cualquier individuo dispuesto a aportar nuevas ideas e invenciones prácticas, lo que creó un ambiente propicio para la colaboración científica.

El enfoque de la Royal Society representó también la esencia del método científico riguroso fundamentado en la evidencia y jugó un papel trascendental durante la revolución científica que abarcó desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII, la cual, como mencioné, tuvo sus inicios en el Renacimiento y se extendió hasta la Ilustración, período durante el que se produjeron las contribuciones de científicos como Copérnico, Kepler, Galileo, Newton y otros tantos, lo que transformó la forma de hacer ciencia y cómo tratar el razonamiento lógico.

La «República de las letras» es el término con el que se conoce a la red informal y espontánea de intelectuales, escritores y eruditos que compartían correspondencia y colaboraban en cuestiones académicas, filosóficas, científicas y literarias durante los siglos XVII y XVIII en Europa. Esta red no era una institución formal, sino un grupo compuesto por pensadores de distintos países que se comunicaban por carta para intercambiar ideas, discutir descubrimientos y colaborar en proyectos intelectuales.

Esta red contribuyó al desarrollo de la Ilustración y al avance del conocimiento en diversos campos y hallazgos. Este grupo cosmopolita contaba con figuras como Gottfried Wilhelm Leibniz, John Locke, Isaac Newton o Voltaire, entre otros, quienes abrazaron la razón, la discusión, el pensamiento crítico, la lógica y la evidencia, e hicieron a un lado los tabúes religiosos y la censura gubernamental. Sin obstáculos, sin trabas, dejando de lado los pasados nostálgicos, esto puede resultar en mejoras significativas en la tecnología, la calidad de vida y la libertad humana. La

historia así lo ha demostrado en los períodos de gran creatividad y logros donde la característica común es que eran sociedades más abiertas que las de su tiempo. No dejemos de lado que la Ilustración o la Revolución Industrial pudieron haberse dado en cualquier territorio de tener los condimentos necesarios. La libertad es universal.

4

Socialismo

El socialismo surge como corriente de pensamiento en el siglo XIX y su base se cimentó principalmente en el análisis crítico de la Revolución Industrial y la promoción de los movimientos laborales que reclamaban derechos para los trabajadores. Es en el siglo XIX cuando comienzan a articularse y desarrollarse las ideas socialistas de una manera más sistemática, aunque algunas de sus raíces pueden encontrarse en períodos anteriores.

Aunque sería incorrecto etiquetar al político y canciller inglés Tomas Moro (1478-1535) como socialista, su obra *Utopía* (1516) ocupa un lugar destacado en cualquier análisis de las ideas y raíces intelectuales del socialismo. Marx y Engels, en *La ideología alemana*, consideraban a Moro como el primer exponente de su lista de comunistas ingleses. Para autores como Karl Kautsky, el libro representaba «un ideal que puede considerarse como el primer destello del socialismo moderno».

En su descripción de la isla imaginaria Utopía, al compararla con la Inglaterra de la época Tudor, Moro desarrolló una crítica contundente a la propiedad privada argumentando que divide a la sociedad en dos clases: por un lado, una minoría ociosa y extravagante, y por el otro, una mayoría pobre y explotada. En la sociedad ideal se compartirían los bienes y se eliminarían las desigualdades sociales. Aunque esta obra tiene aspectos afines e ideales socialistas, es más apropiado considerarla como una obra filosófica y literaria que exploraba ideas políticas y sociales de su tiempo.

Otro autor que podríamos destacar para seguir las pistas de los antepasados de estas ideas es Gerrard Winstanley (1609-1676), un

renombrado líder del grupo y movimiento conocido como los «Diggers» durante la revolución inglesa del siglo XVII, quienes promovían la creación de comunidades agrícolas colectivas y la colectivización de la tierra, cuya propuesta consistía en que la tierra debía ser de propiedad comunal y no de propiedad privada. Su figura es recordada como uno de los precursores del pensamiento socialista y uno de los primeros divulgadores de la idea de la propiedad comunal de la tierra.

Todo indica que la palabra *socialismo* fue acuñada por primera vez en 1766 por el monje italiano Ferdinando Facchinei, quien la utilizó para referirse al concepto de contrato social propuesto por Jean-Jacques Rousseau. El concepto de «socialismo» también hace una de sus primeras apariciones en 1827 a través de la pluma de Robert Owen (1771-1858), conocido como el padre del socialismo británico. Owen acumuló una considerable fortuna como industrial. Su enfoque principal proponía reorganizar la sociedad eliminando la pobreza y la felicidad, pero también estableciendo condiciones que consideraba propicias para una felicidad más duradera que la que ofrecía el sistema previo que regía la sociedad.

Owen implementó sus ideas en acciones específicas desde su propia fábrica en New Lanark, donde incluyó reformas que otorgaron mejores condiciones laborales a sus empleados y restricciones en el trabajo infantil. Sin embargo, sus intentos en otras empresas ya convertidas en asentamientos privados como experimentos de socialismo voluntario y privado, como la comunidad de New Harmony en Estados Unidos, tuvieron menos éxito. Owen concibió estos proyectos como prototipos para una forma radicalmente nueva de existencia cooperativa.

El propósito de New Harmony, fundada en 1825 en Indiana, Estados Unidos, según las palabras de Owen era «cambiar del sistema individual al sistema social», transformando las familias aisladas con intereses diversos en comunidades de muchas familias con un interés compartido. Este experimento social tuvo como destino, en última instancia, la disolución de la comunidad después de un breve período de tiempo. A pesar de las nobles intenciones y los ideales de Owen, New Harmony enfrentó numerosos desafíos. Las diferencias ideológicas y las

dificultades prácticas llevaron a conflictos internos. Además, la falta de un modelo económico sostenible y la ausencia de una estructura de propiedad clara, al igual que la ausencia de motivación en una sociedad donde no había recompensa por el trabajo, contribuyeron a la insostenibilidad del proyecto. Después de aproximadamente dos años, en 1827, Robert Owen se retiró de la gestión de New Harmony, esta especie de socialismo privado, y la comunidad fue vendida a un grupo de inversionistas. New Harmony se considera un fracaso en términos de lograr una sociedad utópica duradera. Sin embargo, el legado influyó en movimientos posteriores de cooperativismo y experimentos comunitarios, y las lecciones aprendidas contribuyeron al pensamiento sobre la planificación y la gestión de comunidades utópicas.

Pero más allá de este experimento, podemos decir que el socialismo surgió como una nueva perspectiva que, a pesar de compartir algunas ideas liberales y ser un producto de la era liberal, como el rechazo al absolutismo monárquico, se distanció de él por varios motivos y en medidas que trazaron diferencias abismales. Mientras el liberalismo abogaba por la libertad de comercio y la propiedad privada, los socialistas adoptaron enfoques con mayor énfasis en la intervención estatal en la economía, incluyendo regulaciones sobre precios, salarios y alquileres, cuestionando la legitimidad de la propiedad privada y calificándola como un robo o un abuso.

Pese a que algunas propuestas eran teóricas, el socialismo se consolidó como corriente política hacia mediados del siglo XIX, con el apoyo de obreros urbanos, muchos de origen rural. Los socialistas veían en el capital la causa de la explotación obrera y peleaban por la expropiación de fábricas y tierras, para transferir su control al Estado o a los sindicatos.

Durante el siglo XIX se concentraron en Inglaterra un buen número de socialistas extranjeros, el lugar donde ideas y teorías de distintas escuelas del socialismo francés dejaron su semilla, desde Fourier a Saint-Simon. La palabra *socialismo* comenzó a ser utilizada activamente por el pensador francés Pierre Leroux en 1834, quien desempeñó un rol en el movimiento utópico francés del siglo XIX y la empleó como concepto en

1833 en la *Revue encylopédique*, obra en la que reflexionó sobre individualismo y socialismo. El escritor y economista francés Louis Reybaud (1799-1879), en la década de los años treinta del siglo XIX, confirmó el surgimiento del término *socialismo* en sus trabajos. Desde ese momento, el concepto ha cambiado, evolucionado y se ha adaptado a diferentes significados y ramificaciones, abarcando enfoques, matices y propuestas variadas.

Los primeros intentos de aplicación de estas ideas en la práctica fueron utópicos, con cooperativas y comunas. Otros lucharon por el socialismo a través de sindicatos o procesos revolucionarios, como el ejemplo de la Comuna de París en 1871, un acontecimiento histórico que implicó un intento de establecer una forma de gobierno autónoma y socialista en la ciudad de París. Este proceso introdujo medidas como la separación Iglesia-Estado, la elección de funcionarios mediante sufragio universal y la creación de talleres cooperativos, pero fue reprimida por el gobierno francés con ejecuciones y encarcelamientos. De ahí en adelante, el socialismo comenzó a consolidarse como una poderosa influencia política en numerosas naciones.

Los pensadores iniciales del socialismo (llamado socialismo utópico), como Henri Saint-Simon, Charles Fourier y Robert Owen, abogaron por un ideal utópico en el que colonias autosuficientes se separarían de las economías existentes y se centrarían en sus propias necesidades, donde no existiría más la «desigualdad» (material). El término fue usado por Louis Blanqui en el año 1839, pero se hizo conocido más tarde.

Este socialismo tuvo la función de ser la base de lo que luego se conocerá como el desarrollo del pensamiento socialista tal y como lo entendemos. Estos pensadores no creían en la violencia como mecanismo, como sí lo hicieron los pensadores socialistas posteriores, a partir de lo que se conoce como socialismo científico, desde Karl Marx, Friedrich Engels y Vladímir Lenin, quienes propusieron un cambio revolucionario en la sociedad con el fin de instaurar un orden socialista que veían imposible de lograr a través de las urnas, argumentando que el capitalismo y su burguesía estaban tan enquistados en el sistema que la revolución violenta sería la única vía posible. Marx vio el socialismo

como un paso hacia el comunismo, que buscaba abolir la propiedad privada y crear una sociedad sin clases. Este sistema ha demostrado ser inviable en el largo plazo, puesto que la sociedad no puede ser comandada de modo central.

Mientras el socialismo ganaba terreno, también surgía el imperialismo, lo que supuso el declive del período predominantemente liberal. Después del Imperio británico, otras potencias, como franceses, neerlandeses, rusos, alemanes, austríacos y japoneses expandieron sus influencias, y Estados Unidos hizo lo propio en el continente americano. Esta rivalidad entre Estados generó conflictos globales que culminaron en la Primera Guerra Mundial, desencadenada cuando las ambiciones imperiales chocaron debido al sistema de alianzas entre Estados, tras siglos de abuso de poder, de colonialismo y de explotación de recursos y personas.

Este breve paréntesis sobre imperialismo podemos definirlo como una política o ideología que implica la expansión territorial, económica o cultural de un país o imperio mediante la adquisición de colonias, territorios o influencia sobre otras naciones, vulnerando la soberanía. Este fenómeno histórico se caracteriza por la búsqueda de dominio y control sobre regiones fuera de las fronteras del país imperialista, a menudo motivado por intereses económicos, estratégicos o ideológicos. En el contexto histórico, el auge del imperialismo se dio principalmente en los siglos XIX y principios del XX, cuando potencias europeas y otras naciones buscaron expandir su influencia a nivel global.

Rusia, por ejemplo, era un imperio rural y atrasado, gobernado por el zar Nicolás II mediante un sistema autocrático. Después de años de pobreza, represión y descontento social, estallaron revueltas que culminaron en la Revolución de Octubre de 1917, liderada por Vladímir Lenin. El socialismo alcanzó así fuerza al implementarse en Rusia por primera vez, y en su expresión más radical, a través de la teoría de Marx y Engels de la mano de los bolcheviques.

Durante la Primera Guerra Mundial, Rusia enfrentó desafíos económicos y políticos. El gobierno zarista se debilitó y finalmente fue obligado a abdicar, tras lo cual toda la familia Románov fue ejecutada. El

gobierno provisional, encabezado por Aleksandr Kérenski, y el Sóviet, liderado por los bolcheviques, compitieron por el poder.

Lenin y Trotsky tomaron el control del Sóviet tras un asalto al Palacio de Invierno en octubre de 1917, estableciendo una dictadura de un solo partido y nacionalizando la industria para construir una nueva nación socialista con economía centralizada. Lenin estableció el primer régimen socialista. Este nuevo gobierno negoció el Tratado de Brest-Litovsk en 1918, que supuso la retirada de Rusia del conflicto mundial y la cesión de territorios a las potencias de la Europa central. La salida de Rusia tuvo un impacto significativo en la dinámica de la guerra.

Durante la violenta Revolución de Octubre, aplicando los principios socialistas y comunistas para establecer el primer «Estado marxista» casi setenta años después de Marx y Engels, Lenin y el partido bolchevique intentaron aplicar una primera versión de aquella teoría. Con la revolución se liquidó la propiedad privada, se nacionalizaron los bancos, se controló la producción industrial, se instauró un régimen de persecución y se eliminó la libertad de prensa. En Rusia y otros países declarados comunistas, el Estado controlaba los medios de producción y comunicación, eliminaron la propiedad privada, el sistema de precios y el gobierno limitado. El 10 de agosto de 1918 Lenin emitió el siguiente telegrama:

> ¡Camaradas!, la sublevación *kulak* [agricultores campesinos dueños de propiedades] en nuestros cinco distritos debe ser aplastada sin piedad. Los intereses de la revolución lo exigen, porque en todas partes se ha entablado la lucha final contra los *kulaks*. Es preciso: 1) colgar, y digo colgar de manera que la gente lo vea, al menos a cien *kulaks*, ricos y chupasangres conocidos; 2) publicar sus nombres; 3) apoderarse de su grano; 4) identificar a los rehenes como hemos indicado en nuestro telegrama de ayer. Hagan esto de manera que a cientos de kilómetros a la redonda la gente lo vea y tiemble.

En 1922, Rusia y los países vecinos se configuraron en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), basándose en el marxismo-leninismo. El partido comunista se convirtió en la autoridad central, abolieron la propiedad privada y el Estado lo controló todo. Bajo Stalin,

la URSS se volvió una dictadura total. Vladímir Lenin, primer líder soviético, asesinó a más de un millón de personas en la etapa del Terror Rojo entre 1918 y 1922. Este régimen fue continuado por Stalin en 1924, quien llevó a cabo una extrema represión política, con numerosos campos de concentración y trabajos forzados llamados *gulags*, extendidos a lo largo del territorio ruso. Los gulags operaron desde 1930 hasta 1960. No hay un número exacto y definitivo, pero algunos historiadores sostienen que el número total de asesinados por este régimen se aproxima a los cinco millones.

En 1949, China adoptó el maoísmo, liderado por campesinos y no por obreros. Otros países que se sumaron a probar estas ideas socialistas, entre muchos otros, fueron Corea del Norte y Vietnam.

Una descripción formal del socialismo nos llevaría a explicarlo como una ideología o sistema social, político y económico que tiene como característica principal la colectivización de los medios de producción y distribución de bienes y servicios (fábricas, comercios, negocios y servicios). Esto quiere decir que los medios de producción, en vez de estar en manos de los privados, pasarían a ser propiedad común o estatal.

En otras palabras, se trata de abolir la propiedad privada de los medios de producción y crear una sociedad donde éstos, según Karl Marx, sean de propiedad común, operados y controlados por la comunidad en su conjunto. Friedrich Engels lo definió como la abolición de la producción capitalista orientada al lucro y su reemplazo con una producción planificada que sirva a las necesidades de la sociedad.

El socialismo, desde su teoría, plantea eliminar la llamada desigualdad económica y para ello propone hacerlo mediante la planificación central de un gobierno que tenga el control de la economía y que redistribuya la riqueza. Otra propuesta principal del socialismo, en su versión más clásica, es la eliminación de las clases sociales y la visión cooperativa de la economía (a diferencia de la visión de competencia que surge en sistemas económicos como el libre mercado). El socialismo es una ideología que lucha para que la sociedad, ya sea de manera total o parcial, tenga el control sobre la producción y distribución de bienes y

servicios. Se trata de una doctrina política y económica que defiende la participación y la influencia de la comunidad en general, especialmente en los sectores económicos clave.

Otro enfoque en el que el socialismo ha hecho énfasis son los derechos laborales y las protecciones sociales, es decir, la regulación de los salarios, las jornadas laborales o los sistemas de seguridad social. Asimismo, plantea que servicios como la salud, la educación y la vivienda sean públicos y declarados como derechos fundamentales para todas las personas, independientemente del estatus económico que tengan.

Marta Harnecker (1979) resume que «el socialismo es la etapa de desarrollo social que comienza con el triunfo de la revolución proletaria», y que «se trata de una etapa que viene directamente del capitalismo y durante la cual se ajustan y transforman los elementos heredados de este sistema». Durante esta etapa, agrega, «van desapareciendo los elementos negativos y se van fortaleciendo los elementos que conducen al comunismo, a la etapa de la sociedad en la que desaparecen las clases sociales y el Estado como mecanismo de represión». Harnecker señala que «las características fundamentales del socialismo son: la dictadura del proletariado, en lo político, y la propiedad social de los medios de producción más importantes, junto a la planificación de la producción social, en lo económico».

Esta etapa, que es la primera del modo de producción comunista, también conocida como socialismo, implica un período de transición entre el capitalismo y el comunismo. El Estado burgués se sustituye aquí por un modelo especial de Estado que es la dictadura del proletariado, cuyo rol es conducir el proceso hasta que desaparezcan las clases sociales de manera total, y mientras esto sucedía, también desaparecería el propio Estado.

Como ha sucedido con todas las ideologías a lo largo del tiempo, el socialismo también tiene sus ramificaciones, y es importante mencionar que las propuestas varían (en su nivel o en sus formas) según las distintas corrientes filosóficas o incluso geográficas: desde el socialismo utópico al socialismo científico, a la propuesta del marxismo-leninismo, el socialismo democrático y otras tantas más.

El grupo de pensamiento activista mejor conocido como «sociedad Fabiana» se estableció en 1884 en el Reino Unido con el objetivo de promover las ideas socialistas y las reformas graduales, reemplazando la revolución por este mecanismo. Este grupo dedicado al debate y la difusión tuvo como miembros a escritores, intelectuales y políticos de la talla de George Bernard Shaw, Sidney Webb, Beatrice Webb, Annie Besant y Graham Wallas. El conocido pensador liberal Friedrich Hayek también fue parte de esta corriente de pensamiento hasta que tomó otra dirección.

En *Ensayos fabianos sobre el socialismo*, escrito en 1889, Sidney Webb resaltó la confianza en la democracia y el enfoque gradualista como dos de los principios clave del fabianismo. Además de promover la democracia, los fabianos se oponían decididamente a los movimientos antiparlamentarios, violentos y revolucionarios. De hecho, el nombre *fabiano* proviene de Quinto Fabio Máximo, un general romano que hizo uso de estrategias y tácticas de desgaste para alcanzar sus metas militares. Estos fabianos del siglo XIX proponían una introducción gradual de las políticas socialistas mediante las instituciones parlamentarias y la democracia, que tuvo su influencia en el Partido Laborista del Reino Unido y reforzó conceptos como la planificación central de la economía y los programas sociales.

Desde esta postura, los gobiernos elegidos democráticamente deberían regular la economía y asegurar los servicios públicos. Su meta era extender la propiedad pública a la mayoría de las áreas posibles. En la actualidad, la mayoría de los declarados socialistas también han perdido la expectativa de lograr un cambio social a través de una revolución violenta. Sin embargo, el socialismo continúa analizando el capitalismo como un sistema que centraliza y concentra la riqueza y el poder en manos de una minoría, dejando a la mayoría en condiciones de pobreza y falta de influencia. Su enfoque se centra en la desigualdad de oportunidades y critica al capitalismo por propiciar una visión que denomina individualista y egoísta.

Desde el liberalismo clásico, la respuesta a esta crítica viene desde el estudio de la economía, para señalar que la colaboración social ocurre

sin intervención estatal y que esta última en realidad la distorsiona, aunque contempla la ayuda estatal en determinadas áreas, a diferencia de visiones como el libertarismo. Éste es, en resumidas cuentas, el conflicto sin el sesgo de calificar al otro de malintencionado. Las políticas socialistas y liberales pueden llegar a compartir un rasgo común, que es pensar en el bienestar privado, una vez dejado de lado el despotismo del antiguo régimen. La diferencia se encuentra en la metodología de planificación central por parte de la autoridad estatal que propician los socialistas y la colaboración de intereses en un sistema espontáneo contractual, de acuerdo a las observaciones sobre la economía de los liberales.

Las grandes crisis económicas en el mundo llamado «capitalista», aunque se trata en general de economías mixtas, empezando por las políticas monetarias, dan oportunidad de volver a plantear sus preocupaciones a los socialistas. Momentos de prosperidad son seguidos de manera cíclica por momentos de recesión. Eso da lugar a la confrontación de opiniones sobre sus causas por parte de unos y otros. La recesión global de 2008 no fue la excepción, la cual trajo consigo el resurgimiento de medidas más intervencionistas, criticadas por los liberales, pero también por la nueva derecha, la cual, si nos atenemos a la definición del socialismo como una forma de intervención para cambiar lo que ocurre en el mercado espontáneamente, también debería ser catalogada de socialista desde el momento en que culpabiliza de los problemas a la globalización, hace énfasis en una visión nacionalista de la producción y promueve el proteccionismo.

El socialismo se centra en la justicia social, la propiedad colectiva y la cooperación. En el espectro político, se sitúa a la izquierda y se simboliza con el color rojo, representando la lucha de los trabajadores. Pero un socialismo de derecha también es posible. Lo fue el nacionalsocialismo, justamente, y lo fue el fascismo clásico. Ambos promueven un intervencionismo a favor de jerarquías y no de la igualdad, pero propician formas de sociedad planificada centralmente. La nueva derecha llega al extremo de promover una planificación de la cultura mediante una batalla específica, como ya fue explicado anteriormente.

La historia ha expuesto que la aplicación de las ideas socialistas no da resultados favorables para la mayoría de los individuos. La tendencia es mostrar estancamiento económico o desarrollar el crecimiento de una clase política que se hace con el poder y se enriquece a costa de ello, descartando completamente la idea de movilidad social (bajo este tipo de ideologías, si alguien nace en una situación económica precaria no tiene muchas posibilidades de salir adelante y progresar, como sí sucede en países donde hay oportunidades, prosperidad y mejores salarios). Asimismo, es importante considerar o preguntarse desde el liberalismo si realmente el mercado siempre puede abordar de manera adecuada las necesidades inmediatas de aquellos que realmente carecen de recursos básicos como la alimentación. Esto se trata de abrirnos a las preguntas y no responder a todo con un «el mercado luego lo resolverá». ¿Puede haber otra respuesta?

Mientras tanto, la autora Ayn Rand fue una de las mayores críticas del socialismo, basándose principalmente en que cuando se niegan los derechos de propiedad, los individuos se convierten en propiedad estatal, en un colectivo, en una masa. Además, criticó con fuerza el hecho de que los socialistas se adjudicaran el derecho de redistribuir la riqueza que otras personas producen, ya que esto implica tratar a los seres humanos como fines de uso.

El socialismo presenta el interés personal como una especie de amenaza, pero no puede haber prosperidad sin ese motor. Algunos ejemplos ya mencionados son Cuba, Corea del Norte y Venezuela, aunque los líderes de estos países se hacen difíciles de catalogar en una tradición socialista típica o incluso comunista, porque sus banderas originales del socialismo o el comunismo se han convertido en nacionalismos de izquierda. Lo que sí está claro es que los dictadores de estos tres países gobiernan en un formato autoritario, donde no hay libertad de expresión, no hay respeto por los derechos humanos, no hay libertad política ni libertad económica.

De este modo, se supone que lo que analizamos en las páginas anteriores es el socialismo, pero la gran pregunta que debemos hacernos hoy es qué es el socialismo en las palabras de los que tanto lo critican.

¿Qué es el socialismo para Donald Trump, Giorgia Meloni, Santiago Abascal, Ron DeSantis, Javier Milei o Tucker Carlson? Cuando los republicanos estadounidenses hablan de socialismo, por ejemplo, no sabemos realmente de qué están hablando y colocan a los demócratas como si fueran un equivalente de Fidel Castro. De hecho, para ellos, los estudios de género son «socialismo».

Lo cierto es que esta ideología es difícil de encontrar como tal, pero si hablamos desde el punto de vista de las sociedades abiertas modernas, todos esos proyectos se proponen reemplazarlas por formas de planificación central, por formas de socialismos sin una doctrina coherente muchas veces. Ésa es precisamente la característica del socialismo: planificar centralmente a la sociedad, partiendo del ámbito económico.

5

Comunismo

El comunismo, aunque actualmente es un sistema extinto salvo por específicas excepciones que poco tienen de la idea original, mantiene cierta relevancia en el discurso político contemporáneo. Esta ideología nació como una respuesta intelectual y política directa a las transformaciones en la Europa del siglo XIX, impulsadas también por la Revolución Industrial y las crecientes complejidades sociales. Formaba parte de la propuesta marxista, junto a su primera fase, que sería el ya explicado socialismo.

En lugar de tener propietarios privados, la idea del comunismo es que los recursos y la producción de bienes se compartan de forma equitativa entre todos los miembros de la sociedad. El objetivo final es alcanzar la igualdad absoluta, eliminando las diferencias sociales y económicas entre las personas, el paso final de la teoría de Marx y Engels.

En la sociedad comunista ideal no hay clases sociales, y los recursos y la producción se distribuyen de forma equitativa entre la sociedad, mientras que el socialismo propone una propiedad colectiva o estatal de fábricas y tierras, pero aún permite la coexistencia de algunas formas de propiedad privada para otros aspectos de la economía, permitiendo un grado de empresas privadas pero con regulación estatal.

Marta Harnecker (1979) explicó que en la sociedad comunista cada persona elige libremente el trabajo que desarrollará y entregará a la sociedad según su capacidad, obteniendo de ésta lo que necesita para vivir. Los bienes pertenecen a un fondo común, del cual cada persona retira lo que le hace falta. Además, agrega que no todas las personas

pueden contribuir de la misma manera ni en la misma cantidad al trabajo social, porque no todos tienen la misma capacidad de trabajo. En otras palabras, «al no tener una medida, el trabajo deja de ser regulado por la ley del valor y los productos del trabajo no se distribuyen a través de la compraventa en el mercado, sino que pasan a integrar un fondo común social, del cual cada persona retira lo que necesita». Además, «desaparece así la necesidad del dinero y se podrá usar un sistema de bonos que permita la contabilidad social para hacer que lo que produce la sociedad esté de acuerdo al consumo de la población».

No parece que nadie haya querido comportarse como los comunistas imaginaban que debían hacerlo. El que se ve obligado a producir por la sociedad, y no por sí mismo, lo hará con el mínimo esfuerzo de colaboración para no ser castigado, y tratará de sacar el mayor provecho a la hora de invocar sus necesidades. El mundo comunista colapsó en 1989 con la simbólica caída del Muro de Berlín, cuando del comunismo utópico sólo quedaba una maraña mañosa de hipocresía, trampa y persecución, con sus gulags y un Estado totalitario con el objeto de mantener integrado un sistema completamente inconsistente desde lo práctico y desde lo conceptual.

Podemos detallar algunas terminologías asociadas al comunismo, como el *proletariado*, que describe la clase trabajadora sin posesión de los medios de producción, que deben vender su capacidad de trabajar para sobrevivir; la *burguesía*, que se refiere a la clase de los propietarios de los medios de producción en la estructura capitalista, que incluye tanto a la clase alta como a la media; o la *lucha de clases*, que es el conflicto inherente entre las clases, definido por la disputa entre los intereses y metas de la clase trabajadora y los de la burguesía, y donde los trabajadores se alzan contra los capitalistas. En esta lucha de clases, la sociedad industrial y capitalista conduce de forma inevitable a un conflicto entre la clase trabajadora (proletariado, que produce bienes y recibe un salario por eso) y las clases media y alta (burguesía, que tiene el capital o los medios de producción y los usan para producir bienes generando empleo y riqueza).

En el comunismo supuestamente desaparece el egoísmo de los seres humanos y con ello la lucha individual de unos contra otros por lograr suficientes bienes para vivir. En cambio, las relaciones de colaboración, de las que surge la producción en el comunismo, y la abundancia que resulta de ello, harían que a nadie se le ocurriera acaparar bienes para sí mismo. Los resultados en la práctica muestran otra realidad. Los comunistas ni siquiera llegaron cerca de lo que se proponían, sólo pudieron consolarse con la propaganda, eso que Ronald Reagan llamaría «el imperio de la mentira». En la teoría, el Estado desaparece, pero en la práctica, se vuelve el mecanismo represor de quienes encabezan la revolución, lo que ha llevado a delirios mesiánicos y a cometer genocidios aniquilando a millones de personas, desde China hasta la ex Unión Soviética, con decenas de paradas en el medio.

Para Marx, la lucha de clases es el motor de la historia. El desarrollo político de la sociedad estaba moldeado por la dinámica de la relación entre los explotadores y los explotados, en un ciclo que se repite a lo largo del tiempo hasta hacer desaparecer las clases, y donde las personas disfrutan de su trabajo sin explotación de por medio: la lucha de clases permitiría avanzar la historia a través de conflictos revolucionarios, hasta que la propia historia llegase a su fin. La lucha de clases conduciría primero al socialismo y luego inevitablemente al comunismo, una sociedad sin clases, ni fronteras, ni Estado, ni propiedad, ni dinero, fundamentada en la propiedad colectiva. Marx sostenía que la revolución comunista sólo podría darse en el contexto de un capitalismo avanzado.

Teniendo esto en cuenta, corresponde agregar otra terminología asociada, que es la *plusvalía*. Marx y Engels sostenían que la burguesía explotaba al proletariado al pagarle una fracción injusta del valor de su trabajo, consideraban esta relación económica como una explotación y propugnaban la propiedad del proletariado sobre los medios de producción para eliminar la intermediación burguesa. Para lograr este cambio estructural en la sociedad hacía falta una revolución. El líder radical francés François-Noel Babeuf decía en el siglo XVIII, uno antes que Marx, que era necesario hacer desaparecer la distinción entre ricos y pobres. Babeuf fue parte del movimiento conocido como los

«igualitarios», quienes promovían la distribución de la riqueza para alcanzar igualdad económica y la abolición de la propiedad privada.

También podemos agregar que Marx, en su introducción a la obra *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* (1843), consideraba que la religión era «el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón y el espíritu de situaciones carentes de espíritu», que la religión era «el opio del pueblo» y que servía como consuelo para las clases oprimidas. En una sociedad comunista plenamente desarrollada, en la que desaparecerían las condiciones opresivas, se esperaba que la religión perdiera su relevancia. Su enfoque era abordar las condiciones socioeconómicas que daban lugar a la religión como fenómeno, no eliminarla directamente.

Marx anticipaba un futuro en el que los trabajadores derrocarían el capitalismo y finalmente establecerían esa sociedad comunista que tanto anhelaba. Aunque no vivió para verlo, sus ideas transformaron y sacudieron la política del siglo xx. Se exilió en Londres, donde escribió *El capital* en 1867. Bajo su modelo, los seres humanos se convierten en medios para un fin común, que no es otro que la instauración de este modelo colectivista.

Aunque Engels apoyó y financió a Karl Marx, éste murió en la pobreza. Johan Norberg (2021) escribió recordándonos que una de las versiones más populares del pensamiento de suma cero es la interpretación hecha por Karl Marx sobre el funcionamiento del libre mercado. Marx profetizó que los ricos iban a hacerse más ricos, pero a costa de explotar todavía más a los trabajadores. En la historia de las predicciones, dice el autor sueco, pocas han resultado estar tan equivocadas como la de Marx: en 1883, el habitante medio del país más industrializado de la época, Inglaterra, era el doble de rico que cuando Marx nació en 1818.

Hamowy (2008) sostuvo que el comunismo, como ideología política y económica, fue predominante en el siglo xx:

> La idea comunista propone la creación de un mundo materialmente abundante y pacífico mediante la abolición de la propiedad privada,

permitiendo que la colectividad, a través del Estado, planifique y dirija todos los aspectos de la sociedad de manera científica y racional. Es una utopía que sacrifica el individualismo en favor del bien colectivo y se opone al individualismo y a la economía del *laissez-faire*. A lo largo del siglo pasado, regímenes comunistas surgieron en Rusia, China, Corea del Norte, Cuba, Vietnam y otros lugares, afectando a casi la mitad de la población y el territorio mundial. El comunismo también atrajo a intelectuales de todo el mundo, pero su implementación resultó en la muerte de más de cien millones de personas. Aún hoy gobiernan comunistas en Corea del Norte, Cuba y algunos otros Estados, causando empobrecimiento a millones. Sin embargo, hay señales de que estos Estados totalitarios están declinando o transformándose. Marx y Engels argumentaron que los trabajadores, el proletariado, deberían unirse y, con los comunistas como su vanguardia, derrocar a los capitalistas e instaurar una sociedad socialista, el punto final al cual toda la historia conducía. En esta nueva sociedad, libre de religión y otras «ideas falsas», surgiría un nuevo hombre, un hombre desinteresado. Como materialistas, Marx y Engels creían que este nuevo mundo engendraría una nueva humanidad. Nadie sería oprimido y, por lo tanto, no habría más conflictos. El Estado finalmente se desvanecería.

Hoy el comunismo está representado por la extrema izquierda del espectro político. Los principios marxistas constituyen la base de la ideología comunista. En el siglo XX, tanto el socialismo como el comunismo atrajeron a aquellos que se enfrentaban al capitalismo, y numerosos países intentaron establecer sistemas políticos, sociales y económicos bajo esta ideología.

Hay distintas corrientes dentro del comunismo, con enfoques, variantes e interpretaciones diversas. Una de ellas es, por ejemplo, el marxismo-leninismo, desarrollado por Vladímir Lenin en Rusia, el cual se basa en que las ideas marxistas tienen que incluir adaptaciones y teorías adicionales, como la necesidad de un partido revolucionario y la vanguardia del proletariado, sumado a que, según Lenin, la clase obrera iba a desarrollar una conciencia revolucionaria y lograría tumbar al capitalismo solamente si contaba con la ayuda de una vanguardia de revolucionarios profesionales que saldrían de la intelectualidad burguesa. El marxismo-leninismo argumenta que el comercio imperialista, al proveer cierta riqueza a la clase trabajadora a través de la

burguesía, era un obstáculo para lograr la revolución. Según esta perspectiva, eran los revolucionarios intelectuales quienes debían liderar al proletariado hacia la transformación revolucionaria.

Otra de las ramificaciones del comunismo es el maoísmo, desarrollado con las incorporaciones de Mao Zedong en China, quien adapta los principios básicos de la lucha de clases marxista y lo acopla a la realidad del país, profundizando en la revolución mediante la movilización de las masas y el alzamiento de los campesinos contra los señores feudales, con la llamada Revolución Cultural como eje principal. Esta revolución estuvo liderada por Mao desde 1966 hasta 1976, un período muy tumultuoso caracterizado por medidas para transformar la sociedad china y consolidar el control del Partido Comunista chino (PCCh).

Estas medidas incluyeron la eliminación de elementos considerados «burgueses» o contrarrevolucionarios, la prohibición de libros, la eliminación de las «cuatro viejas» (ideas, hábitos, costumbres y cultura antiguas), la persecución de intelectuales y la redistribución de la tierra en el campo. Se alentó la formación de las Guardias Rojas para llevarla a cabo en las ciudades, y se fomentó un intenso culto a la personalidad de Mao. Estas políticas causaron violencia, muerte, caos y sufrimiento en la sociedad china, dejando profundas cicatrices que tuvieron consecuencias a largo plazo en la política, la economía y la cultura del país. Ésta es la perversión de poner el problema en la cultura y plantearla como una amenaza abierta.

Otra ramificación que podemos mencionar es el trotskismo, amparado en las ideas de León Trotsky, quien parte del concepto de revolución permanente con una crítica a la burocracia estatal. Hay que mencionar también una ramificación más: el comunismo anarquista, que no concuerda con la idea de un Estado comunista y aboga por la abolición total del Estado y la edificación de una sociedad libre de jerarquías que gire en torno a la cooperación voluntaria. Éstas son algunas de las más conocidas, pero hay decenas de ramificaciones más de esta ideología que en la práctica se ha cobrado miles de vidas humanas.

Al final del cuento, como ya señalé, los llamados comunismos de la actualidad son meros despotismos que recurren más a la bandera, al nacionalismo puro y duro, que a cualquier forma de lucha de clases. Ni los ideólogos ni los jerarcas de estos regímenes intentan hacer funcionar lo que ya saben que no funciona. Sólo tratan de mantener el poder mediante la mistificación. Son aparatos de propaganda y control policial para mantener a la población lejos de la posibilidad de rebelarse contra su paraíso.

6

Anarquismo

El anarquismo clásico es una ideología que propone la abolición del Estado y cualquier forma con autoridad jurídica, con la intención de lograr una sociedad fundamentada en la cooperación voluntaria, la igualdad y la autonomía. A pesar de tener varias corrientes, comparte en esencia la idea de oponerse a la existencia de toda forma de autoridad coercitiva. El principal objetivo de quienes lo promueven es la abolición del Estado: para ellos todo gobierno es malo en sí mismo y la sociedad estaría mejor si éste fuese eliminado por completo.

Para el anarquista, todos los gobiernos ejercen una coacción y uso de la fuerza para mantener su autoridad ilegítima y hacer cumplir leyes que crean privilegios, pues para ellos no existe justificación legítima para que el gobierno tome decisiones de ningún tipo. Los anarquistas sostienen que la gente es capaz de cooperar para lograr una vida más equitativa y justa sin control estatal, y creen en una sociedad donde las normas no provengan de una autoridad superior, sino que las personas decidan de manera voluntaria cómo organizar la sociedad. Además, afirman que la bondad innata de las personas se ve corrompida por la influencia del Estado a lo largo del tiempo, critican al gobierno por organizar la sociedad en beneficio de unos pocos y creen en la capacidad de los ciudadanos para dar forma a pequeñas organizaciones sociales como las comunas.

Desde el momento en que el liberalismo defiende la propiedad privada y la competencia, dice el anarquismo, limita a aquellos que no poseen nada, relegándolos a la dependencia e incluso a la esclavitud. La alternativa para ellos sería rechazar absolutamente el Estado y

reconstruir la sociedad según unos principios extragubernamentales. El anarquismo también se opone a la religión porque percibe en ella una forma de coerción similar a la impuesta por el Estado. Curiosamente, o no tanto, una variante un tanto envilecida, llamada «paleolibertarismo», ha terminado por revelarse como una vía a la abolición del Estado, pero para restablecer la teocracia mediante el poder depositado en la Iglesia.

Como corriente de pensamiento política y social, el anarquismo clásico emerge a mediados del siglo XIX, pero podemos seguir la pista de sus raíces en pensadores, ideas y movimientos previos. Uno de los pioneros en esta línea fue el filósofo británico William Godwin (1756-1836), quien propuso un esbozo de sociedad descentralizada. Godwin creía en el potencial humano para la virtud y la razón, y argumentó a favor de una sociedad sin gobierno, en la que las personas vivirían en armonía a través de la razón y la moralidad. Su visión anarquista defendía la abolición de las instituciones gubernamentales y la confianza en la autodisciplina individual.

A pesar de su influencia en la época, las ideas radicales de Godwin recibieron críticas y fueron vistas como utópicas. La Revolución francesa y sus excesos llevaron a una reacción negativa contra las ideas anarquistas y utópicas en general. Aunque no calificó su filosofía como anarquista, afirmó que el individuo es virtuoso cuando no está sujeto al gobierno ni a instituciones. Sus ideas políticas no tuvieron un impacto duradero en la política práctica, pero influyeron en movimientos anarquistas posteriores y en pensadores como Pierre-Joseph Proudhon y Mijaíl Aleksándrovich Bakunin.

Podríamos decir que, sin lugar a dudas, uno de los padres fundadores del anarquismo es Pierre-Joseph Proudhon, uno de los teóricos anarquistas más relevantes, que sostuvo que «la propiedad es un robo» en obras como *¿Qué es la propiedad?* (1840) y acuñó por primera vez el término *anarquista* para describir una visión política y social. Proudhon, autodenominado anarquista, atacó la propiedad sosteniendo que es un medio a través del cual el ser humano explota el trabajo que hacen otros. A la religión la describe como un amor eterno que seduce más allá de los

sentidos y mantiene una juventud inalterable en las sociedades, y argumenta que no proporciona conocimiento científico.

También destacan dentro de esta línea ideológica autores como el ruso Mijaíl Aleksándrovich Bakunin, cuyas ideas tuvieron un impacto en el anarquismo social y en los movimientos de resistencia del siglo XIX contra la opresión estatal. Bakunin abogaba por el llamado anarquismo colectivista: propugnaba la creación de federaciones de trabajadores autónomas y la abolición de las clases sociales a través de la revolución social. También tuvo desacuerdos significativos con Karl Marx, especialmente en la Primera Internacional, dado que se oponía a la visión marxista del Estado transitorio y centralizado, pues creía que esto llevaría a una nueva forma de opresión. Bakunin era un ferviente defensor de que el Estado debía desaparecer, y de hecho, lo consideraba como una institución temporal y transitoria en la sociedad. Para él, la unidad básica no era el individuo, sino la comunidad, junto a la idea de una federación de seres humanos, y aseguró que el poder corrompe hasta a los más nobles, quienes acaban usándolo para el bienestar propio y enquistarse en esa posición.

Llegó a afirmar que el Estado era un mal necesario históricamente y que con su desaparición también se eliminaría el derecho de los juristas. En la siguiente etapa evolutiva, normas basadas en la voluntad general iban a regir la sociedad. Por otro lado, Bakunin ve todas las religiones, dioses, semidioses, profetas, mesías y santos como productos de la fantasía de aquellos que aún no han alcanzado su pleno desarrollo y posesión total de sus fuerzas espirituales. Critica el cristianismo como un trastorno completo de la sana inteligencia y razón del hombre, y se autodenomina colectivista en lugar de comunista, destacando que no requiere la institución de un poder supremo.

Otro de los autores del anarquismo fue Piotr Kropotkin (1842-1921), teórico político y activista anarquista ruso, nacido en una familia aristocrática, crítico con el sistema zarista y también con las desigualdades sociales que observaba. Después de una carrera militar y científica, este autor se dedicó plenamente al activismo político, se unió al movimiento anarquista y se convirtió en defensor de la revolución

social y la abolición de la propiedad privada y el Estado. Esto le supuso pasar varios años en prisión en Rusia por sus actividades revolucionarias.

Kropotkin propuso un tipo de anarquismo comunista que creara comunidades descentralizadas basadas en la cooperación y la propiedad común de los recursos, y creía en la capacidad intrínseca de las personas para organizarse de manera justa y solidaria. Además, desarrolló la llamada «teoría de la mutualidad», que destacaba precisamente las relaciones de cooperación y solidaridad como herramientas fundamentales para el bienestar social y económico. Entre sus obras clave se encuentra *La conquista del pan* (1892), en la que desarrolló sus conceptos sobre el comunismo anarquista y la distribución igualitaria de los recursos, dejando un legado duradero en la teoría anarquista y en la historia del pensamiento político.

Por otro lado, el anarquismo también destaca a autores como el italiano Errico Malatesta (1853-1932), famoso activista y defensor de la acción directa y la revuelta contra los llamados opresores, que participó activamente en diversos movimientos en Italia, España y Francia, incluida la Revuelta de Boloña de 1874 y la Comuna de París de 1871. También debemos mencionar a Emma Goldman (1869-1940), famosa anarquista y feminista lituano-estadounidense conocida por pedir la emancipación de las mujeres, por oponerse a la Primera Guerra Mundial y al reclutamiento militar en ese entonces. Fue deportada a Rusia en 1919 junto con otros radicales, se desilusionó rápidamente con el proceso revolucionario ruso y esto la convirtió en crítica del régimen bolchevique. Otro autor reconocido es Robert Paul Wolff, estadounidense defensor del anarquismo filosófico, quien en *Defensa del anarquismo* (1970) argumentó a favor de la moralidad que ostentaba el anarquismo y defendió que las personas pudieran vivir en una sociedad sin necesitar un Estado central. Su obra influyó en la filosofía política contemporánea, pero como ha sucedido tradicionalmente, el anarquismo tiene una popularidad acotada.

La autora Ayn Rand, por ejemplo, fue muy crítica con el anarquismo y con la idea de que no necesitemos ningún gobierno. Su principal argumento era que la anarquía nos dejaría al azar y en manos de los

criminales, y que no podríamos crear, pensar ni producir si tuviéramos que vivir con un miedo constante y con nuestras mentes ocupadas para ingeniárnosla a la hora de defendernos de los criminales, armarnos, formar bandas y demás herramientas para brindarnos una propia protección.

Rand puso énfasis en que el uso de la fuerza no podía dejarse en manos de los ciudadanos individuales, ya que la coexistencia pacífica se haría imposible si las personas tuvieran que vivir bajo la permanente amenaza de fuerza que puede ser utilizada contra uno por cualquiera de las personas que estén a su alrededor. El anarquismo, sostenía Rand, es filosóficamente opuesto al individualismo, y agregaba que en términos políticos es una especie de fantasía, porque una sociedad sin un gobierno organizado quedaría en manos del primer criminal que apareciera y todo se convertiría en un gran caos violento entre diferentes bandas y pandillas de delincuentes.

Los anarquistas generalmente están ubicados en el lado izquierdo del espectro político y suelen ser muy críticos con la evolución de las sociedades capitalistas. Mencionamos también el anarcocapitalismo, una corriente de pensamiento que deriva del anarquismo que propone la abolición total del Estado y sugiere una sociedad basada en principios de libre mercado y propiedad privada, combinando elementos del anarquismo y del capitalismo para crear un sistema donde las interacciones sociales, incluida la seguridad y la justicia, sean gestionadas por el mercado absoluto. En el anarcocapitalismo se defiende la eliminación completa del gobierno, considerándolo innecesario y perjudicial. El sistema económico que propone el anarcocapitalismo es uno donde la propiedad privada y la competencia son los principios elementales.

Comparte con el anarquismo clásico la idea de que la sociedad puede colaborar y estructurarse políticamente sin Estado, como producto del interés individual, más que de la bondad natural, como sostiene el anarquismo tradicional. Esta forma anarquista de capitalismo supone que la colaboración social que ocurre en el mercado puede generalizarse

incluso a cuestiones que para el liberalismo clásico parecían irremediables sin un aparato estatal, como la justicia y la seguridad.

7

Libertarismo y paleolibertarismo

A finales del siglo XIX nace la llamada escuela austríaca de economía, una rama de la economía que adopta bases del liberalismo clásico, que contaba con autores como Carl Menger, Eugen von Bohm-Bawerk, y luego Ludwig von Mises y Friedrich Hayek. Esta escuela propone los mercados libres y la propiedad privada como fundamentos para un sistema económico eficiente, y en ella destaca la importancia de los precios descentralizados, la acción humana individual y la naturaleza subjetiva del valor (este último punto la distingue de la economía clásica, puesto que plantea que las cosas obtienen su valor por cómo son valoradas subjetivamente por las demás personas, y no por el tiempo de trabajo dedicado a la producción de un bien, como planteaban los economistas clásicos al estilo de Adam Smith y luego Karl Marx). Esta escuela hace un análisis de los ciclos económicos y señala las distorsiones causadas por intervenciones gubernamentales en la oferta de dinero, sin embargo, no propone la desaparición del gobierno, al que, de hecho, le otorga un rol importante, así como a la división de poderes del liberalismo, al menos hasta los autores anteriormente mencionados.

El punto es que a raíz de esta escuela de pensamiento económico, a lo largo del siglo XX se desprendió una rama radical, que comenzó a utilizar el término *libertario* con el fin de distinguirlo del liberalismo clásico, ya que en países como Estados Unidos, el término *liberal* había cambiado de significado hacia políticas más intervencionistas en términos económicos. Así, el «libertarismo» se convirtió en una etiqueta para los que peleaban por limitar el gobierno en distintas áreas y promover el libre mercado absoluto. El gobierno era considerado como algo

innecesario, también en muchas otras áreas. De todos modos, corresponde mencionar que la palabra *libertarismo* tiene su origen en el término francés *libertaire*, que se utilizó por primera vez en el siglo XIX, vinculado originalmente a ideas anarquistas y propuesto para describir a los que abogaban por la abolición de la autoridad gubernamental.

No obstante, como ya mencioné, en el contexto angloparlante, la palabra *libertarianism* se adoptó luego para describir una filosofía política que inicialmente comparte principios con el liberalismo clásico, pero que hace un mayor hincapié en reducir el papel del gobierno. Los libertarios sostienen que, aunque el gobierno puede tener una función necesaria, ésta debe ser extremadamente mínima y limitada, y consideran que la expansión gubernamental, incluso cuando tiene buenas intenciones, representa una amenaza para la integridad y la libertad individual.

Esta corriente, que en la teoría aboga por una reducción significativa del papel del gobierno en la vida de las personas, hoy está identificada con movimientos que representan a la nueva derecha, y con ello se cargan además al liberalismo, porque así queda asociado a un conservadurismo o nacionalismo de derechas.

Es importante destacar que dentro del espectro político existen libertarios tanto de izquierdas como de derechas, lo que refleja una diversidad de perspectivas dentro de esta ideología o rama de ideas. Sin embargo, la parte más interesante y que tiene relevancia actualmente, aparece de la mano de algunos pensadores que en el siglo XX comenzaron a llamarse «libertarios». Esta rama desemboca en el término *paleolibertario*, que es una visión conservadora en lo social y libertaria en lo económico, pero que también ha sido asociada al liberalismo clásico, que, en realidad, dista mucho de la propuesta «paleo». Como podemos ver, las ideologías, los términos y las ideas, están sumergidas en un verdadero desorden.

Como ya mencioné, el libertarismo, en general, se centra en la propiedad privada y la no agresión como principios fundamentales de su ideología, buscan la mínima intervención del gobierno y proponen una defensa de la autonomía personal. Sin embargo, el paleolibertarismo,

que está asociado a la corriente liderada por autores como Murray Rothbard y Hans-Hermann Hoppe, incorpora perspectivas socioculturales más conservadoras, destacando ciertos valores tradicionales o estructuras sociales que presenta como superiores.

Murray Rothbard comenzó su andadura en el entorno de la escuela austríaca de economía, pero luego se apartó de las ideas de algunos de sus predecesores, como Carl Menger, Eugen von Bohm-Bawerk, Ludwig von Mises y Friedrich Hayek. A su vez, se acercó a la escolástica, especialmente a la escuela de Salamanca. Rothbard era partidario de la eliminación del Estado y sostenía que todos los servicios, entre ellos la seguridad y la justicia, debían ser proporcionados por el sector privado. Cosas que en la teoría pueden sonar muy bonitas para algunos, pero que en la práctica son un verdadero desastre. Asimismo, fue un crítico convencido del sistema de la Reserva Federal de Estados Unidos y de la manipulación de la oferta monetaria, pues sostenía que dicho sistema era el que generaba los ciclos económicos y las distorsiones en el mercado.

Otra de las piedras angulares en las que se sostenía la filosofía de Rothbard era el principio de no agresión, que establece que el único comportamiento éticamente aceptable es el que no inicia la violencia física o la amenaza de violencia física contra otros, y que el uso de la violencia sólo está justificado en defensa propia o en respuesta a la agresión.

La postura de que el agravio no es agresión es completamente insostenible. Una persona puede ser mucho más dañada emocionalmente que mediante un golpe físico. Lo que vemos aquí es que ciertas facciones políticas han encontrado la forma de ejercer intimidación sin ejercer la violencia física y que ello produce el mismo control de la libertad ajena que se obtiene mediante la amenaza con pistolas. La diferenciación entre la agresión física y la no física no es más que una racionalización sobre un ejercicio sistemático de la violencia colectiva contra los individuos. Por otro lado, la propuesta de Murray Rothbard respecto a crear un mercado de venta de órganos y también la venta de niños, es profundamente preocupante y éticamente cuestionable. Al sugerir que estos aspectos de la vida humana deberían ser sujetos a la lógica del libre

mercado, Rothbard subestima gravemente la complejidad moral y social involucrada. La mercantilización de los órganos y la venta de niños plantean serias preguntas sobre la dignidad humana. Además, esta visión tiende a reducir las relaciones humanas fundamentales a simples transacciones económicas, ignorando la riqueza y la profundidad de los lazos emocionales y sociales que nos unen como sociedad.

En la actualidad, la mayoría de los seguidores de Murray Rothbard y de su actual discípulo, Hans-Hermann Hoppe, son militantes de los movimientos de la nueva derecha. Se les identifica fácilmente por utilizar la cultura del meme y el uso reiterativo de la «viborita», que apela a la famosa bandera de Gadsden de fondo amarillo con una víbora que dice «*Don't tread on me*» [no me pises]. Este movimiento se compone mayormente por varones que interpretan al mundo y se relacionan con él a través de redes sociales, bajo la cultura del meme, el troleo y la provocación, lo que les llena un espacio vacío y expone carencias emocionales.

Pablo Stefanoni, en su obra *¿La rebeldía se volvió de derechas?* (2021), se hace preguntas interesantes relacionadas con el hecho de que la izquierda se ha quedado ubicada en lo políticamente correcto y la derecha se haya apropiado del campo opuesto, o incluso por qué los libertarios giraron hacia la extrema derecha, y cómo es posible que una tradición que se identifica con el Estado mínimo, incluso su abolición, hoy esté mezclada con movimientos autoritarios y hasta filofascistas en nombre de la «libertad». Sobre esto último, el autor plantea hacer un recorrido por la figura de Murray Rothbard y su construcción del paleolibertarismo como una pista para entender mejor este fenómeno, que se da en países como Argentina con la figura de Javier Milei y otros ejemplos.

Este paleolibertarismo propuesto por Murray Rothbard mezcla valores conservadores con la idea de eliminar el Estado y privatizar por completo la vida social, incluyendo la justicia y las fuerzas de seguridad (por eso es llamativo que en las primeras protestas reprimidas por el gobierno de Milei, algunos de los gendarmes usen parches de la «viborita» en sus uniformes militares). En la actualidad, esta ideología

vinculada con corrientes de extrema derecha pide fortalecer instituciones sociales como la familia y la Iglesia como contrapeso y alternativa al poder estatal, que es visto como la principal amenaza a la libertad. Rothbard llegó a proponer un proyecto de índole libertaria y populista en su manifiesto de 1992, titulado *Right-wing populism: A strategy for the Paleo Movement* [Populismo de derechas: una estrategia para el movimiento paleo].

El paleolibertarismo, en un comienzo impulsado por figuras como Rothbard y Lew Rockwell, queda hoy representado por Hans-Hermann Hoppe, para quien la preservación de la «moral occidental» recae en instituciones como la «familia tradicional» como núcleo de la sociedad, la Iglesia y las empresas —pero ojo, las empresas que producen contenido que no acata una moral determinada tienden a ser demonizadas por los paleolibertarios, como ha sucedido con el caso de Disney.

Como sostienen los autores del libro *Están entre nosotros: ¿de dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* (2023), «las posiciones con las que La Libertad Avanza (el partido de Javier Milei) se presentó en la arena electoral parecen seguir la estrategia del "populismo de derecha" tal como lo propuso Rothbard (1992b: 8): un movimiento capaz de "llegar a las masas directamente, para cortocircuitear a los medios de comunicación dominantes y a las élites intelectuales, para arengar a las masas contra las élites que las están saqueando, confundiendo y oprimiendo". [...] Desde un credo que asumen liberal, los libertarios se enfrentan a la democracia liberal con una impronta populista radical de derecha. [...] Quienes se autoadscriben al liberalismo libertario reingresan valores, tonos y prácticas propios del nacionalismo reaccionario y, a partir de ellos, tensan la democracia liberal».

En la obra *Democracia, el dios que fracasó* (2001), expresa que «la democracia siempre lleva a la redistribución y al socialismo», exponiendo claramente su rechazo a la democracia, al igual que lo hacen sus seguidores, que proponen una fusión entre libertarismo y conservadurismo. Hoppe sostiene que hay estilos de vida mejores que

otros. Considera la homosexualidad como una perversión o anormalidad, al igual que el uso de drogas, la poligamia y otros temas por el estilo.

El autor, citado ocasionalmente por Javier Milei, argumenta que para preservar un «auténtico orden libertario» es necesario adoptar ciertos valores conservadores, y muestra su preocupación por cosas como la «decadencia familiar» producto del divorcio, la desintegración social, los «estilos de vida extravagantes», el multiculturalismo, la pérdida de autoridad, la «bastardía» y el sexo. Sugiere que todos estos «problemas» o «males sociales» son consecuencia de la intervención estatal, de abandonar los principios libertarios del orden social y del auge del estado de bienestar o el marxismo cultural.

En la misma obra agrega que hay que «reafirmar la normalidad cultural y moral» que los «aficionados a experimentar los estilos de vida multiculturales» rechazan y que deberán pagar las «consecuencias de sus conductas», puesto que «de seguir con su comportamiento o su estilo de vida, serían separados físicamente de la sociedad civilizada, viviendo al margen de la misma o en guetos, teniendo vedado el acceso a muchos cargos y profesiones». Además, agrega que «si su deseo fuese vivir y progresar dentro de la sociedad, tendrían que adaptarse a la sociedad en la que pretenden ser admitidos» y que sus «comportamientos no podrían ser anunciados ni exhibidos públicamente», ya que «estas conductas deben permanecer en el armario, ocultas al ojo público y físicamente restringidas a la privacidad de las cuatro paredes de la propia casa» porque «hacer publicidad de ellas o ejercitarlas en público sería sancionado con la expulsión».

En su libro *Monarquía, democracia y orden natural* (2001), Hoppe define su «comunidad ideal» como una en la que habría poca o ninguna «tolerancia» o «apertura mental», y sostiene que un «orden libertario» no puede tolerar a demócratas ni a comunistas, por eso propone apartarlos físicamente de los demás y expulsarlos de la sociedad. Por otro lado, sugiere que en su «comunidad ideal» se instituiría un pacto con el fin de cerrar las fronteras y proteger a la «familia», ya que no puede tolerarse a los que promuevan formas de vida alternativas. Para

que el lector no crea que estoy dejando mal parado a Hoppe (eso ya lo hace él mismo), dejaré aquí una cita del libro anteriormente mencionado:

> Será necesario apartarlos físicamente de los demás y extrañarlos. Del mismo modo, en un pacto instituido con la finalidad de proteger a la familia, no puede tolerarse a quienes promueven formas de vida alternativas, no basadas en la familia ni en el parentesco, incompatibles con aquella meta. También estas formas de vida alternativa —hedonismo individualista, parasitismo social, culto al medio ambiente, homosexualidad o comunismo— tendrán que ser erradicadas de la sociedad si se quiere mantener un orden libertario. Los libertarios deben distinguirse de los demás practicando y defendiendo las formas más radicales de intolerancia y discriminación contra los igualitaristas, demócratas, socialistas, comunistas, multiculturalistas y ecologistas, contra las costumbres pervertidas, los comportamientos antisociales, la incompetencia, la indecencia, la vulgaridad y la obscenidad.

Él y sus partidarios plantean que las sociedades más libres y prósperas que han existido a lo largo de la historia son aquellas dominadas por varones blancos heterosexuales. Además, aborda la cuestión del control migratorio, con la idea de que los inmigrantes no son equiparables a los residentes locales. Hoppe, por supuesto, se opone a las leyes antidiscriminación, pero no sólo eso, también es un fiel partidario de discriminar abiertamente. No tolera un mundo inclusivo, plural y respetuoso.

Stefanoni (2021) hace referencia a la construcción de los «monstruos» o «fantasmas» de la siguiente manera:

> Hoy ya no existe el comunismo más que en enclaves residuales; sin embargo, para muchos, un nuevo totalitarismo, portador de la misma utopía de llegar a colonizar los cerebros humanos, habría emergido de forma mucho más sutil pero efectiva, y se habría implantado en escuelas y universidades, medios de comunicación, empresas, etcétera. La obsesión de la *alt-right* con el marxismo opaca el hecho de que el fenómeno que critica como el efecto de la confabulación del «marxismo cultural» —degradación moral, promiscuidad sexual, hedonismo del consumidor y demás— es el resultado de las propias dinámicas de las sociedades capitalistas. El marxismo cultural es un chivo expiatorio de

> la derecha, no es un concepto científico, es una excusa a la desintegración del conservadurismo cultural, a sus tradiciones, sus visiones sobre la familia, el matrimonio, el aborto y el lugar de la mujer en la sociedad [...]. El «marxismo cultural» es el blanco de una teoría conspirativa de la derecha que sostiene que la Escuela de Frankfurt inició un amplio movimiento, que va desde el ámbito político al estético, tendiente a debilitar e incluso destruir la cultura occidental. El término —utilizado en ámbitos de extrema derecha, incluidas sus variantes libertarias y cristianas— acaba siendo un «paraguas» que incluye cualquier expresión de progresismo, como la defensa del feminismo, el multiculturalismo o la justicia social, y totaliza de manera paranoica —como dice el historiador y editor Asad Haider— a figuras inconexas como Antonio Gramsci o Herbert Marcuse.

Tristemente, hoy se entiende por liberalismo un discurso que en realidad es iliberal y que además se autodenomina como auténtico liberalismo, como hace Hans-Herman Hoppe y los partidarios de la viborita, que lo mezclan con su libertarismo, fascismo y conservadurismo. Debe quedar claro que dentro de lo que se conoce como liberalismo, ha tenido cabida una rama que es antiliberal, pero que utiliza la máscara del liberalismo por simplemente compartir (sólo en los discursos, pero jamás en la práctica) algunos aspectos económicos, como la reducción del gasto público o la bajada de impuestos.

Con este autor de moda se construye una legitimidad de este discurso desde los sectores libertarios autodenominados paleos o anarcocapitalistas, en nombre otra vez de la libertad de ofender (que en realidad es una propuesta de ofender), con lo que no sólo lo nacionalista cristiano es blanco, sino que lo libertario es blanco, cristiano y heterosexual, lo demás es «comunismo» o «zurdo». No existe para ellos la diversidad dentro de la sociedad, sino que están los hombres blancos heterosexuales, casados y con sus hijos adoctrinados en la religión, por un lado, y por otro, los «comunistas», concepto propio que no tiene nada que ver con el comunismo en realidad, a pesar de que cuando les conviene, le asignan a las palabras un significado inmutable.

De esta manera, el liberalismo (o mejor dicho el «iliberalismo») de esta nueva ola tomada por la nueva derecha, los militantes de populistas como Javier Milei o los «paleolibertarios» y «anarcocapitalistas», como él

mismo se define, se ha convertido en un culto a la ignorancia, y lo han hecho ellos solos instaurando dogmas: para ellos su idea de liberalismo o libertad nace con vídeos en YouTube hace menos de una década, el resto es comunismo. Una lástima para una tradición de ideas tan rica como el liberalismo, que evolucionaba hacia una mayor apertura y sociedades libres, pero evidentemente le sucedió lo mismo que a Occidente: fue tomado por facciones fanáticas que le pusieron un freno a su progreso. Para los iliberales que se adueñaron del liberalismo, todo lo liberal debe ser expulsado del propio liberalismo, y a eso se han dedicado desde redes sociales, medios de comunicación, partidos políticos y, especialmente, *think tanks*.

Los paleolibertarios se preocupan intensamente por defender la cultura de todo lo que perciben como amenazas externas, de todo lo que llaman «marxismo cultural» o «progresismo», otros fantasmas, pues el socialismo del que hablan no es ni siquiera un verdadero socialismo, es uno que ellos mismos diseñaron en su cabeza, puesto que en la realidad el chavismo, por ejemplo, es un nacionalismo místico de izquierdas, no es comunismo ni marxismo, como los paleos sugieren.

Insisto en esto porque en la actualidad el gran problema es el nacionalismo (tanto de izquierdas como de derechas) y no el fantasma del marxismo o el comunismo. Hugo Chávez hablaba de «patria o muerte», como Fidel Castro (al igual que hace hoy Nicolás Maduro, que ni siquiera habla de dictadura del proletariado ni de marxismo, todo es patria y bandera). Y no muy distinto es el lema de la nueva derecha de políticos como Bukele en El Salvador, Milei en Argentina, Trump en Estados Unidos, Le Pen en Francia, Orbán en Hungría, Meloni en Italia o Abascal en España, todos proteccionistas económicos y socialistas de derechas, hasta el punto de que Donald Trump inició una guerra comercial y apeló a nacionalizar la noción de producción con su idea de «buy american», y Jorge Buxadé, de Vox, encabezó una cruzada nacionalista contra McDonald's tras decir que estaba harto de ver la «M» de la compañía en su país. Pero después algunos dicen que hay que «aliarse» con la derecha porque «al menos defiende las libertades económicas»... y ni en sus sueños lo hacen.

El chavismo venezolano es un gobierno militar, nacionalista, que plantea un enfrentamiento contra el mundo y la oposición en una narrativa de los patria y antipatria. Los cubanos igual en su lucha contra Estados Unidos en favor de la nación patriota, o el resto de los movimientos de izquierda que con su teoría de la dependencia de los años sesenta apela a los sentimientos nacionalistas y ya no a la lucha de clases marxista.

Al final no son muy diferentes. Todos dicen representar a la patria, a la nación, al bien del pueblo, y los que no se adhieren a ellos representan el abismo. Se sitúan en el nacionalismo y en atribuirle al poder el carácter de salvador contra el mal. Esto expone que hoy la tendencia política apunta al forjamiento de un mundo peligrosamente nacionalista.

Pero volviendo al asunto, se puede decir que el paleolibertarismo es una de las corrientes ideológicas peor identificadas que existen en la actualidad, porque combina un aparente espíritu anárquico con un proyecto de control cultural mediante una «batalla» que incluye intimidación, repudio, agresión verbal y promoción del odio. El paleolibertarismo tan celebrado por Javier Milei no se pronuncia por la anarquía, ni porque crea en la bondad natural del ser humano, ni porque confíe en el resultado social del interés individual. El paleolibertarismo reivindica la segregación, la ofensa, las jerarquías y un orden moral como un proyecto moral que sería amenazado por el Estado.

Si lo observamos con atención, postula volver al orden político medieval, con sus desigualdades y fantasmas, donde la propiedad sea un derecho de algunos. Los paleolibertarios que evolucionaron desde el liberalismo hacia el anarcocapitalismo y llegaron a la playa «paleo», perdieron todo interés por la colaboración social, reivindican para sí el derecho de imponer su voluntad, que ellos llaman libertad, y a volver a un pasado idílico de patriarcado, donde la gente será feliz a la fuerza, porque ellos son portadores de la verdad de cómo el ser humano debería comportarse en cuestiones muy amplias, que catalogan de culturales.

El paleolibertarismo defiende la propiedad privada, pero tan desnuda de sus atributos como en el nacionalsocialismo, muchos de cuyos principios abraza, una libertad con fines regulados por razones morales

y religiosas. Para los «malos libres», esos que revindican como libertad su intención de ser malos, llamados a sí mismos paleo, la legitimación de todas las formas de vivir es decadencia, ubica a todas las demandas que no se sitúen dentro de su conservadurismo moral en un marxismo que atenta contra el capitalismo, se trata de elecciones que no pueden permitirse.

El tema de las armas no escapa de la escena y es uno de los actores principales de esta rama ideológica: los paleolibertarios, al igual que los libertarios y anarcocapitalistas, promueven como agenda prioritaria el libre porte de armas. Por señalar más diferencias, en el anarcocapitalismo clásico la posesión de armas es un medio para la autodefensa, una vez que el gobierno es desmantelado. Para el paleolibertarismo las armas son una expresión de masculinidad, en un mundo que para ellos está siendo feminizado de acuerdo a un plan. Pero vayamos por puntos.

El control de armas abarca diversas restricciones legales sobre la venta, posesión y uso de armas de fuego. Esto incluye limitaciones en los tipos de armas, verificación de antecedentes para compradores, regulación del transporte y almacenamiento, y la obligación de informar de las transacciones al gobierno. También puede involucrar aspectos como municiones o tecnología de disparo. Recientemente, los debates en países como Estados Unidos se centran en la verificación de antecedentes, el porte público de armas y la posesión de rifles de asalto.

La legislación actual sobre el control de armas en Estados Unidos prohíbe la posesión de armas de fuego a individuos con antecedentes penales, adicciones a drogas, inmigrantes sin estatus legal, veteranos con antecedentes y aquellos con órdenes de restricción. Los comerciantes con licencia deben realizar la verificación de antecedentes a través de una base de datos del FBI, pero existen lagunas, como la falta de requisitos en ventas de pequeña escala y ferias de armas.

La mayoría de los controles de armas son estatales, de los cuales los más restrictivos son los de Nueva York, California, Nueva Jersey, Maryland, Hawái, Rhode Island, Illinois y Massachusetts. Las leyes sobre porte varían ampliamente, con algunos estados que permiten el porte

abierto sin licencia y otros que exigen permisos para porte oculto, con reglas diferentes para lugares específicos. Los estados del noreste del país tienen más probabilidad de favorecer el control de armas en comparación con los del sur y el oeste. En ciudades como Nashville, Atlanta, Orlando, Las Vegas, Newtown, Parkland, San Bernardino, Brooklyn, Buffalo y Uvalde, la omnipresente violencia con armas de fuego ha dejado pocos lugares indemnes a lo largo de las décadas en el país norteamericano. A pesar de este escenario, muchos ciudadanos consideran intocable su derecho constitucional a portar armas.

La postura de las asociaciones también refleja estas discrepancias. La Asociación de Jefes de Ciudades Mayores (MCCA) respalda medidas como resolver las lagunas legales en las exhibiciones de armas, fortalecer los controles de antecedentes y restablecer la prohibición de armas de asalto. Por otro lado, la Asociación de Sheriffs de los principales condados no coincide completamente con respecto a lo de las armas de asalto, pero sí muestra su apoyo para fortalecer las verificaciones de antecedentes.

La opinión pública en Estados Unidos sobre el control de armas ha experimentado cambios en las últimas décadas. El tema es muy controvertido, con divisiones claras entre demócratas y republicanos, así como entre propietarios y no propietarios de armas. Los argumentos en contra del control de armas se basan en principios, leyes y consideraciones prácticas. Los partidarios del derecho a llevar armas defienden la posesión de armas como un derecho individual, respaldado por la Segunda Enmienda. Por su parte, los críticos argumentan que este derecho amenaza otro fundamental: el derecho a la vida. La interpretación de este documento ha sido objeto de debates, pero, en 2008, la Corte Suprema estableció el derecho individual a poseer armas de fuego. A nivel práctico, los propietarios de armas sostienen que éstas contribuyen a la seguridad, permiten la autodefensa y disuaden a los criminales.

Por otro lado, los argumentos a favor del control de armas se enfocan en cifras alarmantes de violencia armada en comparación con otros países desarrollados. Argumentan que menos armas, mejores

registros y restricciones razonables podrían coexistir con la posesión legal de armas, reduciendo significativamente las muertes relacionadas con armas de fuego. La discusión se centraría entonces en trazar límites sensatos en lugar de desarmar por completo a la población. La dicotomía entre más armas como factor de seguridad, defendida por los partidarios del derecho a portar armas, y la preocupación de que más armas puedan intensificar los conflictos cotidianos hacia la violencia letal es un punto de desacuerdo. Los datos en esta área son limitados y no concluyentes.

En resumidas cuentas, en la discusión sobre el control de armas, las opiniones se dividen en dos frentes con argumentos: aquellos que respaldan medidas más estrictas argumentan que contribuyen a reducir la violencia armada y a prevenir los delitos, lo que a su vez promueve la seguridad pública. Además, destacan que al restringir más el acceso a las armas de fuego, se le da importancia a prevenir accidentes, suicidios impulsivos o tiroteos masivos.

En contrapartida, los opositores al control de armas sostienen que estas medidas violan los derechos individuales, especialmente aquellos consagrados en la Segunda Enmienda de la Constitución en el caso de Estados Unidos. Argumentan que el desarme de ciudadanos responsables puede dejar a las personas desprotegidas y limitar su capacidad de autodefensa. Algunos también señalan que los delincuentes no respetan las leyes, por lo que las restricciones afectarán principalmente a aquellos que cumplen la normativa.

La relación de Estados Unidos con la posesión de armas es singular, y su cultura centrada en las armas se presenta como un fenómeno atípico a nivel mundial. En medio del constante aumento del número de muertes relacionadas con armas de fuego, es esencial analizar la cultura de las armas en dicho país en comparación con el resto del mundo.

Según la organización suiza Small Arms Survey (SAS), hay ciento veinte armas de fuego por cada cien estadounidenses. Esta cifra posiciona a Estados Unidos como la única nación en la que la cantidad de armas civiles supera la población. El mismo estudio calcula que los estadounidenses poseen alrededor de 393 millones de las 857 millones de

armas civiles en el mundo, lo que representa aproximadamente el 46 por ciento del total.

El país lidera el listado de naciones con más armas de fuego por habitante, seguido por países como Yemen y Canadá. Australia, Noruega, Canadá y Reino Unido plantean que el endurecimiento de las normas para el porte y la compra de armas de fuego ha demostrado que es una medida que funciona para disminuir los tiroteos masivos, según estudios de la World Population Review. Según una encuesta de Gallup de octubre de 2020, alrededor del 44 por ciento de los adultos estadounidenses reside en un hogar con al menos un arma, y aproximadamente un tercio posee personalmente un arma de fuego.

En comparación con otros países desarrollados, Estados Unidos presenta la tasa más elevada de homicidios por armas de fuego. Diversos estudios indican que el acceso fácil a armas de fuego está vinculado a mayores tasas de homicidios relacionados con este tipo de armamento.

Esta realidad contribuye a que el país norteamericano tenga una tasa de muertes por violencia armada per cápita ocho veces mayor que Canadá, siete veces más que la Unión Europea y seis veces más que Australia, según el Institute for Health Metrics and Evaluation (IHME) de 2019. Washington, con la tasa de homicidios relacionados con armas de fuego más alta en Estados Unidos, se aproxima a los números de todo Brasil, que ocupa el sexto puesto del mundo en homicidios con armas de fuego según el IHME. En América Latina y el Caribe, países como El Salvador, Venezuela, Guatemala, Colombia y Honduras tienen las tasas más altas de homicidios con armas de fuego a nivel mundial. Factores como las actividades de cárteles de droga y la presencia de armas de antiguos conflictos son elementos clave, según el estudio Global Mortality From Firearms de 2018.

Y aunque aproximadamente un tercio de los adultos estadounidenses cree que más personas armadas podrían reducir los crímenes, múltiples estudios indican que en áreas con fácil acceso a armas de fuego, las muertes relacionadas con éstas son más frecuentes, ya sea por suicidio, homicidio o accidente. Si bien la seguridad personal es la principal razón que citan los dueños de armas en Estados Unidos para tenerlas, el 63 por

ciento de las muertes por armas de fuego en el país son producto de suicidios. En 2019, más de 23.000 estadounidenses murieron por esta causa, lo que representa el 44 por ciento de los suicidios con armas de fuego a nivel global.

En la sociedad actual, el debate en torno al porte de armas se ha intensificado, y es esencial abordar este tema desde una perspectiva que priorice la seguridad y el bienestar de la gente, especialmente en las escuelas, un blanco de los tiroteos masivos del país. Estados Unidos experimenta una frecuencia y escala de tiroteos masivos sin parangón con otras naciones desarrolladas. A lo largo de los años entre 1998 y 2019, la mitad de los países desarrollados tuvo al menos un tiroteo masivo, pero ninguno superó los ocho incidentes. Un estudio de la *British Medical Journal* de 2019 reveló que los estados de Estados Unidos con leyes más laxas con respecto a las armas y con una mayor posesión de armas presentan tasas más altas de tiroteos masivos.

La posición de los libertarios y conservadores en Estados Unidos sobre las armas es muy particular. La justificación que se esgrime es la de la Segunda Enmienda, que habilita a los estados a organizar milicias para defenderse. De ahí deducen que el derecho a portar armas es un derecho constitucional especial, pero a eso se le suma la ilusión de que tal vez un día deban defenderse del gobierno federal usando las armas. Por lo tanto, portarlas es de alguna manera un desafío al gobierno federal y de eso se deduce que es una demostración de antiestatismo.

Pero la posesión de armas estaría mejor argumentada como extensión del derecho de defensa. Los ciudadanos, con sus propias ametralladoras, no podrían hacer mucho contra las fuerzas armadas y tampoco son las milicias de las que habla la Constitución. Pero hay cierto orgullo conservador o libertario que va un tanto más allá de cualquier explicación defensiva o constitucional. Parece haber algo relacionado con la masculinidad en el gusto que algunas de las personas más obsesionadas por el tema muestran cuando se sacan fotografías con sus armas de guerra que comparten en las redes sociales, como una demostración de no se sabe bien qué.

El conflicto debería reducirse a la cuestión del derecho de defensa, pero si definimos la ley como «la organización colectiva del derecho de defensa», como hace Bastiat en *La ley* (1850), libro clásico del siglo XIX, el Estado también está autorizado para llevar adelante su legítima defensa. Si se trata de prevenir ataques masivos con armas como los que se suceden en Estados Unidos, también es legítima defensa que el gobierno intente cierto control sobre ese tipo de armamento cuando está siendo utilizado para atacar a gente indefensa.

Así pues, estamos ante una cuestión de equilibrio, que es muy distinta a una prohibición de las armas, pero también a sostener que no puede haber ningún control.

Ahora me gustaría tratar de la relación entre porte de armas, el *bullying* y la salud mental a la hora de hablar de los tiroteos masivos. Es un tema que merece nuestra atención, puesto que el *bullying*, que afecta a individuos de todas las edades, ha adquirido proporciones alarmantes en entornos escolares, pero también en entornos laborales, familiares, políticos, etcétera. El *bullying* está en todos lados, es un comportamiento aprendido. Pero vayamos a las escuelas. El *bullying*, en términos de liberalismo, es un crimen, un daño privado a los derechos del otro. Tuvo que ser curiosamente un presidente de izquierdas como Lula da Silva el que se atreviera a proponer que sea considerado delito.

La presencia de armas sólo parece agravar el problema, transformando situaciones en tragedias. El acceso fácil a armas de fuego puede convertir un conflicto interpersonal en una catástrofe irreversible. La conexión entre el porte de armas y la salud mental también es innegable, y el acceso sin restricciones a armas de fuego puede llevar a consecuencias desastrosas.

La falta de controles adecuados sobre la adquisición de armas, la falta de educación socioemocional en muchas escuelas (los republicanos estadounidenses han encabezado una guerra contra este tipo de educación), la falta de atención a la salud emocional de los niños y adolescentes, las cargas morales o mandatos familiares, el abuso dentro de instituciones religiosas o en las propias familias, y la falta de interés en resolver el problema del *bullying* familiar, escolar o universitario,

contribuyen a que algunas personas en crisis tengan acceso a un medio letal para descargarse, amplificando el riesgo de actos impulsivos y violentos.

Después de revisar cómo se comportaron sesenta y tres personas que llevaron a cabo ataques en escuelas en 2017, el Buró Federal de Investigaciones (FBI) de Estados Unidos indicó que hay ciertos patrones que podrían ser útiles para que las autoridades, los médicos y los familiares eviten actos violentos. Es recurrente en estos tiroteos y entre sus autores observar la proyección de ira y venganza sobre las escuelas, generalmente por ser el lugar o espacio donde se genera lo que les afecta psicológicamente o donde se desarrollan algunos de sus traumas. Las armas de fuego les proporciona una sensación de poder y seguridad que los lleva a expresar comportamientos violentos, buscando reconocimiento dentro de la sociedad. Generalmente, los autores de estos crímenes son hombres ubicados en el rango etario de 15 a 25 años, y son alumnos o exalumnos de las escuelas donde ejecutan los asesinatos.

Una descripción común de los asesinos tiradores incluye sentimientos profundos de frustración, falta de amigos, dificultad para manejar las relaciones sociales, angustia emocional, carencia de habilidades para manejar las emociones, padecimiento de *bullying* escolar o abuso en el hogar, baja autoestima y un deseo de afirmar una masculinidad que se siente amenazada, tratando de cambiar su imagen de «perdedor» que se le ha asignado. Estos individuos a menudo expresan de alguna manera sus intenciones, lo que destaca la importancia del trabajo preventivo y de identificación temprana de esas señales.

Los expertos señalan que es posible prevenir tiroteos en las escuelas. El profesor Matthew Mayer, de la Rutger Graduate School of Education de Estados Unidos, ha investigado la violencia escolar y desaconseja armar a los maestros. En el país, se debate elevar la edad mínima para comprar armas y se identifica el *bullying* o acoso escolar como una de las principales causas de tiroteos en las escuelas, por lo que los centros educativos podrían abordarlo fomentando debates sobre este problema,

distintos tipos de violencia y la gestión de las emociones desde temprana edad.

En el caso de Estados Unidos, muchos republicanos están molestos con el llamado aprendizaje social y emocional (Social and Emotional Learning; SEL), de hecho, han puesto en marcha proyectos para eliminarlo del currículo escolar. Critican que a los niños se les esté enseñando habilidades sociales y emociones básicas, y equiparan esta enseñanza, el fomento de la empatía y la gratitud, una vez más, con el comunismo o el marxismo cultural.

El SEL no es más que un enfoque estructurado para que los profesores o facilitadores escolares integren habilidades para la vida en sus planes educativos, para ayudar a los estudiantes a identificar, comprender y controlar sus emociones, colaborar con sus compañeros y desarrollar mayores niveles de empatía. Desarrollado en los años noventa por el grupo CASEL, se centra en cinco competencias para ayudar a los estudiantes en estos aspectos de construcción de aprendizaje y práctica. Invito al lector a conocer más sobre los manuales disponibles en línea con los cuales se enseña a los niños que acceden al SEL en las escuelas o universidades, para que se observe de primera mano que nada tiene que ver con ese marxismo cultural del cual habla la nueva derecha, los conservadores o los paleos.

En realidad, el aprendizaje social y emocional es un proceso efectivo mediante el cual tanto niños como adultos adquieren y aplican conocimientos, actitudes y habilidades para entender y manejar sus emociones, establecer metas positivas, mostrar empatía, mantener relaciones saludables y tomar decisiones responsables. Desarrollar habilidades SEL sólidas facilita la gestión exitosa de aspectos cotidianos como el aprendizaje, la resolución de problemas, el control de impulsos y el autocuidado. Los niños y jóvenes absorben estas habilidades y comportamientos observando a sus pares y adultos en sus entornos familiares, escolares y comunitarios. Este tipo de aprendizaje está en constante desarrollo en la vida de las personas si deciden ponerlo en práctica y están dispuestos a una vida más amena con sus pares, ya sea que se enseñe de manera explícita o no.

Algunas raíces de este formato pueden rastrearse hasta las teorías de la inteligencia emocional propuestas por psicólogos como Daniel Goleman en la década de 1990, quien popularizó la noción de que las habilidades emocionales son tan importantes como las habilidades intelectuales en el éxito personal y profesional. Desarrollar la inteligencia emocional, algo que autores como Jordan Peterson critican, significa ser capaz de entender, gestionar y expresar emociones. Esto incluye manejar la frustración, lidiar con situaciones estresantes y disfrutar de la felicidad. ¿Qué es lo malo de todo esto? ¿Dónde estaría lo «marxista cultural»? Por ejemplo, necesitamos una sociedad con mayor educación emocional para que personas como Jordan Peterson puedan canalizar sus frustraciones y tristezas de una forma diferente a la ofensa permanente al prójimo, el *bullying* y sus discursos de odio, y puedan alcanzar la paz interna.

Pero no debería llamarnos la atención que el actual Partido Republicano estadounidense se queje de la empatía, puesto que prefieren criar niños que se conviertan en adultos que vean con buenos ojos a personas *bullies* como Tucker Carlson, Ron DeSantis o Donald Trump. Por eso se oponen a lecciones escolares que guíen a los niños para convertirse en adultos respetuosos, receptivos, pensadores críticos y con rasgos de personalidad que les darán más probabilidades de cuestionar y rechazar creencias intolerantes como el racismo, la homofobia, la xenofobia o el sexismo.

Pero comencemos por la empatía, que es la habilidad de entender y compartir los sentimientos de los demás, y nos permite ver las situaciones desde la perspectiva de los otros, además de la nuestra. Esta capacidad es esencial para construir relaciones sociales y profesionales sólidas, puesto que fomenta el desarrollo de la conciencia personal y contribuye a la creación de un mundo más justo y pacífico. La empatía, como hemos comentado anteriormente, se convierte en un elemento necesario para expresar la compasión, que es la motivación para tomar acciones frente al sufrimiento de otras personas, y también para tomar decisiones responsables.

La empatía fomenta la conciencia social, y reduce el acoso y los prejuicios. Al entender los estados de ánimo de los demás, la empatía nos impulsa a comportarnos de manera solidaria, especialmente con aquellos fuera de nuestra comunidad.

Sin embargo, como expliqué, para muchos políticos actuales esto es una especie de «neomarxismo» infiltrado para manipular a los más pequeños. Pero en realidad, la empatía fomenta la colaboración y excluye el crimen. La razón por la que estas nuevas derechas y el paleolibertarismo la consideran una amenaza es porque fomentan incluso una forma de cristianismo cruel, además de la crueldad contra las minorías como forma de control y disciplinamiento. La razón por la que estos sectores no la quieren ver inculcada en sus hijos es precisamente el motivo por el que se necesita hacerlo, para proteger a otros menores del ejercicio de esa crueldad bajo la modalidad del *bullying*. En pocas palabras, la visión de la derecha sobre la educación infantil ideal debería implicar un enfoque de corte autoritario por parte de los padres, que genere niños intimidantes, rudos, insensibles y poco curiosos, algo así como unos «mini-Trumps». De la mano de esto, la mayor parte de las veces, los padres se convierten en los primeros *bullies* de sus hijos, y por este motivo no es extraño que la derecha catalogue la SEL o la empatía como *woke*, el término que se ha utilizado de manera peyorativa por algunos críticos para referirse a lo que perciben como un exceso de sensibilidad o conciencia social en términos de derechos civiles o igualdad.

El *bullying* es un arma de la que el paleolibertarismo, las nuevas derechas y sus derivados no quieren ser privados, y nada amenaza más esa ventaja que la difusión de una que se opone a la agresión, como es la promoción de la empatía. Aquí debemos establecer otra diferencia entre el anarcocapitalismo y el paleolibertarismo. Mientras el primero se basa en el principio de no agresión, el segundo se basa en el «derecho a ofender» (aunque esto a veces también lo hace el primero), que oculta la agresión organizada del *bullying* con la que crearán su sociedad heteropatriarcal, jerarquizada y disciplinada. En gran medida, la batalla cultural no es otra cosa que *bullying*.

El *bullying*, conocido como «acoso» o «intimidación», es un fenómeno social, típicamente asociado a entornos educativos, pero también familiares (algunos padres se convierten en los primeros *bullies* de sus hijos), donde una o varias personas sufren violencia física, emocional, psicológica, sexual, verbal, etcétera, por parte de otras. Hay una reflexión sobre el *bullying* que me parece muy importante y es la que sostiene que si el chiste se burla de alguien, no es gracioso; que si la conversación pone en ridículo a alguien, no es amena, y que si el juego hace que alguien se sienta mal, no es divertido. El *bullying* no existe solamente en las escuelas, y si reflexionamos sobre la frase anterior, nos daremos cuenta de que convivimos en entornos repletos de un *bullying* que se ha internalizado o naturalizado. Y los que lo denuncian reciben todavía más *bullying*.

Ignacio Torres, gobernador de la provincia de Chubut en Argentina y miembro del partido PRO, que apoyó la elección de Milei tras las primarias, expuso recientemente a Milei por retener ilegalmente de los contribuyentes chubutenses millones de pesos destinados a iniciativas locales. Milei respondió retuiteando una imagen de Torres generada por inteligencia artificial en la que el gobernador aparecía con síndrome de Down. Esto desembocó en la Asociación de Síndrome de Down de Argentina repudiando este acto discriminatorio y exigiendo una disculpa pública que el presidente jamás dio.

El tuit de Milei sobre el síndrome de Down es un eco de cuando Donald Trump se burló de un reportero con discapacidad en un mitin de campaña. En su discurso en los Premios Globo de Oro de 2017, Meryl Streep expresó unas palabras muy importantes, dando una lección a estos políticos *bullies* y por qué no debemos tolerar sus actitudes:

> Hubo una actuación este año que me dejó atónita y me clavó sus garfios en el corazón, no porque fue buena, no hubo nada de bueno en esa actuación, pero fue efectiva y logró su objetivo: hizo que su público riera, y que mostrara los dientes. Fue en ese momento, en que la persona que pedía ocupar el lugar más respetado de este país, imitó a un periodista con discapacidad. A una persona que superaba en privilegio, poder y su capacidad de responder al ataque. Y me rompió el

> corazón cuando lo vi. Todavía no puedo sacármelo de la cabeza, porque no pasó en una película, pasó en la vida real. Y ese instinto que busca humillar, cuando lo hace alguien público, alguien poderoso, penetra en la vida de todos, porque les da permiso a otros para hacer lo mismo. La falta de respeto invita a la falta de respeto. La violencia incita a la violencia. Cuando los poderosos usan su posición para hostigar y hacer *bullying* a otros, todos perdemos.

El acoso político es un daño grave que debería hacer responsables civilmente a quienes lo organizan y lo propician. Jay Robert Pritzker dio un discurso de graduación en la Universidad del Noroeste unos años atrás en el que planteaba la siguiente pregunta: ¿cuál es la mejor manera de detectar a un idiota?

La respuesta que dio Pritzker fue la siguiente: «Busca a la persona que es cruel. Puede resultar sorprendente, porque en algún momento de los últimos años, nuestra sociedad ha llegado a creer que la crueldad como arma forma parte de un plan maestro bien pensado. La crueldad es vista por algunos como un hábil garrote para obtener poder. La empatía y la bondad se consideran débiles. Estoy aquí para decirles que cuando el camino de alguien por este mundo está marcado con actos de crueldad, ha fallado la primera prueba de una sociedad avanzada. Nunca forzaron su cerebro animal a evolucionar más allá de su primer instinto. Nunca forjaron nuevas vías mentales para superar sus propios miedos instintivos».

Cuando alguien ve a una persona que no es como tú, no actúa como tú o no vive como tú, lo primero que puede tender a hacer es tener miedo y prejuicio. Así es la evolución. El ser humano ha sobrevivido como especie desconfiando de las cosas con las que no está familiarizado. Pero para ser amables y civilizados tenemos que apagar ese instinto animal y obligar a nuestro cerebro prehistórico a recorrer un camino diferente. La empatía y la compasión son estados evolucionados del ser, y como dice Yuval Noah Harari, la humildad es un remedio potencial para la estupidez humana. La empatía, la compasión y la humildad requieren la capacidad mental de ir más allá de nuestros impulsos primarios, y autores como Jordan Peterson no parecen tenerla.

Establecer programas educativos que promuevan la empatía y la resolución pacífica de conflictos puede contribuir significativamente a crear un ambiente escolar seguro y libre de violencia, y jóvenes que cuando sean adultos aporten sanamente para generar una sociedad menos tóxica que la actual.

Esta tarea de prevención del *bullying* involucra a todos, educadores, padres, familiares, estudiantes y la sociedad en general, y no sólo en países como Estados Unidos. Unicef informa que 150 millones de adolescentes a nivel mundial (de trece a quince años) enfrentan interrupciones educativas debido al acoso, lo que representa la mitad de los estudiantes en ese grupo de edad. En España, siete de cada diez niños y niñas sufren a diario algún tipo de acoso. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), es uno de los países europeos con mayor incidencia de acoso escolar. Un estudio llevado a cabo por la Unidad Psicológica Preventiva de la Universidad Complutense de Madrid y la Fundación ColaCao expone que dos alumnos por clase (en primaria y secundaria) sufren *bullying* en las escuelas y uno de cada tres asegura no contárselo a nadie por miedo y por no querer preocupar a sus familiares como dos de los motivos principales.

Involucrar a los padres, abordar el tema en casa, es fundamental, ya que facilita la comunicación y ofrece recursos para solucionar el problema. Recordemos que el comportamiento agresivo de un acosador no se debe únicamente a características de su personalidad: el entorno en el que crece juega un rol principal, incluyendo sus interacciones en casa y su relación con quienes lo crían.

La psicóloga y docente Elizabeth Clapés sostiene lo siguiente: «Educa a tu hijo para que ningún compañero tenga miedo de ir al colegio por su culpa. Educa a tu hijo para que sea quien se sienta al lado del niño que está solo. Educa a tu hijo para que sea el que comparte su almuerzo con quien no tiene. Educa a tu hijo para que no ría ni fomente situaciones de *bullying*. Educa a tu hijo para que sea quien ayuda a integrar al nuevo alumno. Educa bien a tu hijo para que no juzgue el color de piel, la preferencia sexual, identidad de género, procedencia o situación económica de los demás. Educa a tu hijo para que no sea el motivo por el

cual unos padres se mueren de tristeza al ver como su hijo se va apagando por culpa de la conducta del tuyo. Educa a tu hijo para que sea el niño con el que te gustaría que se encontrase en el colegio». Creo que esta frase lo resume perfectamente.

La implementación de políticas escolares claras que prohíban y condenen con consecuencias el *bullying*, junto con la capacitación de educadores y la incorporación de la diversidad en el currículo, es central para prevenirlo. Promover la intervención de testigos es otra estrategia importante: hay que enseñar a los estudiantes a denunciar las situaciones de acoso. Proporcionar apoyo a las víctimas, tanto emocional como psicológico, y utilizar la tecnología de manera responsable, incluso frente a nuevos mecanismos de acoso, son prácticas esenciales. El *bullying* no sólo causa daño físico, sino también deja secuelas psicológicas graves en las víctimas, que pueden incluso llevar al suicidio en situaciones extremas y por eso hay que cancelarlo, repudiarlo, condenarlo y criminalizarlo.

Resolver el problema del *bullying* en la infancia también desempeña una función en la prevención de comportamientos de ese estilo en la vida política de los adultos. La intervención precoz contra el *bullying* previene la internalización de patrones de comportamiento negativos y agresivos que podrían manifestarse en la edad adulta. Así pues, la resolución del acoso no sólo beneficia a nivel individual, sino que también contribuye a la construcción de comunidades más saludables y cohesionadas. Sería, de una u otra manera, una especie de inversión en el futuro de la sociedad libre.

8

Fascismo

El fascismo es una ideología política autoritaria que vio su nacimiento en la primera mitad del siglo xx. Se basa en la figura de un líder autoritario y fuerte que representa a la nación y habla en nombre de ella, caracterizado por el rasgo nacionalista, un liderazgo generalmente carismático y un rechazo hacia la democracia liberal, el sistema político basado en el compromiso liberal por mantener un gobierno limitado y cimentado en un proceso de elecciones libres, universales y transparentes, con una constitución que hay que cumplir y con límites al poder, que se encuentra permanentemente vigilado, donde se respetan los derechos individuales y donde hay una sociedad civil vigorosa con una economía que respeta la libertad de emprendimiento y la libertad de prensa. El fascismo, en las antípodas, busca la unidad nacional, la disciplina social y la supresión de la disidencia, incorporando elementos del totalitarismo, el expansionismo, el imperialismo, el militarismo y el corporativismo, a menudo apelando a valores tradicionales y a la disciplina, a los que hay que sumar elementos como la xenofobia y el racismo. El fascismo se presenta como una forma de nacionalismo agresivo.

En una sociedad fascista, la figura del líder nacional se asemeja a la del padre en la familia patriarcal tradicional, cuya fuerza y poder son la base de su autoridad legal. Al igual que en la «familia tradicional», en la que el padre es el sostén, el líder fascista sostiene a su nación. En esta estructura, la autoridad del padre patriarcal proviene principalmente de su fuerza, valor que destaca como la piedra angular de su autoridad. La figura del líder, como el patriarca, se erige como el protector y

sustentador de la unidad nacional, estableciendo un paralelismo entre el orden doméstico y el político.

El fascismo defiende la guerra como un deber moral, elogia la grandeza nacional, valora lo espiritual y aboga por el imperialismo. Con el fascismo, la creciente importancia dada a la idea de «raza» y la idea de una misión universal sugiere la necesidad de un líder nacional y carismático que encarne las virtudes de esa «raza».

Umberto Eco (2018) identificó las características fascistas, que incluyen la glorificación de la acción y la masculinidad agresiva, la intolerancia a la crítica, el miedo a la diferencia y a los forasteros, la explotación de las frustraciones de la clase media baja, un fuerte nacionalismo y resentimiento por la humillación nacional, así como un «elitismo popular», que asegura que algunos ciudadanos forman parte de la «mejor gente del mundo». El paralelismo entre estos valores y los de la nueva derecha, otra vez, son evidentes. Todos reivindican lo que ven como una masculinidad mancillada.

La ideología fascista se originó en un entorno de tensiones en la Europa de entreguerras, específicamente en países como Italia, con Benito Mussolini, y Alemania, con Adolf Hitler, a quienes ha sido asociado históricamente. El término encuentra su origen en Italia y proviene de la palabra italiana *fascio*, que quiere decir «haz», que en el contexto político hace referencia a un símbolo de unificación y autoridad, y que constituía una traducción italiana de la palabra *fasces*, un emblema que simboliza la autoridad legal en la antigua Roma.

El fascismo implica un cúmulo de valores que busca proporcionar una visión del mundo y de la sociedad, mientras intenta orientar todas las dimensiones de la vida privada y pública. Este tipo de régimen marcadamente antiliberal niega los derechos individuales y pretende que los ciudadanos operen de manera cohesionada, corporativa, al unísono, todo para lograr la gloria estatal. Es antimoderno, antidemocrático, anticomunista, antiliberal, irracional y espera obediencia total por parte de los ciudadanos, a quienes obliga a identificarse con la nación por sobre todas las cosas, fomentándolo desde la propaganda, los discursos para las masas y su capacidad para captarlas, siempre con milicias

uniformadas y armadas para imponer miedo y respeto a la sociedad. Bajo este régimen, el Estado toma el poder absoluto y relega al individuo a una posición insignificante y subordinada.

El fascismo surge formalmente después de la Primera Guerra Mundial. Benito Mussolini fundó el Partito Nazionale Fascista y cuando obtuvo el poder implementó un régimen nacionalista, corporativista, autoritario, antidemocrático y anticomunista. Este partido político se convirtió en la base del régimen fascista que tomó el mando de Italia en la década de 1920. En 1922, Benito Mussolini, según cita H. Finner en *Mussolini's Italy* de 1935, decía lo siguiente: «Hemos creado nuestro mito. El mito es una fe, una pasión. No hace falta que sea una realidad. Lo es por el hecho de que es un bien, una esperanza, una creencia, porque es coraje. Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación. Y este mito queremos convertirlo en una realidad palpable, subordinando todo lo demás». Mussolini dejó expuesto que hay una intencionalidad en el pasado mítico del fascismo, cuya funcionalidad es sacar provecho del sentimiento nostálgico y asegurarse la jerarquía, la pureza y el autoritarismo. Ese pasado mítico colabora a remodelar el presente.

Mussolini sostenía que el liberalismo negaba la importancia del aparato estatal en favor del individuo, mientras que el fascismo reafirmaba al Estado como la auténtica realidad del individuo. Además, argumentaba que el fascismo se oponía al socialismo, el cual limitaba la evolución histórica a la lucha de clases. Mussolini también afirmó que la piedra angular de la doctrina fascista es la concepción del Estado, su esencia, funciones y objetivos, y que, para el fascismo, el Estado es un todo absoluto ante el cual los individuos y los grupos son relativos, puesto que sólo se conciben en la medida en que formen parte del propio Estado.

Mediante el uso de las milicias armadas conocidas como «camisas negras», ganó popularidad y generó temor entre sus opositores. En 1922 llegó al poder y se otorgó el título de *Duce*, estableció una dictadura y colaboró estrechamente con las corporaciones para reestructurar la economía, con la pretensión de recuperar la «gloria de la antigua Roma».

Italia fue así el primer Estado fascista. Cuando las tropas alemanas en Italia se rindieron el 25 de abril de 1945, Mussolini intentó escapar a Suiza haciéndose pasar por un diplomático español, acompañado por su amante Claretta Petacci y otros líderes fascistas. Sin embargo, fueron capturados por partisanos comunistas de la Brigada Garibaldi tres días después y Mussolini fue ejecutado por fusilamiento. Sus cuerpos, junto con el de Petacci, fueron llevados a Milán en un camión, donde fueron mutilados y colgados boca abajo en la plaza Loreto. Esto marcó el fin del régimen fascista en Italia.

El ascenso del fascismo, una ideología distintiva del siglo XX, tuvo un impacto cruel y significativo en la historia europea y global. El término se utiliza actualmente para describir los movimientos y partidos políticos que tienen características autoritarias y totalitarias de este corte. Algunos sostienen que hoy la palabra se usa muy a la ligera, pero el hecho de que se pueda llegar a usar de manera ligera no quiere decir que no haya fascistas. De hecho, en este momento no es la izquierda únicamente la que identifica a algunos personajes de la política actual de la nueva derecha de esta manera, sino también los liberales, quienes históricamente no han utilizado la palabra de manera liviana, lo que expone que verdaderamente hay argumentos y evidencia para hacerlo en la actualidad.

Para la década de 1930, el fascismo se había expandido por Europa y otros lugares del mundo. En España, las fuerzas de Franco habían derrotado a los republicanos en la brutal guerra civil. Franco acabó instaurando una dictadura hasta 1975. En Alemania, el fascismo adquirió el nombre de nazismo, y apareció sugiriendo una reconstrucción del país en la década de 1920, después de la Primera Guerra Mundial, con la promesa de convertir Alemania en un imperio militar después de la derrota y humillación que sufrió en 1918.

Sin embargo, cabe destacar que la ideología fascista no nació de manera aislada en el siglo XX, sino que encontró sus raíces en una tradición intelectual europea de larga data. En contraste con la perspectiva liberal, que valoraba la razón y la libertad individual, el fascismo adoptó una preferencia por el instinto, la herencia y la «raza».

Por medio de las obras de Johann Fichte, Friedrich List, Houston Stewart Chamberlain, Thomas Carlyle, John Ruskin, Charles Davenport, Oswald Spengler, Carl Schmitt, Julius Evola y Giovanni Gentile, entre otros principales ideólogos del fascismo, se difundieron ideas que no sólo precedieron a Hitler y los nazis, causando un perjuicio significativo en el mundo mucho antes del Holocausto, sino que persistieron después de esos eventos y han llegado incluso a la actualidad.

El mito de la raza y el darwinismo social fueron elementos clave en la formación del pensamiento fascista. En sus discursos, Johan Gottlieb Fichte (1762-1814) describió a los alemanes como un pueblo arquetípico con la misión especial de liderar una lucha cultural contra la influencia occidental, especialmente la francesa. Este autor y filósofo fue representante del idealismo trascendental alemán, corriente que plantea que la realidad, tal como la conocemos, está determinada por la mente, y en *Doctrina de la ciencia* (1794), a lo largo de los años, postuló que el «yo trascendental» es el fundamento de la realidad. Su nacionalismo se expresó en una acérrima defensa de la formación de un Estado alemán unificado, y propuso que la acción moral del individuo debía contribuir al bienestar estatal. Fichte desarrollará una ceremonia de pensamiento que eventualmente dará forma a un nacionalismo emocional y romántico, estableciéndose como una nueva expresión de pureza política colectiva.

En el contexto alemán también destacó Friedrich Ludwig Jahn (1778-1852), quien, junto con otros propagadores, impulsó la concepción de una comunidad orgánica y natural, al mismo tiempo que exaltaba la superioridad de una tradición política alemana caracterizada por el rechazo a las ideas liberales. En su obra *Nacionalidad alemana* (1810), Jahn consolidó la noción de pureza racial como el fundamento de la nacionalidad, respaldando la idea de la singularidad y la superioridad de todos los pueblos germánicos. Este enfoque no sólo estableció la importancia de la «identidad racial», sino que también subrayó la supremacía de los valores nacionales. En este contexto, el sentimiento nacional y la pertenencia a la nación se colocaron en un nivel superior, relegando los derechos individuales a un plano secundario.

En la segunda mitad del siglo XIX, la idea de la superioridad racial arraigó con fuerza en Europa, principalmente a través de la insistencia de intelectuales alemanes que trabajaban sobre la idea de la unificación nacional. Arthur Gobineau (1816-1882), conocido sobre todo por su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853), defendió abiertamente lo que él llamaba una «superioridad de las razas blancas sobre las negras y semitas». El trabajo de Gobineau se convirtió en una influencia decisiva para el pensamiento racista de la época, estableciendo las bases y el desarrollo de teorías raciales que más tarde marcarían para siempre el curso de la historia.

El autor fue más allá al afirmar que la raza tenía mayor importancia que el individuo o la nación, y abogó por identificar niveles de pureza étnica dentro de lo que llamaba «razas blancas». Según él, aquellos con mayor «pureza étnica» eran considerados impulsores del progreso civilizatorio, mientras que aquellos que carecían de estas características eran vistos como portadores de la decadencia étnica y, por ende, una amenaza para la civilización. Este pensamiento racista llegó incluso a justificar el sometimiento y el exterminio de las «razas» consideradas inferiores, permeando un discurso que había calado también en países como Inglaterra en el siglo XIX, donde el racismo se reflejaba en novelas como *Tancred* (1847), de Benjamin Disraeli, quien afirmó que el éxito histórico del país dependía de la «raza sajona». Estas ideas influyeron en las percepciones y políticas sociales de la época, y contribuyeron a justificar prácticas discriminatorias.

Por otro lado, Giovanni Gentile (1875-1944), un filósofo italiano conocido como el «filósofo del fascismo», desempeñó una función central en la formulación de la ideología del fascismo italiano y colaboró estrechamente con Benito Mussolini para desarrollar la filosofía política del régimen fascista.

Gentile sostuvo una visión idealista del Estado tomada de la filosofía de Hegel, que aplicó para construir su teoría fascista, criticando radicalmente el individualismo. Según Hegel, el Estado no está creado en beneficio del individuo, sino que más bien el individuo existe para servir al Estado, que sería así la fuente suprema del bien. Según una conferencia

de 1952 del austríaco Ludwig von Mises, la perspectiva hegeliana se dividió en corrientes de izquierda y de derecha, basadas en su actitud hacia el nacionalismo y la religión (la derecha apoyaba el Estado prusiano y la Iglesia, mientras que la izquierda no lo hacía), de manera que podría decirse que Hegel podría reclamar la paternidad tanto de las izquierdas como de las derechas actuales. Esta división, según Mises, tuvo un impacto negativo duradero en el pensamiento y la filosofía alemana por más de un siglo. Lo que tal vez Mises nunca se imaginó es que esa misma visión calaría dentro de su propio movimiento liberal y desencadenaría en lo que vivimos actualmente en el mundo político, aquello que el autor José Benegas llama «el curioso caso de los liberales mutando hacia el fascismo».

Gentile creía en la centralidad del Estado como entidad suprema, considerándolo no sólo un medio para alcanzar fines particulares, sino como un fin en sí mismo. En tal contexto, militaba por una forma de colectivismo y autoritarismo. La famosa consigna «todo para el Estado, nada fuera del Estado» resume la perspectiva de Gentile y su contribución a esta formulación ideológica. En esencia, luchaba por la totalidad del control estatal en todos los aspectos de la vida y la sociedad.

Esta ideología fascista no sólo promovía la unidad basada en la homogeneidad étnica, sino que también se presentaba como una estrategia para contrarrestar lo que se percibía como una amenaza del «oeste» simbolizada por el liberalismo. El fascismo, como sostuvo Zeev Sternhell (1935-2020) en *El nacimiento de la ideología fascista* (1994), se enfrentó de manera implacable a conceptos como liberalismo, democracia, parlamentarismo y sistema multipartidista.

Cuando se vincula a las nuevas derechas con el fascismo no es un acto caprichoso. No se trata de identificar un fantasma, ni de declararlo resucitado, se trata de identificar un cúmulo de ideas que ya vimos operar en el pasado, capaces de convocar a las masas hacia su propia destrucción. Aquel fascismo fue sólo el primero, y aunque la izquierda ha abusado del término llamando fascismo a casi cualquier cosa, hasta el punto de que ha conseguido vaciar de sentido el término, parece que no hay forma de prevenirse contra su reaparición sin ser acusado de hacer

lo mismo que esa izquierda. Pero la identidad de ideas no es tan opinable: la realidad objetiva es que las mismas nociones sólo han sido presentadas de otra forma.

Jason Stanley (2018) elaboró una lista de las estrategias del fascismo, entre ellas el uso del pasado mítico, la propaganda, el antiintelectualismo, la supuesta época gloriosa de la nación que acaba por culpa de la globalización o el globalismo, las narraciones de las guerras de conquista lideradas por generales patrióticos y los ejércitos leales, el estado de irrealidad en el que las teorías conspirativas y las noticias falsas reemplazan el debate bien argumentado, la jerarquía, el victimismo, el llamado orden público, la ansiedad sexual, el llamamiento al espíritu de la nación y el desmantelamiento del estado de bienestar. El pensador y filósofo italiano Norberto Bobbio señaló que «el fascista habla todo el tiempo de corrupción. Lo hizo en Italia en 1922, en Alemania en 1933 y en Brasil en 1964. Acusa, insulta, agrede como si fuera puro y honesto. Pero el fascista es sólo un criminal, un sociópata que persigue una carrera política. En el poder, no vacila en torturar, violar, robar sus pertenencias, su libertad y sus derechos. Más que corrupción, el fascista practica la maldad».

Además, los peligros del fascismo en la política radican en su especial forma de deshumanizar y excluir a determinados segmentos de la población, lo que acaba limitando también la capacidad de empatía de los demás ciudadanos y justifica el tratamiento inhumano. La política fascista es capaz de deshumanizar a las minorías incluso aunque el Estado no sea abiertamente fascista.

El líder fascista acaba construyendo un pedestal de superioridad y pasa a encarnar todas las virtudes y la pureza, planteando no sólo un nosotros contra ellos, sino también un «nosotros construimos y ellos nos arrebatan». El autoritarismo, el nacionalismo, el fascismo y todo lo que deriva del mismo nos hace sospechar permanentemente de otros grupos de personas, y eso crea un caldo de cultivo perfecto para que los demagogos y los populistas construyan su poder a partir de prejuicios hacia otras personas y cultiven la violencia a través de una «batalla celestial» o unas «fuerzas del cielo».

El mecanismo es activar nuestro instinto tribal y hacernos utilizar el poder de la identificación de grupo, una herramienta que nos hace creer mejores y superiores a los demás grupos. La idea de pertenecer a un grupo activa en nosotros un instinto que busca la victoria para nuestro grupo y la derrota para los demás. Este enfoque tiene su origen en el tribalismo, mentalidad desarrollada en un período histórico muy lejano, cuando vencer a grupos externos era crucial para la supervivencia. Sin lugar a dudas, es una mentalidad primitiva que todavía influye en la forma de pensar humana y que aún se debe aprender a domar.

Aquí es importante abrir un paréntesis y mencionar dos formas puntuales de expresar el odio que han sido estudiadas en el transcurso del tiempo: a través del prejuicio y a través de la guerra (que consiste básicamente en humanos matando a otros humanos). Gordon Allport, un influyente psicólogo social estadounidense cuya teoría de la personalidad ha marcado el área de estudio, abordó el tema del prejuicio en su obra *La naturaleza del prejuicio* (1954), en la que explora cómo arraiga en la mente humana y cómo puede ser superado a través del contacto intergrupal positivo como clave para reducir la intolerancia. Su enfoque se centró en comprender las causas psicológicas del prejuicio y lo definió como una actitud de aversión y hostilidad hacia una persona que pertenece a un grupo, simplemente por pertenecer a dicho grupo y porque se asume que tiene cualidades que son objetables y atribuidas al mismo. Lo que sí se ha corroborado es que la ignorancia es la principal causa del prejuicio.

No sólo durante la guerra, sino también en su día a día las personas tienden a percibir como inferiores a los individuos que no se comportan como ellas o que no se parecen a ellas, como sucede con el enemigo en la guerra o con el equipo contrincante en un partido de fútbol: siempre «nosotros» tendremos la seguridad de que somos mejores que «ellos». Sumado a esto, la amenaza de exclusión de nuestro grupo nos lleva a preocuparnos por cómo nos perciben los demás.

Cada vez que puedo, recomiendo ver la película *La ola*, la cual cuenta una historia real donde un profesor demuestra a sus alumnos, quienes creen estar exentos de autoritarismo, mediante un experimento

educativo sobre autocracia y control de masas, hasta dónde pueden llegar los extremos, las ideas de la lucha contra los enemigos internos y la sumisión a la figura de un líder. El experimento acaba creando una situación parecida a un movimiento fascista dentro de una escuela. La situación se salió de control rápidamente, mostrando cómo un movimiento autoritario puede surgir incluso en un entorno donde menos se lo espera. Sumado a esto, podemos poner el ojo en el concepto de «pensamiento grupal». Aquí me refiero a aquellas decisiones que se toman de manera irracional sólo por seguir la corriente del grupo o a la manada. La teoría del pensamiento grupal, creada por el psicólogo Irving Janis, describe cómo los grupos tienden a tomar decisiones poco racionales o de baja calidad debido a la presión social, la conformidad, el sentimiento de ser aceptado y la ilusión falsa de consenso.

Nosotros somos el «endogrupo» y ellos son el «exogrupo». En el contexto de la psicología social, estos términos se utilizan para describir categorías sociales que influyen en la percepción de pertenencia. El endogrupo representa el grupo al cual uno pertenece o con el que se identifica, es el «nosotros» con atribuciones positivas. En contraste, el exogrupo es aquel al que no pertenecemos, el «ellos», a menudo percibido de manera distante y asociado con características negativas.

Estas categorías sociales son cruciales para comprender cómo se construyen percepciones, prejuicios y dinámicas intergrupales en la sociedad. Nuestra lealtad y conexión con nuestro grupo puede ser esencial para nosotros, pero al mismo tiempo esas emociones a menudo generan desconfianza y antagonismo hacia aquellos que no comparten nuestra identidad, y fomentan la necesidad de justificar la superioridad moral de nuestro grupo. Generalmente, el miedo a perder la identidad del grupo lleva a acciones que perjudican al propio grupo.

La necesidad de reconocimiento parece innata, y la sensación de ser ignorados o rechazados por nuestro grupo es definitivamente desalentadora. El mundo cambió, pero nuestro cerebro todavía no lo logra asimilar: parece que en nuestros cerebros de la Edad de Piedra creemos que hay que golpear con un garrote al que no es como nosotros, y así también lo creen los políticos de la Edad de Piedra que no se

extinguen. Como dicen algunos psicólogos evolutivos, tenemos cráneos modernos con una mente cavernícola.

La advertencia quedó grabada en las palabras de Karl Popper (1945):

> La civilización aún no se ha recuperado por completo del impacto de su nacimiento y todo lo que supuso la transición de la «sociedad encerrada» o tribal, con su sumisión a las fuerzas mágicas, a la «sociedad abierta» que libera el poder crítico del hombre. El *shock* provocado por esta transición es uno de los factores que han hecho posible el surgimiento de movimientos reaccionarios que han intentado, y seguirán intentando, derrocar la civilización y volver al tribalismo.

Como *Homo sapiens*, vivimos como cazadores-recolectores en grupos nómadas durante la mayor parte de nuestra existencia hasta hace unos quince mil años. La cooperación para cazar y recolectar impulsó nuestra evolución. Al trasladarnos de la selva a las llanuras, adoptamos la bipedación, liberando nuestras extremidades superiores, lo que potenció nuestro cerebro. Esta transición y la vida en grupos fomentaron nuestra adaptabilidad y éxito evolutivo. La agricultura, hace diez mil años, cambió muchas cosas: comunidades permanentes, desigualdades sociales y aumento poblacional. Almacenar alimentos definió grupos y jerarquías, pero también aumentó la probabilidad de conflictos y guerras. En resumen, transformó no sólo la forma de alimentarnos, sino también nuestras estructuras sociales.

Somos una especie social y aunque somos propensos al conflicto, hemos desarrollado inhibidores que nos impiden matarnos entre nosotros. Pareciera ser que estamos programados para la violencia, incluso aunque no tengamos nunca ocasión de emplearla, sostiene el académico Steven Pinker. Por otro lado, el antropólogo Brian Ferguson plantea que no estamos preparados para la guerra, que es algo que aprendemos. Sea cierto o no, si somos amables sólo por prudencia o no, la noticia alentadora es que tenemos la capacidad de moderar y/o eliminar los prejuicios, las guerras y la violencia. Tenemos la habilidad de reiniciarnos, pero depende de reemplazar el instinto por el aprendizaje

social y la fuerza por la cooperación: dos mecanismos y adaptaciones que han sido parte esencial de nuestra evolución.

Hannah Arendt, una de las pensadoras estrella del siglo xx, marcó un antes y un después al abordar temas relacionados con el autoritarismo y la naturaleza del poder, especialmente en su obra *Los orígenes del totalitarismo* (1951). En este contexto, Arendt ofreció un marco para comprender cómo las dinámicas sociales y políticas contribuyen a la aceptación de autoridades opresivas, y el uso del término *totalitarismo* se debió, en gran parte, a su trabajo en teoría política.

Su obra destaca la importancia de la participación ciudadana activa y la responsabilidad individual en la prevención de la emergencia de sistemas totalitarios. En el totalitarismo, el Estado dirige las acciones de los ciudadanos con el fin de asegurarse que cada miembro de la sociedad trabaje como parte de un todo orgánico organizado por la autoridad central y con control estricto. Arendt explicó que el totalitarismo descubrió la manera de dominar y aterrorizar a los seres humanos desde dentro y que tiene una capacidad para ejercer el control que proviene no solamente de la fuerza, sino también del poder de sus ideologías basadas en la inevitabilidad de la lucha racial en la Alemania nazi y la de clases en la Unión Soviética.

Sus ideas sobre la «banalidad del mal», introducidas en su obra *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal* (1963), arrojan luz sobre cómo las personas comunes pueden participar en actos extremadamente perjudiciales bajo ciertas circunstancias, sin necesariamente poseer una personalidad autoritaria. Es decir, que los actos malvados no siempre son realizados por personas inherentemente malvadas o psicópatas, sino también por individuos comunes que siguen órdenes sin cuestionar moralmente sus acciones.

Este concepto surge a raíz del juicio de Adolf Eichmann, un alto funcionario nazi responsable de la organización logística de la Solución Final durante el Holocausto. En el caso de Eichmann, Arendt argumentó que su papel en el nazismo no se debía a una maldad extrema, que no era un monstruo sádico, sino un burócrata eficiente que simplemente cumplía con su deber de manera deshumanizada. Esta pensadora del

siglo XX sostuvo que la incapacidad de cuestionar acciones y la falta de pensamiento crítico convirtieron a este funcionario en parte integral de un sistema monstruoso.

Autores como Theodor W. Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel Levinson y Nevitt Sanford, inspirados en las ideas previas de Erich Fromm, teorizaron en 1950 sobre la noción de la «personalidad autoritaria», concebida como un conjunto de rasgos arraigados en la infancia que predisponen a un individuo a adoptar creencias políticas antidemocráticas.

Este concepto surge en un contexto histórico marcado por el ascenso del fascismo en la década de 1930, la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, factores que ejercieron una influencia significativa en el desarrollo de esta teoría. En ese contexto es donde Adorno y sus colegas desarrollaron su investigación conocida como «El estudio de Berkeley», centrada en comprender el prejuicio y la susceptibilidad a la ideología antisemita, utilizando un enfoque teórico que combinaba elementos psicoanalíticos y psicosociales.

La personalidad autoritaria se manifestaría no sólo en la aceptación de la autoridad y la búsqueda de satisfacción a través de someter a otros, sino también en actitudes intolerantes, y se caracterizaría por tener mecanismos y formas de pensamiento rígidas, dogmáticas, estereotipadas y prejuiciosas.

La economista australiana Karen Stenner, especialista en estudios de comportamiento, ha investigado sobre los rasgos de la personalidad, específicamente sobre lo que llama la «predisposición autoritaria». En su obra *The authoritarian dynamic* (2005), busca comprender las actitudes y predisposiciones de las personas hacia el autoritarismo, explorando cómo determinados contextos sociales pueden activar o suprimir estas inclinaciones autoritarias en la población, y la existencia de una preferencia por la homogeneidad y el orden, y un rechazo hacia lo diferente o complejo (que se convierte para ellos, en su mente, en una potencial amenaza). El detalle interesante es que afirma que alrededor de un tercio de la población de cualquier país tiene este rasgo de personalidad de la predisposición autoritaria y sostiene que «desde la

perspectiva autoritaria, los conceptos desacuerdo, disentimiento, desobediencia, así como la determinación del bien común mediante el debate y la negociación no son comprensibles».

La autora Anne Applebaum (2021) identifica algo similar al escribir que «a menudo las personas sienten atracción por las ideas autoritarias porque les incomoda la complejidad», agregando que «prefieren la unidad a la división» y que «una súbita aparición de la diversidad —opiniones, experiencias, etcétera— los enoja», ya que «buscan soluciones en un nuevo lenguaje político que les haga sentir más seguros y protegidos».

Según Fiske y Rai (2014), la violencia se entiende principalmente en un contexto moral y argumentan que las personas recurren a ella porque la perciben como moralmente aceptable, creyendo que es lo correcto o incluso lo que deben hacer desde un punto de vista ético. De hecho, Cicerón en obras como *De officiis* [*Sobre los deberes*], escrita entre los años 44 y 43 a. C., aborda la cuestión de cómo sería ideal comportarnos en la sociedad y plantea la existencia de normas externas de conducta moral que se aplican universalmente, independientemente de nuestra identidad o estatus. Desde la perspectiva de Cicerón, estas normas son inmutables e inquebrantables, actúan como directrices que nos hacen realizar acciones correctas y, al mismo tiempo, nos prohíben realizar acciones incorrectas. Según su visión, estas normas morales funcionan como un código ético común que debe regir el comportamiento de todos nosotros, estableciendo un estándar compartido de lo que es inapropiado y adecuado. En esencia, Cicerón abogó por la adhesión a estas normas externas como un imperativo para forjar una sociedad, para él, más ética y justa.

Pero nuestra inclinación al tribalismo a menudo nos hace inventar y exagerar diferencias. Explorar y contrarrestar nuestro tribalismo implica identificarlo y cuestionarlo, implica superar patrones perjudiciales aunque tendamos a ser influenciados en direcciones específicas: la reflexión consciente ayuda a controlar los impulsos de la «mente prehistórica», la «mente moldeada» o la persona tóxica.

Se trata de controlar los prejuicios e indagar por qué los tenemos o de dónde vienen, se trata de ser crítico, de ser reflexivo, de no caer ante los cantos de sirena de cualquier demagogo que cimenta su poder personal en base a la exaltación en masa a través de las divisiones, los gritos y los eslóganes atractivos. Cuando las emociones negativas y la impulsividad nos controlan, el conflicto «nosotros» contra «ellos» se intensifica y puede terminar muy mal (la historia puede dar fe de ello).

De todas maneras, no todo está perdido: aunque el ser humano tiene tendencia a cerrarse y rechazar, también tiene una tendencia a abrirse y abrazar. Cuando hicimos esto último, despegamos como civilización, alcanzando libertades, derechos y una prosperidad (en todo sentido) jamás pensada. En su libro *Abierto* (2021), Norberg enfatiza la idea de cómo las personas queremos «asegurarnos la seguridad», pero también nos volvimos más seguros al salir de la cueva y animarnos a explorar lo desconocido, porque eso nos ofreció, por ejemplo, muchas cosas nuevas para comer y experimentar. Conocimos a extraños porque necesitábamos nuevos socios, nuevas parejas o personas de las que adquirir conocimientos.

Así, sostiene el autor, los humanos saben discriminar, pero también pueden adaptarse a circunstancias cambiantes y aprender por qué una costumbre diferente no es necesariamente inmoral. Se trata de aprender que nuestros prejuicios son y pueden ser flexibles, moldeables y desechables: hay que controlar el miedo, superar la intolerancia automatizada y aprender a anular reacciones, pero también desarrollar nuestra autoestima y adquirir seguridad en uno mismo. Muchas veces suelen ser las inseguridades, los traumas, la baja autoestima o las represiones las que hacen que las personas sean intolerantes y tribales. Por no resolver estas cosas, la historia está tan manchada con sangre humana.

Una de las acciones políticas más sencillas sería entonces resistirse a respaldar a autoritarios que promueven la división entre nosotros y fomentan el miedo hacia grupos determinados o minorías. En situaciones de desesperación y crisis económica o política, por ejemplo, la gente lamentablemente recurre a ideas extremas y esto acaba siendo una

trampa. Les sucedió a los cubanos frente a Batista y con la llegada de los Castro, le sucedió a Venezuela contra la corrupción y el hartazgo del sistema político partidario y la llegada de Chávez, les sucedió a los rusos frente al zarismo y con la llegada de los bolcheviques. En tiempos de crisis profundas, la gente apuesta por ideas extremas, en formas de parches que no protegen a la democracia, que no le convienen y lo hacen por desesperación.

Podemos cambiar el mundo siendo disidentes, podemos cambiar el mundo alzando la voz, podemos cambiar el mundo si nos atrevemos a pensar. Todavía estamos a tiempo para generar un cambio significativo no sólo en el mundo y en el futuro de la humanidad, sino también en cada una de las personas que nos rodea, empezando siempre por nosotros mismos.

Por eso, aunque a algunos les moleste, es fundamental continuar educando en formación cívica, democrática y nunca dejar de insistir en el conocimiento de la historia de las injusticias que padecieron distintos grupos o personas que se animaron y rompieron el molde desafiando formatos, así como también se enseña sobre matemáticas o lengua. De nuevo, tal vez muchas de esas cosas el lector las sabe, pero siempre es importante tenerlas a la mano y mantenerlas vigentes, porque la historia no cambia, pero las generaciones nuevas se olvidan de ella, así como lo hacen de las ideas que nuestras generaciones dan por sentadas. Habrá que estudiar más historia para entender que los tiempos antiguos no siempre fueron tan idílicos como imaginamos y hacerlo todo para que esos prejuicios, abusos y atropellos no se vuelvan a repetir. Siempre estamos a una generación de olvidar los logros de la anterior.

De las ideologías, el fascismo es la más relevante de identificar, porque está presente en la actualidad bajo la reivindicación de la obsesiva «masculinidad política» y el nacionalismo de la nueva derecha. A pesar del debate acerca del apelativo que le cabe a estos movimientos, si son o no un fascismo y nada más, lo importante es capturar la esencia de sus entendimientos, de sus engaños diría yo, y prevenirse contra su reaparición bajo una capa de maquillaje diferente.

Siglo tras siglo las cosas cambian: las modas referidas a vestimentas, pero también las modas referidas a la moral y al trato hacia las demás personas. Ya no nos reímos de los mismos chistes, ya no nos burlamos de las personas como lo hacíamos unas décadas atrás, aprendimos a aceptar la diversidad y la pluralidad en las formas de vida, dejamos de usar palabras despectivas para referirnos a las personas (ver alguna serie o película de diez años atrás nos muestra cómo hemos hecho a un lado comentarios que no nos dábamos cuenta de que podían herir a las demás personas, así como el uso de adjetivos del estilo de «gordo», «maricón», «puto», «retrasado» o «negro»). Pero esto requiere esfuerzo incluso después de visibilizarlo, y es el hecho de mantenerlo en el tiempo.

Con el cambio cultural, el humor ha cambiado y esto para mucha gente es difícil de comprender y de asimilar, porque tal vez ninguno de ellos ha sido la persona con sobrepeso, el homosexual, la persona con lentes o la persona negra que era el material para sus burlas.

Pensemos por ejemplo en el caso de la discapacidad. Históricamente, las personas con discapacidad han recibido tratos horrendos y han sido víctimas de prejuicios arraigados en la sociedad, hasta que poco a poco nos hemos ido deshaciendo de los prejuicios, el maltrato y la discriminación.

En los siglos XIX y XX, en países como Inglaterra y Estados Unidos, las personas con discapacidad fueron sometidas a un trato despiadado. Incluso los llamados «manicomios» fueron convertidos en lugares de espectáculos para el público, donde se permitía que la gente pagara, mirara y se burlara de quienes estaban internados. Algunos «médicos» pretendían solventar el «problema» de la discapacidad a través de la llamada eugenesia, que buscaba eliminar las discapacidades mediante la esterilización forzosa. En 1929, veintitrés estados de Estados Unidos habían legalizado la esterilización eugenésica de las personas denominadas «deficientes mentales», ley que estuvo vigente hasta la década de 1970. En la Alemania nazi se aplicó una política de eugenesia que pretendía promover una supuesta «higiene racial»: más de 400.000 individuos fueron sometidos a esterilización contra su voluntad, y aproximadamente 300.000 fueron asesinados por ser considerados

«ineptos». Todas aquellas medidas fueron impulsadas por ideologías y teorías que les daban una especie de «sustento».

Todos estos aspectos nos enseñan que la diversidad es una parte esencial de la libertad y que se puede comparar con un proceso de aprendizaje constante. Incluso las empresas han descubierto que fomentar la diversidad no sólo es ético, sino que también mejora considerablemente el rendimiento organizacional. El mercado, como facilitador, ha tenido un impacto significativo en la promoción de la diversidad y la importancia de la inclusión, actuando como un motor en la evolución de la moral.

Netflix o Disney, por ejemplo, dan gran importancia a la diversidad, en buena parte porque refleja lo que la audiencia realmente consume. No es que la gente elija ver historias LGTBI+ sólo porque todos sean parte de esa comunidad, sino porque reconocen que esas historias son una representación integral de la vida. Por ejemplo, al ver películas de princesas, no todos los espectadores son príncipes, pero disfrutan de esas historias porque forman parte de la experiencia humana universal. La reinterpretación de personajes como la Sirenita en la última versión de Disney, en la que ya no es blanca y pelirroja, ofrece perspectivas más amplias, mostrando que el arte tiene el poder de desafiar y expandir nuestras percepciones.

Cuando se critica la representación de una actriz negra, por ejemplo, personificando a la reina Isabel I, nos toca considerar la idea de que se trata de un sentido artístico. Si la representación visual causa molestia y parece una «tergiversación aberrante», la pregunta debe ser la siguiente: ¿desde qué posición molesta? Las críticas suelen provenir de aquellos que se consideran guardianes de la historia. Mostrar a la reina interpretada por una actriz negra no pretende que pienses que era negra, sino que, mediante esa vuelta artística intencionada, te sitúa ante esa idea para ver cómo te influye. Se trata de un surrealismo mediante el cual se muestra todo eso que uno no ve y cómo podría molestarte, y de hecho, los casos en que un blanco ha interpretado a un negro no generaron ni escándalo ni ruido. Otro ejemplo lo tenemos en el mismo Jesús, representado como blanco, rubio y de ojos azules.

Entonces, la pregunta puede ser la siguiente: ¿qué consecuencia política tiene sobre nuestro derecho o libertad que una película no siga la historia al pie de la letra y la cambie? Quien la politiza es porque su visión política es racista, reconocida o no, pues la visión no contempla el hecho artístico, sino el racismo.

Antes del siglo XVIII, varios pensadores respaldaban la esclavitud como una «institución natural beneficiosa para ciertos individuos». Aristóteles, por ejemplo, abrazaba esta nociva perspectiva al argumentar que hay individuos que están naturalmente destinados a ser esclavos debido a lo que él percibe como falta de capacidad para la deliberación racional, y por eso defendía la esclavitud, que era una práctica aceptada en Grecia.

Algunos pensadores cristianos y musulmanes la apoyaban por motivos religiosos, mientras que otros la contemplaban con pesar e intentaban limitar su alcance. Bajo el sistema esclavista, una persona poseía completamente a otra: controlaba su cuerpo, la utilizaba, la vendía o disponía de la persona esclavizada como si fuera un bien mueble. Además, el estatus de este «bien humano» surgía de manera involuntaria y sólo podía cesar a voluntad del amo. En contraste, una persona libre era dueña de sí misma.

Por su parte, la esclavitud estuvo presente de manera constante en las sociedades humanas desde los primeros tiempos de la agricultura hasta prácticamente su declive entre 1770 y 1880. Su eventual desaparición marcó uno de los cambios más notables con la llegada de la era moderna. Pero el fin de la esclavitud no significó el fin del racismo.

La obra *La cabaña del tío Tom*, de la escritora estadounidense Harriet Beecher Stowe, contribuyó a formar una opinión pública contraria a la esclavitud. Esta novela antiesclavista, publicada en 1852, tuvo un enorme impacto en la opinión pública y colaboró a intensificar el sentimiento en contra de la esclavitud en el país: el libro representa historias de esclavos y sus experiencias personales bajo la cruenta institución de la esclavitud, y pone de manifiesto lo inhumano y brutal del sistema. A través de la obra y sus personajes, la autora buscó provocar la empatía de la sociedad y generar conciencia sobre los horrores de la esclavitud, intentando que

uno se ponga en los zapatos del personaje de la obra. La literatura y la imprenta fueron convirtiéndose así en otros grandes liberadores de la humanidad.

En una sociedad como la estadounidense, la concepción del racismo es una consecuencia de la propia esclavitud, es una forma de mantener ese orden más allá de la esclavitud. De hecho, la esclavitud no se mantiene a través de la fuerza física solamente: los azotes y los latigazos son la respuesta cuando se cuestiona el método de domesticación. A pesar de que la esclavitud fue legalmente abolida, emergió una segregación implacable que persistió durante cien años y hoy el racismo sigue siendo una de sus secuelas. Una nueva forma de racismo es negar que éste existe.

En 1948, Harry Truman puso fin a la segregación racial en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Posteriormente, en 1954, la Corte Suprema emitió un histórico fallo en el caso *Brown v. el Consejo de Educación*, que argumentaba que las escuelas que continuaban con la doctrina de «separados pero iguales» eran intrínsecamente desiguales y que la segregación en las instituciones educativas era inconstitucional, por lo que quedaba prohibida legalmente. A pesar de esto, la situación seguía sin resolverse. Siempre invito a ver la fotografía de Dorothy Counts, la cual captura un momento impactante en la historia de la segregación racial en Estados Unidos. Esta imagen, tomada en 1957, muestra a Dorothy, una adolescente afroamericana, caminando hacia la Escuela Secundaria Harry Harding en Charlotte, Carolina del Norte, rodeada por una multitud de estudiantes blancos que la miran con hostilidad. Algunos de estos estudiantes se burlan de ella, haciendo gestos obscenos y lanzando objetos mientras camina hacia la escuela. Esta fotografía capturó la crueldad y la injusticia que Dorothy y otros estudiantes enfrentaron simplemente por tratar de ejercer su derecho a recibir una educación en escuelas públicas anteriormente reservadas sólo para estudiantes blancos. A pesar de las dificultades y la hostilidad que enfrentó ese día y en los siguientes, Dorothy Counts se mantuvo firme en su determinación y valentía, convirtiéndose en un símbolo de resistencia y dignidad en la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos.

Lyndon Johnson promulgó la Ley de Derechos Civiles de 1964, la cual prohibía la discriminación en lugares públicos, garantizaba que las personas negras tuvieran la posibilidad de recibir una educación adecuada y facilitó su participación en el proceso democrático, promoviendo, por ejemplo, el acceso al voto.

Durante la presidencia de Richard Nixon en la década de 1970, se revelaron grabaciones y anotaciones que indicaban la existencia de actitudes racistas del presidente. Nixon implementó la llamada «estrategia sureña» para ganar apoyo en el sur, a menudo capitalizando las preocupaciones de los votantes blancos sobre los derechos civiles. En algunas conversaciones, Nixon expresó su preocupación por la proporción de nacimientos «entre blancos y negros», y el aumento de los abortos entre mujeres blancas. La historiadora Elizabeth Hinton lo explica bien en su libro *From the war on poverty to the war on crime: The making of mass incarceration in America* (2016).

Pero temas como éste seguramente nos hacen pensar en un lema puntual que ha generado controversia estos últimos años: «Black Lives Matter» (BLM), que surgió en 2013 tras la absolución de George Zimmerman en el caso del asesinato de Trayvon Martin en 2012 y ganó visibilidad en 2014, después de la muerte de Michael Brown en Misuri y la decisión del jurado de no presentar cargos contra el oficial de policía Darren Wilson.

Los que apoyan el BLM, al menos la esencia de su lema, sostienen que el movimiento representa un llamado urgente a la comprensión y la transformación de este contexto pernicioso. El eslogan no dice que «sólo importan las vidas de los ciudadanos negros». De hecho, ni siquiera tiene como meta menospreciar el valor de la vida de los blancos estadounidenses, sino visibilizar las vidas de las personas negras y hacer notar que no se ha respetado a todas las personas por igual desde instituciones públicas como la policía.

Actualmente, la sucesión de asesinatos de personas negras a manos de la policía en Estados Unidos, como el caso de George Floyd el 25 de mayo de 2020, un hombre negro de cuarenta y seis años que murió después de que un policía blanco mantuviera la rodilla en su cuello

durante unos agonizantes diez minutos, evidencia de manera contundente el camino que queda por recorrer en términos de discriminación y el trato diferente por parte de la policía hacia las personas negras, que no se queda solamente en un caso entre muchos.

Todos estos temas pueden llevarnos a profundizar un poco más sobre lo ignorante y absurdo que es el racismo. Comprender cómo funciona la variación en los tonos de piel es uno de los mejores argumentos para rebatir la ignorancia de los racistas.

Los diferentes tonos de piel son un simple rasgo que se debe a la distribución del pigmento de melanina: la piel más oscura protege de la radiación ultravioleta, un problema relevante en África, y la piel más clara sintetiza la vitamina D en ausencia de una fuerte luz del sol, justo lo necesario para vivir en el norte de Europa. La diversidad de pigmentación cutánea no sólo refleja adaptaciones evolutivas a condiciones ambientales específicas, sino que también revela la riqueza y complejidad de la herencia genética humana. Ser racista es ser ignorante y demuestra una falta de aprecio por la diversidad inherente a la especie humana, la vida y la riqueza que aporta a nuestra sociedad.

El racismo, en términos generales, se refiere a una actitud que separa y considera diferentes a los propios y ajenos, hasta el punto de verlos como seres amenazadores. Puede conducir a prácticas discriminatorias o incluso a la expulsión o exterminio de ciertos grupos basándose en ideas «científicas», religiosas, leyendas o sentimientos tradicionales. En un sentido más específico, el racista sostiene la determinación biológica hereditaria de las capacidades intelectuales y morales, así como la división de los grupos humanos en razas, diferenciadas por características físicas asociadas a las intelectuales y morales, consideradas inmutables. Este tipo de racismo, ejemplificado por el nazismo, pero bajo muchos otros fascismos, defiende la superioridad de ciertas «razas» y justifica la imposición de las consideradas superiores sobre las inferiores basándose en la pureza racial.

En *La virtud del egoísmo* (1964), Ayn Rand explica que el racismo es la forma más baja y primitiva del colectivismo. Es la idea de atribuir significado moral, social o político a la ascendencia genética de un

individuo, la noción de que las características intelectuales y de carácter de una persona son producidas y transmitidas por la química interna de su cuerpo. Esto significa, en la práctica, que un ser humano debe ser juzgado no por su propio carácter y acciones, sino por los caracteres y acciones de un colectivo de ancestros. El racismo sostiene que el contenido de la mente de un ser humano (no su aparato cognitivo, sino su contenido) es heredado, que las convicciones, los valores y el carácter de una persona están determinados antes de que nazca por factores físicos más allá de su control. Ésta es la versión cavernícola de la doctrina de ideas innatas, o del conocimiento heredado, que ha sido refutada por la filosofía y la ciencia. El racismo es una doctrina de, por y para bestias. Es una versión del colectivismo propia de un corral o una granja, apropiada para una mentalidad que diferencia entre diversas razas de animales, pero no entre animales y hombres. Como toda forma de determinismo, el racismo invalida el atributo específico que distingue al ser humano de todas las demás especies vivientes: su facultad racional. El racismo niega dos aspectos de la vida de una persona: la razón y la elección, o la mente y la moralidad, reemplazándolos con la predestinación química.

Mientras tanto, en varios estados norteamericanos, especialmente en el sur del país, recientemente se han promulgado leyes que prohíben la discusión en las aulas sobre temas relacionados con la teoría crítica de la raza, una idea y área de estudio que ha existido durante décadas y busca comprender y abordar el racismo en el país. No obstante, sus detractores la han politizado y atacado como una ideología marxista que estaría amenazando el estilo de vida estadounidense.

La idea central de esta teoría es el reconocimiento del racismo sistémico en la sociedad estadounidense y desafía las creencias que permiten su persistencia. Según Kimberlé Crenshaw, una de las fundadoras de la teoría y profesora de derecho en la UCLA y la Universidad de Columbia, esta teoría no sólo analiza cómo las leyes y sistemas generan desigualdad de trato entre las personas blancas y negras, sino que también se adentra en el papel de la ley a la hora de perpetuar prácticas excluyentes. La teoría crítica de la raza, inspirada en

pensadores como W. W. B. Du Bois o Fannie Lou Hammer, surgió en la década de 1970, originada al notar un estancamiento en el progreso del tema después del avance en los derechos civiles de la década de 1960. Es lo que plantea el libro *Critical race theory: An introduction* (2017), de Stefancic y Delgado, que además sostiene que «las nociones de la raza no corresponden a ninguna realidad biológica o genética», sino que más bien «las razas son categorías que la sociedad inventa, manipula o retira cuando es conveniente».

En estos últimos años, muchos estadounidenses han pedido que se empiecen a incluir estudios sobre racismo a través de la educación, promoviendo iniciativas como el Proyecto 1619 de *The New York Times* en las escuelas. Donald Trump se opuso y prohibió cursos vinculados a la teoría crítica de la raza en agencias federales, calificándolos como «propaganda antiestadounidense»: «Los estudiantes de nuestras universidades están inundados de teoría crítica de la raza. Ésta es una doctrina marxista que sostiene que Estados Unidos es una nación malvada y racista, que incluso los niños pequeños son cómplices de la opresión y que toda nuestra sociedad debe transformarse radicalmente», manifestó el expresidente.

Pero Crenshaw explica que éstas son creaciones de fantasmas y que el mero reconocimiento de la historia del racismo en la nación ha sido reducido durante largo tiempo a algo antipatriótico y antiestadounidense. La académica lo plantea de la siguiente forma: «Es un enfoque para lidiar con una historia de supremacismo blanco que rechaza la creencia de que lo que está en el pasado se queda en el pasado, y que las leyes y los sistemas que surgen de ese pasado están separados de él».

La llamada teoría crítica de la raza no afirma en sí misma un catálogo de cuestionamientos. Simplemente mira más allá de lo literal, para buscar formas de racismo que no son verbalizadas. Por eso no se la puede descartar como tal. No hay nada cuestionable en ese mirar más allá, salvo para los que sean conscientes de que más allá hay algo que no es conveniente ver y que quieren proteger. Pero la teoría o perspectiva no puede resultar exagerada, no es exagerado mirar más allá.

Los teóricos críticos sostienen que el racismo es una vivencia diaria para la mayoría de las personas negras y argumentan que una parte de la sociedad no muestra interés en erradicarlo. Estos estudios han cogido fuerza en estos años, principalmente después de los asesinatos de George Floyd y Breonna Taylor. A pesar de la actitud más receptiva del presidente Joe Biden, sigue habiendo controversia sobre la inclusión de esta teoría en instituciones educativas y programas gubernamentales.

En 2021, el gobernador de Florida Ron DeSantis presentó su propuesta de ley para que los padres demanden a las escuelas que enseñen la teoría crítica de la raza, algo que también se ha dado por parte de legisladores y movimientos en Tennessee, Idaho y Texas. En este último estado, algunos movimientos liderados por padres se oponen a los esfuerzos de distritos escolares para abordar el racismo con lecciones de «conciencia cultural». Porque estudiar el racismo en la historia significa tener que cambiar en el presente también. Hay un racismo banal, por llamarlo de alguna manera, que está constituido por la indiferencia. La homofobia y el racismo producen jerarquías sociales y para mucha gente esas jerarquías, por más que no las promueven y se quieran ver a sí mismas como abiertas y respetuosas, les quedan cómodas. Así es como estas acciones no encuentran resistencia suficiente.

Las leyes que prohíben la enseñanza de determinados temas limitan la capacidad de abordar dentro del aula cuestiones críticas sobre la discriminación racial y la historia de la esclavitud, ignorando y negando cualquier aspecto negativo de la historia del país. Esto implica minimizar o ignorar episodios históricos controvertidos para construir una imagen plenamente positiva y unificada de una identidad nacional.

Matthew Stuart, un profesor de historia en Misisipi, señala que dedicar poco tiempo a una era que continúa creando discordia es una oportunidad perdida de aprendizaje y reflexión, y que «prácticamente saltamos de la guerra civil a la era de los derechos civiles, y miramos a sus héroes como Martin Luther King Jr., y nos sentimos bien por lo lejos que hemos llegado, pero esos ochenta años son los que hicieron posible la era de los derechos civiles», sumado a que «es la vida entera de una

generación» y que «sólo porque sea incómodo no significa que no debamos abordarlo».

De hecho, en la actualidad, los círculos de tendencia fascista a menudo señalan a los profesores universitarios que consideran «demasiado politizados», especialmente aquellos con inclinaciones progresistas, como blanco de sus críticas. Esta tendencia se observa globalmente, y las especialidades académicas centradas en estudios de género, por ejemplo, suelen estar bajo constante sospecha para la derecha política en todo el mundo. Esta táctica es un recurso utilizado por los propagadores históricos del fascismo de siglos pasados, que buscan desacreditar y deslegitimar instituciones académicas que promueven pensamientos críticos y discusiones diversificadas que ponen a tambalear la moral de la década de 1950. Un dato a tener en cuenta es que durante la era nazi, el feminismo fue vilipendiado como una supuesta conspiración judía diseñada para socavar la fertilidad de las mujeres arias. Es sólo un ejemplo de muchos.

Paralelamente se está llevando a cabo la retirada de monumentos que conmemoran a confederados, levantados mucho tiempo después de que acabara la guerra de secesión y como parte de una interpretación que idealizaba el nostálgico pasado heroico sureño repleto de esclavitud y abuso. Estos acontecimientos reflejan tensiones en torno a cómo abordamos y enseñamos la historia, la esclavitud y el racismo en Estados Unidos. Cuestionar cierto anacronismo no nos debe hacer olvidar que estas reacciones representan algo que ocurre en la actualidad, más que acontecimientos del pasado, y que éstas son formas de expresarlo.

Resulta impensable que a estas alturas existan tantos partidarios confederados y que de hecho hayan encontrado un lugar en la política para presentar, imponer y canalizar su mensaje. Trump ha normalizado el lenguaje racista y violento, y una vez que se normaliza el lenguaje racista contra un grupo, se normaliza el comportamiento racista contra todos (no es que Trump haya hecho que Estados Unidos sea racista, sino que hizo que los racistas se sintieran lo suficientemente cómodos como para mostrar su cara en público).

Estos militantes que levantan las banderas confederadas se encuentran en los mítines del Partido Republicano, pero también en otros partidos estadounidenses, como el Partido Libertario, identificado por la ya mencionada bandera de Gadsden, compuesto por un sinfín de declarados anarcocapitalistas y paleolibertarios. Estas dos banderas entraron de la mano de los militantes trumpistas que asaltaron el Capitolio de Estados Unidos el 6 de enero de 2021, marcando un antes y un después en la historia estadounidense. Este acontecimiento se conecta con la propagación de discursos de odio de unos militantes «machos alfa», presentando una espectacularización grotesca de la masculinidad violenta.

Actualmente hay un aumento de políticos que sienten que son, juegan a ser o quieren ser machos alfa. Sostienen que hay una crisis de la masculinidad que hay que revertir (que en realidad no es más que una crisis del machismo). En su mayoría, estos personajes se ubican en la ola de la nueva derecha (incluyendo todas las ramas que ya sabemos) y se muestran obsesivamente preocupados por esa crisis o pérdida de la masculinidad, justamente porque la sociedad evoluciona y el modelo masculino de imposición y superioridad pierde fuerza y sentido para las nuevas generaciones que han sido capaces de abrazar la empatía y ver el mundo de otra forma, y no como una batalla campal. Claramente, una parte de la homofobia que emanan está vinculada a la enorme falta de seguridad en su propia construcción de la «masculinidad» con la que han crecido y que han ganado reprimiendo cualquier impulso femenino. Estos personajes aman darse golpes en el pecho y gritar al mundo lo viriles que son, al fiel estilo de Santiago Abascal o Vladímir Putin.

De esta manera, los hombres se ven constantemente presionados a demostrar que no son homosexuales y que no tienen interés en relaciones sexuales con otros hombres. Autores como Michael Kimmel establecen una conexión directa entre la construcción de la norma masculina y la homofobia, dado que la homosexualidad es retratada como algo femenino y degradante. Un ejemplo de esto es que cualquier hombre puede ser etiquetado como «maricón» de manera despectiva. Triviño (2021) plantea que «el grupo de pares también lleva a cabo una

especie de "sanción normalizadora" tomando este concepto de Foucault, porque cuando un hombre no cumple con los mandatos de la masculinidad es habitual que se le feminice y sea representado como desviado de la norma masculina. La masculinidad es presentada como una continua representación pública a ser evaluada por los demás».

La autora sugiere que la masculinidad es una construcción cultural y social, y que el género es un cúmulo de mandatos socializadores que crecen en el interior de entramados institucionales, que son encarnados en lo que conocemos como feminidad y masculinidad normativas (nuestra sociedad está configurada en términos binarios en lo que respecta al género). La masculinidad, explica, no es más que una ficción antigua, una narrativa cultural, histórica, que ha ido cambiando y transformándose a lo largo de los siglos, pero que ha continuado con la construcción de un relato hegemónico. Un detalle interesante que remarca la autora es que la masculinidad no está en el terreno del «ser», sino en el espacio del reconocimiento, en la necesidad permanente de demostrar que se es un «hombre» en un proceso de encarnación de los mandatos y pruebas de masculinidad permanentes.

De este modo, la masculinidad se traduce en un estatus, en una construcción que está permanentemente puesta a prueba, en una evaluación constante: a los hombres se les hace afirmar de manera sistemática que son hombres, pues cualquier quiebre en demostrar esa masculinidad puede traducirse en una mancha en la proyección de la hombría que recibe del resto de los hombres y hacerle perder su estatus de masculinidad. La masculinidad hegemónica, dice la autora, es una instancia de reconocimiento que necesita la confirmación continua por parte del grupo de iguales masculinos, y toma forma a través de comportamientos, actitudes y formas de relacionarse.

Triviño explica que «en la construcción cultural patriarcal, la mujer es definida en torno a sus relaciones con otros: madre, esposa, prostituta, etcétera. Pero el hombre aparece en mayor medida como un sujeto autónomo y los roles relacionales a los que se adscribe, padre o marido, no son elementos definitorios de su identidad como se espera que sí lo sean de la femenina». Otro punto importante que destacar es la

enseñanza de la asimetría de género, donde el niño aprende que no es niña y adopta actitudes, maneras y comportamientos que son diferentes a los de las niñas. Quizá ya no tanto como antes, pero todavía se siguen escuchando comentarios del estilo «sé un hombre», «los hombres no lloran» o «no hagas eso porque es de niñas». A través de este proceso, a los que llaman «hombres de verdad» se les permite tener algunas emociones específicas, como la rabia o el enojo. En la familia es donde generalmente los roles sociales se empiezan a manifestar, se aprueban, se desaprueban y, dependiendo de la familia, se somete a los niños bajo mandatos sociales o se los deja ser libres de elegir su propio camino.

9

Nacionalismo

El nacionalismo es una ideología que plantea el «somos» por encima del «soy», una religión de la nación, del Estado, que concede una suprema importancia a la identidad nacional, la lealtad y la patria. Es el gran causante de las guerras y, junto al fanatismo religioso, es la lucha interna por la purificación.

Esta ideología plantea una adoración al estado-nación e implica un arraigado sentido de pertenencia compartido por un grupo, fundamentado en aspectos como la etnia, la religión, las prácticas culturales, la historia o la lengua. Este vínculo genera una fuerte identificación entre los individuos que se reconocen como parte de la misma comunidad, movilizando las emociones más tribales y primitivas del ser humano.

Esta ideología permea diversos aspectos de la vida diaria, desde la educación hasta la música y las banderas. Los nacionalistas buscan controlar el Estado, considerándolo la vía para obtener recursos y alcanzar las metas nacionalistas. Constituye el apoyo y la lealtad a la nación, y es una de las ideas políticas que más ha marcado y definido los últimos dos siglos. El nacionalismo es un colectivismo asfixiante que requiere un permanente culto al poder nacional, a la nación, la cual es algo más que las fronteras que nacen con la Paz de Westfalia o los Estados que se cimentan en un territorio y debilitan el orden feudal (es decir, que el nacionalismo surge de algún modo cuando se convierte en una justificación en contra de las aspiraciones individuales y la diversidad de opiniones, las cuales son percibidas como traición al todo y ni siquiera es un resultado o producto directo de la Paz de Westfalia).

Karl Popper caracterizó el nacionalismo como «un enemigo mortal de la cultura de la libertad». Jorge Luis Borges llegó a decir que «el nacionalismo sólo permite afirmaciones y toda doctrina que descarte la duda, la negación», y agregó que «es una forma de fanatismo y estupidez». Por otro lado, Mario Vargas Llosa (2018) lo describió de esta forma:

> El espíritu tribal es fuente del nacionalismo, causante, con el fanatismo religioso, de las mayores matanzas de la historia de la humanidad. En los países civilizados, como, por ejemplo, el Reino Unido, el llamado de la tribu se manifestaba en los grandes espectáculos o partidos o conciertos que daban al aire libre los Beatles o los Rolling Stones, en los que el individuo desaparece tragado por la masa, una escapatoria momentánea, sana. Pero en ciertos países, esa llamada de la tribu había ido reapareciendo en terribles líderes carismáticos.

Históricamente ha sido un fundamento de conflictos internos e internacionales, configurando naciones, desmembrando imperios, remodelando el mapa mundial y desencadenando guerras. Fundamentado en la creencia de la división natural de la humanidad en naciones, el nacionalismo abraza la noción de que el estado-nación es la unidad política más adecuada y legítima, y la eleva por encima de todo. Pero el nacionalismo va más allá de simplemente apoyar la existencia de un Estado nacional por razones prácticas, también implica llegar al extremo de identificar a los traidores como un componente esencial para forjar la lealtad y se convierte en una expresión de resentimiento colectivo que se invoca en momentos de desgracia, frustración económica y hostilidad entre los partidos políticos. Es una lucha por la purificación y se asemeja al socialismo en el sentido de que implica una planificación centralizada de la sociedad.

El nacionalismo, que surge en Europa a principios del siglo XIX como respuesta a las aspiraciones de apertura del liberalismo, se define como la creencia de que la humanidad se divide naturalmente en naciones, cada una con sus características, y que mantenerlas aisladas es la mejor opción. En el nacionalismo, la nación se mistifica y se adora como un ídolo. Para sus partidarios, cada nación tenía su historia personal y sus

tradiciones culturales, y éstas tenían que preservarse frente a un modelo liberal que sólo reconocía a las personas como individuos abstractos. Uno de sus lados más oscuros emerge al enfatizar la unidad racial, lo que propicia el racismo, la xenofobia y el rechazo hacia personas de otras naciones. Este fervor nacional puede y ha desembocado en movimientos extremistas como el fascismo y el nazismo, donde una ideología se va nutriendo de la otra.

El nacionalismo persiste en el siglo XXI, a veces vinculado a la religión a partir de líderes que buscan influir en las políticas de sus países a través de principios religiosos y adoran al Estado. Para los nacionalistas, la globalización, el multiculturalismo y la modernización son amenazas a las prácticas culturales que ellos defienden y además «imponen» modelos culturales diferentes, que originan «choques» de culturas.

Los regímenes autoritarios utilizan la nación como un concepto abstracto al cual se espera que sacrifiquemos nuestros intereses. El nacionalismo, promovido desde la infancia, genera una lealtad a un estado-nación hostil. Esta ideología, al apelar a sentimientos tribales, dificulta distinguir entre las izquierdas y las derechas populistas. El nacionalismo es un sometimiento a un abstracto y su tema central es la soberanía, pero la globalización de las últimas décadas ha demostrado que la real fortaleza de los países radica en la cooperación comercial, en lugar de en la expansión territorial: el nacionalismo se encuentra desafiado por la realidad de los últimos cuarenta años.

Sigue resultando curioso el auge de los movimientos y políticos nacionalistas y xenófobos en países como Estados Unidos, donde siempre vale la pena recordar las palabras de algunos de sus padres fundadores respecto a la inmigración.

Pero antes veamos algunas de las frases de sus principales padres destructores, como es el caso de Donald Trump, quien ha atacado de manera abierta a los inmigrantes y se ha coronado como uno de los personajes más xenófobos de este último tiempo. En 2015 comenzó diciendo «no quiero nada con México más que construir un muro impenetrable», cancelando a los mexicanos. En su discurso de candidatura de las primarias agregó que «cuando México nos manda

gente, no nos manda a los mejores. Nos manda gente con un montón de problemas, que nos traen drogas, crimen, violadores». Recientemente, en diciembre de 2023, en un mitin electoral en New Hampshire, hizo el siguiente comentario:

> No tenemos ni idea de quiénes son. Vienen de África, vienen de Asia, vienen de Sudamérica, pero no sólo del Sur, están por todo el mundo. Están arruinando nuestro país. Y es cierto que están destruyendo la sangre de nuestro país, eso es lo que están haciendo. Están destruyendo nuestro país. No les gusta cuando digo eso, y nunca leí *Mein Kampf*. Dicen «Oh, Hitler dijo eso de una manera muy diferente». Están vaciando los manicomios de todo el mundo. ¿Por qué no hacerlo? Yo lo haría si fuera candidato en Guatemala, El Salvador, Honduras, México. Están vaciando sus cárceles en nuestro país. Hay niños que van a la escuela y hablan idiomas que nadie conoce.

Los problemas de Trump, y los de la derecha que representa dentro y fuera de Estados Unidos, no son estrictamente sobre inmigrantes. Él es descendiente de inmigrantes, su esposa es inmigrante. Se trata en realidad de racismo. Su odio se deposita en un tipo de gente que viene de fuera, que a su juicio trae «idiomas» y «colores» extraños a la población. Es un tipo racial al que le atribuye todos los males del país.

Pero ahora sí, regresando a las palabras de los padres fundadores, al finalizar la guerra en 1783, George Washington sostuvo, en sus famosas *Órdenes generales al ejército continental*, que «las puertas de Estados Unidos están abiertas para recibir no sólo al extranjero opulento y respetable, sino también al oprimido y al perseguido de todas las naciones y religiones». Thomas Jefferson expresó que «es un derecho que la naturaleza ha otorgado a todos los hombres salir del país en el que el azar, no la elección, los ha colocado e ir en busca de otros lares en los que establecer nuevas sociedades». En 1781 agregó que «ha sido la política sabia de estos estados extender la protección de sus leyes a todos aquellos que se establecieran entre ellos, cualquiera que fuera su nación o religión, y admitirlos a participar de los beneficios de la libertad civil y religiosa». James Wilson y James Madison también expresaron pensamientos y opiniones similares.

Los padres fundadores establecieron una Constitución que, según Madison, y también la mayoría del resto, limitaba el poder del gobierno federal que buscara excluir a los inmigrantes. Sin embargo, las Leyes de Extranjería y Sedición propuestas en 1798 por el Partido Federalista, y firmadas por el presidente John Adams, hicieron más difícil que los inmigrantes se convirtieran en ciudadanos, porque aumentaron los requisitos de residencia de cinco a catorce años y permitieron que aquellos que eran considerados «peligrosos» fueran encarcelados o deportados. Estas leyes eran cuatro disposiciones legislativas: la Ley de Naturalización, la Ley de Amigos Extranjeros, la Ley de Enemigos Extranjeros y la Ley de Sedición. Otorgaban al presidente amplios poderes para deportar a inmigrantes «peligrosos» para la paz y la seguridad de Estados Unidos. Jefferson y Madison denunciaron estas leyes como injustas e inconstitucionales. Gracias a su resistencia y la de sus aliados, el gobierno federal no deportó a nadie. Cuando Jefferson asumió la presidencia en 1800 dejó expirar la Ley de Extranjería e inició una política de inmigración más libre.

En temas como la esclavitud, los fundadores no aplicaron plenamente sus principios en inmigración. Las leyes de 1790 excluyeron a inmigrantes negros de la ciudadanía hasta 1870, y las restricciones raciales persistieron en la naturalización hasta 1952. Frederick Douglass, influyente abolicionista, comparó las restricciones a la inmigración con la discriminación racial y abogó por una nación abierta a personas de todas las culturas, colores de piel y religiones. El presidente Abraham Lincoln, cuya elección a la presidencia llevó a los estados esclavistas del sur a romper la unión y formar la confederación, que desembocó en una guerra civil que ganaron los unionistas tras la decisiva batalla de Gettysburg, fue un firme defensor de la inmigración abierta y también dejó expuesta la relación entre la Declaración de Independencia y los derechos de los inmigrantes.

Vale la pena señalar que en el pedestal de la Estatua de la Libertad se encuentra el poema *El nuevo coloso*, escrito por Emma Lazarus, que dice lo siguiente: «Dame a las personas cansadas, los pobres, las masas que anhelan respirar en libertad, envía a los despreciados de tus orillas

congestionadas, envía a éstos, los sin hogar, los tempestuosos, hacia mí, levanto mi lámpara junto a la puerta dorada». Hay una enorme sabiduría en esa declaración: que las personas en una sociedad libre son valiosas para el intercambio, que el mercado tiene un lugar para todas ellas y que la inmigración es la incorporación de un recurso a una economía, es un medio para hacerla más grande. No es un acto de misericordia lo que está representado en esas palabras, aunque también lo es, sino la comprensión sobre el valor de la colaboración humana, sin fronteras físicas ni mentales. La gente que es descartada por sistemas jerárquicos, fascistas, racistas, oligárquicos, es gente valiosa para el sistema de vida que representa la sociedad libre.

Thomas Jefferson, George Washington y la Estatua de la Libertad, frente a un par de caudillos que se golpean el pecho y se presentan como machos alfa con «sangre pura», contradicen los argumentos de aquellos que rechazan la libertad migratoria, e incluso de los que plantean que solamente deberían entrar en el país personas «cualificadas», estableciendo categorías de personas y adjudicándose la autoridad de decidir quién sí y quién no. El venezolano Carlos Ball (2002) planteó lo siguiente:

> Muchos de mis compatriotas argumentaban, al menos en privado, que la inmigración europea era «buena», pero no la proveniente de Colombia, Perú, Chile, América Central o del Caribe. Tal premisa no resiste el más somero análisis. Difícilmente se puede concebir una inmigración de gente más pobre y menos educada que los chinos que emigraron masivamente a Hong Kong en los años cincuenta y sesenta. Sin embargo, esa gente logró en apenas una generación transformar una roca con una superficie de 1.092 kilómetros cuadrados y sin más riquezas naturales que un puerto en la economía de mayor crecimiento en la historia de la humanidad, cuyo producto interno bruto en el año 2001 alcanzó 164.000 millones de dólares (comparado con los 71.000 millones en Venezuela) y un ingreso per cápita de 23.997 dólares anuales (comparado con los 3.213 dólares para los venezolanos). La inmigración de gente que quiere trabajar y busca un mejor futuro para su familia no puede ser otra cosa que una inmigración buena para cualquier país. Sólo las malas leyes del país anfitrión pueden convertir la inmigración en algo negativo [...]. Los conservadores no parecen darse cuenta de lo ilógico que resulta tratar de defender el libre flujo de

> capitales, bienes y servicios, pero no de la mano de obra. ¿Por qué es bueno el dólar que huyó de Chávez y se deposita en una cuenta bancaria en Miami, pero no los conocimientos de un joven venezolano que quiere venir a trabajar a Estados Unidos y las autoridades le hacen virtualmente imposible que pueda hacerlo legalmente?

Es sencillo, la migración, entre otras cosas, es el desplazamiento de personas de un país a otro en busca de mejores condiciones económicas, la reunificación familiar o para escapar de peligros en sus lugares de origen. Los defensores argumentan que beneficia a migrantes y nativos al estimular la economía, emprender negocios, innovar con ideas y productos, ocupar empleos que los locales no quieren y enriquecer la cultura al diversificar el arte, las tradiciones, la gastronomía y mucho más, sumado a que la mayoría de los inmigrantes y sus hijos se integran exitosamente, aprendiendo el idioma y adoptando los valores cívicos; mientras que los detractores sostienen que compite con el empleo de los trabajadores locales, destruye las instituciones, llega para pedir asistencia pública, fomenta la pobreza y la delincuencia, y fragmenta la cultura tradicional. No obstante, no hay evidencia que sostenga que la inmigración afecte negativamente a los salarios o aumente el desempleo entre los locales ni ninguna de todas las cosas que dicen sus enemigos.

La legislación migratoria de Estados Unidos ha experimentado cambios significativos en el decurso del tiempo, reflejando actitudes cambiantes hacia la percepción de la inmigración. La Ley de Inmigración de 1924, conocida como la Ley de Nacionalidad y Cuotas de Inmigración, estableció restricciones basadas en cuotas y discriminación racial. Esta ley limitó la entrada al país y restringió el acceso a aquellos que no eran de «raza blanca» y a los judíos. La Fundación Reason de Estados Unidos formuló un punto interesante respecto a los derechos migratorios en su nota «La inmigración y los principios de la Declaración de Independencia» (2021):

> La verdadera libertad e igualdad no pueden existir si la residencia de las personas se ve limitada por su ascendencia y lugar de nacimiento. Al igual que los líderes de la Revolución rechazaron la aristocracia hereditaria tradicional, sus principios también se oponían a lo que hoy

> llamamos la aristocracia hereditaria de la ciudadanía. Bajo este sistema, sólo aquellos nacidos de padres específicos o en lugares particulares tendrían derecho a vivir en Estados Unidos, mientras que los demás podrían ser excluidos por casi cualquier motivo decidido por el gobierno.

Uno de los libros más interesantes sobre la historia migratoria de Estados Unidos es *Una nación de inmigrantes* (1958), de J. F. Kennedy, en el que planteó el cúmulo de emociones que supone que una familia o una persona se despida del lugar donde ha vivido, abandone viejos lazos, paisajes familiares y comidas conocidas, y navegue por aguas oscuras a tierras muy lejanas para lanzarse de un salto a lo desconocido. La inmigración nos debe mover a tener una visión empática para entender lo enormes que fueron las fuerzas que llevaron a nuestros antepasados a tomar grandes decisiones, como la de dejar sus hogares y empezar una travesía con incertidumbre, riesgo y dureza, como les sigue sucediendo hoy a todos los migrantes.

En la actualidad, son muchos los individuos que opinan que hay determinadas personas que son «inadecuadas» o «no aptas» para la sociedad porque profesan determinada religión, hablan determinado idioma o han nacido en un determinado lugar. Se dice que esas personas jamás encajarán porque «trabajan menos» o porque «tienen otra cultura». Lo mismo se decía sobre otras oleadas de inmigrantes en países como Estados Unidos: lo que hoy se dice de los árabes o de los latinoamericanos, también se decía de los italianos o los irlandeses. Estas mismas afirmaciones se hicieron en el pasado sobre inmigrantes antes de que tuvieran la oportunidad de integrarse en el país. Como sostuvo Daniel T. Griswold (2002):

> La inmigración siempre ha sido controvertida en Estados Unidos. Hace más de dos siglos Benjamin Franklin se preocupaba porque muchos inmigrantes alemanes abrumarían la cultura predominantemente británica de Estados Unidos. A mediados del siglo XIX, los inmigrantes irlandeses eran despreciados por borrachos y perezosos, sin mencionar a otros grupos católicos. A principios del siglo XX se creía que la ola de «nuevos inmigrantes» —polacos, italianos, rusos judíos— eran demasiado diferentes como para que alguna vez pudieran ser

asimilados en la vida norteamericana. Hoy en día, los mismos temores son esgrimidos contra los inmigrantes de Latinoamérica y Asia, pero los actuales críticos están equivocados, tal y como lo estuvieron sus contrapartes en épocas anteriores. La inmigración no está acabando con el experimento estadounidense, sino que es una parte integral de éste. Estados Unidos es una nación de inmigrantes. Olas exitosas de inmigrantes han mantenido a este país demográficamente joven, han enriquecido nuestra cultura y han contribuido a la capacidad productiva de la nación, aumentando nuestra influencia en el mundo. Los inmigrantes tampoco drenan las finanzas gubernamentales. El estudio del Grupo ANC encontró que el típico inmigrante y su descendencia pagarán 80.000 dólares netos en impuestos durante su vida, contribuyendo más en tributos de lo que reciben por servicios estatales. Para los inmigrantes con grados universitarios, el retorno fiscal neto es de 198.000 dólares. Es cierto que los inmigrantes poco calificados y los refugiados tienden a utilizar más la asistencia social que los estadounidenses «nativos», pero la Ley de Reforma a la Beneficencia Pública de 1996 dificultó en mucho a los recién llegados el acceso a los fondos de asistencia. Como resultado, el número de inmigrantes que utilizan la beneficencia pública ha disminuido en años recientes. Tampoco se puede culpar a los inmigrantes por causar «sobrepoblación». El crecimiento poblacional del 1 por ciento de Estados Unidos se encuentra por debajo de la tasa promedio de crecimiento mundial del siglo pasado. De hecho, sin la inmigración, la fuerza laboral norteamericana empezaría a encogerse dentro de dos décadas.

Las percepciones negativas y repletas de prejuicios sin fundamentos no reflejan la realidad. Otro argumento que se utiliza para rechazar la inmigración es el que sostiene que «si llegan personas de otros países con instituciones opresivas, entonces reproducirán su sociedad aquí y lo arruinarán todo». Básicamente las personas que emigran a menudo son individuos que no están de acuerdo con el sistema de gobierno de su país de origen o que incluso escapan de modelos teocráticos complejos. Las personas que más quieren vivir en libertad y democracia son los que están dispuestos a hacer sus maletas e irse, pues si no les interesara vivir de otra manera, simplemente se quedarían en su país y no estarían dispuestos a mudarse al otro lado del mundo.

Otro de los argumentos que se utiliza para renegar de la libertad migratoria es el que plantea que los inmigrantes siempre llegan para

recibir subsidios. Los números y datos de países como Estados Unidos demuestran, en realidad, que los inmigrantes prácticamente no hacen uso de los subsidios gubernamentales en comparación con los que nacieron en el país, incluso teniendo en cuenta lo que aportan en impuestos. Entonces a veces se utiliza la fachada del «estado de bienestar» como una herramienta para enmascarar que en realidad no contenta mucho la llegada de migrantes o el flujo abierto de los mismos. El migrante, por otra parte, está representado por gente más joven que la media de la población. No es la gente mayor la que emigra. Esa gente más joven constituye la base de la financiación del estado de bienestar. La inmigración agrega recursos a ese sistema en el corto plazo y los beneficios en el largo plazo para ellos serán fruto de esos aportes.

Algunos autores que promueven la importancia de la libertad migratoria argumentan que quienes se oponen a la inmigración, incluso sin ser abiertamente racistas, suelen tener una comprensión equivocada de la economía. La inmigración, al igual que el libre comercio, amplía la libertad al ofrecer más opciones a consumidores y productores. Un mercado laboral libre guía a los inmigrantes hacia donde su trabajo es más necesario. Los intentos de los gobiernos para gestionar el mercado laboral son propensos a fallar, al igual que los esfuerzos para proteger las industrias nacionales. Cualquier preocupación sobre el uso de programas de bienestar debería abordarse reduciendo el acceso a esos programas en general, no limitando aún más la libertad de inmigrantes y nativos para cooperar. Si un inmigrante busca transacciones pacíficas y voluntarias que no amenacen la libertad ni la seguridad de las personas que viven en el país al que llegan, el gobierno no debería interferir.

Como menciona Johan Norberg (2021), el encuentro y la interacción de culturas junto a la mezcla de ideas a lo largo y a través de las fronteras, desencadenaron la apertura de mentes y crearon nuestras civilizaciones clásicas, pero además crearon el Renacimiento, la Ilustración y la globalización.

A lo largo de la historia, la libertad para viajar y migrar ha estado vinculada a la libertad de comercio. En la Inglaterra medieval, se consideraba que la inmigración era un derecho básico. Estados abiertos

al comercio como Venecia, o incluso los Países Bajos, también eran receptivos a la inmigración. En el siglo XIX, la liberalización económica y la introducción del vapor provocaron migraciones masivas. Hasta 1920, 60 millones de personas dejaron Europa, y después de la Primera Guerra Mundial las restricciones a la inmigración aumentaron, especialmente en Estados Unidos, con argumentos relacionados con la «defensa de la cultura nativa», la «seguridad nacional», el «cuidado de los salarios» y la idea de una supuesta «inferioridad étnica y cultural de los inmigrantes».

Pero por más que los gobiernos hagan esfuerzos para limitar la inmigración, no podrán. Es una fuerza imparable y natural en el ser humano. A pesar de los esfuerzos por fortificar Estados Unidos o Europa, los refugiados y migrantes continuarán usando botes precarios para cruzar el Mediterráneo o saltarán muros fronterizos después de cruzar selvas y ríos peligrosos.

El movimiento nacionalista argumenta que debemos proteger la cultura occidental tradicional y limitar la inmigración para evitar choques culturales. Sin embargo, esta perspectiva olvida que la «civilización occidental» es una amalgama de herencias: griega, romana, árabe o incluso china.

Tiempo atrás, en *Un bosquejo de la otra España*, Alberto Benegas Lynch (h), quien lamentablemente se sumó a la cruzada fanática de Javier Milei, habló sobre la influencia mora en el país y señaló lo siguiente:

> La concepción de las libertades que aparece institucionalizada en los Fueros tiene en buena medida su origen en el mundo árabe. Desde el año 900 hasta la expulsión de los moros de España, pero muy especialmente durante los siglos XI y XII, época en la que los musulmanes gozaban de una extraordinaria libertad, fue la época de un gran progreso en la filosofía, en la astronomía, en las matemáticas y en las ciencias naturales. A la geometría euclidiana le agregaron el concepto de la geometría esférica. Fueron los que primero captaron el concepto del cero y concibieron los números arábigos, instalaron numerosos observatorios, inventaron el compás magnético, los mapas realizados por los musulmanes fueron usados por Colón, el avance en la medicina y la cirugía fue notable (descubrieron la aplicación de la anestesia local). Su arte, su música, su arquitectura y su literatura fueron muy apreciados en todas partes. Incentivaron notablemente el

comercio y transmitieron sus métodos de libertad en materia educativa a todos los centros culturales a los que tuvieron acceso. Imad-Ad-Dean Ahmad muestra que «los economistas musulmanes hacen de puente entre los griegos y la escolástica tardía en España». No sólo la idea de la libertad en los antes mencionados Fueros, sino que en los siglos XV y XVI la actividad intelectual desarrollada en la Universidad de Alcalá (Al-Qal'ah) y la Universidad de Salamanca contó con la decidida influencia de autores como Ibn Khaldun y Ibn Taymiyah, quienes contribuyeron decisivamente a la comprensión de las incipientes concepciones de los procesos de mercado. La intolerancia religiosa por parte de los cristianos obstaculizó en buena medida la influencia musulmana.

De hecho, Thomas Sowell sostuvo que «la conquista mora de la España medieval trajo la cultura islámica consigo, la cual era la más avanzada de Europa en campos tales como las matemáticas, las ciencias, la medicina y la filosofía». Huston Smith, por otro lado, habló del «esplendor de España bajo el dominio moro» y señaló que «durante la Edad de las Tinieblas, los filósofos y científicos musulmanes mantenían la llama del aprendizaje viva y lista para iluminar Occidente cuando despertara de su largo sueño».

En *La civilización de los árabes* (1886), Gustave Le Bon indicó que en menos de un siglo los árabes «habían roturado los campos incultos, poblado las ciudades desiertas, creado monumentos magníficos y establecido relaciones comerciales con los demás pueblos. Enseguida se habían dedicado al cultivo de las ciencias y las letras, traducido a los autores griegos y latinos, y fundado universidades que durante largo tiempo fueron los únicos centros intelectuales de Europa». Y luego agregó que «en todas partes fundaron escuelas, bibliotecas y laboratorios; tradujeron a los griegos, cultivaron con éxito las matemáticas, la astronomía, la física, la química y la medicina, y con el mismo ardor cultivaron la industria y el comercio, sumado a que la aptitud agrícola de los árabes era tan grande como su aptitud científica e industrial».

Además, Le Bon mencionó que los trabajos de irrigación que hoy posee España, los llevaron a cabo los árabes, quienes además introdujeron en las fértiles llanuras de Andalucía la caña de azúcar, el

arroz, el algodonero, el plátano, etcétera. En todas partes se multiplicaban los caminos, los puentes, los mesones para los viajeros, los hospitales, de modo que cuando el arzobispo Jiménez hacía quemar más adelante en Granada todos los manuscritos árabes, creía borrar para siempre del libro de la historia el recuerdo de los enemigos de su fe, como si además de las obras escritas, las construcciones que cubrían la tierra española no bastasen para perpetuar el nombre de los árabes. La capital del califato de Córdoba, también remarca el autor, fue un centro científico, artístico, industrial y comercial que no cabe comparar sino con las capitales modernas de los mayores Estados europeos. Los árabes lograron transformar en pocos siglos material e intelectualmente a España, colocándola al frente de todas las naciones de Europa; pero la transformación no fue tan sólo material e intelectual, sino también moral. Los árabes enseñaron a los cristianos, o al menos lo procuraron, sobre la tolerancia, y la que mostraron con los vencidos fue tan grande, que llegaron a permitir que sus obispos celebrasen concilios; basta citar como ejemplo el de Sevilla del año 782 y el de Córdoba del 852. Las numerosas iglesias cristianas construidas bajo el dominio árabe demuestran igualmente que se trataban con respeto los cultos colocados bajo su ley. La España árabe era el único país de Europa donde los judíos estaban protegidos, por eso eran tan numerosos allí.

Le Bon prosigue mencionando que «cuando los cristianos reconquistaron Granada, último asilo del islamismo en Europa, no pensaron en imitar la tolerancia que con ellos habían tenido los árabes durante tantos siglos, y a pesar de los tratados, los persiguieron cruelmente, aunque sólo al cabo de un siglo resolvieron expulsarlos a todos». Asimismo, agrega lo siguiente:

> La decadencia que siguió a la expulsión y degüello de los árabes fue tan rápida y profunda, que cabe decir que la historia no tiene otro ejemplo de un pueblo que llegase a mayor postración en tan pocos años. Las ciencias, las artes, la agricultura, la industria y todo lo que constituye la grandeza de una nación desaparecieron rápidamente. Las grandes fábricas se cerraron, la tierra dejó de ser cultivada y las campiñas quedaron desiertas; incapaces de prosperar sin agricultura ni

industria, las ciudades se despoblaron con una rapidez sorprendente. Madrid, que tenía 400.000 habitantes, quedó luego reducida a la mitad; Sevilla, que poseía 1.600 telares que daban de comer a 130.000 personas, no tuvo más que 300, perdiendo las tres cuartas partes de sus habitantes según informe de las cortes de Felipe IV; de cincuenta manufacturas de lana, Toledo se quedó con trece; y las fábricas de seda que hacían vivir a 40.000 personas desaparecieron completamente. Lo mismo ocurrió en todas partes, y grandes ciudades como Burgos, Segovia y Córdoba poco después parecieron desiertas. Esta brusca desaparición de la industria y de la agricultura produjo naturalmente una honda miseria y España cayó en pocos años en la más profunda decadencia. Las acciones militares de Felipe II sólo pudieron llevarse a cabo debido a los saqueos en América y las fortalezas de Carlos I de España (V en la Casa de Austria) pudo arreglarse debido a combinaciones con el extranjero. El reinado de Felipe V y la administración completamente extranjera que se vio obligado a establecer, lo mismo que sus sucesores, no pudieron dar a España sino una vitalidad aparente. Un país que en tiempos de los árabes había ilustrado al mundo, no poseía una sola escuela donde se enseñasen las matemáticas y las ciencias físicas. Campomanes, asegura que hasta 1776 no había en la península un solo químico capaz de fabricar los productos más sencillos [...]. No había en toda España más libros que los de devoción, y otras ocupaciones que las religiosas. Nadie conocía los descubrimientos más notables, como los de Newton, Harvey, etcétera. Un siglo y medio después del descubrimiento de la circulación de la sangre, los médicos españoles todavía no habían oído hablar de ello.

Pese a que éste fue el desenlace de la historia de los árabes en España, como mencioné páginas atrás, nuestros alfabetos provienen de los fenicios y los números que utilizamos tienen su origen en la herencia árabe, la cual nos llegó a través de los matemáticos de Bagdad, quienes obtuvieron su conocimiento de los indios. Como dice Norberg, a menudo vemos las civilizaciones históricas como entidades separadas, pero en realidad han interactuado, intercambiado y evolucionado de manera conjunta. Restringir la diversidad habría impedido la formación de la cultura que ahora intentan «preservar». Friedrich Hayek sostenía que la evolución cultural puede surgir debido a la convivencia entre diversas tradiciones, y argumentaba que las prácticas y normas que forman la cultura de una sociedad no fueron elegidas intencionalmente, sino que se

establecieron como norma porque eran las que más contribuían a la prosperidad.

La involución cultural en Occidente se da cuando se revierten las condiciones propicias para la Ilustración. José Benegas (2023) apunta algo muy llamativo, que «no hay Occidente libre sin el Occidente opresivo previo», sumado a que existe una falsa asociación de Occidente con una especie del cristianismo obligatorio del que hablamos con anterioridad.

La apertura a preguntas no convencionales y respuestas innovadoras cedió ante la imposición de un dogma fundamentalista, donde el cristianismo es el protagonista en esta ocasión. El autor nos explica que aunque se argumenta que la cultura cristiana fue determinante para el surgimiento de Occidente, la historia demuestra que cualquier religión puede obstaculizar el progreso al monopolizar el pensamiento y castigar a quienes discrepan.

Agustín de Hipona, al imponer sus ideas sobre la vida y la muerte como un mandato divino, refleja cómo esta actitud persistió en la política tras convertirse el cristianismo en la religión oficial del Imperio romano en el año 313 d. C. mediante el Edicto de Milán, promulgado por el emperador Constantino I, que condujo a la supresión de otras creencias y prohibió los libros de pensadores no católicos, dictaminando la pena de muerte para quienes los conservaran.

Los templos paganos cerraron y el castigo para quienes adorasen imágenes no católicas era la pena capital. Muchos paganos, temiendo la persecución, destruyeron sus libros. La famosa matemática Hipatia de Alejandría fue atacada, despellejada y asesinada por una turba cristiana en el 415. En el año 529, el emperador Justiniano I forzó el bautismo y prohibió que los seguidores del «paganismo» pudieran ser educadores, además de ordenar el cierre de todas las escuelas filosóficas paganas, incluida la Academia de Platón, la cual cerró en Atenas después de novecientos años, lo que supuso el fin oficial de la antigua Academia.

En el año 532, los últimos siete filósofos de la Academia huyeron de la ciudad para buscar protección en la corte del rey persa. La represión trajo consigo la gran pérdida de conocimientos y obras. Una innumerable cantidad de obras desapareció en este período, por ejemplo, las obras del

filósofo griego Epicuro, exponente del hedonismo, una corriente centrada en la búsqueda del placer (*hedone*), cuya filosofía se centró en lograr la tranquilidad del alma al superar el miedo a los dioses y a la muerte. Su filosofía intentaba liberar a las personas de estos temores para que pudieran buscar el placer y una vida tranquila sin preocupaciones religiosas, y promovía la superación de los miedos inducidos por la religión, invitando a la búsqueda de una existencia plena basada en la consecución del placer y la ausencia de dolor.

Con respecto a los dioses, Epicuro argumentó que el temor es infundado, especialmente el temor al castigo divino después de la muerte, ya que estos seres divinos no muestran interés alguno por los asuntos de los seres humanos. Respecto a la muerte, sostuvo que no debemos temerla, ya que al morir nuestro cuerpo y nuestra alma se descomponen en átomos. A pesar de que no se conserva ningún escrito directo de Epicuro, sus enseñanzas han llegado hasta nosotros a través de fuentes posteriores. El mayor premio de la autosuficiencia, planteaba el filósofo, es la libertad y hemos de preocuparnos por aquello que nos brinda felicidad. Luis Diego Fernández (2022) suma otros ejemplos y explica el acto del placer y la libertad:

> Los filósofos epicúreos de la antigüedad, los libertinos barrocos o los experimentadores de la contracultura californiana de la segunda mitad del siglo xx. Para todos ellos la cuestión ha sido la creación de vidas construidas a partir del acto placentero.

En la antigüedad, las escuelas filosóficas eran centros vibrantes de discusión y aprendizaje, cada una con su enfoque distintivo. Los platónicos se congregaban en la Academia siguiendo las enseñanzas de Platón. Por su parte, los peripatéticos, fundados por Aristóteles, buscaban la verdad paseando mientras conversaban. Los estoicos se reunían en un pintoresco pórtico, comprometidos con la virtud y la resistencia ante las adversidades, y los epicúreos encontraban su refugio filosófico en un sereno jardín junto a su maestro Epicuro.

El período helenístico también contó con otra potente corriente filosófica: los escépticos. Con representantes notables como Carnéades

de Cirene, este movimiento desafiaba las certezas absolutas. La filosofía antigua, pues, estuvo enriquecida por una diversidad de escuelas que dejaron una huella duradera en la historia del pensamiento a pesar de todos los intentos de los fanáticos religiosos por hacerla desaparecer. Pero un día todo eso se reprimió y con ello cambió la idea del placer, el deseo, la razón y el pensamiento crítico. El dogma, la fe y la represión se convirtieron en mandamientos para todos, por voluntad o a la fuerza.

Sobre el islamismo, Juan José Sebreli (2016) dice que comenzó a impedir la autonomía filosófica en relación con la religión y cualquier libertad de expresión, obstaculizando así el desarrollo de la ciencia y la técnica más adelante:

> Hacia finales de la Edad Media, el islam quedó rezagado con respecto a la evolución del mundo occidental. Detenido en la moral y los hábitos medievales, no experimentó el equivalente del renacimiento cultural, la reforma religiosa, la Ilustración, la secularización ni la democratización que permitieron la autonomía y libertad del individuo, y cambiaron la faz de Occidente. A pesar de que la ciencia árabe había sido más avanzada que la occidental en la Edad Media, se mantuvo al margen de la revolución copernicana y nunca logró alcanzar el vertiginoso progreso occidental que se inició en los siglos XVI y XVII.

A esto, el autor agrega que en el Occidente premoderno tampoco existía demasiada libertad, pero en las ciudades burguesas, en medio del mundo feudal, surgió una incipiente individualización que dio origen a la rebeldía contra las tradiciones y los dogmas. Este paso resultó indispensable para el avance del conocimiento científico. Mientras que en el Oriente islámico hubo una sumisión total del saber al poder despótico, en Occidente, a pesar de las persecuciones, las prohibiciones o las condenas a la hoguera, a veces se luchó hasta el martirio para liberar a la ciencia de la subordinación de la religión. Así como los papeles se invirtieron una vez, también puede ocurrir que en un futuro la nueva ilustración llegue desde el mundo islámico y que Occidente vuelva a sumergirse en la oscuridad de los dogmas.

10

Nacionalsocialismo

Después de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), Adolf Hitler, antiguo cabo del ejército alemán, identificó una oportunidad para obtener el poder convenciendo a la población de que tenía la capacidad de restaurar la grandeza de una Alemania que habría sido humillada tras la guerra. El contexto histórico crucial para el surgimiento del nazismo incluye la desilusión y el resentimiento que siguieron a la derrota del país germano en la guerra, la inestabilidad económica y social, la búsqueda de un chivo expiatorio para los problemas del país y un terreno fértil para las ideas racistas, antisemitas y xenófobas que desde hacía ya algunas décadas estaban arraigando en la sociedad, la política y la academia.

El nacionalsocialismo, liderado por Adolf Hitler y el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP), se erigió como la ideología dominante en Alemania durante la década de 1930, que ejerció su dominio en el país desde 1933 hasta 1945, y lo llevó a la Segunda Guerra Mundial. En enero de 1933, el presidente Paul von Hindenburg lo nombró canciller, convirtiéndolo en jefe del gobierno alemán. A partir de entonces, Hitler comenzó una cruzada para transformar Alemania en una dictadura de partido único. En 1934, el presidente murió, y Hitler ya tenía el apoyo del ejército, así que tenía vía libre para abolir la presidencia y proclamarse Führer.

A diferencia de otros regímenes fascistas, el nazismo, además de las características ya mencionadas, destacaba por su ideología antisemita. Las fuerzas armadas y la temida Gestapo, la policía secreta, impusieron la ley militar y reprimieron cualquier forma de disidencia. Esta ideología

totalitaria llevó a Alemania, y al mundo entero, a uno de los períodos más oscuros de su historia, con consecuencias devastadoras y una profunda huella en la memoria colectiva de la humanidad. El régimen nazi también destacó por el culto a la personalidad de Adolf Hitler, quien fue presentado como un mesías carismático. Los elementos estéticos y simbólicos formaron parte del régimen, al igual que las multitudes uniformadas, con grandes desfiles militares y la idea de adhesión emocional de la sociedad alemana al partido.

En pocas palabras, el nazismo se refiere a la ideología o el sistema de creencias adoptado por el partido nazi, que promovía la idea de una «raza superior» conformada por personas de «ascendencia del norte de Europa», en contraposición con las personas de origen semita. El nazismo que brota del nacionalismo alemán es una ideología cimentada en la idea de la «supremacía blanca», pero lo que importa destacar aquí es que el nazismo no fue sólo un creador del antisemitismo, sino que adoptó y exacerbó sus raíces.

Hitler creía en una cultura alemana pura y superior, amenazada por movimientos modernistas e influencias no arias. Quería «purgar» la cultura alemana de lo que consideraba influencias «degeneradas», especialmente aquellas asociadas con judíos, comunistas, homosexuales y artistas de vanguardia, promoviendo en su lugar expresiones culturales tradicionales germanas y nórdicas.

El ideal nazi del hombre era físicamente robusto, valiente y dispuesto a sacrificarse por la patria. Este ideal contrastaba con las representaciones de los enemigos del Estado, a menudo caracterizados como débiles, afeminados o moralmente corruptos.

El ciudadano alemán ideal, además de «racialmente ario», debía estar alineado culturalmente con los valores tradicionales alemanes y profesar la fe nacionalista. El alemán de sus sueños era a su vez industrioso y obediente. Algunas de las ideas que circulan en la actualidad tienen una clara raíz en ese mensaje.

El nazismo equivale al fascismo con antisemitismo violento y nacionalismo pangermánico militante. Es antisemita, antimarxista, antiliberal y radicalmente nacionalista. Un aspecto poco mencionado del

nazismo era su homofobia, y la razón de ese olvido es que la homofobia perduró mucho más allá del nazismo. Pero ese proceso de «limpieza» dedicó una especial atención a las minorías sexuales. Antes de la llegada del nazismo, Berlín era una ciudad muy avanzada en cuanto a esas libertades, con una gran actividad nocturna enfocada en el público homosexual, pese a que la legislación no se había adaptado aún a los nuevos tiempos. Lo triste es que este aspecto haya pasado tan desapercibido para la historia.

Las Leyes de Núremberg de 1935 bajo el régimen nazi llevaron la opresión a extremos inimaginables. Estas leyes formaban parte de su agenda de purificación racial y promoción de la «sangre alemana pura». Establecían que para tener «sangre pura», se debía contar con cuatro abuelos alemanes, mientras que los que tuvieran al menos un abuelo judío eran considerados «impuros». En un congreso anual del partido nazi se aprobó la primera ley que clasificaba a los judíos como «ciudadanos de segunda clase», conocida como la Ley de la Ciudadanía del Reich, que los privaba de sus derechos como ciudadanos y los convertía en propiedad del Estado. Además, se prohibió el matrimonio entre alemanes y judíos como medida adicional de discriminación racial.

Los niños hijos de judíos se vieron impedidos de asistir a escuelas públicas, y los médicos no podían tratar a personas no judías. La violencia escaló hasta desembocar en la trágica *Kristallnacht*, la Noche de los Cristales Rotos, del 9 al 10 de noviembre de 1938, en la que se desató una ola de violencia contra la comunidad judía que desembocó en la destrucción de sinagogas, negocios y hogares.

El término *Tercer Reich* fue acuñado por Adolf Hitler y los nazis para referirse al período desde que tomaron el poder en Alemania en 1933 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945. La palabra *Reich* significa «imperio» en alemán, de manera que el Tercer Reich sucede al primer Reich, que corresponde al Sacro Imperio Romano (962-1806), y al segundo Reich, que abarca el período de la Alemania imperial unificada bajo Bismarck (1871-1918). Este término refleja la ideología expansiva del nazismo, que buscaba establecer un nuevo imperio bajo su control.

Para Hitler, la unificación del pueblo germánico bajo un solo imperio era algo esencial. Este objetivo se materializó primero con la anexión de Austria, la *Anschluss*, seguida por la incorporación de porciones de Checoslovaquia como resultado de los Acuerdos de Múnich, un pacto firmado el 30 de septiembre de 1938 entre Alemania, Italia, Francia y el Reino Unido, que permitió a Alemania anexar la región de los Sudetes a cambio de evitar la guerra (este pacto fue criticado por ser una capitulación ante las demandas expansionistas de Hitler y no evitó el estallido de la Segunda Guerra Mundial). Finalmente, la invasión y el avance sobre Polonia el 1 de septiembre de 1939 supuso un paso decisivo en la expansión territorial del nazismo y desencadenó la Segunda Guerra Mundial.

El surgimiento del movimiento nazi en Alemania está intrínsecamente ligado al movimiento Volkisch alemán, un fenómeno que buscaba restaurar y revitalizar las supuestas tradiciones de un pasado mítico medieval germano. Este movimiento Volkisch, que se desarrolló principalmente en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, fue un caldo de cultivo para el nacionalismo extremo y las ideologías racialmente exclusivas que caracterizaron al nazismo. La raíz etimológica de *Volkisch* se vincula con el término alemán *Volk*, que significa «pueblo». El movimiento luchaba por la creación de una comunidad étnica homogénea, basada en la pureza racial, la conexión con la tierra y la promoción de una identidad nacional. Los seguidores de este movimiento veían la industrialización y la modernización como amenazas a la pureza de la cultura alemana, y buscaban el regreso a una utópica era medieval que consideraban más auténtica.

En este contexto surgieron figuras y organizaciones que influyeron en la formación de la ideología nazi. Entre ellas destacan personas como Houston Stewart Chamberlain, cuyas teorías racistas y antisemitas influyeron profundamente en Adolf Hitler. En *Mein Kampf*, Hitler dividió a la raza humana en tres categorías: los arios, a quienes considera creadores de cultura; los judíos, gitanos, homosexuales y otros grupos, a quienes percibe como destructores de cultura; y el resto de la humanidad, a quienes ve como transportadores de cultura. Basándose en

esta teoría, sostiene la creencia de que los arios deben gobernar y respalda la eliminación y el exterminio de los judíos, a quienes considera un «grupo subhumano».

Además, los nazis respaldaron una economía autárquica, así como la expansión agresiva del territorio en busca de más «espacio vital» (*Lebensraum*), usado por los líderes del Reich para expresar que la nación necesitaba un territorio adicional para prosperar y sobrevivir: la idea era expandirse territorialmente hacia el este de Europa para colonizarlo con la «raza aria» y disponer de recursos para el crecimiento de la población. Esta política de «espacio vital» fue el fundamento ideológico de los nazis para justificar la invasión de Polonia en 1939, lo que dio inicio a la Segunda Guerra Mundial.

A lo largo de la historia, la comunidad judía ha enfrentado una persistente persecución y discriminación. Ya en el evangelio de San Juan se pueden identificar prejuicios contra los judíos, una característica que se extendió en la Edad Media, estableciendo un patrón que ha perdurado a lo largo de los siglos. Sebreli (2016) señaló que Tomás de Aquino asumió la responsabilidad de explicar y justificar desde la teología el antisemitismo cristiano. Aquino afirmó lo siguiente: «Sería lícito mantener a los judíos, a causa de su crimen, en servidumbre perpetua y entonces los príncipes podrían considerar los bienes de los judíos como pertenecientes al Estado. Los judíos son los esclavos de los príncipes».

El patriarca de Constantinopla, Juan Crisóstomo, considerado uno de los cuatro grandes padres de la Iglesia y quien decía que acosar a los paganos era «salvarlos», opinaba lo siguiente: «La sinagoga, lejos de ser un lugar en el que Dios es adorado, es un lugar de idolatría. Es una casa de libertinaje, una casa de ladrones, una guardia de bestias salvajes e impuras. No olvidéis que la sinagoga es la mansión del demonio, la morada del diablo, el lugar de toda perdición y no tan sólo la sinagoga, sino el alma misma de los judíos». Sus escritos fueron adoptados más tarde por los nazis. De hecho, la primera quema de una sinagoga por parte de cristianos tuvo lugar en el año 338 en Calínico, un hecho que se produjo porque los cristianos identificaban a los judíos como «servidores de Satanás». La historia siguió así y el papa Inocencio III

convocó el IV Concilio Lateranense en 1215, en el que afirmó que los judíos, por su condición de «infieles», eran esclavos del pecado. Los dominicos y los franciscanos asumieron la tarea de perseguirlos.

Relata Sebreli que en Francia se aplicaron impuestos especiales a los judíos, se confiscaron sus bienes, se quemaron ejemplares del Talmud y se impusieron bautismos forzados. En Inglaterra, muchos judíos fueron ahorcados, encarcelados, se les confiscaron sus propiedades y fueron expulsados en 1290. En España, la situación empeoró con la creación de la Inquisición, liderada por los dominicos, que acabó con cientos de judíos condenados a la hoguera. En 1492, el inquisidor Tomás de Torquemada, confesor de la reina Isabel, ordenó que los judíos fueran obligados a convertirse o emigrar. Los conversos, conocidos como marranos, sufrieron todo tipo de ultrajes.

El antisemitismo fue compartido tanto por cristianos como por musulmanes, a pesar de que ambas religiones reconocían la sacralidad del Antiguo Testamento. Martín Lutero no fue menos antisemita que los católicos; de hecho, los ideólogos del nazismo lo consideraban un precursor y un prócer. Pero como dice Richard Dawkins en *El espejismo de Dios* (2006), «el odio cristiano hacia los judíos no solamente es una tradición católica. Martín Lutero era un antisemita virulento. Durante la Dieta de Worms dijo que "debería expulsarse de Alemania a todos los judíos". Escribió un libro dedicado por entero a ellos, *Sobre los judíos y sus mentiras* (1543), que probablemente influyó en Hitler. Lutero describía a los judíos como "camada de víboras", la misma expresión que Hitler utilizó en un sorprendente discurso de 1922 en el que repitió varias veces que era cristiano». En cuanto a los católicos, fue necesario esperar hasta 1965 para que el Vaticano absolviera a los judíos del crimen de deicidio. El antisemitismo tuvo, en gran parte, su origen en el cristianismo. Además, los aberrantes crímenes de odio llevados a cabo tanto por cristianos como por islámicos durante siglos no fueron una tergiversación o deformación de los «mandatos divinos», sino más bien su fiel interpretación y cumplimiento.

También resulta llamativa la historia del antisemitismo en Estados Unidos. Ya en la década de 1910, la comunidad judía en dicho país se

enfrentaba a un rampante antisemitismo y discriminación abierta. Los periódicos, libros y obras de teatro describían a los judíos con estereotipos.

Pero la historia del antisemitismo en Estados Unidos hunde sus raíces en los primeros asentamientos europeos en América del Norte, donde algunos colonos trajeron consigo sus prejuicios. A pesar de ello, la diversidad religiosa y el principio de libertad religiosa en las colonias favorecieron la coexistencia con las comunidades judías, y durante la década de 1930 se produjo un aumento de la inmigración judía con la llegada de europeos refugiados.

Corresponde mencionar el movimiento político y la consigna «America First» [Estados Unidos Primero], que surgió en el país durante la década de 1940 y se destacó por su enfoque en el aislacionismo y el nacionalismo, lo que constituyó una representación de la imagen pública del sentimiento a favor del fascismo en el país desde los años veinte. El famoso aviador estadounidense Charles Lindbergh, conocido por realizar el primer vuelo sin escalas atravesando el océano Atlántico, mostró simpatía por el régimen nazi en la década de 1930, participó en actividades antisemitas y tuvo duras opiniones en contra de la inmigración.

En noviembre de 1939, en el volumen 35 del *Reader's Digest*, Lindbergh escribió que «la alianza con las razas extranjeras sólo nos traerá muerte». En esa época, muchos estadounidenses aplaudían sus ideas: no olvidemos que en 1939 la Federación Alemana Americana, una organización nazi en Estados Unidos, organizó un mitin llamado «Pro American Rally» nada más y nada menos que en el Madison Square Garden de Nueva York. Durante el evento, se difundió propaganda nazi, se realizaron saludos nazis y se pronunciaron discursos antisemitas. Este episodio representa un ejemplo de simpatizantes nazis en Estados Unidos poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Después de la guerra, la conciencia pública sobre el Holocausto contrarrestó parte del sentimiento antisemita que había estado arraigándose con fuerza en la sociedad.

A veces solemos pensar que no hay más nazis porque perdieron la guerra y con ello se acabó el nazismo, pero no. Aunque el régimen nazi fue derrotado después de la guerra, algunos seguidores lograron escapar de la justicia y sobrevivir en la clandestinidad fuera del territorio. Pero la cosa no acaba ahí, ya que nuevos nazis han continuado proliferando hasta el día de hoy (por ejemplo, hace algunos meses se observó a un numeroso grupo de personas con banderas nazis en el capitolio de Nashville, Tennessee). Movimientos neonazis han surgido en distintas partes del mundo, manteniendo vivas algunas de las ideas del nazismo y su simbología. Es verdad que la Alemania nazi fue ocupada y se llevaron a cabo los juicios de Núremberg, pero ciertos simbolismos y ramificaciones de esta ideología aún perviven en grupos contemporáneos que promueven el antisemitismo, la xenofobia, el racismo y la homofobia. Las malas ideas nunca terminan de morir completamente, vuelven una y otra vez, bajo distintos nombres y disfraces, y muchas veces en nombre de la libertad.

Es importante advertir que en la etapa meramente ideológica del nazismo, antes de llegar al poder, sus ideas podían parecer una extravagancia, de hecho fueron subestimadas y minimizadas en cuanto a sus posibles efectos. Si una lección debe dejarnos la historia es adónde llevan determinadas ideas de pureza y concepciones de lo que es un «ciudadano de bien» realizadas desde el poder.

11

Socialdemocracia

La socialdemocracia reúne ideas y conceptos de la democracia representativa con un sistema económico mixto donde los sectores clave de la economía están bajo las alas del Estado, ya sea de manera directa o indirecta. Esta ideología apoya un amplio balance entre el capitalismo de mercado por un lado y la intervención estatal por el otro, en una especie de compromiso entre el mercado y el Estado.

Autores como Heywood (2015) plantean que en realidad es una propuesta carente de una teoría sistemática que la sostenga, pero que de todas maneras está asociada a que el capitalismo es el único mecanismo de creación real de la riqueza, pero que dicho sistema tiene una falla moral y por ende la intervención estatal serviría para distribuir mejor la riqueza producida. Sumado a esto, agrega, para la socialdemocracia los cambios sociales sólo pueden alcanzarse de manera pacífica y constitucional.

Como ideología fue adoptada en la Europa occidental después de la Segunda Guerra Mundial y era entendida como un término medio entre las democracias representativas capitalistas y los sistemas con tendencias cercanas al socialismo económico. Esto último sucedió de esta forma porque muchos partidarios de la ideología adoptaron la propuesta de un estado de bienestar que se encargara de garantizar las necesidades materiales y sanitarias básicas a los ciudadanos, sumado a un mínimo de regulación de las principales actividades de la economía, como el transporte, la energía o la minería, por mencionar algunos.

Esta óptica puede ser vista como un reformismo prodemocrático del socialismo tradicional o como un reformismo prosocialista de la

sociedad liberal. Nada entre dos corrientes: una que quiere llevar adelante un proyecto favorable a los sectores más vulnerables sin violar las reglas del juego democrático y otra que busca morigerar los que considera aspectos injustos de la sociedad liberal o capitalista, agregándole un contenido igualitarista.

En términos prácticos, la socialdemocracia se traduce como la promoción de una economía mixta, en la que coexisten las empresas privadas y las públicas. Además, respalda la implementación de políticas de bienestar social para proporcionar servicios públicos y redes de seguridad que mitiguen la pobreza y las disparidades sociales.

A principios del siglo XX, la socialdemocracia llegó a estar asociada con un camino reformista, en lugar de revolucionario, hacia el socialismo. Sin embargo, el uso moderno del término fue moldeado por la tendencia de los partidos socialistas democráticos a abandonar el objetivo de abolir el libre mercado y abrazar el objetivo más modesto de reformar o humanizar el libre mercado.

Así pues, la socialdemocracia promueve un equilibrio entre el mercado y el Estado, un equilibrio entre el individuo y la comunidad. La tarea principal de la teoría socialdemócrata ha sido establecer un compromiso, por un lado, entre la aceptación del libre mercado como el principal mecanismo confiable para generar riqueza y, por otro, el deseo de distribuir la riqueza de acuerdo con principios morales en lugar de principios de mercado.

La socialdemocracia se fundamenta en las ideas de Eduard Bernstein y William Beveridge. Es una ideología política que ha sido influyente y se encuentra en el centro del espectro político ideológico. A diferencia del socialismo clásico, la socialdemocracia no busca la abolición de la propiedad privada ni la eliminación del capital, sino que respalda reformas al sistema.

El teórico alemán Eduard Bernstein (1850-1932) es considerado uno de los fundadores de esta ideología, y sostenía la necesidad de utilizar las instituciones democráticas para lograr cambios sociales y económicos. Este teórico planteaba reformas sociales dentro de un marco democrático existente sin revoluciones violentas y sostenía que las

sociedades capitalistas no iban a colapsar, sino que tenían la capacidad de mejorar a través de reformas progresivas.

Bernstein, en su obra titulada *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* (1899), lo expresa de la manera siguiente: «El movimiento socialdemócrata es un movimiento de la clase media guiado por teorías socialistas, y no un movimiento de trabajadores, ni un movimiento de clases bajas». Aunque inicialmente era marxista, este pensador revisó el marxismo tradicional señalando la falta de cumplimiento de las predicciones de Marx sobre el colapso del libre mercado.

En la actualidad, la socialdemocracia sigue siendo una fuerza política significativa en muchos países europeos, donde ha contribuido al establecimiento de sistemas de salud pública, educación accesible y medidas de protección social, en las que incluye una participación conjunta y equilibrada entre el rol del sector público con el sector privado. Aunque la interpretación y la aplicación específicas de la socialdemocracia pueden variar, su esencia reside en la búsqueda de un equilibrio entre la economía de mercado y la llamada justicia social en términos económicos (es importante mencionar que la justicia social va más allá de lo económico o de la idea de redistribución a la que generalmente suele hacerse referencia, puesto que abarca aspectos como la igualdad de derechos, la eliminación de la discriminación y el mismo tratamiento a todas las personas dentro de la sociedad, aspectos esenciales para alcanzar países más democráticos y más libres). Este enfoque ha demostrado resultados llamativos en países nórdicos, como Dinamarca, Islandia, Finlandia, Noruega y Suecia, que combinan elementos de la socialdemocracia con un libre mercado reformado.

La socialdemocracia tiene varios significados, pero lo más interesante en la actualidad, en comparación con la interpretación que tuvo en el pasado, no es presentarla como una versión o rama del socialismo, sino más bien como una ramificación dentro de la democracia.

Con el tiempo y los lugares donde se desarrolló, la socialdemocracia también evolucionó. Los problemas que se presentaron en sus inicios en

cuanto a la financiación del estado de bienestar y las tendencias inflacionistas dieron lugar a la crítica desde polos opuestos. Hoy no se ha producido una vuelta a las condiciones anteriores a los sistemas de bienestar, pero abogan por un Estado financiable, formas de participación privada más activas y, sobre todo, desregulación económica, apuntando a un mercado globalizado.

Esta ola también transformó la socialdemocracia y la moderó. Liderazgos como el de Felipe González en España rompieron el facilismo de la mano suelta con respecto a los recursos públicos y la permanente regulación de la socialdemocracia. Llevaron a cabo reformas promercado, desregulaciones y buscaron abrir sus economías al mercado global. Durante esos años se alcanzó cierto consenso para no recurrir a la emisión monetaria para financiar los programas públicos.

Hoy podemos decir que la mayoría de las economías occidentales, con cualquier gobierno, tienen formas más o menos moderadas de socialdemocracia, promueven políticas llamadas sociales, en cuanto a su inspiración socialdemócrata, programas de ayuda directa, sistemas jubilatorios, servicios de salud, etcétera.

12

Objetivismo

Objetivismo es el nombre que la autora ruso-estadounidense Ayn Rand le puso a su conjunto de ideas, cuya filosofía defiende la realidad objetiva, la razón como forma de conocimiento, el interés individual en la ética y el libre mercado en economía. Esta reconocida autora del siglo XX enfatizó que la realidad es un absoluto objetivo y que la razón es esencial para percibirla y actuar en consecuencia. En términos éticos, valora la vida como el fin supremo y sostiene que la razón, el propósito y la autoestima son valores clave. La ética objetivista abarca virtudes como la racionalidad, la independencia, la integridad, la honestidad, la justicia, la productividad y el orgullo.

El objetivismo encaja en una buena parte dentro de la visión liberal como una filosofía que aborda diversos aspectos de la vida humana desde la ética hasta la política o la epistemología. Por ejemplo, una de sus obras más conocidas, titulada *El manantial* (1943), traza la historia de un joven arquitecto que se ve envuelto en una lucha épica contra los principios convencionales y el nepotismo, que sirvió como preludio a las obras filosóficas de la autora. Esta novela, que precedió a su exploración filosófica más profunda, presenta una visión única de la autorrealización y el enfrentamiento a las convenciones sociales.

En el ámbito ético, Rand proclama un egoísmo racional, donde cada individuo tiene el derecho moral de perseguir sus intereses racionales sin sacrificar a otros ni sacrificarse por otros. Cada individuo debe tener la posibilidad de perseguir su propia felicidad y garantizar su supervivencia a largo plazo. Si bien las personas deben tener sus propios deseos y

metas, el objetivismo sostiene que comprender la realidad es fundamental para alcanzar los objetivos que uno se propone.

A nivel político y económico, propone un sistema de libre mercado, limitando el papel del gobierno a tareas específicas y promoviendo la propiedad privada, la libre empresa y la cooperación voluntaria. Para Rand, el gobierno tiene la función de proteger los derechos de los individuos, prevenir la violencia y fomentar el libre comercio, pero no debe proponer o imponer valores. Además, fue insistente en que bajo un sistema de apertura económica, la gente se trataría entre sí como comerciantes, intercambiando valor de manera voluntaria, no como amos y esclavos, y que en dicho sistema la justicia cumple un rol elemental: no se persigue ni penaliza la virtud.

En una conferencia de promoción de su libro *La rebelión de Atlas* (1957), le preguntaron si era capaz de explicar su visión del mundo (su filosofía) si tuviera que hacerlo de manera rápida y sencilla mientras se mantenía de pie sobre una pierna. Lo hizo de la siguiente forma: la metafísica (la naturaleza del universo) es la realidad objetiva; la epistemología (cómo podemos conocer el universo) es la razón; la ética (los principios morales por los que debemos vivir) es el interés personal, y la política (los principios de organización social) es el libre mercado.

Rand planteó una cuestión importante al sostener que el ser humano nace con un mecanismo emocional y otro mecanismo que le permite adquirir los conocimientos. El punto, sostiene, es que ambos son páginas en blanco, y que su facultad de adquirir conocimientos, su mente, es la que determina el contenido de ambos. El mecanismo emocional, plantea, es una especie de computadora que debe ser programada por la mente, y la programación depende de los valores que ésta elija. Así, en palabras de Rand, una persona elige sus valores a través de un proceso consciente de pensamiento o los acepta por omisión, por fe, por autoridad de otra persona, por alguna forma de ósmosis social o por ciega imitación.

En *La virtud del egoísmo* (1964), sostuvo que la moral o ética se define como un conjunto o código de valores que orientan las decisiones y acciones humanas, e influyen en el propósito y dirección de la vida de una persona. La ética, considerada como ciencia, tiene como ocupación

descubrir y definir dicho código de valores. Además, sostuvo que las emociones son resultados automáticos de los juicios de valor del ser humano, integrados por su subconsciente; las emociones son estimaciones de lo que ayuda a conseguir los valores del ser humano o los amenaza, de lo que está a su *favor* o en su *contra.*

En la novela *La rebelión de Atlas* (1957), Rand utiliza la figura de Atlas, el mitológico portador del mundo, como metáfora para expresar su filosofía objetivista en un extenso discurso de setenta páginas pronunciado por el personaje John Galt. Este libro se convierte en un vehículo magistral para plasmar las ideas fundamentales del objetivismo, basándose en la tradición aristotélica del razonamiento empírico, la autoestima y el egoísmo racional. Las ideas de esta autora defienden el individualismo, la libertad económica, el Estado de derecho y rechaza las imposiciones autoritarias de todo tipo.

Su principio político fundamental establece que ningún individuo tiene el derecho de iniciar el uso de la fuerza física contra otro. El uso legítimo de la fuerza física está reservado únicamente como represalia en caso de un ataque, y sólo puede dirigirse contra aquellos que han iniciado el uso de la fuerza. La función moral del gobierno, dice Rand, es proteger los derechos del individuo, que incluyen la vida, la libertad, la propiedad privada y la búsqueda de la felicidad. Sin derechos de propiedad, los demás derechos no son posibles. La postura objetivista es diferente a la liberal, en el sentido de que sostiene una serie de valores como racionales y pretende ser una filosofía completa, que incluye una epistemología de la razón, mientras que el liberalismo es una filosofía política.

Aunque Rand defendió posturas anticomunistas y abogó por el libre mercado, su ateísmo encontró resistencia en numerosos círculos conservadores, a los que se enfrentó desde el primer momento, además de ser abiertamente defensora de asuntos como la eutanasia, el aborto o los derechos de las mujeres, lo que llevó a que muchos libertarios la excluyeran de los círculos de debate y le colgaran la etiqueta de «loca», «drogadicta» o «radical». Siempre ha sido una incógnita para mí por qué Ayn Rand no fue más difundida en los círculos liberales. La explicación

tal vez esté en esas ataduras no del todo expuestas y reconocidas entre las élites liberales y las conservadoras, que las mantenían ligadas a la religión, algo que Ayn Rand rechazaba por irracional. Las tensiones surgieron a raíz del ateísmo de Rand, que chocaba con las creencias religiosas de algunos en gran parte de su círculo académico. No me cabe ninguna duda de que, si Ayn Rand estuviera viva, hoy sería catalogada como lo que algunos despectivamente llaman «zurda», «marxista cultural», «hereje», «liberprogre» o, como le llamaron en sus tiempos, «loca».

Por otro lado, la autoestima ocupaba para esta autora un lugar central en la vida humana, y reconocía la necesidad fundamental del ser humano de confiar en su eficacia y su propio valor. En su filosofía, consideraba la ansiedad y el sentimiento de culpa como elementos contraproducentes y perjudiciales para la autoestima. Para ella, estos sentimientos no sólo eran antitéticos a la autoestima, sino también indicativos de una mente golpeada. En su perspectiva, la autoestima no sólo era esencial para el bienestar emocional, sino también un factor crucial para un pensamiento claro, una valoración precisa y una acción efectiva.

Ayn Rand no fue una líder suprema como lamentablemente algunos de sus seguidores creen y sostienen, sino una pensadora cuyas ideas formaron la base del objetivismo. En contraste con algunas interpretaciones que pretenden convertir el objetivismo en una suerte de religión, Rand sostiene que la esencia de esta filosofía no reside en la rigidez dogmática, sino en la capacidad del individuo para elegir y definir sus propios valores, no que los valores sean el objetivo o que sean los mismos para todos. En el objetivismo, la elección personal es fundamental: no se trata de imponer valores universales a todos.

De hecho, dentro del objetivismo surgió una rama que hace frente a determinados grupos sectarios y dogmáticos respecto al pensamiento de Ayn Rand, el llamado «objetivismo abierto», liderado por el autor estadounidense David Kelley, quien utilizó este término para describir un enfoque mediante el que buscaba participar en un diálogo más abierto e inclusivo sobre las ideas de Rand, alentando discusiones e

interpretaciones que podrían diferir de las formulaciones originales de la pensadora. La propia Ayn Rand pareció aceptar esta idea si nos atenemos a la frase que ella misma pronunció en una entrevista a estudiantes de Princeton en 1976, en la que explicaba que «la elaboración de un sistema es un trabajo que ningún filósofo puede terminar a lo largo de su vida: todavía hay mucho trabajo por hacer».

Hoy algunos de sus seguidores sostienen que para ser parte del «objetivismo» no se puede hablar, por ejemplo, de posmodernismo o de teorías o perspectivas de género, ni se puede cambiar de género o sexo argumentando que «A es A». Eso implica a mi juicio una gran incomprensión, tanto de lo que quiere decir Ayn Rand como de la materia de género. Que A sea A es un argumento formal, nada dice sobre A. A es algo que todavía merece descubrimiento. A era que el centro del universo era la Tierra, pero sabemos más sobre A. A era que hombre y mujer eran sólo cuestiones fisiológicas, pero sabemos mucho más sobre nuestros entendidos al usar esos dos términos. A es ahora que cuando miramos a una persona en la calle y decimos que es hombre o es mujer, es observando sus expresiones de género: su aspecto, la forma en que viste. Pero no vemos sus genitales.

Algunos autores que pertenecen al movimiento objetivista, que paradójicamente también se encuentra ocupado por representantes de la nueva derecha, plantean que Ayn Rand es la propia encarnación del rechazo al posmodernismo y hacen una interpretación del objetivismo que resulta bastante extraña, pero el posmodernismo también puede ser entendido como una mirada menos mística, menos dogmática de A. Muchos objetivistas no parecen comprender el concepto de objetividad y creen que es lo mismo que la literalidad y que es que lo que sabemos es «irrefutable» o «no explicable de otro modo». Es clave destacar para quienes no estén familiarizados con el trabajo de Ayn Rand que el concepto central en el pensamiento de esta autora es el «egoísmo racional», el cual surgió como una respuesta al discurso «altruista» (en un sentido distinto al de ayudar al prójimo y más bien «colectivista») promovido por el régimen totalitario de su país de origen, Rusia, que más tarde se convirtió en la Unión Soviética. Según Rand, este tipo de

«altruismo» implica sacrificar los intereses individuales en favor de los deseos del grupo, ya sea la patria, la familia, la Iglesia, el Estado, la cultura, las tradiciones, Occidente o cualquiera de todas las entidades utilizadas por la política para justificar por qué los objetivos individuales y las aspiraciones pueden ser sacrificadas.

Por otro lado, el posmodernismo puede ser resumido como una corriente filosófica y un movimiento cultural que surgió a mediados del siglo xx como una reacción crítica y en parte como una ruptura con las ideas modernas que dominaron el período anterior. Filósofos como Jean-François Lyotard, Michel Foucault y Jacques Derrida son considerados referentes en el desarrollo del posmodernismo que ha influido en la revisión de paradigmas tradicionales y en la ruptura con las convenciones típicas, ha desafiado las categorías establecidas, abrazando la multiplicidad de voces y la coexistencia de lo que se entiende como «múltiples verdades relativas».

Derrida, reconocido filósofo francés, es identificado como el principal exponente de la deconstrucción, aunque él mismo evita utilizar el término. La deconstrucción, a veces intercambiable con el posestructuralismo, se dedica a cuestionar los «textos» que configuran la vida cultural, revelando complicaciones y contradicciones de las cuales los autores no son plenamente conscientes ni completamente responsables. El concepto de «diferencia» de Derrida rechaza la idea de diferencias fijas en el lenguaje, permitiendo un constante deslizamiento entre significados al no existir opuestos polares. Entre sus obras más destacadas, podríamos citar las siguientes: *Escritura y diferencia* (1967), *Márgenes de la filosofía* (1972) y *Espectros de Marx* (1993).

Pero el posmodernismo es un término que ha generado controversia y confusión, inicialmente utilizado para describir movimientos experimentales en la arquitectura occidental y en el desarrollo cultural en general. Surgido principalmente en la Europa continental, especialmente en Francia, desafía la teoría política académica predominante en el mundo angloamericano. Desde la década de 1970, las teorías políticas posmodernas y posestructurales ganaron popularidad, basándose en la percepción de un cambio social de la modernidad a la

posmodernidad, acompañado de un cambio cultural e intelectual de modernismo a posmodernismo. Lo que a los modelos más arcaicos y dogmáticos les molesta del posmodernismo es que es un escepticismo llevado a las palabras, es un conocimiento de que las palabras ya cargan un contenido, que tienen un contenido no neutral y una historia.

En *El liberalismo y sus desencantados: cómo defender y salvaguardar nuestras democracias liberales* (2022), Francis Fukuyama explica cómo autores franceses de la talla de Jacques Lacan, Roland Barthes y Jacques Derrida toman ideas del lingüista suizo Ferdinand de Saussure, las promocionan durante las décadas de 1960 y 1970, y lo reinterpretan planteando que el mundo exterior que creemos percibir está creado en realidad por las palabras que utilizamos para hablar de él. De esta forma, se deshacen de la idea de Saussure de subjetividad radical.

Aunque Derrida criticaba a Saussure, su deconstruccionismo buscaba demostrar que todos los escritores eran cómplices inconscientes de reflejar las estructuras sociales en que se enmarcaban. De esta manera, no se leería a Shakespeare para extraer su sabiduría o intención, sino para exponer cómo el propio autor revelaba sus propias intenciones o de qué manera reflejaba las relaciones de poder injustas de su época. Nietzsche argumentaba que no existen «hechos» objetivos, sólo «interpretaciones» subjetivas. Sin embargo, Fukuyama (2022) sostenía lo siguiente:

> El pensador que sistematizó esta línea de pensamiento y que influyó más poderosamente en las tendencias posteriores fue Michel Foucault. En una serie de libros brillantes, Foucault argumenta que el lenguaje de la ciencia natural se utilizaba para enmascarar el ejercicio del poder. La definición de locura y enfermedad mental, el recurso al encarcelamiento para castigar determinadas formas de conducta, las clasificaciones médicas de desviaciones sexuales y otras prácticas no estaban basadas en la observación empírica neutral de una realidad determinada. En cambio, reflejaban los intereses de estructuras más amplias de poder que querían subordinar y controlar a diferentes clases de personas. El lenguaje supuestamente objetivo de la ciencia natural moderna codificaba esos intereses de maneras que ocultaban la influencia de quien ostentaba el poder; de ese modo, las personas eran manipuladas inconscientemente para ratificar la primacía de

determinadas ideas y de los grupos que las respaldaban. Con Foucault, el deconstruccionismo evolucionó en posmodernidad.

En el caso del posmodernismo, por ejemplo, podemos decir que se basa en el escepticismo y que las palabras no son inocentes, y ése es uno de sus aportes. Parte de la filosofía de Ayn Rand, por ejemplo, es que si hay que discutir palabras, se discuten. Claro que «A es A», pero ¿qué es «A»? Decir que A no se puede discutir es un disparate. Cuando se habla de «hombre» y «mujer», por ejemplo, en término de género, se habla del contenido asumido que ya existe. La razón tiene que seguir funcionando más allá y no tiene que construir ídolos o dogmas.

Como argumenta José Benegas en *Un mundo contaminado* (2023):

> Sin importar lo que digan los textos sagrados y las costumbres arraigadas, los estudios de género muestran una dimensión de la humanidad más amplia que la que heredamos de nuestras disciplinas religiosas y también de nuestra herencia cultural. Se le imputa muy ligeramente al posmodernismo un papel preponderante en la conspiración del «marxismo cultural», pero lo cierto es que la idea de deconstrucción de Jacques Derrida actúa como una forma de escepticismo sobre el lenguaje. El escepticismo es lo que nos permite dudar de lo que creemos saber y aumentar el conocimiento, acercar las explicaciones a la realidad, confrontándolas con ella. Permite ver cuánto hay de supuesto sin revisar en las palabras que usamos. Ya hemos visto cuántas cosas quiere decir democracia, de modo que es absurdo deslegitimar el ejercicio de la deconstrucción en nombre de un realismo mal entendido. Ése es un falso realismo.

De hecho, la visión de Ayn Rand contra el conservadurismo y la tradición fue tajante y concisa, y el posmodernismo precisamente cuestiona la tradición. El cuestionamiento puede ser errado o no, pero decir que no se puede cuestionar lo que pensamos hasta el momento es una visión ultraconservadora y poco objetivista (incluso cuando se argumenta que por cuestionar se va a desgarrar una civilización completa). Nacimos en este siglo y aquí, pero ¿por eso debo estar agradecido, por eso no se nos permite cuestionar las cosas? Las cosas están en permanente cambio.

Ya lo expresaba Karl Popper en *Conjeturas y refutaciones: el desarrollo del conocimiento científico* (1963) cuando dijo lo siguiente: «No me interesa la tradición. Quiero juzgarlo todo según mis propios méritos; quiero descubrir sus méritos y deméritos; y quiero hacerlo de manera racionalmente independiente de cualquier tradición. Quiero juzgarlo con mi propia cabeza, y no con la de otras personas que vivieron hace tiempo». Por lo tanto, Popper concluyó que existen dos posturas posibles frente a la tradición. Una consiste en aceptarla sin cuestionamientos, a veces incluso sin percatarse de su presencia. La otra es una actitud crítica, que puede conducir a la aceptación, el rechazo o posiblemente a una conciliación o compromiso. Las visiones cerradas de tradición a menudo la usan como fundamento para establecer posiciones colectivistas y dogmáticas (para los defensores del colectivismo, la tradición es un medio para no permitir discrepancias, ya que las tradiciones son heredadas de nuestros ancestros y no deberían cambiar ni evolucionar). Este enfoque dogmático de tradición de hecho suele ser adoptado por los que hablan de la «batalla cultural», puesto que para ellos la cultura se basa en una serie de costumbres, normas y principios transmitidos a través de generaciones mediante la «tradición», cuya autoridad moral y persuasiva se atribuye, de nuevo, al origen ancestral, buscando que sus posturas y tradiciones prevalezcan y se impongan sobre las de otros grupos.

Las ideologías cambian y hoy todo está mezclado con todo, pero asumidos los hechos, la meta tiene que ser que las cosas adquieran una visión o resignificación que opte por sociedades más libres, abiertas, empáticas y respetuosas, y no por sociedades donde el discurso de odio, el supuesto derecho a ofender o lo políticamente incorrecto sean los motores de arranque.

Savater (2008) señaló que la ontología histórica de nosotros mismos, que es lo que pretende hacer Foucault, muestra en nuestra vinculación con el campo de la verdad cómo nos constituimos en sujetos de conocimiento en cada una de las épocas, a través de qué temas, de qué ciencias, de qué marcos de programas de conocimiento. Cómo nos convertimos en sujeto de conocimiento a lo largo de las épocas. No es lo

mismo la época clásica que la decimonónica o la nuestra. Cuál es la genealogía por la que vamos convirtiéndonos en este sujeto de conocimiento que somos hoy y hasta qué punto somos deudores de lo que hemos sido. En el campo del poder, cómo nos convertimos en sujeto de esa acción que influye y que controla a los demás, cómo se va desarrollando esa figura del sujeto de la acción sobre los otros, y también de la misma manera así tenemos que explicarnos cómo se ha llegado a las fórmulas de poder actuales.

Nick Gillespie (2022), de *Reason Magazine*, pone el énfasis en el enfoque de Foucault en el poder como principio organizador en torno al discurso y el conocimiento social, y también en su forma de ver las genealogías de las cosas: descubrir por qué los diferentes tipos de ciencia, historia y economía tienen el aspecto que tienen. Foucault argumentó que la mayoría de las formas de conocimiento son una forma de poder y casi siempre están interesadas en algún resultado particular. Foucault remarcó que el asunto está en el poder, en los sistemas de poder y en las formas modernas de dominación.

Pongamos como ejemplo su concepto desarrollado sobre la «biopolítica», término central que en su obra es un análisis de cómo el poder se ejerce sobre los cuerpos individuales y las poblaciones en términos de control y regulación. Es decir, el uso de políticas y prácticas gubernamentales (pero también de la religión o las estructuras corporativas) para regular y controlar aspectos de la vida humana, no sólo a nivel individual, sino también a nivel de población. Foucault sugirió que el poder no sólo se ejerce de manera represiva, sino que también opera moldeando y controlando los cuerpos y las conductas.

Para Foucault se trataba de que la verdadera tarea política en nuestra sociedad contemporánea es criticar el funcionamiento de las instituciones, particularmente las que parecen neutrales, y confrontarlas de tal forma que la violencia política, que siempre se ha ejercido oscuramente a través de ellas, finalmente se desenmascare. En su influyente obra *Locura y civilización* (1961), Foucault examinó cómo la psiquiatría moderna institucionalizaba a individuos cuyo comportamiento se apartaba de normas cada vez más rigurosas.

Describió este fenómeno como el «gran confinamiento». Foucault, en sus propias palabras, puso el acento en «la voluntad de no ser gobernados».

En el año 1979, en la Universidad de Stanford, Foucault sostuvo lo siguiente:

> Nuestra civilización ha desarrollado el sistema de saber más complejo, las estructuras de poder más sofisticadas: ¿qué ha hecho de nosotros esa forma de conocimiento, ese tipo de poder? ¿De qué manera esas experiencias fundamentales que son la locura, el sufrimiento, la muerte, el crimen, el deseo y la individualidad están ligadas, incluso aunque no tengamos conciencia de ello, al conocimiento y al poder? Estoy seguro de que no encontraré nunca la respuesta, pero eso no quiere decir que debamos renunciar a plantear la pregunta.

El posmodernismo se ha consolidado así como uno de los fantasmas que conspirarían contra la idea del Occidente cristiano del conservadurismo o la nueva derecha. Y no quiero dejar de traer a colación una conversación entre Gillespie y Weissmueller (2018), también sobre el papel de Michel Foucault, en la que precisamente se señala que a lo largo de los años, personas de todo tipo de tendencias políticas han estado identificando el posmodernismo como una amenaza para la civilización, y que quien lo está haciendo con mayor énfasis en la actualidad es Jordan Peterson, quien no se cansa de repetir que «el posmodernismo, en muchos sentidos, especialmente en lo que se manifiesta políticamente, es la nueva piel que ahora habita el viejo marxismo». El posmodernismo no es marxismo, ni tampoco marxismo disfrazado, es una forma de escepticismo aplicado al lenguaje y a los sobreentendidos del lenguaje. Es, sobre todo, una mirada crítica a distintos mecanismos de control contenidos en el lenguaje. En general, los críticos del posmodernismo desde la derecha son personas que lo atacan como si fuera una fuerza destructora, del mismo modo en que siempre han considerado al liberalismo (en su más honesto sentido de la palabra) y a la mera independencia de criterio.

Como enfatizó Gillespie (2018), décadas atrás, si te gustaba algo, lo llamabas posmoderno porque querías que fuera algo positivo, y ahora si algo no te gusta, tiendes a llamarlo posmoderno: ha cambiado su valor en

el mercado académico. A principios de los años noventa, el erudito marxista Fredrick Jameson lo explicaba como una «lógica cultural del capitalismo tardío» y, veinticinco años después, es la derecha la que dice que el posmodernismo es el triunfo definitivo del marxismo (sin tener en cuenta que tanto Foucault como Derrida eran vistos como antagónicos del marxismo). Gillespie lo expresa de la siguiente manera:

> Cuando empiezas a pensar en las sociedades humanas, y cuando hablas de lo que Hayek llamó el «orden espontáneo» o el orden del mercado donde hay millones de personas, si no miles de millones de personas, que tienen deseos subjetivos que quieren, que cambian todo el tiempo, ¿cómo se equilibra todo eso en algo más que mero caos, locura y hostilidad? Una de las formas de hacerlo es reconociendo los límites de su conocimiento en lugar de exigir que todos excedan lo que usted considera el conocimiento pleno de lo que es correcto, lo que es apropiado, lo que es valioso y lo que no lo es. Ésta es también una de las razones por las que los marxistas de la época odiaban el posmodernismo, porque era la antítesis del marxismo, que creía que hay un valor o una esencia inherentes en cualquier situación dada y que eso no está sujeto a cambios.

Sumado a esto, quiero volver a Savater (2008), específicamente cuando sostiene que para Foucault la civilización occidental comenzó, a partir de determinado momento, a desplegar políticas de exclusión (la exclusión del loco, el delincuente, el enfermo) y a desarrollar instituciones para efectivizar eso en políticas (como el manicomio, la cárcel o el hospital):

> Foucault insiste en la idea de que lo importante de estas instituciones y sus políticas no eran los individuos afectados, sino la justificación de las exclusiones, que constituyen a la sociedad como su otro: nosotros —los que no estamos encerrados en esas instituciones— somos, así, los cuerdos, los honestos, los sanos; es decir, los normales. Se constituye así, perversamente, una identidad social. Foucault asegura que de esta manera se va desplegando un sistema de control social, y describe cómo se va haciendo más necesario y más represivo. Y cómo vamos todos a convertirnos de alguna manera en cómplices y en soportes de ese control social que se expresa privilegiadamente en esas instituciones de las que estoy hablando. La obra de Foucault reflexiona sobre la

> clausura y sus usos disciplinarios: manicomio, cárcel, cuartel, hospital, fábrica y —¿por qué no?— universidad o al menos escuela... Lugares en los que se entra para ser clasificado, vigilado, medido, normalizado, curado, reprendido, formado, conformado, evaluado, reformado, castigado, convertido en miembro forzoso o aquiescente de una institución racionalmente codificada. Foucault analiza la escuela como una de las instituciones de las que dispone la sociedad normalizadora y vigilante. Es allí donde se reproducen sus estructuras, y lo hace mediante ciertas técnicas disciplinarias, entre ellas, el examen.

Decía Foucault que «el pez nunca descubre que vive en el agua, de hecho vive inmerso en ella, su vida transcurre sin advertir su existencia. De igual forma, una conducta que se normaliza en su ambiente cultural dominante se vuelve invisible», o parafraseando a Fiódor Dostoyevski, la mejor forma de evitar que un prisionero se escape es asegurarse de que nunca sepa que está en una prisión.

Por ejemplo, para Foucault los exámenes reúnen las técnicas de jerarquías que vigilan y las técnicas de la sanción que normaliza. De esta manera, hay una mirada normalizadora, una vigilancia que da permiso a calificar, clasificar y castigar, que establece sobre las personas una visibilidad a través de la cual se los diferencia y sanciona. Es por eso que la idea de «examen» está altamente sumergida en un ritual donde vienen a unirse, en palabras de Foucault, la ceremonia del poder y la forma de la experiencia, el despliegue de la fuerza y el establecimiento de la verdad.

Por otro lado, los que se declaran enemigos del posmodernismo ahora parecen ser justicieros del arte y la estética, culpándolo de una «degeneración» y un «cambio irreversible y dañino» en el ámbito de lo artístico. Lo que simplemente hace el posmodernismo en la televisión, la arquitectura o el arte, como planteó Gillespie (2018), es poner en primer plano y celebrar la creación de significado en lugar de tratar de mostrar un producto perfectamente terminado al final que parece haber surgido de la nada. El posmodernismo pone de relieve de manera constante la idea de que se construye significado al observar las cosas. Es una estética muy útil, dice el autor, porque nos preguntamos cosas como éstas:

> ¿Cómo creamos significado? ¿Cómo construimos las cosas? ¿Cómo nos encontramos y nos definimos como individuos y como grupos? El posmodernismo dice que no hay ningún hecho en nuestras vidas que nos defina totalmente. Interseccionalidad, que es un término corriente en el feminismo, se trata de decir: «Cada uno de nosotros, quienesquiera que seamos, somos el producto o la suma de identidades, comunidades, orígenes, fuerzas históricas y fuerzas históricas múltiples, superpuestas y a menudo contradictorias». Para comprender completamente las cosas, necesitamos superponerlas una encima de otra para comprender exactamente dónde estamos en un momento dado y cómo podríamos interactuar de la manera más productiva, más pacífica, más interesante y más humanamente con otras personas a quienes no necesariamente reconocemos como parte de nuestra tribu. Lo único que podemos saber con seguridad es que sabemos menos de lo que creemos saber. Tienes que avanzar hacia el futuro, pero puedes hacerlo con un conjunto de políticas que sean mucho más humildes y limitadas que no dicte la vida de otras personas, o cómo vivir, o cómo estar en el mundo.

Jean François Lyotard definió el posmodernismo en *La condición posmoderna* (1979) como «incredulidad hacia las metanarrativas», hacia las grandes narrativas o relatos que buscan dar cuenta de la totalidad del conocimiento, la historia o la verdad. Es decir, que no se toma el conocimiento ni las afirmaciones de conocimiento como hechos, sino que se toma el conocimiento y la comprensión de las cosas como algo producido por humanos.

Y lo que Lyotard señalaba con esa definición es el ser escéptico ante las grandes historias que contamos. Se analiza lo que se dice, por qué se dice o quién saca rédito de ello. Gillespie lo explica de la siguiente forma, sumando a Thomas Szasz a la ecuación y planteando que ambos autores tienen muchas cosas en las que son diferentes, pero que en realidad también se superponen mucho, y «ésta es una de las cosas cuando llegas a esa incredulidad hacia la metanarrativa que Lyotard usó para definir la esencia del posmodernismo. Esto es el posmodernismo», dice Gillespie. Se trata de tomar todo un discurso y preguntar: «¿Es cierto?».

En esta conversación de Gillespie y Weissmueller (2018) se pone sobre la mesa el hecho de que se oye mucho que el posmodernismo «conduce al relativismo moral». La gente solía matarse entre sí en

América y Europa por cuestiones religiosas, y hoy ya no lo hacemos, y esto no es relativismo moral, es pluralismo, eso es lo que se debe comprender, retomar y apreciar, tal cual lo plantean los autores. El posmodernismo estaría celebrando entonces los límites del conocimiento humano, y no es que no tengamos ningún conocimiento, sino que el conocimiento que tenemos debe ser revisado, adaptado, descartado, ampliado e impulsado para que sepamos cada vez más. El posmodernismo sostiene que nuestro conocimiento es circunstancial, incierto, y que va a cambiar, va a evolucionar y, en el mejor de los casos, mejorar. Foucault hablaría de una arqueología del conocimiento en lugar de una comprensión divina de todo lo ocurrido en el pasado.

El posmodernismo resulta un espacio abierto de conversación y nos dice de frente que no somos perfectos, que nos equivocamos y que adquirimos conocimiento a medida que pasa el tiempo en lugar de que la verdad sea revelada en un éxtasis religioso o una moral suprema.

Parte II
Ideas y procedimientos que influyen en el debate político actual

La distinción que elegí hacer entre ideas, procedimientos, ideologías y filosofías es hasta cierto punto con fines didácticos. En la práctica, las cosas no están tan claras. Pero es importante entender que no todas las ideas organizadas, por utilizar una expresión que abarque todo el contenido de este libro, son parte de un proyecto político como principal preocupación y que no todas son doctrinas, algunas son simplemente metodologías de lucha o, tratándose la política de un charco tan contaminado, meros *modus operandi*, como es el caso del populismo, con el que voy a iniciar este listado.

13

Populismo

Este término ha sido utilizado a veces para definir fenómenos distintos, pero el populismo no es en sí mismo una ideología, sino más bien un estilo político, una metodología y un enfoque que puede manifestarse en distintas formas de gobernar, que casi podrían definirse como simplemente opuestas a los principios de la democracia liberal que se aplican a la práctica política, puesto que se trata de una estrategia que apela de manera directa a las masas como un todo que invisibiliza al individuo. Lo que es claro es que el populismo es un síntoma de la pérdida de la fe en la república, en el gobierno limitado y en la división de poderes. El populismo ha llegado para revolucionar la política de este siglo XXI.

El populismo es un término con una amplia gama de apellidos, pero que siempre emite un canto persuasivo, emocional, lleno de promesas, de un paraíso terrenal, así como las sirenas de Ulises. Steven Pinker (2018) explicó que el populismo se presenta en versiones de izquierdas y derechas que comparten una teoría popular de la economía como competencia de suma cero: entre clases económicas en el caso de la izquierda, entre naciones y grupos étnicos en el caso de la derecha, pero siempre con nacional-proteccionismo como elemento común.

Aunque el término se usó para fenómenos diferentes, el populismo actual es aquel que apela a sus altos porcentajes de apoyo como una forma de legitimar su falta de respeto a libertades básicas y a instituciones que tienen como fin preservarlas. Para ese fin recurre habitualmente a la victimización de unas mayorías abstractas para justificar su ataque a instituciones, personas y organizaciones, de

acuerdo a un peligro que inventa. El mayor peligro del que hablará el populismo es que la voluntad del populista sea resistida, porque ella expresa el bienestar del pueblo. El populismo dirá ser el defensor del pueblo contra las élites percibidas como corruptas o enquistadas. El populismo se arroga esa posibilidad de definir un peligro público, sin intervención de los ciudadanos, y sobrerrepresentarlos, hablar por todos más allá de lo que permite suponer un mero acto electoral y anteponer el pueblo a un antipueblo que será el objeto de sus ataques. Ideológicamente, el populismo, como decía antes, podría definirse básicamente como antiliberalismo. Por lo tanto, el populismo puede influir en distintas ideologías políticas y adoptar diversas formas, ya sea en democracias, sistemas autoritarios y otros modelos de gobierno.

Sin embargo, también hay un populismo menos descarado que el que viene actualmente de variantes como el chavismo o el trumpismo, que pretende resolver situaciones que percibe como injustas, avasallando las instituciones que hacen posible el mantenimiento de la libertad, en nombre de esos fines, e invocando una legitimidad que no tiene tal alcance, una tentación que siempre existirá para quienes transitan por la política.

Desde los estudios del populismo se indica que la aparición del mismo surgió en Rusia a fines del siglo XIX, con la aparición de un movimiento populista conocido como Narodniki (su traducción es «populismo»). Estos populistas rusos compartían preocupaciones similares con su contraparte estadounidense, centrándose en cuestiones agrarias y en la desigualdad social, encabezado por un movimiento de intelectuales y jóvenes críticos de la modernización occidental, que se habían propuesto la idea de «bajar hacia el pueblo». Por otro lado, el nacimiento del populismo también está vinculado a un movimiento político conocido como Populist Party (Partido Populista) en Estados Unidos, que apareció en la década de 1890, principalmente en el Medio Oeste y el sur del país. Los llamados populistas representaban a agricultores y trabajadores rurales descontentos con las condiciones económicas, la desigualdad y el poder de los intereses financieros y corporativos. Además, respaldaban medidas como la creación de un

sistema bancario federal, la regulación de los ferrocarriles y la acuñación ilimitada de dinero.

En ambos casos, tanto en Estados Unidos como en Rusia, el populismo da sus primeros pasos como respuesta a tensiones económicas y sociales, con la pretensión de representar a las clases agrarias y rurales frente a lo que se percibía como el poder concentrado en instituciones financieras y corporativas.

El populismo como fenómeno político tiene como característica la relación directa a la que apela el líder con lo que llama «pueblo» (la figura central), los que se sienten desfavorecidos y golpeados por la llamada «élite política», la «casta» o el *establishment*. Eso hace que, de manera automática, los caudillos populistas adopten una postura *antiestablishment* y emerjan, generalmente, como *outsiders*, presentándose como figuras que desafían las estructuras de poder. Vincular la élite al poder político o económico es de infinita utilidad para los populistas durante las elecciones o ya llegados al poder, puesto que les permite «explicar» la falta de éxito en la historia del país y también durante su propia gestión.

Los líderes populistas suelen ser exuberantes, carismáticos, demagogos, saben prender a las multitudes y en su dialéctica ellos son seres puros, moralmente superiores, estéticamente superiores. La comunicación, el lenguaje y la narrativa son factores determinantes a la hora del desenlace populista, el cual tiene una tendencia a asociarse con el nacionalismo, puesto que muchos de los mesías o caudillos populistas enfatizan la identidad nacional, la soberanía o los valores tradicionales.

Loris Zanatta, en el libro *Nacionalismo: el culto común del colectivismo* (2021), explica la dinámica del populismo de esta forma, sosteniendo que siempre se repite el mismo patrón: «Había una vez un pueblo virtuoso que vivía en paz y armonía, el pueblo "elegido". Pero su unidad se desmoronó, su virtud se corrompió; una "élite corrupta" se desconectó del "pueblo puro" amenazando su identidad y contaminando su cultura. Le tocará a un Mesías salvarlo y restaurar la pureza perdida, llevarlo a la tierra prometida donde la armonía volverá a reinar».

Zanatta argumenta que el populismo es un patrón emparentado con las religiones monoteístas, puesto que los populismos expresan en el plano temporal de la política un antiguo imaginario religioso, en el que «el pueblo de los orígenes es una comunidad de fe y su pureza es la del Edén, anterior al pecado original. La causa de su corrupción es la entrada en la historia, imperfecta y caduca, conflictiva e impredecible». Por lo tanto, remata, no es de extrañar que los líderes populistas se erijan en profetas y que su pueblo sea un pueblo fiel que espera un redentor.

El autor también dice que el populismo es nacionalista, puesto que exalta la nación como lugar sagrado de un pueblo mítico, del que encarna ritos y símbolos, expresa la identidad, establece el destino común y crea el «Estado ético», que a diferencia del Estado liberal, que es laico y no profesa ninguna fe o ideología, pero garantiza a todas plena libertad, el Estado populista sí tiene doctrina. Como tal, la nación del populismo no es un pacto político o legal, sino una comunidad histórica, un lugar del corazón, una comunidad de fe. Y su pueblo no es el de la Constitución, es decir, todo el pueblo con derechos civiles y políticos, sino esa parte del pueblo que guarda su «cultura» (¿pureza?). La nación y el pueblo de los populistas latinoamericanos evocan a los de los románticos alemanes, quienes, al encontrarse sin Estado unitario, idealizaron la unidad cultural y moral por encima de la unidad política y jurídica. Por tanto, invocaban la «esencia» de la nación como si fuera un cuerpo dotado de alma, un organismo vivo. De ahí el culto populista al «ser nacional» llamado peruanidad, mexicanidad, argentinidad.

Asimismo, el populismo tiene una potente impronta de paternalismo, en el sentido de que presenta un modelo en el cual el gobierno interfiere en los derechos y libertades de los individuos con el pretexto de protegerlos o beneficiarlos de algún modo. El clientelismo, que es una práctica arraigada en la política, donde los gobernantes o personas influyentes con aspiraciones políticas aseguran recursos públicos específicamente destinados a un segmento de la población a cambio de su respaldo, también puede formar parte de una arista del populismo, sus mecanismos y artimañas.

Esta estrategia política implica una relación transaccional, en la que los que están en el poder usan la distribución selectiva de beneficios (empleo público, asistencia económica, regulaciones para ayudar a sus amigos) para consolidar y mantener la lealtad de determinados sectores de la sociedad. El clientelismo acaba impidiendo la transparencia y la calidad de gobernabilidad democrática, favoreciendo intereses particulares en lugar de promover una sociedad productiva, libre y desarrollada.

De todas formas, el populismo como estrategia política ha dejado una huella significativa en la historia reciente, manifestándose, como ya se ha mencionado, tanto en movimientos de izquierdas como de derechas.

En Estados Unidos, el populismo regresó disfrazado de distintas formas y con fuerza en el movimiento anticomunista de principios de la Guerra Fría, influido por el miedo a las ideas de izquierda dentro de los sectores conservadores estadounidenses. El discurso se diseñó entonces de forma tal que para los movimientos y líderes populistas anticomunistas, «We» o «el pueblo» eran los estadounidenses patrióticos, los «verdaderos», mientras que la élite que vivía en las zonas costeras, principalmente en el noreste, apoyaba las ideas progresistas que los conservadores habían declarado «antiamericanas».

Con el tiempo, a lo largo de la década de 1970, el movimiento anticomunista fue calmando sus aguas, en gran parte porque la caza de brujas llevada a cabo por el macartismo (término que deriva del senador Joseph McCarthy) empezaba a preocupar y porque la visión de superioridad de Estados Unidos frente a una decadente Unión Soviética comenzaba a evidenciarse, debilitando el miedo paranoico a una invasión del país norteamericano por parte de los comunistas. Luego, y aunque quizá no se pueda catalogar como «populista», Nixon hizo popular el término *mayoría silenciosa* como referencia a la mayoría del «verdadero» pueblo estadounidense, que habría sido silenciado por una élite.

En los años recientes, el populismo en Estados Unidos ha desempeñado un papel llamativo con la figura de Donald Trump, quien durante su presidencia (2017-2021) adoptó un enfoque populista que

apeló directamente a las «preocupaciones» de la base electoral, promoviendo políticas nacionalistas y *antiestablishment*. Cuestiones que ya estaban en nuestro lenguaje político, como el comunismo, con el populismo se transforman en fantasmas para polarizar a la población. Es lo que hace el Partido Republicano secuestrado por Trump. A todo le llama izquierda o comunismo, aunque podría decir simplemente «los malos».

El populismo también encontró su expresión en movimientos como el Frente Nacional en Francia, liderado por Marine Le Pen, y en lo que fue el nacimiento de Podemos en España, surgiendo en su momento en respuesta a la crisis económica y la percepción de desconexión entre la política y la ciudadanía. La crisis financiera de 2008 proporcionó un impulso significativo a los movimientos populistas de izquierda. Un ejemplo fue el ascenso de Syriza en Grecia, una coalición de izquierda que llegó al poder en 2015 y atribuyó los problemas económicos de Grecia a los partidos tradicionales, capitalizando el descontento popular generado por la crisis financiera.

En América Latina, el populismo ha sido una fuerza influyente a lo largo del siglo xx. Un ejemplo destacado fue el de Hugo Chávez en Venezuela, quien, bajo la bandera del socialismo, empleó una retórica populista para movilizar el apoyo popular y consolidar su poder político en la década de 1990 y principios del 2000 afirmando lo siguiente: «Yo, Chávez, soy el pueblo». Venezuela, que en los años sesenta fue tan rica como Noruega, ahora, después de largas décadas de este régimen, tiene una inflación galopante y su población vive en la completa miseria.

Estos ejemplos ilustran cómo el populismo ha permeado diversas regiones y contextos políticos, sirviendo como una estrategia efectiva para el caudillo a la hora de movilizar a las masas, amasar el poder y presentarse como el defensor de los intereses populares. Juan Domingo Perón fue otra expresión de ese tipo de populismo, inspirado en el fascismo italiano que tenía ya influencia en Argentina en los sectores conservadores. Perón convierte las ideas nacionalistas y aislacionistas en una forma de populismo demagógico.

El kirchnerismo, una derivación del peronismo, también tiene esta raigambre populista, pero no escapa a esa definición tampoco el nuevo presidente argentino Javier Milei, que habla sobre cómo él es capaz de tener una mirada tan elevada que el problema lo tienen sus críticos que «no la ven», y comienza su gobierno enfrentando al Congreso y descalificándolo, antes incluso de que el Congreso interviniera para tratar sus proyectos de ley. En el mes de febrero, el Congreso rechazó una ley propuesta por él que tenía como fin otorgarle poderes extraordinarios: al día siguiente sacó un comunicado, tanto desde su cuenta personal en redes sociales como la de presidencia, con un listado con los nombres de quienes votaron en contra, denominándolos traidores a la patria y delincuentes, justo el mismísimo mecanismo al que recurría Hugo Chávez durante sus años en el poder.

En el contexto del Renacimiento italiano, Maquiavelo, reconocido político y filósofo, legó un tratado político titulado *El príncipe* en 1532. En esta obra, delineó principios sobre qué acciones debían y no debían emprender los líderes políticos para asegurar el éxito en el ámbito político. El término *maquiavélico* ha perdurado hasta nuestros días, utilizado para describir a personas, especialmente políticos, que emplean cualquier medio a su disposición para alcanzar sus objetivos, reflejando así la influencia duradera de las ideas de Maquiavelo en la comprensión de la política y su vínculo con el populismo tal cual lo conocemos en la actualidad.

La conexión entre las estrategias políticas y la manipulación de la percepción pública también fue señalada por H. L. Mencken, quien describió la «estrategia del demagogo», que consiste en mantener a la población alarmada presentándole una sucesión interminable de amenazas, muchas de las cuales son imaginarias. Este enfoque, según Mencken, crea una demanda de liderazgo y protección, lo que lleva a la población a buscar refugio en líderes que prometen seguridad en medio de la incertidumbre. No por casualidad la misma literatura medieval estaba llena de fantasmas, monstruos y brujas. El demagogo recurre a versiones recicladas del mismo juego. Ellos son siempre los salvadores de los peligros que inventan, sosteniéndose en la idea de que existe una

«inseguridad cultural» de la cual hay que defenderse, invitan al rechazo de ideologías, personas o cualquier cosa amenazante para la «identidad» y homogeneidad del pueblo. El nacional-proteccionismo, como diría Pierre Rosanvallon (2020), es una de las facetas que constituyen el eje capital de la cultura política y económica de todo populista, sumado a un régimen de pasiones y emociones.

El populismo podría convertirse en una especie de ideología en un mundo tan raro y complejo como éste en el momento en que se convierte en una «ensalada» de cosas que no tienen sentido alguno: el populismo de derechas, por ejemplo, mezcla un sentido distorsionado de liberalismo «meramente económico» con la religión, y busca su ensalzamiento mediante un cúmulo de políticos, académicos, *think tanks* y aplaudidores sin escrúpulos y con ideas incompatibles que les sirven para que una masa sin conocimientos compre el mensaje a través de la sensación de miedo y peligro que el populista ha creado, a la vez que crea enemigos dialécticos y fantasmas para disfrazar su propia falta de principios coherentes.

Este término que aparece con frecuencia en estas últimas dos décadas es un *modus operandi* en alza utilizado por partidos de todo corte ideológico, que promueve la idea de que la sociedad está dividida en dos grupos humanos (el pueblo y la élite; nosotros y ellos) que tienen que ir al choque y vivir en un enfrentamiento.

Trump hablaba en 2016 de «drenar la ciénaga» (*drain the swamp*) para liberar de la corrupción al gobierno norteamericano. En una entrevista realizada en 2018, su asesor principal Steve Bannon destacó la estrategia que consideraba necesaria para la vía electoral de 2016. Bannon dijo lo siguiente: «Nos eligieron por nuestra campaña de ataque a la corrupción, por querer encerrar a Hillary Clinton, construir el muro en la frontera con México, por pura rabia. La rabia y el miedo hacen que la gente salga a votar». La declaración de Bannon señala las emociones como impulsoras de la participación política para el populismo y la toma de decisiones en el ámbito electoral.

Lo que sí ha quedado claro es que el monopolio del populismo como comportamiento político ya no pertenece exclusivamente a la izquierda.

Ejemplos claros de esto son el chavismo y el trumpismo, que no se enfrentan directamente entre sí, sino que más bien entablan debates con versiones distorsionadas de sus respectivos opositores. En este juego de espejismos políticos, el chavismo confronta a un fantasma del capitalismo, mientras que el trumpismo se enfrenta a un fantasma o imagen distorsionada de la izquierda, como ya mencioné.

Tanto el chavismo enfrenta una derecha inventada, como el trumpismo se opone a una izquierda creada *ad hoc*, por eso no chocan. En Venezuela, Maduro se encuentra en guerra con sus opositores, no hay debate de ideas alguno, simplemente su régimen se define como socialista y los que no quieren su gobierno despótico son la derecha. Para Donald Trump y toda la nueva derecha y la derecha alternativa, incluido el paleolibertarismo y el nacionalismo cristiano, la izquierda no es Maduro ni Vladímir Putin, ni siquiera Kim Jong-Un, el déspota norcoreano, sino la «ideología de género» (el conocimiento más actualizado sobre el género), las libertades LGTBI+, o su mero estatus de igualdad con las demás personas, los inmigrantes, salvo de países nórdicos, y la prensa, los jueces y fiscales que los investigan, etcétera.

Así conviven los populismos de izquierda y derecha sin molestarse entre ellos y confrontando cada uno sus propios fantasmas. Los populismos se hermanan, se tocan, se retroalimentan y funcionan de manera pendular. Al final del día, el «váyanse al carajo, yanquis de mierda» de Hugo Chávez se equipara perfectamente al «váyanse al carajo, zurdos de mierda» de Javier Milei.

Lo que es importante entender en la política actual es que un populismo no se resuelve con otro populismo, como una dictadura no se resuelve con otra dictadura. No hay dictaduras buenas o dictaduras menos malas, y toda persona que defienda la democracia liberal jamás puede contemplar una dictadura con buenos ojos, siempre debe confrontarla. Lo mismo sucede con el populismo: no hay «buen populismo» o «populismos menos malos». El liberalismo, de hecho, es totalmente incompatible con el populismo, y por eso un populismo de derechas jamás puede ser liberal. Como decía Ayn Rand en *Capitalismo: el ideal desconocido* (1966), «el asunto no es la dictadura de una "buena"

pandilla frente a la dictadura de una "mala" pandilla. El asunto es libertad frente a dictadura».

Esta dinámica encuentra su terreno fértil en una sociedad desorientada que, aceptando falsedades como verdades o verdades falsas, se muestra dispuesta a adoptar otras narrativas distorsionadas en momentos de frustración y miedo. La infección del populismo se arraiga en la vulnerabilidad de una sociedad que, desviada por la desinformación, se ve atrapada en un ciclo perpetuo de aceptación acrítica de narrativas políticas simplificadas y engañosas.

En prácticamente todos los casos, el populismo se asocia con líderes carismáticos que llegan al poder a través de procesos democráticos, adoptando un lenguaje con promesas políticas que reflejan las preocupaciones de la gente, aprovechando el descontento social y desafiando las estructuras de poder existentes.

Zanatta (2021) nos cuenta que cuando los populismos ganan por la vía democrática, su forma de gobernar no será democrática: «Modifican las normas constitucionales para asegurarse la perpetuación en el poder. Mientras tanto, el gobierno engloba o subordina todas las instituciones que deberían equilibrar su poder: tribunales y fuerzas armadas, escuelas y sindicatos, prensa y empresas. Sus regímenes se convierten así en regímenes de partido único o de partido dominante: así era el mexicano del Partido Revolucionario Institucional (PRI), así es el peronismo, así es el chavismo y así son los otros populismos. El pluralismo, sal de toda sociedad abierta y democrática, sufre o desaparece».

Sin embargo, también los populismos surgen en contextos autoritarios, dictaduras y otras formas. Es decir, el problema no es la «democracia», la cual de hecho ve sus instituciones debilitadas tras la llegada del populista, que recurre a la polarización y a la simplificación de problemas complejos a partir de la retórica mesiánica, erosionando el Estado de derecho y dividiendo a la sociedad entre «ellos» y «nosotros». Los populistas utilizan las vías democráticas para alcanzar influencia y llegar al poder, pero las socavan una vez que entran en el gobierno. Se presentan como democráticos, pero en la práctica muestran su incomodidad con el debate democrático y la libertad de prensa.

14

Democracia

La democracia no es una ideología, eso está más que claro. Implica la capacidad de discutir ideologías en un marco de tolerancia, en todo caso, necesariamente sin poner en riesgo las condiciones básicas de ese diálogo. Por eso la democracia supone una cuota importante de libertad e independencia del ciudadano, de otra forma carece por completo de sentido. La democracia, en realidad, es un sistema de gobierno que se basa en que el poder proviene de la gente, de los habitantes de un territorio, quienes participan en la toma de decisiones del gobierno a través del voto directo o mediante representantes que se eligen.

Inicialmente, como en Atenas, las democracias eran directas: los ciudadanos que podían votar se reunían para hacerlo en asambleas y sobre temas específicos. Con el crecimiento de las poblaciones, esto se volvió menos práctico y dio paso a la democracia representativa, en la que los ciudadanos eligen representantes para tomar decisiones en su nombre. Ésta es la norma actual, aunque la democracia directa persiste aún en los referéndums, cuando el gobierno consulta a los ciudadanos sobre temas particulares. Algunos países realizan referéndums ocasionalmente, como lo hizo el Reino Unido con el Brexit, mientras que otros, como Suiza, los utilizan regularmente para obtener la aprobación ciudadana en decisiones importantes.

Hay distintas formas de democracia: la directa, la representativa, los sistemas mixtos y hoy incluso se habla de «democracia iliberal», sostenida por líderes nacionalistas al estilo del primer ministro húngaro Viktor Orbán, quien defiende y propone el concepto de manera abierta.

Sin embargo, todavía nos faltan algunas páginas para llegar a eso. Comencemos por lo positivo.

La palabra *democracia* proviene de los términos griegos *demos* [pueblo] y *kratos* [gobierno], y representa un concepto antiguo, pero también contemporáneo. Puede decirse que la primera democracia conocida fue la ateniense en la antigua Grecia, establecida alrededor del año 508 a. C. bajo el liderazgo de Clístenes de Atenas, quien no lo llamó democracia, sino *isonomía* o igualdad ante la ley. No obstante, no era una democracia completa como la que conocemos ahora, sino una bastante incompleta, que sólo respetaba los derechos políticos de los ciudadanos varones mayores de edad cuyos padres fueran atenienses. Aunque limitada, marcó un hito en la evolución de los sistemas políticos que vendrían más adelante.

Heródoto, el historiador griego antiguo, nos proporcionó uno de los primeros y más antiguos análisis sobre la democracia. En su obra *Historias*, escrita alrededor del año 440 a. C., mencionó que el demócrata noble persa Ótanes, quien apoyó a Darío I en su ascensión al trono como tercer rey de la dinastía aqueménida de Persia, elogió la regla de la mayoría por su justicia y ausencia de abusos de reyes. Tucídides nos proporciona la primera historia de la democracia griega al escribir *Historia de la guerra del Peloponeso* entre los años 431 y 404 a. C., en la que, además de describir el conflicto bélico entre Atenas y Esparta que tuvo lugar en el siglo V a. C., abordó temas sociales y políticos, entre ellos la democracia ateniense.

Algunos filósofos antiguos como Platón cuestionaron la estabilidad y la eficacia de la democracia. Platón, en particular, expresó sus preocupaciones acerca de los demagogos, líderes carismáticos que podían manipular a las masas con palabras engañosas. Además, temía que la democracia pudiera degenerar en un punto de partida hacia la tiranía si no se manejaba adecuadamente, convirtiéndose en demagogia.

Platón mostraba preferencia por un sistema aristocrático gobernado por «filósofos-reyes» con conocimientos superiores; Aristóteles, en su obra *Política*, reconoce que la democracia, cuando está guiada por la ley,

es una forma aceptable de gobierno y la clasificó como una forma «política» cuando evitaba la llamada tiranía de la mayoría.

En el libro VIII de *La república* de Platón, Sócrates aborda la cuestión del gobierno, la evolución de sus formas y la naturaleza humana. En este diálogo, Sócrates habría planteado la idea de que, en general, las personas no tienen una inclinación natural hacia el autogobierno, sino que más bien tienden a buscar un líder fuerte al cual seguir. Es Sócrates quien, de hecho, da un giro humanista, social, enfocado en el sujeto, marcando un antes y un después. Sócrates se dedicó a problemas éticos y conceptuales: planteó la necesidad de conocer las cosas indagando en lo esencial, en su concepto o en la definición en sí. Es decir, el intelectualismo ético, el saber la verdad. Para Sócrates, conocer la justicia, la virtud o el bien estaba conectado de manera directa con ser justo, virtuoso y bueno.

Platón y Aristóteles discutieron acerca de la democracia: uno la veía con escepticismo y el otro reconocía su potencial si era bien administrada. No obstante, la idea de democracia moderna no se consolidó y materializó hasta los siglos XVIII y XIX, y alcanzó su plena madurez recién en el siglo XX, cuando el sufragio se volvió universal en los países que la adoptaron, sin discriminación por color de piel, ingresos o género.

En la democracia moderna, el poder proviene de los habitantes y se delega en representantes electos. El pueblo es un abstracto que representa el basamento del poder, pero el abstracto no puede sobreponerse al concreto individuo. El pueblo en realidad adquiere sentido en el principio democrático porque es el opuesto al monarca. Es importante para entender su sentido que el principio popular no se opone a los individuos, como hace el populismo, sino al absolutismo del poder. Al menos así aparece en la historia, por más que luego es tergiversado por la práctica política.

La soberanía popular implica que todo el poder político legítimo emana de la población, no de fuentes divinas o de monarcas. Esta idea se vincula al llamado contrato social, abordado por diferentes autores a lo largo del tiempo. En este acuerdo, la gente acepta ser gobernada a

cambio de que sus líderes salvaguarden su seguridad, libertad y propiedades. En caso de abuso de poder, la población tiene el derecho de rebelarse. Aunque la democracia aspira a que la gente se autogobierne, en la práctica, especialmente en sociedades extensas, es complicado que todos participen directamente. Por ende, la población elige representantes que gobiernen en su nombre.

Autores como Benjamin Constant la consideraron como un sistema en el que se elige a los gobernantes mediante el voto mayoritario, pero también se protegen los derechos de las minorías. Constant conceptualizó la libertad como un sistema que permite a las personas descubrir y desarrollar sus personalidades e intereses individuales. Como decían sus contemporáneos, Constant amó tanto la libertad como otros hombres aman el poder.

La democracia busca traducir los variados intereses de la sociedad en políticas públicas aceptadas. Una república, en esencia, implica un gobierno sin monarca, donde el poder emana directamente de la población. Los primeros defensores del gobierno republicano en Estados Unidos se preocuparon por proteger la democracia de posibles líderes corruptos y populistas mediante la creación de instituciones resistentes. James Madison empleó el término *república* en los *Federalist Papers* para describir un sistema con representantes elegidos.

Esta serie de ochenta y cinco ensayos escritos por Alexander Hamilton, John Jay y James Madison bajo el seudónimo colectivo de «Publius», fueron publicados entre 1787 y 1788 con el fin de impulsar la ratificación de la Constitución de Estados Unidos. Abordan la estructura y propuesta de gobierno basada en la división de poderes y otros asuntos constitucionales que fueron la base del país. Los principios republicanos son los encargados de velar por la salud de la democracia y darle sentido, pues cuando se pierden las características republicanas, el gobierno deja de representarnos y se vuelve una ficción. Alexander Hamilton señala este concepto de república en uno de los números de sus ensayos.

En la actualidad, se usan indistintamente los términos *república* y *democracia* para referirse a este tipo de gobierno. Muchos países del mundo combinan los elementos democráticos y republicanos en sus

sistemas y modelos de gobierno. No obstante, como ya hemos observado antes sobre la deriva extraña de los conceptos, en la actualidad hay muchos países que se denominan a sí mismos democracias o repúblicas, pero no permiten que la población tenga voz en la toma de decisiones ni en las elecciones, como es el caso de la República Popular China, la República Bolivariana de Venezuela o incluso lo que fue la República Democrática Alemana, el lado oriental soviético en la Alemania dividida tras la Segunda Guerra Mundial.

La democracia, etimológicamente «gobierno del pueblo», ha sido analizada por diversos pensadores a lo largo del tiempo. Abraham Lincoln definió la democracia como «gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Jeremy Bentham y James Mill, influyentes filósofos del siglo XIX, respaldaron la democracia desde la perspectiva del utilitarismo, sosteniendo que las acciones gubernamentales deben buscar el mayor bien para el mayor número: el primero sostenía que la democracia es un medio para la participación y expresión de la voluntad de la mayoría; el segundo defendió la democracia representativa y puso énfasis en la importancia de la educación para que la participación sea informada. Winston Churchill, con ironía, la describió como «la peor forma de gobierno, excepto por todas las demás». Estas perspectivas reflejan la complejidad y evolución del concepto en el decurso de la historia.

Alexis de Tocqueville, diplomático e historiador francés, visitó Estados Unidos en 1831 y quedó impactado al comprobar que la democracia y la igualdad habían avanzado más que en Europa. Expuso sus ideas en *La democracia en América*, obra dividida en dos tomos, el primero de 1835 y el segundo de 1840, en la que realiza un detallado examen personal sobre la sociedad estadounidense durante uno de sus viajes: destaca las fortalezas y debilidades de este nuevo país, resalta la importancia de la asociación y la participación cívica, y hace hincapié en la descentralización del poder y la igualdad política como elementos para el buen desarrollo de la democracia. Tocqueville notó que este nuevo país era una sociedad de pioneros, en la que cada individuo empezaba una nueva aventura.

En *Por qué el liberalismo funciona* (2020), Deirdre McCloskey resaltó que a mediados del siglo XIX pensadores como John Stuart Mill y Alexis de Tocqueville vieron la urgencia de «asumir la existencia de una democracia política profunda». También observó que mucho más adelante, en la década de 1920, la pionera de la teoría de la gestión y resolución de conflictos, Mary Parker Follet, definió la democracia no únicamente como el voto de la mayoría, sino «como un programa verdaderamente liberal para el descubrimiento de soluciones *win-win*», donde todas las partes involucradas obtienen beneficios mutuos. Las ideas que se enfrentan al autoritarismo, a los gobiernos despóticos o a las teocracias se extendieron y crecieron durante los momentos más candentes de las revoluciones democráticas desde finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, cuando las concepciones democráticas surgieron como parte y producto de las ideas ilustradas, del pensamiento crítico, la conquista de derechos y la razón.

La democracia moderna está basada en el sufragio universal, que permite a todos los ciudadanos votar sin importar su género, su estatus económico o el color de piel. Lo que podemos llamar como Estados democráticos son sistemas cimentados sobre los derechos humanos y civiles, que están protegidos y establecidos en una constitución, como un acuerdo que pauta las relaciones entre la sociedad y el gobierno, y un conjunto de normas que regulan al gobierno, establecen los derechos de los ciudadanos, explican cómo se divide el poder y qué protecciones tienen los ciudadanos. No obstante, aunque podemos definir la constitución como un conjunto de normas, en realidad es mucho más que eso: la identidad política de un país, donde se definen y resumen sus valores, y donde se exponen los ideales a los que aspira llegar.

Una constitución establece las funciones de los tres poderes del Estado y detalla cómo debe el presidente o el primer ministro rendir cuentas ante diferentes órganos y cómo debe ser elegido o destituido. Este documento debe especificar el proceso de enmienda para continuar reflejando valores y principios, e incorporar aquellas cuestiones que no se consideraron relevantes en su redacción original. Por ende, las constituciones son documentos vivos. Lo importante no es tanto el grado

de ajuste de la constitución a un texto o intención original o a una visión flexible. Las constituciones nacen para limitar el poder, por lo que limitarlo aún más y respecto de más personas nunca podría chocar con los principios de libertad que dieron lugar a la creación de las constituciones.

La primera constitución del mundo es la de Estados Unidos, redactada en 1787 y conformada como un documento fundamental que establece la estructura del gobierno y los principios que rigen la nación. El 4 de julio de 1776, las trece colonias británicas en América del Norte declararon su independencia. En 1783, estos estados lograron la victoria sobre Gran Bretaña en la Guerra de Independencia. Durante la Convención de Filadelfia en 1787, cincuenta y cinco delegados debatieron sobre cómo gobernar este nuevo país. La constitución resultante entró en vigor en 1789 y fue complementada con la Carta de Derechos en 1791, más conocida como las primeras diez enmiendas de la constitución: algunos de los derechos incluidos son la libertad de religión, el derecho a la libertad de expresión, a un juicio justo y a no ser sometido a castigos crueles, entre otros.

A medida que el tiempo fue pasando, la Constitución ha ido evolucionando, hasta con veintisiete enmiendas entre 1791 y 1992. En su momento, la Constitución no puso fin a la esclavitud, pero los principios filosóficos que fundamentaron la creación del país eventualmente llevaron a la abolición de la esclavitud, a pesar de que los redactores constitucionales no tuvieron la capacidad de verlo y hacerlo directamente. Estados Unidos otorgó la nacionalidad y el derecho al voto a los afroamericanos después de la Guerra de Secesión mediante la ratificación de la decimoquinta enmienda en 1870.

Resulta bastante llamativo que los padres fundadores tuvieran la capacidad de establecer las bases fundacionales de un proyecto tan importante como el de Estados Unidos y sin embargo no fueran capaces de ver el problema moral que representaba la esclavitud. Y menos aún vieron otras cuestiones que surgirían más adelante, como la igualdad de la mujer, los derechos de los menores de edad o de aquellos que eran criminalizados por su sexualidad.

Como sostienen John Hope Franklin y Evelyn Higginbotham en *From slavery to freedom* (2010), Jefferson, la persona que sostenía que «todos los hombres son iguales», fue propietario de cientos de esclavos y trató de una manera atroz a las personas negras. Los autores describen que «la esclavitud en Estados Unidos ha sido siempre la gran herida del pecado original, una cicatriz de arriba abajo en lo que es un cuerpo para ser admirado y emulado». La persecución a quienes se oponían a las políticas segregacionistas fue una advertencia para Estados Unidos sobre su doble moral, puesto que a pesar de promover una idea de democracia que establece que todas las personas son iguales, reprimía los derechos de sus propios ciudadanos.

¿Qué pasaba por la cabeza de los propietarios de personas esclavizadas? ¿Dormían tranquilos los dueños de esas personas? ¿Pensaban realmente que estaban haciendo algo nauseabundo? ¿Cómo era posible que alguien ejerciera y aceptara esos abusos sobre otros seres humanos? Éste es un asunto que trata del etiquetado y su relación con el poder: las etiquetas han servido para ejercer control social y han llevado a la estigmatización. El poder se ha manifestado a través de la capacidad de etiquetar a las personas, clasificarlas y asignarles roles basados en esas etiquetas. Siempre se trató de crear a un «indeseable». El prejuicio comienza cuando se le quita a las personas su reconocimiento total como seres humanos. Como dijo Thomas Szasz en su entrevista para *Reason* en 1973, «los sofás son cosas, y los seres humanos somos personas. Los sofás no piensan, no tienen estilos de vida; no tienen idea de qué color deberían ser, pero la gente se entusiasma mucho con los valores que deberían tener».

Las personas negras siguieron enfrentando miles de trabas y obstáculos con el pasar de los siglos, en una pesadilla que parecía no tener fin, como las prácticas y las leyes discriminatorias de Jim Crow, que fueron aplicadas principalmente en los estados del sur de Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX con el fin de institucionalizar la segregación racial, como ya he explicado anteriormente.

Tenemos un ejemplo paradigmático en el *cornerstone speech*, pronunciado por Alexander H. Stephens, vicepresidente de la

Confederación, el 21 de marzo de 1861. Este discurso tuvo lugar en el contexto de la guerra civil estadounidense y reflejó la defensa de los líderes confederados sobre la esclavitud y la creencia en la «inferioridad racial».

En su discurso, Stephens denunció los fundamentos de la Constitución de Estados Unidos argumentando que sus principios eran contrarios a las leyes de la naturaleza. Sostenía que el nuevo gobierno confederado se basaba en la premisa de la desigualdad, fundamentada en la creencia de que la persona negra no era igual a la persona blanca, y que la esclavitud era una condición natural y normal.

Así que a lo largo de una prolongada parte de la historia del país, y hasta hace muy poco, se negó el derecho al voto y se segregó a las personas negras en las instalaciones públicas, como hospitales, escuelas, baños públicos, fuentes de agua, áreas recreativas, transporte público, empleo, etcétera.

Además de la discriminación legal, las personas negras también tuvieron que enfrentarse a la violencia y las amenazas de parte de grupos racistas como el Ku Klux Klan (KKK), una organización que surgió en Estados Unidos después de la guerra civil, fundada en 1865 en Pulaski, Tennessee, por excombatientes confederados derrotados que sostenían que el sur había sido «conquistado» de manera injusta en la «guerra del norte». Creían que, como resultado, los blancos debían «afirmar la supremacía de su raza». Los miembros del KKK linchaban, daban palizas, cometían actos de terrorismo, perseguían, todo con el fin de oprimir a las personas negras y a los que pedían la igualdad. Este grupo expandió su odio hacia otros grupos y ha resurgido en momentos de la historia de Estados Unidos, por ejemplo, con actividades en la década de 1920 y durante la lucha por los derechos civiles en la década de 1960.

La influencia del KKK aún persiste; de hecho, podemos decir que existe un rebrote en la sociedad estadounidense, especialmente en el despertar de los supremacistas blancos, que se denominan a sí mismos *white christians*, y que como indican Andrew L. Whitehead y Samuel L. Perry, autores de *Taking America back for God: Christian nationalism in the United States* (2020), se trata de una aparente religiosidad que es más bien

una identificación racial: el mismo sinsentido conceptual y moral que estuvo detrás de la formación del KKK, el cual resurge producto de la nueva «cristiandad».

Whitehead y Perry insisten en señalar el fenómeno del «nacionalismo cristiano», esa creencia de que la nación es y tiene que ser cristiana, y que además exige que se preserve un orden social. Dicho nacionalismo cristiano, sostienen los autores, se otorga la potestad de decirles a los estadounidenses lo que deben pensar respecto a la inmigración, el control de armas, los ateos, el rol de género, la sexualidad, etcétera. Sobre este asunto corre por ahí una frase anónima que dice que cuando el fascismo llegue a Estados Unidos, lo hará envuelto en una bandera y cargando una cruz. Los autores lo explican de la siguiente forma:

> El nacionalismo cristiano, por lo tanto, en última instancia tiene que ver con privilegios. Coopta el lenguaje y la iconografía cristianos para encubrir fines políticos o sociales particulares con un simbolismo moral y religioso. El nacionalismo cristiano comprende creencias sobre la identidad histórica, la preeminencia cultural y la influencia política. Pero lo que es igualmente importante es que también alberga un contenido ideológico que a menudo está implícito. Esto incluye fronteras simbólicas que conceptualmente desdibujan y combinan la identidad religiosa (cristiana, preferiblemente protestante) con la raza (blanca), la natividad (nacida en Estados Unidos), la ciudadanía (estadounidense) y la ideología política (conservadora social y fiscalmente). Muchos creen que Dios está logrando sus propósitos en el mundo trabajando a través de Trump. Para una gran parte del público estadounidense, lo único que cuenta es si siente que se le está dando preferencia a su identidad religiosa y nacional. Un gobierno no puede basarse en la creencia de que todas las personas son creadas iguales cuando afirma que Dios prefiere a algunas. La ideología nacionalista cristiana se centra fundamentalmente en obtener y mantener el acceso al poder. Busca garantizar que un grupo en particular, con una visión específica para el país, disfrute de un acceso privilegiado a los pasillos del poder y tenga la capacidad de crear una cultura a su propia imagen [...]. Los datos de la Encuesta de Religión de Baylor (BRS) de 2017 muestran que el 29 por ciento de los estadounidenses están de acuerdo en que «el gobierno federal debería declarar que Estados Unidos es una nación cristiana». Aún más estadounidenses, el 46 por ciento, están de acuerdo en que «el gobierno federal debería defender los valores

cristianos». El nacionalismo cristiano es un marco cultural —una colección de mitos, tradiciones, símbolos, narrativas y sistemas de valores— que idealiza y aboga por una fusión del cristianismo con la vida cívica estadounidense.

Si continuamos haciendo viajes por la historia del país, encontraremos muchos ejemplos, y uno de ellos es un caso importante que recordar. Tuvo lugar en 1921, en Tulsa, Oklahoma. Allí se produjo un violento ataque de turbas blancas contra la comunidad negra y sus negocios en el próspero distrito de Greenwood, conocido como «Black Wall Street» debido a su prosperidad económica y empresarial. Todo empezó con la detención del joven afroamericano Dick Rowland, acusado de agredir a una mujer blanca. Los rumores y las tensiones aumentaron exacerbados por la prensa local, lo cual tuvo como desenlace una masacre que acabó con la vida de más de trescientas personas y la destrucción de sus propiedades.

Recordemos que en el siglo XIX las personas negras eran consideradas «tres quintos de persona», y que incluso después de acabar con la esclavitud, las leyes de Jim Crow insistían en la segregación racial desde escuelas hasta asientos en autobuses, obligando a las personas negras a sentarse en la parte trasera. Esto sucedió hasta el boicot de Montgomery, una protesta que se convirtió en un acontecimiento crítico en la historia del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos durante la década de 1950. Comenzó el 1 de diciembre de 1955 en Alabama, después de que Rosa Parks, una mujer negra estadounidense se negara a ceder su asiento en un autobús a un hombre blanco.

Rosa Parks fue arrestada y los líderes del movimiento por los derechos civiles, incluido Martin Luther King Jr., organizaron un boicot contra el sistema de autobuses segregados de Montgomery en respuesta. Durante más de un año, las personas negras evitaron utilizar los autobuses como protesta contra la discriminación racial, lo que generó un notable impacto en la economía local. Este acto desembocó en eventos que llevaron a la Corte Suprema de Estados Unidos a declarar inconstitucional la segregación en el transporte público en el caso *Browder v. Gayle* (1956). El boicot marcó el inicio de un período más

activo en el movimiento por los derechos civiles y estableció a Martin Luther King Jr. como un líder prominente en la lucha contra el racismo.

Pero hasta la década de 1960, cuando llegó verdaderamente la era de los movimientos por los derechos civiles y las libertades individuales, no comenzaron a implementarse leyes y tomarse medidas para eliminar las barreras discriminatorias.

Cerrando este paréntesis, y volviendo a la historia constitucional y democrática en otros lugares del mundo, cabe mencionar que otras naciones también han desarrollado documentos trascendentales, como es el caso del Reino Unido, que no tiene un documento único, sino actas parlamentarias, sentencias judiciales y convenciones establecidas a lo largo de los siglos, pero la Constitución de Estados Unidos es reconocida de manera amplia como una de las primeras y con mayor influencia en lo que se conoce como historia constitucional.

Para que la democracia funcione correctamente, requiere información para el votante, y que el mismo pueda ejercer su voto en libertad. En la actualidad, con gobiernos que tienen todavía mayor control sobre la información, se vuelve crucial contar con un marco legal sólido y una prensa verdaderamente libre.

En esencia, la democracia es un sistema político que da a la ciudadanía el poder de elegir quién gobierna su país, pero también quién dejará de hacerlo. Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2017) sostienen que la democracia (sin adjetivos) se define mejor como la combinación de «soberanía popular» y la regla de la mayoría; nada más y nada menos. Por lo tanto, argumentan, la democracia puede ser directa o indirecta, liberal o no liberal. De hecho, la etimología misma del término alude a la idea de autogobierno del pueblo, es decir, un sistema político en el que el pueblo gobierna. No es casualidad que la mayoría de las definiciones básicas consideren la democracia, en primer lugar, como un método mediante el cual los gobernantes son seleccionados en elecciones competitivas. Así pues, las elecciones libres y justas corresponden a la propiedad definitoria de la democracia, es decir, en lugar de cambiar a los gobernantes mediante conflictos violentos, la gente acuerda que los que gobiernen deben ser elegidos por la regla de la

mayoría (sin que olviden que esto no les da el poder absoluto de hacer lo que les da la gana, ni los convierte en monarcas).

Y es cierto, la democracia es poder votar, pero la historia del sufragio es compleja: ni siquiera aquellas revoluciones del siglo XVIII que encontraban su inspiración en los valores de la igualdad y la libertad pudieron ampliar el derecho al sufragio más allá de los varones blancos mayores de edad.

Durante el siglo XIX, distintos movimientos pelearon por la expansión del derecho al voto. Grupos como los abolicionistas en Estados Unidos, que respaldaron los derechos de las personas negras a votar, y las sufragistas en Inglaterra, que peleaban por expandir el voto a las mujeres, cumplieron un papel indispensable en el logro de la expansión de este derecho.

Nueva Zelanda se destacó al otorgar el derecho al voto a las mujeres en 1893. En 1918, el Reino Unido concedió el derecho al voto a las mujeres mayores de treinta años y a los hombres mayores de veintiuno. En 1928, se amplió a mujeres mayores de veintiún años. Las mujeres en Estados Unidos obtuvieron el derecho al voto en 1920. En Arabia Saudita, este derecho no se estableció hasta 2015. Sudáfrica celebró su primer sufragio universal en 1994 después de décadas de *apartheid*, un sistema de segregación racial que prohibía el voto a la población negra. En Afganistán, bajo la aplicación de la sharía (ley islámica), las mujeres sólo pueden salir de sus casas acompañadas por un varón, lo que restringe su derecho al voto.

Según Freedom House, una organización que evalúa la libertad y los derechos democráticos en todo el mundo, hubo un aumento positivo en los derechos políticos y las libertades civiles desde 1974 hasta principios de la década del 2000. Sin embargo, en los últimos quince años hasta 2021, se ha observado una disminución constante en estos indicadores, lo que se denomina «recesión democrática» o «depresión democrática». Este término refleja una preocupante tendencia global hacia la pérdida de calidad democrática. Factores como el ascenso de regímenes iliberales, la falta de independencia judicial, la persecución a los movimientos de derechos civiles, la imposición de una moral a través del

Estado y la pérdida de libertad de prensa están contribuyendo a este declive.

El índice de democracia global elaborado por la Unidad de Inteligencia de la revista *The Economist* clasifica la salud democrática de 167 países en cuatro categorías: democracia plena, democracia deficiente, régimen híbrido y régimen autoritario. Según la edición de 2022, sólo el 8 por ciento de la población mundial vive en países catalogados como «democracias plenas», que incluyen naciones escandinavas, europeas occidentales, Canadá, Nueva Zelanda, Australia, Japón, Uruguay y Chile. Noruega, Nueva Zelanda, Islandia y Suecia destacan como los países más democráticos del mundo.

El índice muestra un estancamiento global con un puntaje promedio de 5,29 sobre 10, similar al año anterior. Aproximadamente el 37 por ciento de la población mundial vive bajo regímenes autoritarios. Rusia experimentó el mayor retroceso, cayendo 22 puestos, hasta el número 146, mientras que Afganistán, China y Corea del Norte son los peor valorados globalmente.

La autocracia de Putin es la Meca de las nuevas autocracias de derecha. Con un componente tan moral y cristiano como hipócrita y criminal, constituye una especie de moralina oficial, en función de una actuación política carente de todo escrúpulo, que asesina a los disidentes a la luz del día, incluso aunque vivan fuera del país. A Dios invocando y con el veneno dando. Así se ha convertido Putin, a través de muchos años de trabajo e infiltración, en el gran inspirador del actual Partido Republicano estadounidense, con defensores abiertos y desvergonzados como el propagandista estadounidense Tucker Carlson, que acaba de volver sorprendido y feliz de Rusia después de su entrevista con el dictador (incluso justificó sus asesinatos diciendo que «todo líder mata gente»).

Putin se ha encargado de gestar durante décadas una pirámide inamovible bajo su control, que incluye asesinatos políticos, como sucedió este año con su mayor opositor, Alexei Navalny, persecución a la oposición, criminalización de la sociedad civil y la estructuración de una oligarquía a la que se le asignan los grandes negocios y forma parte de su

aparato, tanto dentro como fuera de Rusia. En la actualidad, estamos presenciando su intento de revivir el poderío de la Unión Soviética, pero bajo un socialismo nacionalista que defiende supuestos valores tradicionales que se manifiestan a través de la homofobia y el rechazo a la diversidad del mundo multicultural y libre, al que considera decadente, igual que Jordan Peterson. Putin, quien encabeza su propia «batalla cultural», lo expresó de la siguiente forma: «Rusia nunca dejará de lado el amor a la patria, la fe y los valores tradicionales. Occidente ha cancelado estos valores milenarios y eso es una degradación moral». Para su régimen, al igual que para muchos de sus aduladores de la nueva derecha o los paleo, la libertad corrompe y ante esto se presentan como en un estadio moral superior al de los demás.

Como vemos en estas páginas, la percepción de la democracia, así como hemos visto con cada término analizado, ha cambiado a lo largo de la historia. La manera de valorarla ha cambiado de forma significativa. En su mayor parte, intelectuales y políticos la despreciaban y preocupa que muchos lo sigan haciendo en la actualidad. La democracia a veces se aleja de sus principios y requisitos para ser real, pero la barrera que muchos quieren cruzar al despreciarla es directamente la de dejar de lado la legitimidad del ciudadano como actor principal de la política. Es el cambio de la democracia por la tiranía lo que se busca, no el cambio de la democracia por una república sana y todavía más democrática.

Democracia iliberal

La propuesta de democracia iliberal de Viktor Orbán consiste en la elección de un déspota que impone su criterio nacionalista, xenófobo, homófobo y conspiranoico, y arrasa como quiere con las instituciones democráticas. Sería así una especie de «despotismo democrático», con aliados en otros países también que dicen que todo es «por la defensa de la libertad», para lo cual plantean que existen determinadas amenazas y peligros que están poniendo en jaque la «civilización occidental», de la que ya hablamos.

Benegas (2023) remarca que estas amenazas y peligros que plantea la nueva derecha «cumplen el mismo rol que en la dictadura cubana tiene la apelación a una supuesta amenaza norteamericana: concentrar el poder en el salvador y sacrificar la libertad de sus chivos expiatorios y de los que se opongan». Son los que forman parte del entramado de la democracia iliberal y de la nueva derecha los que definen las libertades personales alcanzadas como si en realidad fuesen una muestra de lo que ellos mismos llaman «decadencia cultural». La deriva del concepto de democracia también es manipulado aquí.

Anne Applebaum (2021) aclaró que cualquier sociedad puede llegar a darle la espalda a la democracia y que nadie está a salvo, pues si nos guiamos por la historia, a la larga todas nuestras sociedades, afirma la autora, lo harán.

El sistema político que se considera antagonista o contrario a la democracia es la dictadura, un término que tiene su origen en la antigua Roma y proviene del latín *dictatura*, que era un cargo extraordinario conferido a una persona para que ejerciera un poder absoluto durante un período limitado de tiempo en situaciones de emergencia en la República romana.

Sin embargo, el término ha evolucionado para describir regímenes políticos en los que el poder está altamente concentrado, a menudo en manos de una sola persona, conocida como «dictador», que se caracteriza por la ausencia de elecciones democráticas significativas y por la limitación de derechos civiles. En este sistema, el líder ejerce un control autoritario sobre las instituciones gubernamentales, rompe con el Estado de derecho, la división de poderes, restringe la libertad de expresión, persigue a los opositores, reprime a la disidencia y se olvida de la rendición de cuentas. Lo más común es que los dictadores gobiernen hasta su muerte o sean derrocados a la fuerza. Los dictadores con mayor concentración de poder y control son capaces de dar inicio a dinastías, como sucede con los Kim en Corea del Norte, donde gobiernan desde el año 1948.

En otras palabras, una dictadura es un sistema político en el que una persona detenta el poder sin necesitar el consentimiento de los

habitantes del país, pero además la gente no tiene el poder para echar al dictador. Los dictadores toman el poder en tiempos de crisis, ante el colapso de un sistema político, por medio de una revolución o a través de un golpe de Estado (el derrocamiento ilegal y a la fuerza de un gobierno por un grupo de personas con poder político y/o militar que rompe con las reglas de gobierno acordadas), sumado a que la mayoría de los líderes catalogados como dictadores suelen ser líderes militares que tienen una trayectoria en las fuerzas armadas y además cuentan con su apoyo. En la actualidad, la nueva derecha está embriagada de nostalgia por los golpes de Estado.

Entre las décadas de 1950 y 1980, América Latina experimentó una serie de dictaduras militares que nacieron en medio de contextos políticos y sociales turbulentos. En este ambiente, la Escuela de las Américas, una institución militar estadounidense fundada en 1946 en Panamá, desempeñó un papel controvertido: es puesta en la mira por haber entrenado a oficiales latinoamericanos en técnicas de guerra y contrainsurgencia, y más tarde estuvieron implicados en violaciones a los derechos humanos durante las dictaduras en sus respectivos países. Algunos de los dictadores fueron Hugo Banzer en Bolivia, Juan Velasco Alvarado en Perú, Efraín Ríos Montt en Guatemala, Manuel Antonio Noriega en Panamá, Roberto D'Aubuisson en El Salvador, y Leopoldo Galtieri y Roberto Viola en Argentina.

Paraguay experimentó una dictadura prolongada liderada por Alfredo Stroessner desde 1954 hasta 1989. Brasil vivió bajo una dictadura militar desde 1964 hasta 1985, tras un golpe que derrocó al gobierno democráticamente elegido. Chile, en 1973, fue testigo del derrocamiento del gobierno electo de Salvador Allende y el establecimiento de una cruenta dictadura liderada por Augusto Pinochet que perduró hasta 1990, y que se fortaleció por el hecho de realizar reformas económicas promercado. Desgraciadamente, esa combinación parece ser el modelo de muchos que quieren recobrar las libertades de mercado y lo dictatorial de Pinochet (a algunos de estos «filósofos» pinochetistas para los que hay «dictaduras menos malas» también les gusta hacerse llamar «liberales»).

En Argentina, el golpe militar de 1976 dio lugar a una dictadura militar que se extendió hasta 1983: la junta militar que asumió el control derrocó a Isabel Perón, y a partir de ese momento se instauró un régimen caracterizado por la represión política, la censura, los asesinatos y las violaciones sistemáticas de los derechos humanos. Durante los primeros años, la junta militar estaba liderada por un grupo de comandantes militares, entre los que destacaba uno de sus líderes principales de este sistema genocida: Jorge Rafael Videla. Posteriormente, otros militares como Roberto Viola y Leopoldo Galtieri asumieron el poder. Mi abuelo paterno fue secuestrado y desapareció durante esta dictadura por pensar diferente al régimen. Nunca más se supo de él.

Diversas ideologías han estado asociadas estrechamente con regímenes dictatoriales. Por ejemplo, el fascismo propone la autoridad de un líder único y promueve el nacionalismo, mientras que el comunismo, con su énfasis en el partido único, a menudo lleva al líder a convertirse en dictador. Aunque algunas dictaduras pueden simular ser democráticas a través de elecciones parlamentarias aparentes, la realidad difiere significativamente. La dictadura se fabrica desde antes. Los opositores son reprimidos, y las elecciones están manipuladas para asegurar la victoria del partido en el poder o sus aliados. Estas prácticas, que distorsionan la esencia democrática y su significado, persisten en algunos lugares del mundo. Actualmente hay aproximadamente más de cincuenta países en el mundo donde se vive bajo dictaduras o regímenes autoritarios.

Pero existen otros términos relacionados con el tema. Por ejemplo, el que usamos para referirnos a líderes con poder absoluto es el de *déspota*, un sinónimo de gobernante autoritario que gobierna de manera opresiva. El «despotismo ilustrado» representó una peculiar combinación de autoritarismo monárquico y principios de la Ilustración en los siglos XVIII y XIX. En este sistema, un monarca gobernaba con poder absoluto, pero a la vez adoptaba unas ideas ilustradas para modernizar su gobierno, promoviendo una cuota de libertad de expresión, tolerancia religiosa y derecho a la propiedad privada.

En *El espíritu de las leyes* (1748), Montesquieu destacó una distinción entre el gobierno monárquico y el despotismo. Para Montesquieu, la república depende de la virtud, la monarquía del honor y el despotismo del temor. Mientras que las acciones de un rey en un sistema monárquico están guiadas por la ley y la tradición, el gobierno de un déspota se caracteriza por su naturaleza arbitraria y caprichosa, donde el poder está concentrado en manos de un solo individuo o una élite, y no hay límites significativos a su autoridad.

A lo largo del tiempo, el despotismo ha sido una constante en la humanidad. No basta con echar a un déspota para reemplazarlo por otro y esperar un cambio significativo. Lo que realmente protege a la sociedad del autoritarismo es el imperio de la ley; es decir, que sean las reglas las que gobiernen, no la voluntad arbitraria de un individuo, y siempre de la mano de la democracia y los derechos humanos.

Otro término es el de *tirano*, cuyo origen se remonta a la antigua Grecia: el *tyrannos* era quien tomaba el poder en lugar de heredarlo o acceder a él de manera democrática. En la antigua Grecia, sin embargo, no tenía la connotación negativa que a menudo se asocia con la palabra *tirano* hoy día. Actualmente, una tiranía es un sistema en el que gobierna un soberano que no tiene en cuenta el apoyo popular y tiene el significado moderno de gobierno dictatorial o un sistema en el que hay abuso de poder y falta de legitimidad en el gobierno que opera de manera opresiva.

Recapitulando, los términos *dictador*, *déspota* y *tirano* suelen ser utilizados de manera intercambiable, pero tienen matices distintivos. Aunque estas definiciones proporcionan límites generales, la interpretación precisa de estos términos puede variar según el contexto histórico y cultural.

Vale la pena cerrar con el ejemplo del presidente de El Salvador, Nayib Bukele, quien ha consolidado su poder de manera autoritaria y abusiva a partir de su popularidad. Bukele se autoproclamó ganador de las elecciones presidenciales, reeligiéndose y reclamando casi todos los diputados de la Asamblea Legislativa incluso antes de que se confirmaran los «números oficiales». Su método para lograr esto involucró cancelar la

Corte Suprema de Justicia, ignorar la alternancia en el poder establecida en la Constitución, utilizar los recursos públicos para su campaña y amedrentar a los magistrados del Tribunal Supremo Electoral. En palabras del propio Bukele tras su reelección: «Sería la primera vez que en El Salvador existe un partido político único en un sistema democrático, con toda la oposición junta pulverizada». En su concepción de democracia, él es el único que puede hablar y los demás sólo deben dedicarse a tomar nota. Más allá de toda la propaganda frecuentemente utilizada, la economía del país está peor y la pobreza ha aumentado.

Bukele gobierna con un pequeño círculo de confianza conformado por sus hermanos, en un estilo que refleja su concepción personalista de la democracia. Su visión del sistema democrático es cuestionada, y aunque ha logrado reducir los homicidios, la implementación de políticas de mano dura ha sido criticada por vulnerar derechos fundamentales y de personas inocentes según distintas organizaciones humanitarias.

Bukele ha culpado a un enemigo exterior, que incluye a diversas ONG, a George Soros y los medios de comunicación, refiriéndose a sus críticos como provenientes de las «élites». Vamos, de manual. Su gobierno ha sido acusado de consolidar un poder cada vez más autoritario buscando aislar al país del sistema financiero internacional y criminalizando la crítica y el periodismo independiente. El país ha experimentado una caída de 30 puestos en el índice de libertad de prensa, y miles de salvadoreños han sido expulsados, muchos de los cuales buscan asilo político en otros países. Su gobierno es descrito como «una dictadura en ascenso» con la militarización de la policía y la sociedad. Unos meses atrás, Bukele, al fiel estilo de las nuevas derechas, mostró la adhesión de la religión al poder en su gobierno, dando por acabado el laicismo: «Dios quiso sanar nuestro país y lo sanó. Déjennos dar la gloria a Dios si así lo queremos. ¿En qué les molesta, en qué les afecta? Tal vez les afecta el ejemplo porque tal vez las poblaciones de sus países, a las que les han metido el ateísmo, vuelvan a creer en Dios». Hoy en El Salvador hay un culto moralista y corrupto.

Los déspotas no quieren elecciones como una forma de delegación temporal del poder, sino como un aval para cualquier cosa. Al final no pondrán en juego su poder en elecciones limpias, utilizarán el poder que tienen para que los comicios sean una farsa para convalidarlo, de la misma manera que hizo Hugo Chávez y que hace Nicolás Maduro en Venezuela, y que hace Daniel Ortega en Nicaragua con su dictadura o Vladímir Putin en Rusia.

15

Teocracia

En el transcurso de los siglos, distintas culturas y sociedades han rendido culto y adoración a cientos de dioses. Los griegos y romanos eran politeístas, creían en varios dioses, lo mismo que los vikingos y su panteón divino. Pero éstos son sólo unos ejemplos entre los miles de dioses que ha creado o en los que ha creído el ser humano.

Básicamente, hasta hace relativamente poco el mundo entero creía en algún dios. Probablemente, creer en dioses le fue de utilidad a nuestros antepasados para sobrevivir. El ser humano busca patrones de manera permanente, y cuando la vida es difícil o incluso cuando era extremadamente peligrosa milenios atrás, los cerebros de los humanos de ese entonces buscaron secuencias y explicaciones a la existencia, a los fenómenos naturales, etcétera. Cuando el ser humano se enfrenta a la incertidumbre y quiere que las cosas salgan de una manera específica, tiende a orar, rezar o incluso tener hábitos supersticiosos. Una pregunta que podemos plantearnos es qué ha llevado a que ya no se crea en deidades como Zeus o que ya no se le rece.

Por otro lado, el dios judío Yahvé fue adoptado por cristianos y musulmanes (estos últimos lo llaman Alá), y estas tres religiones monoteístas, el judaísmo, el cristianismo y el islam, las dos últimas herederas de la primera, se llaman «abrahámicas» por su conexión con Abraham. Pero hoy sabemos que estas religiones más conocidas han incorporado conceptos heredados de creencias todavía más antiguas. Por ejemplo, la idea de la lucha entre el bien y el mal proviene de la antigua religión fundada por el profeta persa Zoroastro, que influye fuertemente en las religiones abrahámicas: dos dioses, Ahura Mazda,

representante del bien, y Angra Mainyu, representante del mal, se enfrentaron en una batalla universal. El zoroastrismo y su visión dualista del mundo data de alrededor del siglo VI a. C. y se practicaba en Persia.

Akenatón, un faraón egipcio del 1300 a. C., es reconocido como el pionero del monoteísmo, pues sólo adoraba a Atón, el dios sol. Esta adoración marcó el surgimiento de la primera religión monoteísta en la historia humana. Sin embargo, su enfoque religioso introdujo una perspectiva intolerante y violenta, en contraste con los sistemas politeístas, que, aunque no exentos de problemas, mostraban una mayor tolerancia. Con referencia a este tema, un texto muy interesante es el de Gary Greenberg, una obra titulada *101 mitos de la Biblia: cómo los antiguos escribas crearon los relatos bíblicos* (2002). En este libro se explora cómo los redactores de la Biblia se habrían inspirado en leyendas y culturas vecinas, incluida la mitología egipcia, que tuvo influencia en los relatos bíblicos sobre la creación y el diluvio.

Claude Brigitte Cardenac, de la Sorbona, escribió *Jesús, tres mil años antes de Cristo: Un faraón llamado Jesús* (2013), una obra en la que sugiere que los evangelistas habrían copiado los textos egipcios al contar la historia de Jesús: el mito de Isis, Osiris y su hijo Horus tendría muchos paralelismos con la propia historia de Jesús, ya que Horus había nacido el 25 de diciembre de la virgen Isis, su nacimiento fue acompañado por la aparición de una estrella en el cielo, la madre fue advertida de que ocultara a su hijo y escapara a Egipto para salvarlo de su tío, que quería hacerlo desaparecer, y más tarde llegaron unos magos para adorar al bebé. El agua de los egipcios es purificadora y tendría un papel importante en Horus, quien fue bautizado a los treinta años por Anup «el Bautista». Richard Dawkins, en *Ateísmo para principiantes* (2019), agrega lo siguiente:

> La historia de Noé procede directamente de un mito babilonio, la leyenda de Utnapishtim, lo cual no resulta sorprendente, dado que el Génesis fue escrito durante el cautiverio babilónico. Esa historia aparece en la epopeya de Gilgamesh y su versión dice que los dioses decidieron ahogar a todo el mundo con una gran inundación, pero uno de los dioses, Ea (el Enki sumerio), aconsejó a Utnapishtim que

construyese una gran nave. La mitología griega tiene una historia similar. Zeus, el rey de los dioses, decidió, arrebatado por la furia, acabar con la humanidad. Inundó la Tierra y ahogó a todo el mundo. Lea la historia en el capítulo 22 del Génesis. El padre era Abraham, cuyo hijo era Isaac. Dios le ordenó al padre que matara a su hijo y que se lo ofreciese como holocausto. Pero resultó que tan sólo era una broma, una prueba de lealtad de su padre a dios.

En su libro *Érase una vez Jesús... el egipcio* (2015), Llogari Pujol describe que la conocida oración del «Padrenuestro» se encuentra en un texto egipcio del año 1000 a. C. titulado la «Oración del ciego». Además, sugiere que la figura histórica de Jesús mencionada en la Biblia podría haber sido creada utilizando elementos de mitologías antiguas. Por ejemplo, se compara a Jesús con Dionisio, quien, según se cree, nació el 25 de diciembre de una virgen, tuvo un burro en una procesión triunfal, convirtió agua en vino, murió y resucitó el 25 de marzo, y fue llamado «rey de reyes». También se encuentran similitudes entre Jesús y el dios Mitra de la religión mitraica persa, incluyendo su nacimiento de una virgen el 25 de diciembre en una cueva oscura, la visita de pastores con regalos, la enseñanza en la Tierra, la ascensión a los cielos, tener doce seguidores, realizar milagros, sacrificarse por la redención de la humanidad, tener el domingo como día sagrado, usar una cruz en un círculo como símbolo, ser enterrado y resucitar al tercer día, y pronunciar frases similares a «quien no coma de mi cuerpo y beba de mi sangre, haciéndose uno conmigo y yo con él, no se salvará».

Algunos estudiosos proponen una teoría que argumenta que las religiones místericas están estrechamente vinculadas con el zodiaco. Según esta teoría, los seres humanos han venerado al Sol durante más de diez mil años, y la cruz, como símbolo religioso, se relaciona con el zodiaco, que se compone de doce eras. La era de Aries concluyó hace dos mil años, el año 1 d. C., momento que los antiguos consideraban como «tiempos inciertos», y luego comenzó la era de Piscis. En la simbología zodiacal, Aries se representaba con un cordero, que simbólicamente se sacrificaba para dar paso a Piscis, representado por el pez, inaugurando así una nueva era.

Pero indaguemos en lo que sucede en el terreno de la política cuando la religión colorea fuera de la línea y va un poco más allá. Hablemos de la teocracia como forma de gobierno, que como concepto hunde sus raíces en el griego antiguo que deriva de las palabras *theos* [dios] y *kratos* [gobierno]. Aunque la palabra es antigua, el concepto actual o moderno de teocracia como forma específica de gobierno fue desarrollada con el tiempo y durante el siglo XIX. La teocracia se define como un sistema de gobierno en el que la autoridad política proviene directamente de Dios o de sus representantes religiosos en la tierra, como es el caso de los sacerdotes.

Si hubiera escrito este libro veinte años atrás, tal vez no habría incluido la teocracia en el análisis, porque había sido superada por el liberalismo. Pero la idea se está reciclando justamente para poner en duda al liberalismo o a la democracia liberal como un todo a través del nacionalismo cristiano de las nuevas derechas, que a su vez tratan la economía como una «técnica útil» que quieren adoptar, y a mi juicio no logran, como toda la modernización que aceptan.

La teocracia actual busca el reemplazo del *rule of law* con el *rule of god*. El punto es que nunca ha existido un gobierno directo de dios: simplemente es el gobierno de los que afirman tener una autoridad que no se discute. El *rule of law*, el Estado de derecho o imperio de la ley, está formado por reglas humanas, no por una guía de conductas que un dios reveló y hay que acatarlas con obediencia y sin cuestionar. La teocracia está presente en la nueva derecha nacionalista cristiana actual como un modo de cuestionar el liberalismo, justamente. Dios es el recurso de una nueva política, no la mera reedición de creencias del pasado o el llamado a la evangelización. La forma que adquiere esta teocracia es ese populismo del que hablábamos. Si Javier Milei es un enviado de Dios, como él mismo asegura serlo, ¿qué institución estaría legitimada para controlarlo?

El poder místico también se expresa en la izquierda. El dictador venezolano Nicolás Maduro de hecho también habla como representante de Jesús, pero a su vez recurre a afirmaciones delirantes como que Chávez le hablaba a través de un pajarito. Debemos ubicar estas

irracionalidades como formas de negar la racionalidad democrática y la división de poder republicana.

En el modelo de la teocracia, la esfera religiosa y la gubernamental están estrechamente vinculadas por el gobierno de Dios. La persona que lidera la teocracia dice ser elegida por Dios y el grupo de líderes religiosos gobierna a partir de sus leyes religiosas, tradiciones o costumbres. Además, creen que tienen derecho a gobernar por origen divino y esto no puede interrumpirse por procesos políticos terrenales como las elecciones democráticas, los procesos legislativos y el voto universal.

Es pertinente añadir que la teocracia es un gobierno ilimitado y por eso muestra una tendencia hacia la corrupción, el caos y el abuso de poder. La justificación del gobierno en nombre de Dios ha sido una excusa para abusar del poder a través de los tiempos. En los siglos XVII y XVIII, los monarcas europeos se autoproclamaban gobernantes por derecho divino y estaban exentos de rendir cuentas o seguir leyes.

Bajo esta forma de gobierno, en la que la autoridad política está absolutamente vinculada a la autoridad religiosa, las leyes y políticas provienen de principios y valores religiosos establecidos en libros como la Biblia, el Corán, la Torá o cualquier otro libro religioso, y son los líderes de la religión los que toman las decisiones políticas. En la teocracia, a diferencia de las democracias seculares, no hay separación entre el poder y la religión. Esta separación es crucial en el desenlace de las democracias modernas.

El siglo XVIII, durante la Ilustración, el laicismo tomó fuerza en Europa promoviendo la separación de la religión y la política. El escocés David Hume fue conocido por su escepticismo hacia la religión. Obtuvo un enorme y merecido reconocimiento gracias a sus obras, que al mismo tiempo le valieron la reputación de «escéptico» y «ateo» (dos adjetivos peyorativos tanto entonces como ahora). Debido a esto, en 1745 se le negó una cátedra en la Universidad de Edimburgo (ya estaba siendo cancelado por la religión desde entonces). Para su filosofía, el conocimiento, la ética y dios deben descender a la tierra para someterse a su escrutinio. En 1756 sus oponentes lograron organizarse para

presentar un resumen de su obra ante la corte de la Iglesia de Edimburgo, la cual lo acusó de herejía.

En *Diálogos sobre la religión natural* (1779), cuestionó los argumentos tradicionales sobre la existencia de Dios, y destacó la importancia de la evidencia empírica y la razón en lugar de argumentos abstractos. Hume no aceptaba fácilmente las afirmaciones religiosas sin fundamentos sólidos y sostenía que hay una tendencia universal entre la humanidad a pensar que todas las cosas son como ellos mismos, y a transferir a cada objeto cualidades con las que están familiarizados y de las que son íntimamente conscientes.

Como forma de gobierno, la teocracia ha estado presente prácticamente en todo tipo de civilizaciones. En el antiguo Egipto, los faraones gobernaban como seres divinos, unificando en su persona lo político con lo religioso. En la antigua Mesopotamia, líderes como los sumerios o babilonios eran entendidos como intermediarios entre el pueblo y sus dioses. En el islam, los califatos fusionaban la autoridad política y la religiosa.

En muchas comunidades musulmanas, especialmente aquellas que siguen interpretaciones literales del islam (como ocurre en muchos casos con otros libros sagrados) se implementan prácticas que han sido criticadas por su impacto discriminatorio hacia las mujeres (también hacia los homosexuales, por ejemplo). Estas discriminaciones incluyen restricciones en la vestimenta que pueden utilizar las mujeres, el abuso hacia ellas, la lapidación, las desigualdades en cuestiones legales, las desventajas en asuntos matrimoniales y la imposibilidad de acceder a la educación o a participar en la política.

El giro hacia un enfoque como el que se observa en países como Irán, por ejemplo, se ha producido en distintos momentos de la historia reciente, influenciado por cambios políticos, sociales, económicos y religiosos. Antes de la Revolución islámica de 1979, Irán era un país donde se habían establecido instituciones educativas modernas, se promovía la educación para las mujeres, y se fomentaba el arte y la literatura. Las ciudades iraníes, especialmente Teherán, se habían convertido en centros cosmopolitas donde la moda, la música occidental

y las tendencias culturales internacionales eran visibles. Antes de la revolución no existía el estricto código de vestimenta que actualmente obliga a las mujeres, por ley, a llevar velo. Irán era un país donde a las mujeres se les permitía vestir como querían, donde no había segregación de género, donde había discotecas y locales de entretenimiento, y cada quien sociabilizaba con quien le daba la gana.

La Revolución islámica trajo consigo un cambio radical en la dirección cultural del país, con restricciones a las expresiones artísticas, la música y la vestimenta, entre otros aspectos de la vida cotidiana, en un esfuerzo por establecer una sociedad islámica más «tradicional». Esta revolución llevó a la instauración de un régimen teocrático. El régimen monárquico del sha Mohammad Reza Pahleví fue derrocado por ser considerado prooccidental, moderno y secular. Fue sustituido por una «república» islámica encabezada por el clérigo chií Ruhollah Jomeiní, quien se nombró ayatolá, «líder supremo», tras regresar del exilio en Francia, que lideró la transición hacia el establecimiento de un régimen basado en principios islámicos y la creación de la República Islámica de Irán.

Su retorno marcó el comienzo de un régimen basado en los principios islámicos chiitas, quienes creen en la sucesión del liderazgo del profeta Mahoma a través de la sucesión divina de líderes espirituales, y dan importancia a la familia del profeta, lo que se conoce con el nombre de Ahl ul-Bayt, que incluye a Ali, Fátima, Hasan y Husáyn, fuertemente reverenciados dentro de la tradición chiita. Los suníes, por otro lado, pelean por un liderazgo elegido por la comunidad musulmana. La principal divergencia entre chiitas y suníes en el islam radica, entonces, en la sucesión del liderazgo principal después de la muerte del profeta Mahoma. Los suníes creen en una sucesión basada en la elección de líderes competentes, mientras que los chiitas sostienen que el liderazgo debe estar en manos de los descendientes directos del profeta, a través de su yerno, Ali.

Desde su muerte en 1989, Irán mantiene un régimen que combina líderes religiosos con políticos electos, con un enfoque estricto en las prácticas islámicas y una actitud desconfiada hacia Occidente. Aunque

cuenta con un parlamento, las leyes deben ser consistentes con los principios del Corán. El líder supremo tiene la autoridad de vetar cualquier ley que considere incompatible con los preceptos coránicos, lo que refleja la influencia directa de la autoridad religiosa incluso en el proceso legislativo.

Sin embargo, teocracia no es sinónimo de que el gobernante practique una religión, ni siquiera de que su ética de gobierno provenga de enseñanzas religiosas. Teocracia es legitimarse en un poder omnímodo suministrado por las creencias religiosas. Es una política y no una fe.

También hay casos como el de Arabia Saudita, donde, a pesar de la influencia religiosa, el gobierno está encabezado por un monarca (religioso). En la actualidad, el Vaticano es una forma contemporánea de teocracia. En Rusia, la Iglesia ortodoxa ha ganado relevancia en asuntos gubernamentales, mientras que en lugares como la India y Estados Unidos, los partidos políticos con afiliaciones religiosas están ganando protagonismo.

A pesar de los pecados de los líderes teocráticos, la teocracia persiste. Las sociedades que han superado el despotismo son laicas y no necesariamente de cultura occidental o de fe cristiana. En el caso de los seguidores de personajes como Donald Trump, cada vez se invoca más a Dios como justificación para sus decisiones políticas, y así sucede con el resto de los movimientos políticos de la nueva derecha o los paleo, y también con las guerras de las que todavía no podemos deshacernos y las cuales se llevan a miles de vidas inocentes. La frase del neurocientífico estadounidense Sam Harris está más vigente que nunca: «Hoy nos matamos a causa de libros de la Antigüedad. ¿Quién hubiera podido pensar que algo tan trágicamente absurdo pudiera ser posible?».

El nacionalismo cristiano de la nueva derecha y de los paleolibertarios, en ocasiones disfrazado de liberalismo, se vincula con una retórica de restauración de Cristo. A pesar de mostrarse como representante de los valores fundacionales de Estados Unidos, y decir que el país se fundó como una nación cristiana, su conexión con la teocracia revela una interpretación que busca cambiar la esencia del

país. En la Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos se abordan varios derechos y específicamente se prohíbe al gobierno adoptar una religión oficial, lo que establece el principio de separación entre Iglesia y Estado, y garantiza la libertad religiosa.

En una conferencia de 1961, la autora Ayn Rand señaló algo interesante sobre los conservadores de la época. Sus palabras pueden ajustarse tranquilamente a la coyuntura y a la postura de los movimientos que van desde el conservadurismo hasta la nueva derecha:

> Hay tres argumentos interrelacionados utilizados por los conservadores actuales para justificar el capitalismo, y la mejor forma de designarlos es: el argumento por fe, el argumento por tradición y el argumento por depravación. Sintiendo que necesitan una base moral, muchos conservadores decidieron usar la religión como su justificación moral. Afirman que la libertad, el capitalismo y Estados Unidos se basan en la fe en Dios. Políticamente, tal afirmación contradice los principios fundamentales de Estados Unidos. En Estados Unidos, la religión es un asunto privado y no debe ser usada para cuestiones políticas. Intelectualmente, basar el argumento de uno en la fe es conceder que la razón está del lado de los enemigos, admitir que no hay argumentos racionales para fundamentar las ideas que crearon este país, ninguna justificación racional para la libertad, la justicia, la propiedad, los derechos individuales, que éstos pueden ser aceptados sólo por la fe.

Así pues, la separación de la religión y el Estado es uno de los grandes logros de la sociedad libre, moderna y civilizada: la idea de que una nación debe seguir una única religión ha sido la causa de conflictos y violencia a lo largo de la historia registrada. El *We the people* que establecen los padres fundadores representa un quiebre en la visión arraigada hasta ese momento, donde el poder divino y el terrenal eran uno solo: a partir de entonces, el origen del gobierno no es Dios, sino la gente. El 1 de enero de 1802, Thomas Jefferson respaldó la separación entre la Iglesia y el Estado: «Contemplo con soberana reverencia ese acto de todo el pueblo estadounidense que declaró que su legislatura no promulgaría ninguna ley respecto al establecimiento de una religión, ni prohibiría el libre ejercicio de la misma, construyendo así un muro de separación entre la Iglesia y el Estado». James Madison, el principal

arquitecto de la Constitución de Estados Unidos, declaró que «la distinción práctica entre la religión y el gobierno civil es esencial para la pureza de ambos, y está garantizada por la Constitución de Estados Unidos».

Durante más de mil años, las distintas sociedades habían experimentado el abuso del poder en nombre de un dios celestial, y Estados Unidos es el primer país que formalmente aplica un mecanismo y un marco institucional para detenerlo. La pregunta es cuánto tiempo durará aquella coraza.

De todos modos, la desaparición de la vigilancia permanente de parte del cristianismo a la sociedad a través de la separación del poder y la religión no alcanzó como para que las personas se sacudieran de un momento a otro las costumbres y la represión psicológica que tiene como mecanismo una relación de obediencia impuesta por la cúpula religiosa, la cual, a su vez, permeaba y moldeaba la política.

Como no podía ser de otra manera, la doble vara aplica también aquí: el segundo mandamiento sostiene que «no crearás ningún ídolo, ni nada que guarde semejanza con lo que hay arriba en el cielo, ni con lo que hay abajo en la tierra, ni con lo que hay en las aguas debajo de la tierra»; el tercero sostiene que «no usarás el nombre del señor tu Dios en vano, porque yo, el señor, no tendré por inocente a quien se atreve a usar mi nombre en vano». A los representantes de las nuevas derechas les dan igual todos los mandamientos, pues ellos no se los aplican a sí mismos, pero sí quieren obligarte a que te los apliques tú.

Bien lo explica Benegas (2023) al destacar que el mismo argumento que se utiliza para asociar a Estados Unidos, el primer Estado que se basa en el secularismo, con la religión, se utilizó con el liberalismo clásico, puesto que parece que el liberalismo que hoy prescinde de Dios es traición al liberalismo, porque éste habría sido mandado por Dios. Ésa es la doctrina y visión equivocada de estos movimientos, que no pueden pensar en la libertad si no es en relación con Dios, quien debe estar al mando de la legislación. Los políticos, al igual que cualquier otra persona, pueden tener sus propias creencias religiosas, faltaría más, pero así como sucede en la esfera privada, también debe ocurrir en la esfera

pública: no se pueden imponer determinados puntos de vista a personas que no tienen ganas ni obligación de adherirse a un manual de comportamiento. De esto también se trata el autogobierno, de poder vivir de acuerdo a lo que uno quiera, crea o no. Por este motivo debemos ser cautelosos, puesto que cuando los políticos profesan una religión, pueden verse orientados a ejecutar políticas públicas o decisiones que impliquen un control moral.

En la década de 1920, Gregor Strasser, quien fuera jefe de propaganda del Reich nazi antes de ser sustituido por Joseph Goebbels, promovía la idea de que el servicio militar representaba la forma de participación más profunda y valiosa para los hombres, mientras que en el caso de las mujeres, la maternidad era considerada su contribución fundamental. Esta visión se consolidó aún más con las palabras de Paula Siber, miembro destacado de la Asociación de Mujeres del Partido Nazi, quien afirmó que «ser mujer es ser madre; es reafirmar con toda la fuerza del alma el valor de ser madre y que sea ley debida». Esta perspectiva refleja la «ideología de género» arraigada en el nazismo, que asignaba roles estrictos a hombres y mujeres, perpetúa estereotipos tradicionales y limita las opciones y el rol de las mujeres en la sociedad.

Hoy es fundamental destacar la importancia de los estudios de género, precisamente porque la noción de que hay unos roles de género ideales a los que hay que retornar está resurgiendo como un factor determinante en la trayectoria de numerosos partidos políticos actuales. La crisis real, entonces, no es que las personas que no están conformes con su género existen, sino que, en primer lugar, nos han enseñado que sólo hay dos géneros. La mejor manera de eliminar un grupo es demonizándolo, de tal manera que su desaparición sea vista como un acto de justicia y no como discriminación.

La idea de presentar el género como «ideología», a menudo se hace en un contexto crítico y peyorativo, en el que los que emplean el término reniegan de todos los estudios o perspectivas que buscan romper con la visión binaria del género o cuestionan las percepciones tradicionales del mismo. La forma en que la derecha quiere presentar la ideología de género realmente no existe como tal, es un fantasma que se presenta

como enemigo de una supuesta «familia», o incluso el propio «Occidente», que hay que proteger: no olvidemos que no es verdad que el Estado liberal tiene su base en la moralidad católica. Al calificar todo eso como una ideología, legitiman su intento de prohibirlo, perseguirlo y acallarlo, porque les permite presentarse, no como simples verdugos de los demás, sino como contrincantes en el juego democrático. Ideología es la programación moral que congrega a estas derechas actuales, cuyo punto central es la homofobia, como lo fue el antisemitismo de sus antepasados. Ésa es la ideología, no la ciencia, no la libertad de las personas.

En 1997, el término *ideología de género* fue introducido por el sacerdote belga Michel Schooyans en su libro *L'évangile face au désordre mondial*, prologado por el cardenal Joseph Ratzinger. Schooyans cuestionó la «agenda» de género, vinculándola a una conspiración global con participación de organizaciones feministas, la OMS y el Banco Mundial. La expresión *ideología de género* fue oficializada por la jerarquía católica y reconocida por el Vaticano, con una destacada presencia en el documento *La ideología de género de la Conferencia Episcopal Peruana* en 1998. Este concepto surgió de la colaboración entre activistas conservadores, mayormente mujeres laicas católicas, y la Santa Sede en la década de 1990.

Este concepto de «ideología de género», que comenzó a circular en la década de 1990 en los círculos religiosos y conservadores de la mano de personas como Joseph Ratzinger (que luego sería el papa Benedicto XVI y que encabezó una verdadera cruzada moral contra la homosexualidad, además de tapar los cientos de miles de casos de abusos sexuales de niños por parte de miembros de la Iglesia), se utiliza como un mecanismo para oponerse a los progresos en derechos para la libertad sexual de las personas y la equidad de género. En otras palabras, el término «ideología de género» es utilizado por la nueva derecha, los libertarios y sus derivados, como un término general para expresar su oposición a una amplia gama de derechos, incluidos los derechos de las mujeres y de las personas con identidades sexuales diversas. Estos derechos abarcan desde el acceso al aborto, la ley de identidad de género, la ley contra la

violencia de género y la educación sexual, hasta la legalización del matrimonio homosexual y la adopción por parte de parejas del mismo sexo.

Muchos autores y políticos conservadores y de la nueva derecha sostienen que la perspectiva y el estudio de género, que cuestiona las normas sociales y las convenciones tradicionales, es una «ideología», o más bien «ideología política» usada por los marxistas para llegar al poder y establecer una dictadura del proletariado, impulsados por el globalismo de George Soros. Sostienen que la Escuela de Frankfurt (un grupo de alemanes marxistas que escaparon de los nazis y se establecieron en Estados Unidos) lo originó todo en la década de 1920. De alguna forma, ésta pareciera ser más bien una asociación caprichosa, como si hubiera habido una conspiración para que nos enteráramos de que existen normas de género que no tienen nada que ver con el sexo biológico (no hay un solo ejemplo de cómo un país se hizo o se haría marxista usando el conocimiento del género).

La llamada «ideología de género» se ha convertido así en el último gran mito de importantes sectores conservadores, estrechamente ligados a iglesias cristianas. Éstos sostienen que la «ideología de género» tiene preparada una conspiración desde organismos internacionales y financieros (globalismo), y en el caso de América Latina, desde lo que fue el Foro de São Paulo de 1990. Por cierto, algunos presidentes de aquellos años, adscritos al populismo y con tendencia más hacia la izquierda, también criticaron lo que llaman «ideología de género». Tal es el caso del expresidente de Ecuador, Rafael Correa, quien dijo que las teorías de género son «peligrosas» y «absurdas»: «Creo en la familia y creo que esta ideología de género, que estas novelerías, destruyen la familia convencional, que sigue siendo y creo que seguirá siendo la base de nuestra sociedad».

La ideología de género se representa entonces como una amenaza social, hasta el punto de que el abogado católico Jorge Scala la definió como la «ideología del mal», que busca la destrucción del hombre y la familia. Scala creía que la ONU, la OEA y la Unión Europea eran las plataformas que imponían globalmente la ideología de género.

Les acusan de hacer las cosas que ellos mismos le están haciendo a los otros: alegan que se está borrando la historia de culturas; dicen que se están inventando cosas, mientras son ellos lo que inventan nuevas leyes para legislar la existencia de las personas trans; dicen que éstas les atacan, cuando en realidad el número de crímenes de odio contra las personas trans está aumentando. Esta dinámica refleja muy bien el funcionamiento del poder: busca presentar a aquellos que sufren violencia como una amenaza.

Al utilizar la ideología de género como un concepto vago y mal definido, los modelos de la nueva derecha, los conservadores y sus amigos ya mencionados, buscan implantar la idea de que respaldar las libertades sexuales y promover la igualdad de género representa una amenaza para los llamados valores tradicionales y la estructura familiar. Esto sugiere, de manera errónea, que el reconocimiento de los derechos LGTBI+ implica un retroceso en el derecho de otros grupos que durante toda su vida han gozado de plenas libertades, como las personas heterosexuales. Por ejemplo, algunos llegan a renegar de las marchas del orgullo, y se quejan diciendo que es innecesario que exista un día del orgullo. Alexander León, un reconocido activista por las libertades sexuales en Europa, lo expresa de la siguiente manera: «Las personas gais no crecemos como nosotros mismos, crecemos interpretando una versión de nosotros mismos que sacrifica la autenticidad para minimizar la humillación y los prejuicios. La enorme tarea de nuestra vida adulta es descubrir qué partes de nosotros mismos somos realmente nosotros y qué partes hemos creado para protegernos». El orgullo es la propuesta frente a la vergüenza.

Pero tal cual sucede con el feminismo o el género, la nueva derecha y los paleo incluso intentan catalogar como «ideología» la ecología o la preocupación por el cuidado del medio ambiente, y lo presentan como un plan conspirativo, una vez más, del marxismo cultural, solamente porque ellos están en contra y todo lo que no les gusta lo llaman ideología. La bandera del negacionismo del cambio climático, que ha mutado en redes con teorías conspirativas, ha sido enarbolada estos últimos años por este movimiento de la nueva derecha. Lo importante es

destacar que el enfoque del ecologismo es transversal, atraviesa divisiones ideológicas y se centra en la conservación de los recursos naturales, la preservación de la biodiversidad y la reducción del impacto humano en el entorno. La amplitud de perspectivas dentro del ecologismo refleja la diversidad de opiniones sobre cómo abordar los desafíos ambientales, desde el conservacionismo hasta el ecologismo social. Esto no es una ideología, pero hoy sucede que muchos de los sectores que creen en teorías conspirativas, todo lo que no les gusta, como mencioné, lo llaman ideología.

Pero retomemos el tema principal: asociar a Dios con el Estado es lo mismo que sostener que este último no puede ponerse bajo la lupa ni ser cuestionado, y equivale a darle un poder inconmensurable al despotismo, lo que convierte al Estado en un ente inequívoco: unido a la religión, el Estado destruye la libertad religiosa. La libertad religiosa significa que puedes practicar cualquier religión que quieras, incluso ninguna de ellas. No significa que puedes usar tus creencias para dictar a otros lo que pueden y lo que no pueden hacer. Tu religión te guía a ti, no a mí. Tu religión te prohíbe cosas a ti, no a mí. Aún crítico respecto a la religión y sus efectos, el autor Juan José Sebreli (2016) dice lo siguiente: «Distante de todas las religiones, soy respetuoso de su diversidad y de la libertad de expresión de los creyentes, siempre y cuando no pretendan inmiscuirse en la vida de los que no comparten su credo ni presionar en las instituciones públicas para lograr el objetivo de imponer un estilo de vida único. Defiendo los principios de la libertad de conciencia y la laicidad, y soy contrario a las teocracias o los Estados confesionales».

Hay una visión de la política que crea y profundiza la división social porque parte de la idea de que hay una «gente de bien», un «nosotros los buenos», que señalan con el dedo a personas que no se someten a su libro sagrado. Como dice Benegas (2023): «Las alternativas siguen un poco disfrazadas, aunque los disfraces nos dan información: el que no es cristiano de esta versión, es marxista». El autor define a la perfección el movimiento del nacionalismo católico: es una ideología completa que idealiza el despotismo como salvador y como método de limpieza de la sociedad.

El nacionalismo religioso es la propuesta de eliminar el consentimiento y reemplazarlo por la supremacía de una invocación a Dios, buscando convencer al «pueblo» de que es un «pueblo excepcional», «único» y que está destinado a gobernar a otros pueblos por designio divino, superioridad moral o ley natural.

En la vida cotidiana, algunas personas elijen recurrir a la religión para tomar decisiones, y en ocasiones, la influencia cultural los lleva a incorporar la religión en sus elecciones, ya sean personales o colectivas. Esta elección está condicionada por la educación recibida en el hogar y las diversas circunstancias de la vida, que establece límites inherentes a su condición humana. Esto no quiere decir que se deba prohibir la religión, sino que, de hecho, hay algunas personas a las que la religión le sirve personalmente para sobrellevar el día a día o sus problemas, y eso, mientras no interfiera en la esfera de otra persona, debe continuar siendo una decisión propia.

Esto nos lleva a poner atención al ateísmo considerado como teoría originada en la corriente de pensamiento de la filosofía ilustrada. A fines del siglo XVIII, aparecen filósofos como el franco-alemán Paul-Henri Thiry d'Holbach, conocido por ser el promotor de la visión ateísta durante la Ilustración francesa. Su obra principal se tituló *El sistema de la naturaleza* (1770), en la que argumentó que la religión era una creación humana basada en el miedo. Este autor promovía una visión determinista y mecanicista del universo, negaba la existencia de un dios personal y defendía la explicación científica de los fenómenos naturales sin recurrir a intervenciones divinas. Su pensamiento influyó en el movimiento ilustrado al cuestionar las concepciones tradicionales de la divinidad y abogar por una comprensión secular basada en la ciencia.

En muchas sociedades occidentales, ha habido un aumento de la secularización, con más personas que se han identificado como ateas, agnósticas o simplemente no afiliadas a una tradición religiosa específica. Este fenómeno se ha asociado con factores como la modernización, la educación superior y los cambios en las actitudes culturales (cuestiones que motivan a la nueva derecha a embarcarse en su feroz «batalla cultural» por volver a la época medieval). Por otro lado,

en algunas regiones del mundo, especialmente en partes de África, Asia y Oriente Medio, la religiosidad sigue siendo una parte importante de la identidad y la vida cotidiana.

Ahora quiero abrir un paréntesis para invitaros a indagar o reflexionar sobre la religión y los niños. Creo que etiquetar a los niños como «católicos», «judíos», «protestantes» o de la religión que sea es algo que debería cuestionarse. ¿Podemos decir que hay niños religiosos si no tienen la capacidad de elegir religiones o incluso ideologías? Del mismo modo en que podemos decir que tampoco hay niños «comunistas», «socialistas» o «libertarios».

¿Dónde está la línea entre imponer creencias o teorías a los niños y dejarlos elegir y desarrollarse libremente? ¿Están los adultos anulando a los niños al no permitirles desarrollar su propia consciencia? ¿Puede la religión representar un peligro o una violación a sus derechos cuando se implanta deliberadamente en la mente de un niño inocente y vulnerable? ¿La religión puede afectar negativamente a la infancia y violar su inocencia? ¿Está bien educar a un niño a través de la culpa sin evaluar las consecuencias? ¿Podemos decir que inculcar el miedo al castigo eterno, como el fuego del infierno, puede tener un impacto en la mente de los niños? ¿Es realmente beneficioso enseñarles que el mal comportamiento resultará en un castigo infernal? ¿No sería mejor fomentar que se porten bien porque desean ser buenas personas, en lugar de hacerlo por temor a sufrir consecuencias negativas como estar atrapados en el purgatorio? ¿No es eso una forma de abuso infantil? Dejo abiertas estas preguntas para su reflexión.

Es importante tener en cuenta que los primeros seis años de vida de los más pequeños son elementales para su desarrollo cognitivo, ya que esos años no determinan únicamente el contenido inicial, sino el método de funcionamiento de la mente. Ayn Rand lo explicó de esta forma en su novela *La rebelión de Atlas* (1957):

> Él pensó en todas las especies vivientes que adiestran a sus crías en el arte de la supervivencia, los gatos que enseñan a sus gatitos a cazar, los pájaros que dedican tal esfuerzo energético a enseñar a sus crías a volar, y sin embargo, el hombre, cuya herramienta de supervivencia es

la mente, no sólo fracasa al enseñarle a un niño a pensar, sino que dedica la educación del niño a la tarea de destruir su cerebro, de convencerle de que el pensamiento es inútil y malvado, antes de que haya empezado a pensar. Los hombres se estremecerían, pensó, si vieran a una madre pájaro arrancando las plumas de las alas de sus crías, y luego empujándolas fuera del nido para luchar por la supervivencia, y sin embargo, eso es lo que ellos hacen con sus hijos.

Implantar un formato, una ideología, una religión o una realidad a una edad en la que aún no se ha desarrollado completamente la capacidad de comprenderla, es decir, antes de haber perfeccionado la habilidad de percibir, representa un acto sumamente peligroso para la mente propia que, probablemente, reciba un daño que no podrá ser revertido. Ayn Rand también lo explica en su ensayo sobre la educación titulado *The Comprachicos* (1970):

Sea cual sea la dotación natural de un niño, el uso de su inteligencia es una habilidad adquirida. Tiene que ser adquirida por el propio esfuerzo del niño y automatizada por su propia mente, pero los adultos pueden o bien ayudarle o bien obstaculizarlo en ese proceso crucial. Los adultos pueden acelerar o dificultar, retrasar, y tal vez incluso destruir el desarrollo de su facultad conceptual. Aprende a no cuestionar la supremacía de la manada. Descubre que tales cuestiones son tabú en algún sentido temible y sobrenatural; la respuesta es un conjuro vibrando con las insinuaciones de una maldición, sugiriendo que él es culpable de alguna maldad innata e incorregible: «No seas egoísta». De esa forma adquiere una duda en sí mismo, antes incluso de ser completamente consciente de lo que significa ese «sí mismo». Él aprende que, independientemente de su acción —sea correcta o incorrecta, honesta o deshonesta, lógica o absurda—, si la manada la rechaza, entonces él está equivocado y su deseo quedará frustrado; si la manada la aprueba, entonces cualquier cosa vale. Así, el embrión de su concepto de moralidad se atrofia incluso antes de nacer. Su deseo de saber muere lentamente; no lo matan, simplemente se desvanece y desaparece. ¿Para qué molestarse en enfrentar problemas si pueden ser resueltos con fantasías? Aprende a ocultar sus sentimientos, a fingirlos, a disimular, a evadir, a reprimir. Cuanto más fuerte es su miedo, más agresivo su comportamiento; cuanto más inciertas son sus afirmaciones, más alta es su voz. Él pasa fácilmente de fingir a la habilidad de pretender hacerlo. Lo hace con la vaga intención de protegerse a sí mismo, en base a la conclusión no verbal de que la

> manada no le causará daño si él nunca descubre lo que siente. Tiene tanto éxito ocultando sus emociones y sus valores de los demás, que acaba ocultándolos también de sí mismo. Su subconsciente automatiza ese acto, que es lo único que el niño le da para que automatice. Años más tarde, en una «crisis de identidad», descubrirá que no hay nada detrás de ese acto, que su máscara está protegiendo un vacío. De ese modo, su capacidad emocional es atrofiada y, en vez de «espontaneidad» o libertad emocional, lo que adquiere son los gélidos desechos de la represión. Un niño pensante no puede amoldarse: el pensamiento no se doblega ante la autoridad.

Benegas (2023) sostiene, en *Un mundo contaminado*, que si la religión «no fuera inculcada a niños que no tienen capacidad para dudar de sus padres, quizá ya habría desaparecido», y que «cuando se pretende dar educación sexual a los niños, lo necesario, por ejemplo, para que los más pequeños no sean presa fácil del abuso de adultos y los adolescentes no caigan en embarazos no queridos, ellos entienden que la familia está en peligro. Sin embargo, para formarse, la familia parece necesitar sexo, y para tal fin es útil la educación sexual». El abuso y el silencio no serían tan sencillos si los más pequeños fuesen informados y especialmente prevenidos sobre lo que los adultos pueden intentar hacer con ellos.

A través de la campaña «Con mis hijos no te metas» de agrupaciones como Hazte Oír, que forman parte del entramado ruso para expandir la ideología de Vladímir Putin, no se defiende en realidad a los hijos de un monstruo que lo quiere sexualizar, sino de la omnipotencia paterna. Pero es una omnipotencia que sólo les sirve si va en el mismo sentido de vulnerar la sexualidad de los menores cuando no es «la correcta» o fomentar la intolerancia. Cuando los padres obran en sentido opuesto, escuchando a sus hijos y recurriendo al apoyo profesional para apoyar su identificación de género, las teocracias no tienen problema en prohibirlo, como está pasando en varios estados gobernados por los republicanos en Estados Unidos. Esto muestra a las claras que el sentido es imponer una visión moral a través del Estado, no defender a la familia en sí.

Sumado a esto, agrega Benegas: «También se declara víctima a la familia cuando esa misma educación promueve la tolerancia hacia las

minorías de género o sexuales», y destaca, por ejemplo, que «la educación sexual integral que se imparte en la Ciudad de Buenos Aires da lugar al descubrimiento del 80 por ciento de los casos de abuso infantil» y que «negar este fenómeno forma parte de este movimiento, y los miedos de las Iglesias deben estar relacionados con la multiplicación de denuncias». Ahora quisiera hacer un paréntesis sobre la educación sexual y sus implicancias.

La Unesco (2010) define la educación en sexualidad como un enfoque culturalmente relevante y apropiado a la edad del participante, que enseña sobre el sexo y las relaciones interpersonales a través del uso de información científicamente rigurosa y sin prejuicios de valor. Se trata de tener la libertad de tomar decisiones informadas sobre la salud sexual, expresar la sexualidad sin coerción, y participar en decisiones que afectan a la vida sexual y reproductiva.

La educación en sexualidad brinda a la persona, a partir de determinada edad, la oportunidad de explorar sus propios valores y actitudes, y desarrollar habilidades de comunicación, toma de decisiones y reducción de riesgos respecto a muchos aspectos de la sexualidad. La insuficiente preparación en educación sexual para los jóvenes los expone a riesgos como la coerción, el abuso, los embarazos no planificados y las infecciones de transmisión sexual.

La manera en que se enseña sobre la sexualidad ha cambiado mucho en los últimos cincuenta años. Antiguamente, se enfocaba en transmitir normas y costumbres sociales, juzgando las acciones como «buenas» o «malas». Sin embargo, este enfoque moralista no suele respetar los derechos individuales, ya que establece reglas basadas en lo que la sociedad acepta o desea. El modelo moralista surge como respuesta de instituciones conservadoras a otras formas de educación sexual y sostiene que la sexualidad es válida únicamente dentro del matrimonio heterosexual con propósitos reproductivos. Sus metas principales son promover la abstinencia como único método seguro y fortalecer el carácter y la voluntad para resistir la actividad sexual antes del matrimonio. El año pasado, por ejemplo, la Fundación Heritage, una organización conservadora estadounidense, argumentó en sus redes

sociales que «los conservadores tienen que liderar una manera de restaurar el sexo a su propósito verdadero, y terminar con el sexo recreativo y el uso de las pastillas anticonceptivas».

La visión moralista ha sido cambiada por un enfoque ético, en el que las acciones de la conducta humana se basan en principios guiados por la conciencia individual. En este contexto ético, las elecciones son voluntarias, libres y respetuosas de los derechos de los demás.

Desarrollar la inteligencia sexual implica entender y disfrutar de la propia sexualidad, identificar y expresar emociones en el ámbito de las relaciones, mejorar la vivencia sexual a lo largo de la vida mediante la integración de conocimientos y el respeto de derechos, y tener la capacidad de reconocer y abordar situaciones de riesgo o malestar para tomar decisiones proactivas. La preferencia sexual y la identidad de género que cada persona edifique para sí es fundamental para su personalidad. No se trata de imponer un formato de sexualidad, sino de romper con los prejuicios o formatos moralistas, y de generar un marco de aprendizaje y herramientas para que desde una determinada edad los pequeños comiencen a entender sobre la sexualidad, pues es un aspecto básico, normal y natural de la vida humana.

Aquí es interesante hacer otro paréntesis en relación con la idea de que los hijos son propiedad de los padres. Por ejemplo, desde la *República* de Platón, la discusión sobre los órdenes políticos ideales y el papel de la familia ha sido constante. Hasta la Ilustración no se separaron las esferas de la familia y el Estado. Antes de eso era común ver la familia vinculada a la ciudad-estado.

La Ilustración, por ejemplo, introdujo la idea de proteger a los súbditos de los gobernantes, así como a los niños de sus padres, una noción ajena a concepciones anteriores en Oriente, Grecia y Roma. Pensadores liberales como John Locke y John Stuart Mill desafiaron la idea de que los niños eran propiedad de los padres, lo que supuso un cambio desde la visión heredada del derecho romano.

John Locke consideraba a los niños como futuras personas con obligaciones morales para los padres, pero no como una propiedad. En *Algunos pensamientos sobre la educación* (1693) escribió lo siguiente:

«Quizá pueda asombrar que recomiende razonar con los niños y, sin embargo, no puedo dejar de pensar que es la verdadera manera en que hay que comportarse con ellos. Entienden las razones desde que saben hablar y, si no me equivoco, gustan de ser tratados como criaturas razonables desde mucho antes de lo que suele imaginarse. Se trata de una especie de orgullo que hay que desarrollar en ellos».

En *Sobre la libertad* (1859), John Stuart Mill introdujo una excepción importante al argumentar que la intervención estatal podría justificarse en casos de abuso infantil o negligencia educativa, idea que se desviaba de la defensa clásica de la libertad individual y tenía implicaciones en las leyes de bienestar infantil y la educación pública. Por lo general, se cree que los padres saben qué es lo mejor para sus hijos, pero esto no aplica cuando hay pruebas de abuso o negligencia. Según el argumento de Mill, si los padres fallan en sus responsabilidades, otros, incluso con autoridad política, podrían tener la obligación moral de intervenir. La clave es definir qué hace «bueno» a un padre o una madre.

Podríamos pensar en la postura de Mill respecto del presente y de las campañas tradicionalistas contra la educación sexual integral en las escuelas, con todo el agregado conspiracionista de que allí se sexualiza a los niños, cuando en realidad se les dan herramientas para poder reaccionar, reconocer y comprender una situación de abuso a los más pequeños, se previenen embarazos no deseados de los que son adolescentes y en todos los casos se transmite la tolerancia respecto de las variantes de sexualidad que naturalmente existen en el ser humano, como ya he explicado. Esas herramientas protegen a los menores y es interesante abrir el debate acerca del límite al poder paterno de ponerlos en peligro. Esto entraría dentro de las preocupaciones de Mill con los niños y su indefensión. Posiblemente, ésta no sea una próxima frontera de los liberales actuales, pero sin duda la es del liberalismo en sí mismo. Los menores de edad son personas y su integridad es un valor fundamental para una filosofía de ese tipo. Los menores están sometidos al Estado, pero mucho más al poder legal de la familia. Ahí hacen falta límites para que el liberalismo también llegue a los menores de edad.

Es interesante cómo lo plantea José Benegas en su artículo «Un capitalismo sin "ésos": qué hay detrás de la rebelión contra la rebelión del género» (2021):

> La palabra *violencia* que he utilizado antes les sonará exagerada, pero piensen en un niño o una niña que crecen en un ambiente donde se da por sobreentendido que se debe ser de una forma que ellos no alcanzan, que se les informa de que los que son como ellos no son queridos, se los debe burlar y denigrar; pero que a pesar de eso su naturaleza (sí, naturaleza natural, naturalísima) es tan fuerte en ellos que algunos se afirman en lo que son, otros quedan en el camino. El mismo ambiente donde deben formar su personalidad, y ordenar sus emociones, aprender a querer y ser querido, y que tiene sobre ellos autoridad absoluta. Ésas son las alternativas: suicidarse moralmente o pasar por encima de todo su marco afectivo y de referencia y convertirse en el ser indeseado por los demás, incluidos sus padres, hermanos, dios, la patria y todo lo que le han dicho que está bien. Es probable que si no lo logran del todo, el sistema hipócrita los señale además, como que se autodiscriminan, que no salen de un clóset que previamente les construyeron. Y si salen del clóset los felicitarán como un gran logro personal, haciendo la vista gorda del clóset en sí mismo.

El cerebro de los niños está adaptado a una especie de regla que sostiene que hay que creer todo lo que dicen los padres, incluso cuando lo que digan sea disparatado, supersticioso, falso o lo que fuera. No obstante, algunos niños crecerán y, dispuestos al pensamiento crítico (lo ideal es que sus familias le den ese marco para que pueda pensar por sí mismo), recolectarán evidencias, experiencias y tomarán distancia de las ideas transmitidas por generaciones anteriores o las escogerán.

Pero enseñar a respetar a las figuras de autoridad desde la infancia puede tener consecuencias negativas si se aborda de manera inflexible. Esto podría llevar a una sumisión acrítica, a que se forme a individuos que sigan las directrices sin cuestionarlas. Además, este enfoque podría dejar a los niños menos equipados para reconocer y resistir el abuso de poder, ya que se les enseña a aceptar las acciones de las autoridades sin evaluar su justicia. La sobrevaloración del respeto a la autoridad también puede restringir el desarrollo del pensamiento crítico. Además, hacer un énfasis desequilibrado en el respeto podría perpetuar desigualdades

sociales y fomentar la discriminación si no se promueven simultáneamente la igualdad y el trato justo. En resumen, es necesario equilibrar la enseñanza del respeto con la promoción de la reflexión crítica y la equidad para fomentar ciudadanos informados y conscientes.

Todo vuelve a la gran pregunta: qué está bien y qué está mal, pero, sobre todo, qué o quién define lo que está bien y lo que está mal. A través de la historia, las normas morales han variado entre diversas sociedades, como en las épocas antigua, feudal y burguesa. La moral, al ser un fenómeno social que evoluciona, guía a las personas hacia principios y valores aceptados, regula acciones con impacto en otros y ordena las relaciones para mantener un orden social específico. La ética busca comprender qué es lo que hace que una acción sea considerada buena o mala, justa o injusta. La palabra viene del griego *ethos*, que significa carácter, hábito, costumbre. Pues en algún momento nuestros antepasados empezaron a hacerse preguntas, pero sobre todo a distinguir el bien del mal y lo verdadero de lo falso.

La Biblia, por ejemplo, presenta una historia trágica sobre el origen de la ética. Dios crea al hombre y le prohíbe comer del árbol de la ciencia del bien y el mal. La serpiente persuade a la mujer, Eva, de que no iban a morir si comían del fruto. Después de que ambos comen, sus ojos se abren, conocen el bien y el mal, pero son castigados con la conciencia de su desnudez, el trabajo arduo y la muerte como consecuencia del pecado original. La pena de muerte se establece con la frase «polvo eres y en polvo te convertirás».

Ayn Rand (1957) lo expuso en estos términos: «¿Cuál es la naturaleza de la culpa que tus maestros llaman el pecado original del hombre? ¿Cuáles son los males que el hombre adquirió cuando cayó del estado que ellos consideran la perfección? Su mito declara que comió del fruto del árbol del conocimiento: adquirió una mente y se convirtió en un ser racional. Era el conocimiento del bien y del mal: se convirtió en un ser moral. Fue sentenciado a ganarse el pan con su trabajo: se convirtió en un ser productivo. Fue sentenciado a sentir deseo: adquirió la capacidad del goce sexual. Los males por los que le condenan son la razón, la

moralidad, la creatividad, la alegría, todos los valores cardinales de su existencia».

Y creo que sería interesante abrir un paréntesis final sobre cómo, injustamente, tal cual sucedió con Eva, las mujeres han sido históricamente declaradas culpables de muchos de los grandes males de la humanidad. Eva es un ejemplo de cómo los «pecados» de una mujer condenaron a los hombres a la muerte, al trabajo y al sufrimiento. De hecho no sólo fue la «pecadora», sino también fue creada a partir de la costilla del hombre. Pero en la mitología griega sucedió algo parecido con Pandora, la primera mujer creada colectivamente por los dioses, cuya curiosidad la habría llevado a abrir la caja que contenía tanto los males como las bendiciones del mundo, liberando así los males que afligirían a los mortales. Pandora fue considerada responsable de pestes, enfermedades y hambrunas. Al final, y parafraseando un dicho popular, quien se atreve a comer del fruto del árbol del conocimiento, siempre es expulsado de algún paraíso.

La sexofobia de las religiones, dice el autor Juan José Sebreli (2016), es un elemento primordial en la discriminación de la mujer. Este trato incluye la muerte, la incineración de las viudas en el hinduismo, la lapidación de las adúlteras en el islamismo, la quema de brujas en el protestantismo, la misoginia que lleva al femicidio en el cristianismo y en el islamismo, y deriva de un mismo origen veterotestamentario. Creo que la frase «No sé por qué nos enseñaron a tenerle miedo a las brujas y no a aquellos que las quemaban vivas» resume bastante bien por qué muchas cosas son como son.

La Iglesia, por ejemplo, discriminó a la mujer y encontró su justificación teológica en Agustín de Hipona, el mayor demonizador de la mujer. Considerada sólo como un medio para la reproducción, la mujer está en el origen de la obsesión de muchas religiones, que ha llegado hasta nuestros días. Para Aristóteles, la mujer es un varón fallido, un hombre incompleto y deforme, mientras que para Tomás de Aquino, el varón es el principio y fin de la mujer, considerándola algo «defectuoso» y «malnacido». En su *Política*, Aristóteles dice «y también en la relación entre macho y hembra, por naturaleza, uno es superior y el otro inferior,

uno manda y otro obedece, y del mismo modo ocurre necesariamente entre todos los hombres». Para Platón, por ejemplo, los hombres cobardes y que habían llevado una vida injusta, como castigo se convertirían o reencarnarían en mujeres en su segundo nacimiento.

Incluso en la cultura griega, la mujer estaba en un segundo plano en comparación con el hombre: su papel se encontraba definido principalmente por su función como esposa y madre en el hogar, con una participación en la vida pública muy limitada y excluida de la educación formal (aunque tenían algunas libertades y podían participar en ciertas actividades culturales y religiosas). Además, es pertinente agregar que la experiencia de las mujeres en la antigua Grecia variaba según su estatus social, ya que las mujeres de familias nobles disfrutaban de ciertas libertades que no estaban disponibles para otras. En la antigua cultura romana, la mujer vivía de manera similar, aunque sí logró tener mayor reconocimiento, y gozar de cierta libertad y vida social activa junto a su esposo en la participación de banquetes y celebraciones, aunque todavía seguía siendo de «segunda categoría».

De aquí hemos venido, de donde la mujer es planteada como «algo» que tiene que ser «gobernado» y retratado como sujeto emocional y no racional. Gran parte de lo que percibimos como «natural» o «normal» es en realidad el resultado de una narrativa histórica que ha sido creada sin tener en cuenta las contribuciones, deseos, emociones y experiencias de las mujeres, pero esto lo veremos en detalle un poco más adelante, cuando hablemos de la historia del feminismo.

16

Cultura de la cancelación

La libertad de expresión, un derecho fundamental que abarca la capacidad de opinar sin censura o represalias por parte del gobierno, tiene sus raíces en la antigua Grecia, específicamente en la democracia ateniense, donde comenzó a extenderse el derecho a expresar puntos de vista políticos de manera abierta.

En tanto el pensamiento liberal es un aprendizaje, la libertad de expresión como idea es un producto de la censura. Como toda libertad, no puede pasar por encima de los demás. La libertad de expresión es algo que tiene su máxima expresión en el debate político, en la crítica al Estado y al poder. Pero eso no significa que pueda atacarse a individuos privados. Las leyes penales liberales siempre han protegido contra la calumnia y la injuria, y si una corriente política ahora quiere sostener que la ofensa es un «derecho», es porque usa la agresión personal como una forma de reprimir a los disidentes o minorías propiciatorias. Todo esto no es más que parte del permanente debate entre libertad y responsabilidad. Conducir mi automóvil no me permite atropellar peatones y eso no es un atentado contra mi libertad de circulación. La libertad de expresión no puede usarse para aplastar a individuos y hacerlos callar.

La libertad de expresión como derecho fue una demanda vital durante las revoluciones del siglo XVIII, que ha sido consagrado a nivel internacional en documentos y declaraciones. Aunque la llegada de internet proporcionó una plataforma amplia para la expresión, también ha presentado nuevos desafíos, especialmente en relación con opiniones controvertidas y discriminatorias.

El debate en la actualidad se encuentra en que algunas personas promueven una «discriminación positiva» y se definen a sí mismos como «discriminadores pacíficos». Muchos de ellos lo hacen en nombre del liberalismo, por cierto. El punto está en que parece que se resisten a entender que la moral evoluciona, que el clima moral de la época cambia, y se quejan de que «se inventan géneros» (algo que como hemos visto en páginas anteriores los obsesiona y es por eso que lo menciono tanto), cuando lo que verdaderamente sucede es que las nuevas generaciones simplemente están dándoles una lección de lo importante que es aceptar que la individualidad frente al género o al sexo no es algo binario.

El punto es que el discurso de odio de los «discriminadores pacíficos», al suscitar hostilidad, tiene el potencial de silenciar a las víctimas, imponiendo un peso adicional sobre aquellos ya maltratados. El odio no es una opinión, el odio se aprende. El odio no es libertad de expresión. En vez de propagarlo, difundirlo o darle lugar, es mejor bloquearlo o cancelarlo.

Al quejarse y rechazar los discursos de odio o el *bullying* que la nueva derecha ejerce disfrazado de libertad de expresión, las generaciones más jóvenes son puestas bajo ciertas categorías, como «generación de cristal», «colectivistas» o «llorones que buscan privilegios». Tengo una noticia: lo mismo decían de las mujeres que querían votar, trabajar fuera del hogar, participar en política; lo mismo decían de las personas homosexuales que querían vivir sin esconderse, que querían poder casarse, tener los mismos derechos que el resto de las personas; y lo mismo decían de las personas esclavizadas que querían tener una vida en libertad y que eran catalogadas de enfermas por querer ser libres. De hecho, en la década de 1850, el médico estadounidense Samuel A. Cartwright (1793-1863) propuso el término *drapetomanía* para describir una enfermedad mental que se inventó y que decía que afectaba a las personas esclavizadas en Estados Unidos. Según la teoría de Cartwright, la drapetomanía era un trastorno mental que llevaba a los esclavizados a tener el deseo de escapar o huir de la esclavitud. En otras palabras, querer ser libre era una «enfermedad mental».

Pero no hay que retroceder tanto en el tiempo: hasta 1990, la Organización Mundial de la Salud no quitó de la lista de enfermedades la homosexualidad, y en 2019 la transexualidad. De hecho, corresponde hacer un paréntesis y mencionar las famosas (mal llamadas) terapias de reconversión, que con una versión ultrapositivista y falaz de la medicina, por ejemplo, se inventan terapias de conversión para «curar» la homosexualidad hablando de Cristo, rezando y recibiendo tratamientos de lavado de cerebro y tortura psíquica y física. En España, estas «terapias» se practican desde hace décadas en la clandestinidad, a través de agrupaciones religiosas, principalmente católicas y evangélicas. Hay más de las que podemos imaginar.

El Informe de United Nations Human Rights Special Procedures sobre terapias de reconversión indica que la mayoría de las personas sometidas a estas prácticas son menores de veinticuatro años, y alrededor de la mitad de ellos son menores de dieciocho años. El informe sostiene que los métodos utilizados para llevar a cabo estas terapias producen dolor y sufrimiento psicológico y físico. Este impacto profundo incluye la pérdida de autoestima, ansiedad, depresión, aislamiento social, dificultades en la intimidad, autodesprecio, vergüenza, culpa, disfunción sexual, síntomas de trastorno de estrés postraumático y suicidio.

El término *terapia* sugiere curación, pero la *terapia de reconversión* es totalmente lo opuesto (primero porque no hay nada que «curar») y es perjudicial en todo sentido, partiendo de la anulación de la dignidad humana y la violación al derecho al desarrollo de la propia personalidad a través de mecanismos como la culpa, la violencia, el abuso y la estigmatización. Los perpetradores de la misma abarcan desde proveedores de atención de salud mental hasta entidades religiosas, curanderos y agentes estatales. Las organizaciones religiosas, en especial, operan en un ámbito difuso, asesorando a familias y víctimas, promoviendo o participando en estas prácticas, a veces en colaboración con otros. Estas «terapias» son un negocio lucrativo para muchas personas a lo largo del mundo. Como hacen con el aborto, abusan del positivismo forzando su programa moral dentro de la ciencia médica. Se

trata nada más de una manera muy mal disfrazada de legitimar el tormento.

Los estudios muestran unánimemente que no son terapias, sino formas de tortura que no tienen un fin terapéutico, sino el ajuste de la persona a las estrictas normas sociales de quienes organizan estas aberraciones. Se sabe que son en realidad, como toda forma de tormento, un atentado a la salud y que a la postre tienen consecuencias en el cuerpo y en la psique de los «pacientes». El programa moral opresivo detrás de la negación de la homosexualidad como una variante de lo humano, inclusive de la sexualidad en general en el reino animal, no tiene ninguna inspiración médica. Los mismos que avalan el «tratamiento» no hacen más que mostrar su desprecio por las personas homosexuales, y se congregan en partidos como Vox porque comparten esos sentimientos. Sus tratamientos son como un hospital hecho por gente que odia a los pacientes en primer lugar.

De esta forma, desde partidos como Vox se sostiene que estas prácticas «deben existir» y que el Estado no debe entrometerse en las decisiones de los adultos (cuando les conviene). Además, falsifican sus prohibiciones religiosas sin sentido como si fuera una medicina, algo que denunció el autor Thomas Szasz sobre el uso de la medicina como arma para limitar la libertad. La estafa no es mercado, los crímenes no son mercado, engañar a otro y decir que eso es una «medicina» o «terapia» y someterlo a una tortura es una estafa, es un engaño, no es mercado. Para que haya mercado tiene que estar excluida tanto la violencia como el engaño. Yo puedo inaugurar un bar diciendo que el arsénico mejora el sabor de la cerveza, pero eso debe estar prohibido porque se realiza un daño a través de un engaño.

Así como siempre se ha patologizado al que no forma parte de «lo que está bien», hoy el término *generación de cristal* también es utilizado por la nueva derecha, los libertarios, los paleolibertarios y los conservadores a la hora de describir a un grupo de personas, generalmente jóvenes (y de manera peyorativa), que se perciben más sensibles emocionalmente o más propensos a responder a los ataques y decir basta (lo que la derecha titula como «ofenderse») en comparación

con generaciones anteriores. La noción de este término a menudo se asocia con críticas a la supuesta sobreprotección y la creación de «zonas seguras» en entornos educativos y sociales, en las que se evitaría exponer a las personas a actitudes o expresiones hirientes o discriminadoras. No tiene nada de malo cuidar a las personas para que otras no las maltraten. Incluso cuando nos toca hablar de la relación entre padres e hijos: tener conexión con los hijos es darles apoyo, validar sus emociones, respetarlos, escucharlos, transmitirles ese apoyo. Proteger a los hijos no es hacerlos frágiles ni causarles una crisis de salud mental como dicen algunos, proteger a los hijos es criarlos con amor y empatía para que de grandes no se conviertan en personas con resentimiento y bronca que acusan a los demás de ser «blandos» o de «cristal», pero por encima de todo es criarlos con amor para que de grandes puedan ser quienes ellos mismos quieren ser, y qué mejor que estar acompañados de una red emocional y de contención como la de una familia, del tipo que sea, que los abraza en vez de rechazarlos o maltratarlos. No es necesario ser cruel, frío y duro con un hijo para que sea independiente y fuerte. La fortaleza pasa por otro lado.

Podrá haber gente que por seguir una corriente cultural se apoltrone en el reclamo y la queja, pero el apelativo de *generación de cristal* aplicado con semejante generalidad sólo nos hace ver una intención de descalificar un cambio cultural que no se entiende, que es una brusca reacción contra la ofensa organizada para manipular minorías y «ponerlas en su lugar». Eso parece ser lo que esa generación no acepta, la institucionalización y naturalización del *bullying*. Es increíble que quienes no quieren desprenderse de sus costumbres agresivas se victimicen, actúen como una generación de cristal ellos mismos porque la gente más joven rechaza sus malas costumbres. Al menos esto debería hacer reflexionar acerca de la incapacidad de escuchar.

Cuando Popper habla de que no se puede tolerar la intolerancia sin matar la tolerancia, dice algo muy parecido a lo que estoy sosteniendo aquí. No puede haber debate público libre si hay hordas organizadas para acallar y someter a individuos mediante el uso del agravio y la exposición personal.

Y aquí creo que es importante ahondar en el concepto de «censura», muchas veces confundido con otros términos que han surgido recientemente. La censura como tal implica la aplicación de controles y regulaciones sobre el derecho a la libertad de expresión y solamente el Estado, entiéndase el monopolio de la fuerza, puede censurar. La censura, define Hamowy (2008), es la acción coercitiva de silenciar opiniones disidentes por parte de autoridades políticas, generalmente con el fin de proteger una ortodoxia oficial o prevenir la difusión de ideas no autorizadas por quienes ostentan el poder.

Ayn Rand (1964) definió que «el término *censura* corresponde únicamente a una acción gubernamental», puesto que «ninguna acción privada puede considerarse una censura. Ningún individuo o agencia privada tiene la capacidad de silenciar a un hombre o suprimir una publicación, sólo el gobierno lo hace. La libertad de expresión de los particulares incluye el derecho a no estar de acuerdo, a no escuchar y a no financiar a los propios adversarios». Además, añadió que «erróneamente, algunos claman que "es censura" si un periódico se rehúsa a dar empleo o publicar a aquellos escritores cuyas ideas son opuestas a las suyas».

Pero en este último tiempo han denominado «cultura de la cancelación» a decisiones privadas, como no consumir productos de personas que se atienen a su cultura del *bullying* y quieren seguir manteniendo esa sensación porque se sienten fuertes. La cancelación no es censura en ese sentido, es la única respuesta al *bullying* que se promueve de manera pública. Generalmente se intenta presentar la censura y la cultura de la cancelación como si fuesen lo mismo, pero no lo son.

Quiero insistir en el mecanismo que es el de la victimización que llevan a cabo los propios *bullies* (insisto en que generalmente están en las filas de la nueva derecha y todos sus derivados ya mencionados). Éste es un fenómeno psicológico común, es decir, la victimización por parte de aquellos que inicialmente actúan como *bullies* y agresores. En muchos casos, la dinámica surge cuando individuos o grupos que han mantenido una posición dominante de supremacía enfrentan cambios en la

estructura de poder o desafíos a su posición privilegiada y jerárquica. La idea es que al ver disminuida su influencia y su poder, adoptan una narrativa de victimización para justificar o resistir estas transformaciones sociales, buscar la inversión de los roles y pedir simpatía o apoyo. Por ejemplo, como ejemplifica Stanley (2018), el 45 por ciento de los seguidores de Donald Trump sostiene la creencia de que los blancos son el grupo étnico más discriminado en Estados Unidos, mientras que el 54 por ciento considera que los cristianos son el grupo religioso más perseguido del país. El autor agrega que los líderes nacionalistas y fascistas se valen de un ambiente de victimismo colectivo para generar un sentimiento de identidad grupal que nada tiene que ver con el espíritu cosmopolita ni con el individualismo de la democracia liberal.

Celebridades, políticos, académicos, películas, juguetes, palabras y muchas personas afirman haber sido cancelados alguna vez. Hoy son los políticos de derechas los que recurren incasablemente a la victimización de ser cancelados, y lo hacen como un grito de guerra declarada contra lo que llaman «marxismo cultural» o «progresismo», argumentando que la libertad de expresión se encuentra bajo ataque. Pero ¿qué tal si en realidad lo que llaman cultura de la cancelación no es más que una herramienta para responsabilizar a aquellos que abusan del poder y disfrazan agresiones bajo la máscara de la libertad de expresión y un «derecho a ofender» que se inventaron los «discriminadores pacíficos»?

Insultar y maltratar es agredir. La crítica debe aguantarse, la agresión no. Pretender que el principio de no agresión se limita a lo físico es desconocer la naturaleza del ser humano, que no es sólo carne y hueso. La mera idea de la libertad de expresión no es carne y hueso. Si sólo el ataque físico importara, habría que despenalizar la amenaza y la extorsión.

Podríamos aceptar que el cambio cultural quizá merece aún un debate en ámbitos como el universitario. Pero es hora de que quienes hablan de que son censurados por unas ideas acepten que pueden exponerlas sin dejar de considerar que sus alumnos no pueden ser objeto de irrespeto. Hemos visto que la defensa del *bullying* organizado en

nombre de la libertad académica muchas veces no es más que una cobertura para actos de mucha más baja puntería. Es el caso del *influencer* Jordan Peterson, cuyo lamento por ser expulsado de ámbitos académicos, en nombre de principios académicos, choca por completo con el comportamiento que termina teniendo en las redes sociales, donde ejerce la burla descarnada de individuos por sus elecciones personales. Al final, no hace más que mostrar la hilacha en cuanto a querer mantener un trato injusto, entre otros, con sus alumnos.

Peterson dice estar asediado y ser víctima de una «ideología de género» por «defender la libertad de expresión». Como señala Verbal (2022), Peterson reclamó que una reforma a la ley antidiscriminación de Canadá, que incorporó las categorías identidad y expresión de género, implica una coacción en su contra, puesto que lo habría obligado a usar pronombres neutros o distintos del sexo biológico de las personas trans. Verbal sostiene que para este autor y la nueva derecha, el reconocimiento legal de las personas trans constituiría una coacción física en contra de su libertad de expresión. Sin embargo, ni esa ley canadiense ni la mayoría de las leyes antidiscriminación del mundo, ni tampoco las leyes de identidad de género, sancionan los discursos de odio en contra de colectivos de personas, cualesquiera que sean, sino sólo la discriminación que afecta a personas individuales, como, por ejemplo, el despido laboral por alguna de las categorías contempladas en dichas leyes. Por lo demás, esos cuerpos legales contienen también muchas otras categorías de no discriminación, como la nacionalidad, la religión, etcétera.

Savater (2008) puso el ejemplo de cuando Bertrand Russell quiso dar una clase en la Universidad de Nueva York, pero «las autoridades, tras un célebre proceso, le negaron el permiso y lo rechazaron como profesor porque, aseguraban, era una mala influencia y podía corromper a la juventud. Russell, además, fue uno de los pocos pensadores que se han atrevido a escribir directamente en contra de las creencias religiosas, explicitando su pensamiento en sus obras. Una de ellas tiene un título que lo dice todo: *Por qué no soy cristiano*. Ese título, que es casi más conocido que la obra misma, dio lugar también a una enorme cantidad de

debates y de enfrentamientos, porque algunos consideraban que se había ido muy lejos, que se estaba atacando las bases mismas de la sociedad».

Pero en la actualidad, depende a quién le preguntes, la cadena de comida rápida Chick-fil-A de Estados Unidos debería ser cancelada (es decir, repudiada) por sus posturas sobre los derechos LGTBI+. Por otro lado, algunas personas pueden sugerir que deberías dejar de escuchar a Chris Brown, Marilyn Manson o R. Kelly por sus historiales de acusaciones de abuso, incluso que se repudie a algunas personas que en redes sociales hicieron chistes racistas. El punto es que una parte del debate de la cultura de la cancelación pone su énfasis en personas que estarían siendo «arruinadas» profesionalmente como resultado de la misma, pero nos olvidamos de centrarnos en las víctimas reales mientras el victimario se disfraza de víctima.

La cuestión es que la sociedad, o una parte de la misma, ha llegado a la conclusión, tras la evolución de la moral y el abrazo a la empatía o el reconocimiento de las libertades civiles, de que el comportamiento de una persona es inaceptable y que, por lo tanto, serán rechazados. Algunos plantean la cultura de la cancelación como algo severo, injusto y destructor de la libertad de expresión, y otros como una forma de rendición de cuentas. Pero no existe la tal libertad de dañar. La libertad de expresión está dentro de la tradición de la circulación de ideas. Pero un ataque no es una idea, eso forma parte del ámbito protegido que el Estado asegura a los individuos contra el intento de otros de agredirlos.

Hay una obra interesantísima sobre este tema, *The case for cancel culture: How this democratic tool works to liberate us all* (2023), escrita por Ernst Owens. El autor dice que la cultura de la cancelación consiste en poder hablar con sinceridad ante el poder, un poder que de hecho no se ha cansado de «cancelar», y con represalias incluidas, a minorías que no encajaban, no en términos de falta de empatía o que quitaban derechos a otros, sino a los que representaban una herejía, a los que le faltaban el respeto a su proyecto de vida ideal al que los demás debían someterse porque así estaba dictado.

Owens argumenta que así como un arma puede ser vista como una forma de protección o como un arma de terror, la cultura de la

cancelación ha empoderado a una generación más joven para hablar con sinceridad ante el poder y hacerle pagar por los daños cometidos en el pasado y en la actualidad, con el fin de que en el futuro nadie sea excluido, perseguido o maltratado por quienes sostienen que tienen el derecho a maltratar, ofender o destilar discursos de odio contra otras personas.

La idea sería que aquellos que perpetuaron el daño se hagan responsables de ello: *accountability*, como lo llaman en Estados Unidos, o «rendición de cuentas», como lo llamamos nosotros. Es la obligación o deber de asumir las consecuencias de las acciones y decisiones propias. Una disculpa no deshace el daño hecho, pero la cultura de la cancelación, sostiene Owens, puede ser una manera de remediar eventos pasados y ayudar a brindar al menos un pequeño sentido de justicia. Además, es positivo que la información sobre las acciones perjudiciales de alguien en Argentina llegue a la gente en España, por ejemplo, porque esto ayuda a prevenir la repetición del comportamiento tóxico. Lo que hoy está claro es que quienes se oponen a lo que se llama cultura de la cancelación son generalmente aquellos que tienen poder o no quieren perderlo. Políticos, académicos y celebridades a menudo la critican porque quienes les otorgan estatus y privilegios también pueden usarla para despojárselos.

La cultura de la cancelación consistiría entonces, desde este punto de vista poco común, en hacer que los infractores sean conscientes del impacto de sus acciones, insisto, que a lo mejor muchos hoy no logran ver como dañinas, pero que en verdad están afectando a otras personas, así como en algún momento la gente creía que había que segregar a las personas negras, que la esclavitud estaba bien o que las mujeres no debían votar. Desde los movimientos que piden que los funcionarios policiales dejen de tratar con brutalidad a las personas negras, hasta movimientos como el #MeToo, que piden que las mujeres no se queden en silencio ni permitan que quienes tienen poder abusen sexualmente de personas inocentes. La cultura de la cancelación se trataría entonces de pedir un cambio real, estructural, no sólo de señalar las instituciones y los mecanismos que están mal, llamando a un cambio en los valores morales establecidos, pero no a hacer daño ni acosar a otras personas.

Por cada acción hay una reacción, y eso es lo que debemos recordar. Esto no se trata de eliminar derechos. Sí, la Primera Enmienda permite la libertad de expresión, pero no protege de críticas o consecuencias sociales, ni tampoco otorga impunidad para difamar y calumniar como si eso fuera una doctrina política. Desde este interesante punto, la cultura de la cancelación también es libertad de expresión y es una cultura de consecuencias. Owens destaca lo siguiente:

> Los derechos de la Primera Enmienda no se extendieron al resto de la sociedad hasta la Ley de Derechos Civiles de 1964, cuando el gobierno de Estados Unidos decidió finalmente que las personas de diversos orígenes tampoco deberían ser discriminadas por raza, religión, género y credo. La Ley de Derechos Civiles de 1964 fue un momento clave en la cultura de la cancelación contemporánea. Fue en ese momento en el que las estructuras de poder predominantemente blancas no podían discriminar abiertamente al resto de la sociedad a través de la libertad de expresión sin consecuencias potenciales. Antes del movimiento de los derechos civiles, las preocupaciones de las personas negras no se debatían ni se tenían en cuenta públicamente; la palabra de un hombre blanco era simplemente la ley. En muchos aspectos, eso sigue siendo así, dado lo difícil que es revertir décadas de arraigado supremacismo blanco. La cultura de la cancelación fue la forma de libertad de expresión que los sin poder no podían utilizar completamente hasta después de que sus derechos civiles fueran protegidos por la ley. La cultura de la cancelación ha nivelado el terreno de juego para aquellos que no siempre pueden depender de que el gobierno los proteja. En este momento, los intolerantes están protegidos bajo la Primera Enmienda, lo que les permite propagar un discurso repugnante sin consecuencias sancionadas por el Estado. La América que toleraba la supremacía blanca en sus políticas y leyes es el mismo país que quiere recordarnos cómo tales formas de odio todavía son legales mediante la libertad de expresión. En otras palabras, los hombres blancos heterosexuales y otras personas con poder no están acostumbrados a recibir críticas por la forma en que se conducen y la cultura de la cancelación ha reiniciado las formas en que la sociedad puede reaccionar. Pero la cultura de la cancelación está alimentada por las redes sociales, así que las personas que tradicionalmente han sido ignoradas ahora pueden insistir en la rendición de cuentas. En muchos aspectos, la cultura de la cancelación está reforzando cómo sería nuestro mundo si todos tuvieran la oportunidad de opinar sobre los temas y las personas que tienen poder.

Una de las protestas más famosas contra la llamada cultura de la cancelación tuvo lugar en el verano de 2020, cuando más de ciento cincuenta figuras públicas estamparon su firma en una carta abierta publicada por *Harper's Magazine* denunciando la «restricción del debate»: «Editores son despedidos por publicar piezas controvertidas; libros son retirados por presunta falta de autenticidad; se prohíbe a periodistas escribir sobre ciertos temas, profesores son investigados por citar obras literarias en clase», decía la carta firmada por personas como Noam Chomsky o J. K. Rowling.

También corresponde traer aquí la reacción en X (antiguamente Twitter) de Robert Reich, profesor estadounidense invitado a firmar, pero que decidió no hacerlo: «Decliné firmar la carta de *Harper's* porque el trumpismo, el racismo, la xenofobia y el sexismo han tenido tanto campo libre e influencia perjudicial en los últimos años que deberíamos honrar y respetar las expresiones de enojo y pesar finalmente escuchadas». Como dice Owens, «aquí están, un grupo de personas en su mayoría ultraexitosas, ultrainfluyentes, publicando una carta que destaca sus preocupaciones intelectuales en una de las revistas más respetadas del mundo, ¿y están preocupados por la cultura de la cancelación? En el pensamiento más retorcido de la carta, piden el derecho ilimitado de expresar sus pensamientos, pero quieren protección contra una reacción a esos pensamientos». Otro ejemplo claro de esto se expone en la película *Death to 2020* en Netflix, donde la actriz de Friends, Lisa Kudrow, interpreta en una parodia a una política miembro del Partido Republicano que defiende a Donald Trump, y dice lo siguiente en una escena, haciendo referencia al argumento al que recurren permanentemente los conservadores: «Las voces de los conservadores están siendo silenciadas, ya lo dije, lo dije en mi canal de YouTube, lo dije en el show de Joe Rogan, en el pódcast de Jordan Peterson, en Fox News con Tucker Carlson (dos veces), y lo dije en mi libro *best seller* de *The New York Times*: las voces conservadoras están siendo silenciadas».

Una vez más, parece que buscan jugar el papel de víctima y presentar a la víctima real como un opresor. El punto más llamativo está en que tal

vez la cancelación puede parecernos algo nuevo, pero en realidad podría ser la última manifestación de una pelea continua entre oprimidos y opresores. De esta forma, la nueva derecha planea quedarse con el término *cultura de la cancelación* y usarlo para decir que los quieren cancelar por no poder decir comentarios racistas, sexistas, machistas, xenófobos, homófobos, etcétera.

Lo llamativo es que la cultura de la cancelación ha existido desde siempre. Si viajamos a la antigua Grecia nos encontraremos con el famoso «ostracismo», que era el destierro de las personas a las que se consideraba malas para la sociedad. Condenar al ostracismo significaba excluir o desterrar a alguien de la sociedad, rechazándolo o apartándolo de forma deliberada. Especialmente en Atenas era una práctica mediante la cual los ciudadanos votaban para desterrar a una persona considerada peligrosa o perjudicial para la comunidad. Este individuo señalado debía abandonar la ciudad y permanecer desterrado durante un período de tiempo específico, generalmente diez años. Esto no quiere decir que esté bien o que esté mal, sino que sucedía y era una manera de «cancelar».

Un poco más adelante, con la llegada del cristianismo, Grecia se convirtió en un lugar repleto de estatuas paganas en las que los cristianos tallaban cruces y por ende cancelaban (invito al lector a buscar la imagen de la cabeza de la estatua de Afrodita que se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas, donde se ve a esta diosa con una cruz en la frente tallada por los cristianos, con los ojos dañados en un intento por «cegarla»). Lo mismo hizo la religión con la prohibición y quema de libros, la destrucción de la biblioteca de Alejandría o incluso la forma en que los cristianos cancelaron a la filósofa Hipatia de Alejandría (como ya conté, despellejándola y matándola).

Pero siempre hubo personas que resistieron y trabajaron arduo para cancelar a estos dogmáticos, asesinos y fanáticos que incluso lo hacían en el nombre de una religión del «amor al prójimo» (sí, salvo que el prójimo debía ser bastante particular, uno que debía pensar y predicar lo mismo que ellos: el prójimo no es todos, es quien les conviene). La religión inculcó un sentido de ciega lealtad y obediencia que se llevó a cabo en la legislación y las políticas modernas, pues en aquellos días, en

este mismo Occidente, tan sólo un par de siglos atrás, e incluso menos, ser ahorcado, asesinado, esclavizado o desterrado por protestar eran formas ampliamente aceptadas de ser cancelado por los supremos que reinaban y controlaban la vida ajena.

Cientos de años después de todas las atrocidades medievales, la tensión sobre la religión y su formato de vida que los conservadores quieren aplicar a través del Estado, sigue presente y haciendo de las suyas. La hoguera, la quema de brujas, las cruzadas cristianas (la versión cristiana de la yihad, ocho expediciones bélicas que tuvieron lugar entre los siglos XI y XIII), todas estas cosas fueron formas de cancelación de parte de tribunales eclesiásticos que hoy, aunque cambiaron el formato y ya no te queman en la hoguera, te pueden hacer sentir por dentro que vives en una: te reprimen, te encierran, te formatean, te dicen cómo vivir hasta el punto que puedes llegar a sentirte culpable de ser tú mismo y suicidarte.

Owens pone el ejemplo del motín del té en Boston en 1773, donde los colonos se negaron a pagar impuestos porque no tenían representación en el Parlamento. Eso, dice, fue cultura de la cancelación. La negativa de las personas negras a viajar en autobuses segregados en 1955 en Alabama también lo fue. Tengamos en cuenta que unas décadas atrás, específicamente en 1942, la Asociación de Restaurantes Lonestar de Texas imprimió volantes, los repartió y los pegó en sus ventanas. Estos carteles decían «No se permiten perros, negros ni mexicanos» («*No dogs, negroes and mexicans*»). Tuvimos que esperar a que una mayor diversidad en el cine o en la música en la década de 1950 en adelante llevara a una generación de personas blancas a cuestionar las posturas racistas de sus propios padres y abuelos.

Pero hay más ejemplos. El boicot a Sudáfrica para poner fin al *apartheid* también lo fue. La revuelta de Stonewall en Nueva York, en la que activistas *queer* y trans se amotinaron en las calles para cancelar la intolerancia respaldada por la policía, también fue cancelación, al igual que el boicot llevado a cabo por la Asociación Nacional para el Avance de las Personas de Color (NAACP) en 1945 cuando pidieron a los cines que dejaran de proyectar la polémica película *El nacimiento de una nación*, la

cual retrataba de manera positiva al Ku Klux Klan mientras perpetuaba peligrosos estereotipos racistas. Otro caso es el de la Liga Antidifamación (ADL), que logró cancelar a Henry Ford organizando un boicot, luego de que éste publicara varios artículos antisemitas en su periódico *The Dearborn Independent*. La demanda, apoyada por muchos judíos estadounidenses y aliados cristianos, instó a la gente a dejar de comprar automóviles Ford, lo que finalmente hizo que éste dejara de publicar los artículos antisemitas en diciembre de 1927, cuando se rindió y cerró el periódico.

Cuando millones de estadounidenses eligieron a Joe Biden como presidente, cancelaron la reelección de Donald Trump porque las personas sintieron que estaba en juego una forma de vida. Se trata del contenido. Cuando los conservadores argumentan que la cultura de la cancelación es «antiestadounidense», realmente ignoran la historia del país: la Constitución no existiría sin la desafiante resistencia de los colonos contra la tiranía de la monarquía británica. En otras palabras, la revolución estadounidense fue una protesta contra un poder opresor y fue también, en su proceso, una cultura de la cancelación.

Así pues, desde antes de la llegada de las redes sociales, los boicots, las aplicaciones de la corrección política y las manifestaciones eran cultura de la cancelación, pero bajo otros nombres: no es un fenómeno nuevo, por más que los movimientos conservadores intenten presentarlo como una diabólica tendencia que está arruinando la vida cotidiana.

Lo que sostiene este análisis es que hay cancelaciones que exigen libertades, que ponen un alto a los abusos, a los discursos de odio y que limitan a los que dicen que existe un «derecho a ofender» (podríamos llamarla «cancelación defensiva») y que por otro lado han existido cancelaciones que en vez de expandir la libertad, los derechos individuales y el respeto, los restringen, así como hizo la religión con sus índices de libros prohibidos, sus inquisiciones y sus hogueras, y lo hace hoy la nueva derecha. Es el repudio que organizan a diario los *trolls* de las redes sociales de las nuevas derechas, el *bullying* verbal de todos los días que llevan a cabo sus líderes políticos (podríamos llamar a esto «cancelación ofensiva»).

No se estaría tratando entonces de una crisis generacional, sino de un reflejo de los problemas que aún no podemos ver o que creemos detalles tontos o preocupaciones de «minorías tontas y blandas». Como mencioné, en algún momento se consideró una «preocupación innecesaria» o una «demanda exagerada» el activismo a favor del divorcio legal, del matrimonio igualitario o del fin de la segregación. Quiero recoger aquí el famoso poema que escribió en la posguerra Martin Niemöller (1892-1984), un pastor luterano alemán que simpatizó con las ideas nazis, pero después de que Adolf Hitler subió al poder en 1933 se volvió crítico y pasó años en prisiones y campos de concentración:

Cuando los nazis vinieron a llevarse a los comunistas no dije nada, ya que yo no era comunista.
Cuando encarcelaron a los socialdemócratas no dije nada, ya que yo no era socialdemócrata.
Cuando vinieron a buscar a los sindicalistas no protesté, ya que yo no era sindicalista.
Cuando vinieron a llevarse a los judíos no protesté, ya que yo no era judío.
Y cuando vinieron a buscarme a mí, ya no quedaba nadie que pudiera defenderme.

El ejemplo del matrimonio igualitario es un caso interesante para observar el trasfondo, hoy y en perspectiva, precisamente sobre un tema que décadas atrás era presentado por los conservadores en la sociedad como algo innecesario y exagerado. Esto nos sirve para mirar atrás y ver que realmente había cosas que a la sociedad le costaba ver, problemáticas y asuntos que afectaban a individuos y que eran increíblemente ninguneados con la complicidad de tantos sectores. Y, de hecho, podríamos decir que en la actualidad quizá se está tratando a los trans como hace dos décadas o menos se trataba a los divorciados.

En la década de 1990 se hicieron esfuerzos en algunos países como Estados Unidos para legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo, lo que generó un gran desafío y tiempos de cambio. Aunque

algunas jurisdicciones permitían uniones civiles para parejas del mismo sexo, éstas establecían un estándar separado pero igualitario. A nivel federal, las parejas del mismo sexo se veían privadas de más de mil derechos y responsabilidades federales asociados con el matrimonio debido a la Ley de Defensa del Matrimonio de 1996, que definía esta institución como la unión entre un hombre y una mujer.

En 2003, la Corte Suprema revocó las leyes de sodomía en el caso *Lawrence v. Texas*, y Massachusetts se convirtió en el primer estado en legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo mediante un fallo judicial. A pesar de esto, a nivel federal persistieron los esfuerzos para oponerse a la igualdad. El presidente George W. Bush expresó públicamente su apoyo en 2004 a una nueva enmienda a la Constitución que pretendía definir el matrimonio como un acuerdo entre un hombre y una mujer, y prohibir los matrimonios homosexuales: «Si queremos evitar que el significado del matrimonio cambie para siempre, nuestra nación debe incorporar una enmienda constitucional para proteger el matrimonio en Estados Unidos», sostuvo en febrero de 2004 en una comparecencia en la Casa Blanca. A pesar de su respaldo, la enmienda no logró ser aprobada (para que una enmienda constitucional se apruebe en Estados Unidos debe recibir una mayoría de dos tercios tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado y luego ser ratificada por al menos tres cuartos de los estados).

A lo largo de los años, los estados derogaron prohibiciones y aprobaron leyes en apoyo del matrimonio igualitario. Aunque California logró la igualdad en 2008, la iniciativa electoral «Proposición 8» enmendó la constitución estatal para definir el matrimonio como heterosexual. Esta enmienda fue impugnada y llegó a la Corte Suprema tras una serie de apelaciones y procesos legales, donde fue anulada en 2013 en el caso *Hollingsworth v. Perry*, lo que restableció la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo en California.

El matrimonio igualitario fue legalizado a nivel nacional en Estados Unidos el 26 de junio de 2015, a través de un fallo histórico de la Corte Suprema en el caso *Obergefell v. Hodges*. En esta decisión, la Corte Suprema determinó que las parejas del mismo sexo tenían el derecho

constitucional de contraer matrimonio en todos los estados del país, garantizando así la igualdad de derechos matrimoniales para todos, independientemente de su preferencia sexual o identidad de género.

La historia del matrimonio igualitario ha sido un proceso evolutivo en todo el mundo. Países Bajos fue pionero en el asunto al convertirse en el primer país en legalizarlo en 2001, seguido por Bélgica en 2003 y España en 2005. Canadá lo hizo ese mismo año, Sudáfrica en 2006 y varios países europeos, como Noruega y Suecia, en 2009. Argentina marcó un hito en América Latina al hacerlo en 2010. En 2015, la Corte Suprema de Estados Unidos, como mencionamos antes, legalizó el matrimonio igualitario, mientras que Irlanda también hizo lo propio, pero mediante un referéndum. Australia siguió en 2017-2018, y Taiwán se convirtió en el primer país asiático en lograrlo en 2019. Grecia acaba de legalizar el matrimonio igualitario en febrero de este año.

Quiero hacer hincapié en la diferencia entre matrimonio igualitario y unión civil, la cual radica en el reconocimiento legal y social de las relaciones entre personas del mismo sexo. El matrimonio igualitario implica el reconocimiento total y la equiparación con los matrimonios heterosexuales en todos los aspectos legales y sociales, incluyendo derechos de adopción, beneficios fiscales y hereditarios. Por otro lado, la unión civil es una forma de asociación legal que puede aplicarse a parejas del mismo sexo o heterosexuales. Aunque otorga ciertos derechos legales, no siempre proporciona la plenitud de beneficios asociados al matrimonio.

La vicepresidenta de Javier Milei, Victoria Villarruel, sostuvo en una entrevista con el periodista Luis Novaresio, luego de que éste le preguntara su opinión sobre el matrimonio igualitario, que es «innecesario» porque «ya estaba garantizado con la unión civil». También cuestionó «llamarlo matrimonio, ya que es una institución que tiene más que ver con lo religioso», olvidando y negando que el matrimonio es una ley civil que nada tiene que ver con lo religioso, y que fue laico a lo largo de la historia. La vicepresidenta sostiene lo mismo, al igual que Javier Milei, en cuestiones como la gestación subrogada, el aborto y la eutanasia. Milei ha incluso llegado a afirmar que el aborto es

un «homicidio agravado por el vínculo», algo que, de hecho, jamás ha avalado ninguna legislación o teoría jurídica.

Pero hecho este paréntesis sobre el matrimonio igualitario (un ejemplo de algo que estuvo cancelado), corresponde mencionar que tiempo atrás, antes del surgimiento de las redes sociales, cancelar a alguien (cuando no se tenía poder de alcance) requería más esfuerzo y coordinación en persona. Por ejemplo, uno tenía que enviar cartas a editores de periódicos, tardaba más y quizá ni siquiera la publicaban. En cambio, la cancelación actual es una respuesta rápida a las agendas políticas, que busca captar la atención del público para influir en las masas gracias al avance de las comunicaciones y las redes, que dan poder a más personas y una forma de compartir sus quejas en tiempo real para construir consenso en torno a una problemática sin que le lleve meses o incluso teniendo en cuenta que, en muchos lugares, la legislación o la policía también resultan cómplices de los atacantes. Siempre han existido métodos de responsabilizar públicamente a las personas y a medida que los medios de comunicación evolucionaron también lo hicieron los mecanismos o formas de la cultura de la cancelación.

Cancelamos todo el tiempo. No sólo a nivel social con respecto a estas cuestiones, también lo hacemos permanentemente en nuestro día a día de manera personal. Elegimos a quién invitar a nuestra casa, con quién relacionarnos, si bloqueamos a alguien en nuestro teléfono, si nos cae mal algo que nos dijeron, entonces evitaremos a esa persona, etcétera. Cuando uno cancela, el mensaje es claro: no vamos a perder más tiempo tratando de educar al infractor. Se cancela cuando la capacidad de llegar a un compromiso mutuo civilizado caduca, es decir, que no es la primera opción.

Antes de ser llamado cancelación, se denominaba adoptar una postura, decir la verdad, exigir cambios sociales, expresar repudio a los del discurso del odio, que han existido siempre. La cultura de la cancelación, cuando se hace desde el pedido de libertades, y se exige respeto y empatía, no es intimidar, ni hacer *bullying*, ni censurar, ni callar, es una llamada a la rendición de cuentas y una expresión democrática de frenar el abuso y la violencia, es una forma de civilizar.

Los que tienen el poder quieren hacer creer que la persona promedio está siendo cancelada, pero la verdad parece decir algo diferente. ¿Qué cosas no podemos decir? ¿Agredir? ¿Maltratar? ¿Discriminar a otro por ser diferente a uno? En todo caso, eso no es una opinión. Y si nuestra opinión es sobre la vida o el cuerpo de otra persona, ¿quién nos mandó opinar?, ¿con qué autoridad lo hacemos? Uno tiene derecho a elegir lo que quiera para uno, que no es lo mismo que un supuesto derecho a agredir o discriminar. Uno tiene derecho a elegir en base a sus «prejuicios» lo que quiere para sí mismo, pero no para agredir a los demás y promover campañas de agresión. Lamentablemente, algunos, especialmente desde la política, la cual valida este proceso, repiten de manera incansable la siguiente frase: «Intolerante usted, que no me deja discriminarlo».

Owens expone muy bien lo que sucede con la nueva derecha cuando sostiene que todos los conservadores, no sólo Trump, pretenden que no quieren tener nada que ver con la cultura de la cancelación. Que les gustaría presentarla como una herramienta de la izquierda, algo aterrador y no estadounidense, pero un vistazo a su comportamiento cuenta una historia diferente. De hecho, los conservadores, libertarios y paleo abrazan la cultura de la cancelación con entusiasmo. En su versión, una que anhela los días de su poder sin restricciones, han intentado cancelar derechos de voto, inmigración, la separación entre Iglesia y Estado, las leyes de seguridad de armas, el acceso al aborto y la existencia de personas trans, por nombrar sólo algunos casos.

Sin embargo, en comparación con generaciones anteriores, en general la gente es hoy más abierta y tolerante, independientemente de la afiliación política, por eso se enfrentan a una resistencia extendida por las redes sociales, algo que al parecer les molesta porque no pueden ofender, discriminar y odiar bajo el lema de la «libertad de expresión». Una cosa es libertad de expresión y otra las ganas de discriminar y señalar a sectores enteros de la sociedad, especialmente a homosexuales, personas trans, personas negras, mujeres e inmigrantes. La lucha por la igualdad nunca termina, y una vez más, la discriminación, la intolerancia y el discurso de odio se disfrazan con la máscara de libertad de expresión

o libertad religiosa, basada en la suposición de que existe un sistema moral y religioso superior, capaz de distinguir entre lo «correcto» y lo «incorrecto».

Además, esa libertad de la que hablan consiste en que todos aquellos a los que insultan no contesten, porque en ese caso los que responden a sus calumnias, a su *bullying*, se convierten en lo que llaman la «dictadura progre». Este enfoque particular sobre la libertad destaca la tensión ideológica presente en las interpretaciones del término, incluso en lo que la nueva derecha actualmente define como izquierda o socialismo, ya no tan enfocado en una crítica hacia la intervención estatal en la economía, sino más bien como todo aquello que los cuestione moralmente. Cualquier forma de defender los derechos y libertades LGTBI+ se convierte para estas personas (muchas de ellas se autodenominan liberales, insisto) en un *lobby* que pide «privilegios», que va contra los «derechos de los heterosexuales» y que, encima, busca «discriminar» o «segregar» a aquellos que los quemaron en la hoguera durante siglos, los encerraron en clósets y todavía los señalan con el dedo en la calle.

Por este mismo motivo, la cancelación debe centrarse en abordar fuerzas que representen una amenaza para la existencia de una persona o grupo, que atenten contra la vida, la dignidad y la libertad de alguien. Ésa es la justificación para cancelar actitudes como la supremacía blanca, el acoso sexual, la violencia física y verbal, la homofobia, el machismo, etcétera. ¿Tan difícil es considerar cómo pueden nuestras palabras o actitudes afectar a las demás personas? ¿Tan difícil es practicar la empatía? ¿Quién educa a los que están en el poder para que sean mejores personas? ¿Es tan difícil ser divertido sin necesariamente tener que reírse de otra persona? Por ejemplo, el político estadounidense Ted Cruz dijo en tono de queja que la vida ya no era «divertida» por culpa de la cultura de la cancelación... ¿Qué tendrá ganas de decir que no puede decir? Lo mismo sucede con personajes como Joe Rogan. Muchos de ellos dicen que no poder hacer chistes racistas sobre personas negras o bromas homofóbicas es una «destrucción» de la «expresión creativa», el «humor», la «libertad de expresión» y la «diversión». Lo que para una persona es un chiste, para otra persona puede ser un motivo de suicidio.

Es por eso que creo que circunscribir la violencia exclusivamente al ámbito físico es una deshonestidad total y una falta de comprensión de la naturaleza humana, al igual que caricaturizarla o restarle importancia. No hay sociedad moderna liberal que no proteja contra la difamación, que nunca es física. La violencia no es solamente física, también hay violencia verbal, psicológica, emocional y de muchos otros tipos. Todas deben ser abordadas según su grado y consecuencias.

Se trata de comprender los sentimientos de los demás. El *Diccionario Merriam-Webster* define la empatía como «la acción de comprender, ser consciente, ser sensible y experimentar indirectamente los sentimientos, pensamientos y experiencias de otra persona, ya sea del pasado o del presente, sin que los sentimientos, pensamientos y experiencias se comuniquen plenamente de una manera objetivamente explícita».

La empatía es la capacidad fundamental para comprender y conectar con los sentimientos de los demás, pero hoy parece haber más personas empeñadas en invalidar esos sentimientos. Existen distintas señales reveladoras de la falta de empatía en alguien, y aquí nombro algunos detalles para identificar a esas personas: la crítica constante hacia los otros, la falta de conciencia hacia los sentimientos de los demás, las acusaciones de sensibilidad excesiva en los demás, las reacciones exageradas ante situaciones mínimas, la negativa a admitir errores, los comportamientos insensibles o las dificultades para mantener relaciones estables con otros seres humanos son algunos ejemplos o indicadores que sugieren que estamos frente a una persona narcisista y carente de empatía.

Las personas narcisistas tienen una tendencia a exagerar sus propias habilidades y éxitos, al mismo tiempo que minimizan las capacidades de los demás. Hay señales específicas para identificar un potencial narcisista, como por ejemplo alguien que tiene incapacidad de mantener relaciones auténticas, alguien que busca chivos expiatorios a los que culpar de sus problemas o incluso alguien que cree tener derechos especiales. Para reforzar su sentido de superioridad, buscan ser adulados y admirados, buscan asociarse a individuos o instituciones que menosprecian a los demás, anhelando recibir elogios permanentemente

por sus supuestas inteligencia o belleza excepcionales. Esa necesidad excesiva de sentirse admirado por los demás es un mecanismo para mantener su autoestima que, evidentemente, es muy delicada. Pasa en las relaciones personales, puede pasar con una pareja pero también con un político. Esto es de manual.

Algunas décadas atrás, el psiquiatra Jerrold Post planteó una interesante teoría sobre el narcisismo, en la que identificaba dos tipos principales: los «sedientos de espejos», que constantemente buscan admiración y respeto, y los «hambrientos de ideales», que necesitan identificarse con figuras admirables por su prestigio, poder, belleza o inteligencia. Según Post, el líder populista encajaría en el primer tipo, mientras que sus seguidores se inclinarían hacia el segundo. Esta relación es simbiótica: el líder recibe admiración constante a cambio de su carisma y de un discurso que proporciona una sensación de certeza y propósito a sus seguidores.

El odio, el resentimiento, la frustración y especialmente el narcicismo son elementos y emociones que, por ejemplo, invaden a todo personaje populista de la A a la Z. De hecho, ahí radica uno de los mayores peligros, puesto que los narcisistas luego expanden esta característica a lo que se conoce como «narcicismo colectivo», la tendencia de un grupo o sociedad a sobrevalorar su propia identidad y logros mientras desprecia a otros grupos, manifestándose en actitudes de superioridad, exclusión y discriminación hacia aquellos percibidos como diferentes. Ese narcicismo colectivo promueve la unión y la cohesión dentro del movimiento, y desempeña un papel central al brindar satisfacción emocional a los miembros del grupo, especialmente a aquellos con baja autoestima, los que reciben una recompensa psicológica al sentirse parte de un grupo que perciben superior.

En obras como *El miedo a la libertad* (1941), *Anatomía de la destructividad humana* (1973) y *El corazón del hombre: su potencia para el bien y para el mal* (1966), Erich Fromm explicó que un narcicismo patológico es lo que impulsa a un líder político a buscar la popularidad, ya que ésta actúa como una forma de terapia contra la depresión y la locura. Sin embargo, se requiere de un gran talento, así como de un

contexto favorable, para que lograr esa popularidad valide sus fantasías y delirios narcisistas. Incluso cuando tiene éxito, el líder populista se siente impulsado a perseguir todavía más triunfos. Un fracaso puede desembocar en un colapso psicológico del líder. Además, cuanto mayor sea su convicción populista acerca de sus cualidades extraordinarias y de la importancia de su «misión», más fácil le resultará persuadir a las masas.

No requiere mucho trabajo darse cuenta de que personas como Donald Trump o Jordan Peterson encajan perfectamente en el perfil que estamos describiendo. Por eso Peterson, por ejemplo, está tan obsesionado con demostrar la masculinidad de la que habla todo el tiempo, de la misma forma que lo hace Javier Milei cuando habla de su «superioridad estética y moral», de que no le tiene miedo a nada o de que es un «león». Otro problema que se suma a este contexto es lo que generan en personas, mayormente jóvenes, que canalizan frustraciones (muchas veces producto de relaciones con padres poco afectivos), enojo y bronca a través de la voz de estos agitadores narcisistas. De esta manera, el círculo de violencia se convierte en una espiral inagotable que puede tener finales trágicos: desde tiroteos masivos hasta genocidios en masa, desde un chico que asesina a niños en escuelas hasta un dictador que invade Ucrania.

En resumidas cuentas, retomando el punto central de este capítulo, según demuestra la historia, la cultura de la cancelación ha existido desde siempre y puede utilizarse tanto para expandir los derechos y las libertades de las personas, como para reducirlas, retener el poder, ejecutar una cruzada moral y sostener la importancia de volver a unos supuestos «buenos tiempos». Se usa la cancelación para resolver problemas de derechos humanos y también se usa en función de la fe o el patriotismo. Hubo cancelación que hacía daño y hay cancelación que evolucionó para hacer el bien (otra vez, insisto, entiéndase expandir derechos y generar conciencia sobre cómo los discursos de odio pueden acabar en grandes masacres humanas, tal como lo ha demostrado la historia). Éste es el centro del argumento.

Owens argumenta que la cancelación moderna es en esencia un boicot, una protesta que busca poner fin a algo o alguien basado en el daño moral que ha causado:

> Nada se mueve en línea recta. La misma nación que instituyó un día de fiesta federal en honor a Martin Luther King Jr. eligió luego a un presidente racista que se esforzó por destruir el mismo tejido de igualdad y no violencia que Martin Luther King Jr. predicaba. La misma nación que una vez consideró el matrimonio interracial como un crimen, luego eligió como presidente a un hombre nacido de un padre negro y una madre blanca, y lo hizo dos veces. Ya sea que se use para mantener el *statu quo* o avanzar en la cultura, la cultura de la cancelación es tan estadounidense como la tarta de manzana y tan esencial para nuestra democracia como la Constitución que ayudó a inspirar. La cultura de la cancelación no es el capricho espontáneo que a menudo se presenta, sino que puede servir como un movimiento intencional y final cuando toda esperanza está perdida para los marginados. Las llamadas a la cancelación de las leyes de Jim Crow fueron motivadas por un grupo de personas que estaban hartas de ser víctimas de la rampante supremacía blanca que experimentaban. Dada la supresión del voto negro, la cultura de la cancelación se convirtió en su única opción disponible. Los éxitos que valoramos tan altamente hoy, provinieron, al menos en parte, de una cultura de la cancelación llevada a cabo por alguien que ya había tenido suficiente con el *statu quo*, aunque comenzó desde un lugar de muy poco poder. Para los activistas LGTBI+, la cancelación de intolerantes conservadores que infringen su derecho a existir significa liberación. Para los luchadores por la libertad de mediados del siglo XX, el fin de las leyes de Jim Crow significaba igualdad. Para los conservadores del Tea Party de principios de la década de 2010 significaba tratar de devolver a Estados Unidos a su antiguo liderazgo de dominio blanco, cristiano, cishetero, al buscar cancelar el progreso social hecho por el primer presidente negro de Estados Unidos.

Sin ir tan lejos, la mismísima historia de la Confederación fue también una cultura de la cancelación en forma pura y retorcida: los estados sureños del país norteamericano sentían que sus libertades estaban siendo infringidas con el avance en la lucha por los derechos de las personas negras, así como hoy los machos alfa sienten que sus «derechos» están siendo pisoteados por la existencia de las personas

trans (que según la Organización Mundial de la Salud son entre el 0,3 y el 0,5 por ciento de la población mundial). Como resultado, los confederados decidieron separarse de la Unión y protestar por lo que percibían como una violación de sus «derechos estatales».

Pasó la guerra civil, pasó la esclavitud, pasó la segregación. Y el poder de impacto y cambio que puede tener una generación es inimaginable. Por ejemplo, las décadas de 1960 y 1970 estuvieron marcadas por un despertar, por el espíritu *hippie* (palabra demonizada entonces y actualmente utilizada de forma peyorativa), por el rock and roll, por jóvenes que hablaban de la paz global en un mundo que se había dedicado a matarse y ahogarse en mares de sangre durante siglos. Esas décadas estuvieron marcadas por el activismo *queer*, por las drogas psicodélicas, por la exploración y la liberación de la sexualidad, por los famosos símbolos de paz del *summer of love* [verano del amor], que eran un desafío frontal al modelo conservador en Estados Unidos que representaba la reprimida década de 1950.

Por ejemplo, hoy en día los bikinis son populares, pero no siempre fueron algo «normal». En aquellos conservadores años cincuenta, fueron un enorme motivo de controversia y hasta llamaron la atención del Vaticano, desde donde fueron calificados como pecaminosos. Los bikinis comenzaron a ser prohibidos en países como Bélgica, Italia, Portugal y España. Pero el bikini también fue prohibido en varios estados de Estados Unidos, donde el Código Hays, promulgado en 1934, prohibía mostrar el ombligo en películas. Para los años noventa, los bikinis ya dejaron de considerarse tabú, pero para los conservadores lo que vino después de los años cincuenta fue una nueva era que significaba un declive cultural y una decadencia moral del país: hoy dicen lo mismo.

Durante la dictadura de Francisco Franco en España, las mujeres perdieron muchos de sus derechos conquistados, como la capacidad de divorciarse o casarse fuera de la Iglesia. Desde 1939, durante muchas décadas, las mujeres tuvieron que seguir normas de vestimenta, escotes cerrados, uso de medias, todo para representar a la mujer «recatada, sumisa y virtuosa» como la quería el régimen.

De hecho, en 1939 se estableció la Sección Femenina de Falange como guía adoctrinadora de la mujer durante el franquismo, que promovía la idea de que la única tarea asignada a las mujeres era servir a la patria en el hogar. Se las desalentaba a estudiar o ser intelectuales, y de hecho, se cerraron las escuelas mixtas. Además, se creó el Servicio Social de la Mujer, un programa obligatorio de formación para todas las mujeres solteras entre los diecisiete y los treinta y cinco años.

Y así ha sucedido durante un amplio tiempo, en el que a las mujeres se les ha construido un modelo limitado relacionado con las expectativas de los otros: ser buenas, mártires, vírgenes, mientras que aquellas que desafiaron estas normas fueron consideradas indomables y generadoras de caos moral. Las «malas» son las que se involucran en asuntos políticos, expresan sus opiniones, buscan conocimiento o cuestionan las doctrinas religiosas. Las «buenas» son las que se someten a la disciplina social y cumplen con las obligaciones.

Los conocidos como *baby boomers*, la generación nacida entre 1946 y 1964, comenzaron a rebelarse frente a sus padres ultraconservadores, abrazándose a lo disruptivo, alejándose de los estándares patriarcales de la vida familiar estructurada que había sido un deber moral hasta la generación de sus padres. Todo esto ayudó a cimentar el camino para el despegue de un movimiento que cuestionaba los mandatos y las visiones sociales de ese entonces (que eran consideradas normales, así como hoy nuestra sociedad considera normales algunos mandatos o controles sociales, sin darse cuenta del daño que provoca, y por eso insisto en intentar hacer el esfuerzo por descubrir cuáles son esas cosas que actualmente no podemos ver).

Como respuesta a muchos de estos cambios, en la década de 1970, de la mano de Richard Nixon, comenzaron muchas «batallas culturales», y junto a ellas, la famosa guerra contra las drogas que tiene vigencia hasta el día de hoy. En resumidas cuentas, se trata de la prohibición del consumo de drogas mediante políticas que restringen y penalizan el acceso, venta y posesión de sustancias como la marihuana, la cocaína, la heroína y demás. Aunque históricamente el ser humano convivió tranquilamente con las drogas mediante costumbres sociales, en el siglo

xx las naciones occidentales adoptaron políticas restrictivas y moralizadoras. Lo que no se entiende es que mientras exista demanda, existirá oferta y esta guerra contra las drogas que lleva décadas no ha mostrado resultados positivos, por el contrario, ha empeorado el contexto y provocado una narcoviolencia extendida por el continente americano (un ejemplo para ver cómo funcionan estas prohibiciones es la prohibición del alcohol con la ley seca en Estados Unidos en los años veinte del siglo pasado, cuyo principal resultado fue la aparición de violencia y mafias de la talla de Al Capone, marcando el inicio del crimen organizado, después de que el gobierno prohibiera la fabricación, venta, consumo, exportación e importación de alcohol. La ley fue derogada el 6 de diciembre de 1933).

Para los conservadores, la revolución sexual, el aborto, el feminismo, el uso de las drogas recreativas, las políticas de identidad y la diversidad eran vistos como amenazas a las normas sociales que habían mantenido durante siglos. En ese entonces, destacaron figuras como Harvey Milk, un activista estadounidense reconocido por ser el primer hombre abiertamente gay elegido para un cargo público en California y luchador contra la discriminación hacia la comunidad LGTBI+. Entre muchos de sus logros, podemos mencionar que consiguió que se aprobase una regulación que impedía a las empresas despedir a sus empleados por el hecho de ser gais en San Francisco. Harvey Milk fue asesinado el 27 de noviembre de 1978 por un colega conservador y exmilitar, menos de un año después de asumir su cargo: su lema era «Hope will never be silent» [la esperanza nunca estará en silencio]. Consciente de que las amenazas constantes que recibía podían llegar a concretarse, dejó grabado un discurso en el que decía lo siguiente: «Si una bala entra en mi cerebro, ojalá que sirva para destruir las puertas de todos los armarios».

Martin Luther King Jr. también fue considerado como una piedra en el zapato de muchos y representó una figura trascendental en la historia de los derechos civiles en Estados Unidos. Es mundialmente conocido por su emblemático discurso «I have a dream» [tengo un sueño], le concedieron el Premio Nobel de la Paz en 1964 y fue un luchador incansable contra la discriminación hacia las personas negras. Fue

asesinado en Memphis, Tennessee, con treinta y nueve años, después de haber recibido numerosas amenazas y actos de violencia durante años debido a su liderazgo en el movimiento por los derechos civiles. Una de sus frases más icónicas es la siguiente: «Llega un momento en que el silencio se convierte en traición».

Más tarde, en la década de 1980, figuras como la del presidente Ronald Reagan insistieron en buscar un retorno a la moral de la década de 1950 bajo el lema de «Hacer a Estados Unidos grande otra vez», popularizado durante una campaña presidencial que prometió al movimiento conservador un renacimiento de los valores cristianos tradicionales que según ellos habían sido erosionados en la década de 1960. Mientras los movimientos sociales prolibertad de las décadas de los años sesenta y setenta cancelaban para hacer evolucionar la moral, los conservadores cancelaban para restaurar una moral medieval y de los años cincuenta.

No olvidemos a figuras como Jerry Falwell, pastor bautista fundamentalista y televangelista estadounidense que se destacó por promover la oración obligatoria en las escuelas y veía la Biblia como una segunda constitución y guía moral, rompiendo con la idea del Estado laico y cancelando la libertad religiosa. En 1979, Falwell fundó la Moral Majority [mayoría moral], un movimiento conservador que fue cogiendo fuerza dentro del partido republicano y peleó por los valores tradicionales, oponiéndose a la secularización en Estados Unidos. Su influencia en la política lo destacó como figura influyente durante las décadas de 1970 y 1980. Una de sus frases más recordadas es la que dice que «La Iglesia debe ser un ejército de ataque disciplinado, porque los cristianos, al igual que los esclavos y los soldados, no hacen preguntas», ya que se había convertido en el guía para «librar una guerra santa» en Estados Unidos.

Es interesante mencionar que a finales de la década de 1980 y principios de 1990 se popularizó un concepto que conocemos como «corrección política», originado en un ámbito académico y con el propósito de describir un conjunto de actitudes, políticas y lenguaje que se consideran apropiados o «correctos» para evitar ofender o

discriminar a grupos específicos, como minorías étnicas, religiosas, sexuales o de género. El conservadurismo y la derecha de ese entonces adoptó el término de manera negativa, así como lo hace hoy Jordan Peterson, quien dice que la corrección política se ha convertido en un «dispositivo de censura». Pues estos conservadores, con métodos de intimidación, han conseguido que otros no convencidos repitan sus consignas o callen ante ellas.

Al igual que sucede hoy con la cultura de la cancelación, los conservadores argumentaron que la corrección política era una amenaza para la libertad de expresión. Del otro lado, los partidarios de la corrección política sostenían que buscaban promover la inclusión para fomentar una cultura de respeto en la que se evitara la discriminación y los discursos de odio.

La ola del conservadurismo moral tradicional de aquellas largas décadas llegó a su fin con la elección de Barack Obama unas décadas más tarde. Lo que vino después, y ahora estamos contemplando, algunos atónitos mientras otros parecen no percibirlo, es el auge de una nueva derecha impulsada por el fanatismo religioso y el nacionalismo, basando su código de cancelación en mantener el dogma, la xenofobia, el machismo, el racismo y la homofobia.

No obstante, en las sociedades modernas multiculturalistas y multiconfesionales, se debe dudar de que algún conjunto de valores pueda considerarse como superior. Definir ciertos valores como «establecidos», «tradicionales», «superiores» o «mayoritarios» puede ser simplemente un intento de imponer un sistema moral particular al resto de la sociedad.

A lo largo de las generaciones, el ser humano ha construido y desarrollado valores morales. Como dice Dawkins (2019), el personaje de «Dios» en los libros del Antiguo Testamento —«un dios celoso, orgulloso, controlador, limpiador étnico, sediento de sangre, morbosamente obsesionado con las restricciones sexuales, vengativo, misógino, homófobo, racista, infanticida, genocida, filicida, megalómano, sadomasoquista y caprichosamente maligno», como lo define el autor a partir de las descripciones de los escritos bíblicos— actuaba acorde a los

valores morales de esa época en la que fueron escritos, y eso nos da derecho a oponernos a todos los fundamentalistas que hoy día intentan arrastrarnos nuevamente hacia esos tiempos. El autor argumenta lo siguiente:

> Entonces, los valores morales están «en el aire» y cambian de siglo en siglo, incluso de década en década. Pero además de nuestro pasado evolutivo, ¿de dónde proceden realmente? ¿Y por qué cambian? Cambian, en parte, a partir de conversaciones ordinarias, en cafés y pubs y alrededor de la mesa. Aprendemos unos de otros. Escuchamos historias sobre personas que admiramos y prometemos imitarlas. Leemos novelas o artículos de opinión en los periódicos, escuchamos pódcasts o discursos en YouTube, y cambiamos de opinión. Los parlamentos y los congresos debaten cuestiones y cambian la ley, paso a paso. Los jueces interpretan la ley de diferente forma a medida que pasan las décadas. Antes de 1967, los hombres británicos podían ir a la cárcel por realizar actos homosexuales en privado. Ahora, después de décadas de luchar contra los prejuicios persistentes, ser homosexual se entiende como algo normal, y las personas homosexuales pueden gozar del mismo respeto que cualquier otra persona. Fue gracias a una votación parlamentaria (después de una dura y una larga lucha de las defensoras del sufragio) como se logró que las mujeres pudieran votar, en un país tras otro, durante el curso del siglo xx. Y podemos estar seguros de que los miembros de los parlamentos y congresos se vieron influidos por las cartas que recibían de sus electores y de sus distritos parlamentarios.

Con el paso de los milenios, los humanos nos hemos vuelto más amables los unos con los otros y ese cambio no tiene nada que ver con la religión ni con la genética. Es simplemente por el peso del coste de oportunidad, representado por la ganancia de la colaboración y el comercio, por lo barata que se vuelve la vida actuando con ética y mostrándose confiable, pacífico y amable. Las cosas han ido cambiando. De hecho, las hemos ido cambiando y lo logramos siempre que podemos vencer la mentalidad tribal y mítica, que quizá nunca muera, que todavía permanece en muchos y que siempre está intentando regresar de manera definitiva.

17

Feminismo

El feminismo no es una ideología en sí misma, sino que más bien se presenta como un conjunto de estudios, entrelazados con la antropología, que se centran en la liberación de las mujeres a nivel estatal, social e individual, no algo que defina cuestiones políticas. Esta distinción es crucial si la comparamos con otras corrientes como el socialismo, cuya existencia está intrínsecamente ligada al papel del Estado.

Esto no significa que los políticos no incluyan en programas de gobierno reivindicaciones feministas, con las que se podrá estar de acuerdo o no, o que el feminismo no haya implicado cambios en la legislación o se haya iniciado inspirado en esos cambios.

El feminismo es un movimiento de liberación, como lo fue el abolicionismo. Nos interesa aquí porque en parte lleva a un cuestionamiento del llamado «gobierno machista», es decir, que puede conllevar cambios políticos.

Aclaro esto porque también existe una intención de ubicarlo como una ideología en competencia directa con los valores tradicionales, el orden familiar y algo que ya nadie se atreve a verbalizar como la «autoridad paterna», es decir, en situarlo como una visión *woke*, cuestionadora, que se opone a los planes conservadores, y por eso es tratado como rival.

Es ideología guiar al Estado contra ideas de liberación, organizarse políticamente para que la sociedad no avance y deje de lado sus trabas para ciertas personas. Ser judío no es una ideología, pero ser antisemita sí; ser una persona negra no es una ideología, pero ser racista sí. Ser gay

tampoco lo es, pero decir que los homosexuales son un *lobby* gay sí. Sostener que hay un «*lobby* LGTBI+» que quiere dominar el mundo es una premisa ideológica, porque es algo que la nueva derecha le vende a la población para conseguir apoyo político, de la misma forma que el antisemitismo se utiliza para justificar o legitimar determinadas acciones, por ejemplo, decir que «somos los que vamos a salvar a Alemania». De todas formas, que determinadas ideas den lugar a una petición a la autoridad no las transforma en *lobby*. El judío frente al antisemitismo, el negro frente al supremacismo blanco, el homosexual frente a la homofobia o el extranjero frente a la xenofobia, buscan ser respetados, preservar su libertad, su integridad, su dignidad y su propiedad, no pretenden llegar al poder para gobernar a otros. No se pueden igualar estas posiciones sin caer en una ceguera ideológica.

En ese sentido, sólo podríamos considerar estas corrientes como partes de una definición mayor de liberalismo (el que describí desde la honestidad intelectual, desde la historia y sin agregados conservadores o fascistas a los que hoy se identifica injustamente el liberalismo). Esto es independiente de los pruritos de ciertas personas que se consideran liberales, pero son especialmente reactivas a estos temas, asociándolos caprichosamente y de inmediato a la demanda de privilegios con el único fin de descalificar todo un pensamiento acerca de la libertad e igualdad ante la ley. Que en nombre del feminismo se quiera imponer alguna norma cuestionable ni descalifica al feminismo como tal, ni le hacer perder su carácter liberal. Que otras personas que se definen como de izquierdas y pueden tener posiciones socialistas en otros aspectos o que ése sea su pensamiento de base y sean feministas en nombre de la igualdad, no le hace perder ese carácter liberador. Si alguien abre la puerta del campo de concentración en nombre de la igualdad, el socialismo o cualquier otra idea, eso no deja de llamarse libertad. Y si alguien califica esa acción de comunista, cree menos en la libertad que el comunista que la llevó a cabo.

Por otro lado, es importante remarcar que desde sectores que también se denominan liberales se reduce el término feminismo al movimiento de la primera ola o se dice que todo lo demás es «feminismo

radical». Creo que en esto hay hipocresía, porque en realidad lo que hacen las siguientes olas es ampliar los principios anteriores y eso no es para nada antiliberal. Hay una hipocresía en el sentido en que ya que no pueden luchar contra el feminismo, hacen control de daño.

Por eso me pareció importante agregar el feminismo a este libro, precisamente porque se trata de uno de los movimientos más significativos de la era contemporánea y a su vez se ve politizado por la corriente nacionalista religiosa. El feminismo se presenta como un movimiento social que cuestiona la manera en que las mujeres han sido tratadas a lo largo de la historia. Se trata de la defensa de los derechos y libertades de ellas, es el cuestionamiento de la manera en que han sido tratadas por el hecho de ser mujeres.

Históricamente, los hombres establecieron instituciones que fortalecían su dominio y subyugaban a las mujeres, extendiendo la supremacía masculina a todos los aspectos de la sociedad, incluyendo la religión, el gobierno, el matrimonio, el hogar y las leyes. Las mujeres, consideradas como inferiores intelectual, social y culturalmente, fueron subordinadas durante mucho tiempo. Esto no es un «argumento de izquierdas», es la constatación de lo ocurrido hasta hace muy poco tiempo.

Incluso en la antigua Grecia, donde las mujeres tenían cierta libertad, no se las consideraba iguales a los hombres. Es importante recordar que las mujeres, como los extranjeros o los esclavos, no tenían derecho al voto en la democracia ateniense. A pesar de su presencia y contribuciones significativas, el papel de las mujeres, que han hecho enormes aportes al pensamiento y a la filosofía desde ese entonces, ha sido ignorado y a menudo ocultado. Las filósofas y mujeres que se atrevieron a desafiar el orden establecido enfrentaron obstáculos adicionales debido a la oposición generalizada por el hecho de ser mujeres. Las hubo, y de hecho fueron muchas.

Con el surgimiento de la Ilustración en los siglos XVII y XVIII, se resaltó la importancia de la libertad individual, lo que alentó a las mujeres a expresar sus inquietudes y reclamos. Durante las revoluciones en Francia y Estados Unidos, decenas de mujeres pelearon para que los nuevos

derechos alcanzados también fueran garantizados para ellas. Con el decurso del tiempo, más mujeres se sumaron a esta causa, otras la rechazaban en nombre del sentido común, del *statu quo* en el que estaban inmersas, que establecía que eso era lo «normal».

La historia del feminismo, como bien identifican los sociólogos, se organiza en olas o períodos, cada uno con sus propios catalizadores, que hicieron que el movimiento tuviese una constante evolución y ampliación de sus metas y objetivos. El feminismo es un movimiento que tiene que ver con la liberación de la mujer en la sociedad y en el Estado, que ha influido también significativamente en la sociedad: ha liberado a los hombres de su rol restrictivo y, sobre todo, ha beneficiado a las mujeres, colaborando para buscar un punto final al machismo, el cual fue bien definido por el autor Eduardo Galeano, al explicar que «es el miedo de los hombres a las mujeres sin miedo».

Este movimiento abarca diversas corrientes, con ideas y metas distintas, pero en su conjunto desafía el dominio arraigado del patriarcado en muchas sociedades, donde históricamente se ha dado una estructura de poder dominada por hombres.

El feminismo vio la luz como concepto en el año 1837, cuando el filósofo y político francés Charles Fourier hizo uso del término *feminisme*, recogido más tarde por el socialista utópico francés Pierre-Joseph Proudhon en 1840. El término se volvió popular en Francia en el siglo XIX, aunque las ideas y los movimientos feministas ya existían desde mucho antes. Desde entonces, el término ha evolucionado y se ha expandido con el fin de abarcar perspectivas adaptadas a las problemáticas de cada época.

Antes de que el feminismo tuviera nombre, las mujeres ya lo estaban poniendo en práctica. Así que antes de adentrarnos en las diferentes olas, corresponde mencionar a las llamadas «protofeministas» del siglo XVII, que forman parte de los inicios del feminismo británico y publicaron escritos que perseguían acabar con el mito que sostenía que las mujeres eran «el sexo inferior».

Desde Bathsua Makin, educadora inglesa y autora de *An essay to revive the ancient education of gentlewomen* (1673), en el que abogaba por

la educación de las mujeres e insistía en que eran igualmente capaces de aprender sobre ciencia, arte y humanidades (algo que en su época la mayoría de la sociedad no creía), hasta Margaret Cavendish, duquesa de Newcastle y una de las principales críticas del papel social asignado a la mujer, que en *Philosophical and physical opinions* (1655) lamentaba que a las mujeres se las metiera en jaulas como si fueran pájaros, excluyéndolas de la sociedad, de la educación, de la política y del poder, y eran permanentemente despreciadas por hombres que se adjudicaban una superioridad en todo sentido. Esta filósofa del siglo XVII fue una de las primeras mujeres en tener una participación activa en el ámbito filosófico y científico en una época en la que a las mujeres se les limitaba el acceso al conocimiento. Escribió más de veintitrés obras y su producción literaria fue crucial para abrir camino a las mujeres en campos que tradicionalmente eran dominados pura y exclusivamente por hombres.

En el siglo XVIII era prácticamente imposible imaginar que una mujer pudiera educarse, votar o desarrollar su propia carrera profesional. Fueron varias las que se atrevieron a desafiar las normas, pero veamos algunos ejemplos emblemáticos: en el año 1700, la autora inglesa Mary Astell, en su obra *Some reflections on marriage*, argumentó que Dios creó a hombres y mujeres con almas igualmente inteligentes, y se enfrentó a la posición eclesiástica que subestimaba a las mujeres; en el año 1734, el código civil sueco otorgó ciertos derechos a las mujeres, entre ellos la prohibición al esposo de vender las propiedades de su esposa sin su permiso; en la década de 1750, se fundó en Gran Bretaña la sociedad Blue Stockings Society para que las mujeres debatieran en el ámbito intelectual; y en 1765, en Estados Unidos aparecieron las Hijas de la Libertad, un grupo que protestaba contra los impuestos a la importación y respaldaba la independencia.

Durante la llamada «época de la libertad» sueca (de 1718 a 1772), se produjo un cambio de poder en el país escandinavo, que limitaba el poder de la monarquía y ampliaba el del gobierno. Este período progresista se reflejó en el debate filosófico y político, que incluyó la demanda de libertades para las mujeres. El código civil de 1734 otorgó a

las mujeres derechos de propiedad y el derecho al divorcio por adulterio. Entre las pioneras que abogaron por la igualdad de derechos, la escritora sueca Sophia Elisabet Brenner destacó tras publicar, en 1693, el poema *La defensa justificada del sexo femenino*, en el que afirmaba su igualdad intelectual con respecto a los hombres. Posteriormente, la periodista Margareta Momma, en 1738, peleó por la educación de las mujeres, influenciada por las ideas ilustradas europeas, y promovió la libertad de expresión y de religión. Otra figura clave fue Catharina Ahlgren, quien escribió bajo el seudónimo de Adelaide, defendiendo el activismo social y la igualdad de género en cartas publicadas en revistas.

Pero continuando con el feminismo a lo largo del mapa mundial, en su ensayo *On the equality of the sexes* (1790), la activista estadounidense Judith Sargent Murray defendió la igualdad en la educación formal para que todos pudieran desarrollar su potencial; abogó por la igualdad de derechos civiles, cuestionando que las leyes favorecieran a los hombres simplemente por su género; argumentó a favor de la participación activa de las mujeres en la sociedad civil, para sacarlas de la acotada esfera doméstica en la que se las había encorsetado, y también defendió la idea de que las mujeres necesitaban tener la oportunidad de buscar su propia independencia económica, acceder a empleos y tomar decisiones financieras. Sin lugar a dudas, Judith Sargent Murray desafió las normas de género de su época y afirmó que las mujeres rivalizarían en logros con los hombres si se les permitiera recibir una educación.

De esta manera va tomando forma la primera ola del feminismo. Las activistas, políticas y pensadoras de esta etapa pretendían conseguir el derecho al voto, igualdad en la educación y derechos matrimoniales. Su influencia perduró hasta 1920, cuando después de años de activismo muchos países occidentales habían otorgado el voto a las mujeres.

Mary Wollstonecraft, autora y activista inglesa del siglo XVIII, también fue una de las pioneras de esta primera ola, exigiendo que las mujeres debían recibir la misma educación que los hombres. En el año 1792, escribió *Una vindicación de los derechos de la mujer*, uno de los textos feministas por excelencia, en el que demanda que se deje de formar a las

mujeres para convertirse en puras amantes enamoradizas destinadas a satisfacer los deseos del hombre.

Como sucede en todas las épocas, siempre hay personas o grupos de personas que se oponen al progreso: Wollstonecraft tuvo decenas de detractores, entre ellos Jean-Jacques Rousseau, a quien refutó en su obra de 1792. Rousseau había sostenido en *Emilio, o De la educación* (1762) que «la educación de las mujeres siempre debe ser relativa a los hombres. Agradarnos, sernos de utilidad, hacernos amarlas y estimarlas, educarnos cuando somos jóvenes y cuidarnos de adultos, aconsejarnos, consolarnos, hacer nuestras vidas fáciles y agradables. Éstas son las obligaciones de las mujeres durante todo el tiempo y lo que debe enseñárseles en su infancia».

Otro fue el escritor Horace Walpole, quien, con sus aires machistas, definió a la autora en el siglo XVIII como «una hiena con enaguas», una frase despectiva que reflejaba a la perfección el prejuicio de género y la resistencia a las ideas feministas de Wollstonecraft que comenzaban a tomar fuerza. Es otro claro ejemplo de cómo históricamente las mujeres que se animaban a desafiar las normas de género eran desacreditadas, excluidas y maltratadas por medio de expresiones sexistas.

Otra mujer que vivió en aquellos tiempos, marcando un antes y un después, fue la escritora, feminista y abolicionista francesa Olympe de Gouges, quien presenció y vivió en carne propia la Revolución francesa en el siglo XVIII. Sus escritos antiesclavistas le valieron cierta oposición y un tiempo en prisión.

Olympe fue autora de la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana en 1791, escrito en el que expuso los valores de la Ilustración y cómo éstos podían cambiar la vida de las mujeres, y exigió un sistema jurídico que defendiese la igualdad de derechos ciudadanos para hombres y mujeres, el derecho al voto femenino, el acceso a la participación política, la educación, la propiedad y el control de bienes. Este escrito fue una respuesta a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, documento que lamentablemente ignoraba los derechos de las mujeres. Olympe fue ejecutada en la

guillotina durante la etapa del terror francés en 1793 por sus ideas y por criticar al régimen.

Desde 1797 hasta 1801, Abigail Adams, primera dama de Estados Unidos por ser esposa del segundo presidente del país, John Adams, hizo una solicitud importante a los padres fundadores en una carta a su esposo: «No olviden a las damas». Esta carta fue escrita el 31 de marzo de 1776, durante la redacción de la Declaración de Independencia, y expuso la preocupación de las mujeres del momento en el contexto de cambios sociales y políticos que estaban teniendo lugar, y demandaba la inclusión de derechos para las mujeres en la nueva estructura gubernamental y legal del país en gestación.

No hay duda de que el siglo XVIII fue clave en la historia del feminismo: mujeres de distintas partes del mundo empezaron a cuestionarse las cosas, intercambiar ideas e inspirarse entre ellas en las luchas que sus colegas estaban dando en distintos continentes. Si hay algo que influye de manera significativa en la vida de las mujeres son los cambios sociales y tecnológicos, pues el gran enriquecimiento que comienza a darse en esos años, impulsados por el desarrollo del comercio y la industria, trajo consigo una revolución tecnológica, especialmente en la industria de la imprenta, que dio lugar a la proliferación de revistas, panfletos, novelas y poesía, lo que sirvió para diseminar con más facilidad la nueva información que algunas mujeres que consiguieron educarse pudieron absorber y desarrollar. Durante mucho tiempo, incluso en la actualidad, se promovió un «ideal de perfección» que insistía en colocar a las mujeres en un campo cerrado, animándolas a tener esa «moral intachable en el hogar» o a servir a sus parejas. Esto comenzó a desmoronarse cuando más mujeres instruidas pudieron ver más allá de la vida doméstica.

Las mujeres comienzan a colaborar entre ellas, se reúnen en salones que empiezan a proliferar en Europa para darse apoyo mutuo (uno de los más prestigiosos de la ciudad de Londres, por ejemplo, fue el de la casa de Mayfair de Elizabeth Montagu), y protestan en conjunto en contra de la subordinación, reclamando sus derechos otrora arrebatados y negados por los hombres: a lo largo de la historia, las mujeres vivieron

sometidas al control de su padre o de su esposo, y en muchos países del mundo, en su mayoría de Oriente Medio, todavía sigue siendo así por la fuerte presencia de la visión dogmática religiosa, que hasta hace muy poco también formó parte de Occidente, y de la cual todavía quedan algunos rezagos que, cada vez que nos descuidamos, algunos políticos intentan hacer resurgir.

Todo este proceso de la denominada primera ola puede resumirse en un comienzo como el feminismo de la Ilustración. Mientras que pensadores como Rousseau consideraban a las mujeres inherentemente más débiles y menos racionales, otros, como Diderot, Bentham y Condorcet, defendieron en público su capacidad intelectual y respaldaron su búsqueda de la igualdad.

A principios del siglo XIX, en Estados Unidos y el Reino Unido las mujeres de la clase trabajadora comenzaron a mostrar activismo político, del mismo modo que lo hicieron muchas mujeres en otros países.

El 19 de julio de 1848 se congregaron trescientas mujeres y hombres en Seneca Falls, Nueva York, para la primera asamblea de activistas por los derechos de las mujeres. Las organizadoras, Lucretia Mott y Elizabeth Cady Stanton, abolicionistas que se conocieron en la convención internacional antiesclavista de 1840 en Londres, redactaron en unos días la Declaración de Sentimientos y Resoluciones, también conocida como Declaración de Seneca Falls. Este documento, posiblemente el más importante del movimiento por los derechos de la mujer en Estados Unidos en el siglo XIX, se inspiró en la Declaración de Independencia y detalló las formas en que se negaban los derechos a la mujer según la Constitución de Estados Unidos. Stanton presentó una lista de dieciséis injusticias, como la falta de derecho al voto, las restricciones a la propiedad y el acceso limitado a la mayoría de los oficios. Un fragmento de esta declaración plantea lo siguiente:

> En vista de la situación en que vive la mitad de la población, a la cual se le niega el reconocimiento de sus derechos y se la somete a una degradación social y religiosa, en vista de las leyes injustas más arriba mencionadas y porque las mujeres se sienten vejadas, oprimidas y

> fraudulentamente desposeídas de sus derechos más sagrados, insistimos en que se les deben reconocer inmediatamente todos los derechos y privilegios que les pertenecen como ciudadanas de Estados Unidos.

Harriet Taylor Mill, influenciada por las primeras asambleas de mujeres celebradas ese mismo año, redactó un ensayo titulado *The enfranchisement of women* (1851). En este trabajo, demandaba la equiparación con los hombres en todos los derechos políticos, civiles y sociales, subrayando especialmente el derecho de las mujeres a trabajar fuera del hogar. Esta autora clave del feminismo señaló la discriminación que excluía a las mujeres de casi todas las profesiones que requerían pensamiento o formación.

Las leyes inglesas y estadounidenses del siglo XIX establecían que una mujer casada quedaba bajo la propiedad legal de su esposo, una situación conocida como *coverture*, en práctica desde la invasión normanda en el siglo XI. En la década de 1850, figuras como Caroline Norton y Barbara Leigh Smith Bodichon encabezaron una campaña para revocar dicha ley. La *coverture* dictaba que, al contraer matrimonio, todos los derechos de la mujer, incluyendo propiedad, dinero, pertenencias y herencias, pasaban automáticamente al esposo. Este último tenía la custodia exclusiva de los hijos, con el poder de castigarlos, separarlos de la madre y disponer de sus propiedades. Caroline Norton expresó de manera contundente que «una esposa inglesa no tiene derechos legales, ni siquiera sobre su ropa».

A lo largo de la década de 1870 continuaron las luchas legales por el sufragio femenino, y la influencia de la declaración de Seneca Falls inspiró movimientos similares en Francia y el Reino Unido. Francia introdujo el sufragio masculino universal en 1848, pero cuando las mujeres intentaron votar o postularse como candidatas, fueron encarceladas. Las campañas en Estados Unidos también inspiraron a las mujeres británicas, y en la década de 1870 se multiplicaron las sociedades por el sufragio femenino y se presentaron peticiones al Parlamento con miles de firmas. Una destacada contribución al avance del feminismo de finales del siglo XIX fue el movimiento británico de las llamadas

suffragettes, que se destacó por su eficacia al emplear la violencia política para asegurar el derecho al voto. Lideradas por Emmeline Pankhurst y sus hijas, las sufragistas llamaron la atención del público demostrando que estaban dispuestas a ser detenidas e incluso a perder la vida por la causa. Su argumento central sostenía que las mujeres merecían el mismo derecho al voto que los hombres, y estaban decididas a llevar a cabo cualquier acción necesaria para lograr dicho objetivo.

Otro debate central en la segunda mitad del siglo XIX en el entorno feminista fue el cuestionamiento a lo que se consideraba una doble moral sexual. Es decir, se criticaba la aceptación de la actividad sexual y la promiscuidad de los hombres, mientras que de las mujeres se esperaba pureza y que se conservara la virginidad hasta el día del matrimonio.

En este contexto, el aumento de enfermedades de transmisión sexual como la sífilis llevó a culpar a las prostitutas de propagarlo, especialmente en ciudades como Londres, donde entre 1864 y 1867 se aprobaron leyes contra las enfermedades contagiosas que permitían la detención y examen a la fuerza de cualquier mujer sospechosa de ser prostituta, y en el caso de que se negara podía ser enviada a prisión. En países como Suecia, se obligaba a las prostitutas a registrarse y someterse a reconocimientos médicos semanales. Esto ocurrió hasta que en 1869 la reconocida feminista Josephine Butler fundó la Asociación Nacional de Damas para exigir la derogación de estas leyes y comenzó su activismo.

Como el siglo XIX fue una etapa de continuos desafíos, en los Estados Unidos de 1873 la ley Comstock declaró ilegal el envío de material «obsceno», que incluía información sobre el aborto o la anticoncepción, por correo o a través de las fronteras estatales. Esa información fue denominada «artículos de uso inmoral». Recordemos que numerosas mujeres tenían sentimientos muy encontrados con respecto a la anticoncepción, la cual era considerada por algunos como una herramienta que podría «corromper la sociedad» y fomentar una mayor actividad sexual femenina, lo que concedería a los hombres una libertad sexual ilimitada, tanto dentro como fuera de la institución del matrimonio.

Después de tantos reclamos y activismo, en los albores del siglo XX las mujeres todavía estaban limitadas mayormente a roles domésticos, recibían una educación mínima y quedaban excluidas de la mayoría de las profesiones. La libertad intelectual era escasa y el ámbito literario también estaba dominado por hombres. Muchas mujeres publicaban de manera anónima o bajo seudónimos.

En su ensayo *Una habitación propia* (1929), Virginia Woolf habló de frente sobre las dificultades que las escritoras enfrentaban para alcanzar el mismo éxito que sus colegas masculinos, y atribuyó la escasa representación de las mujeres en la literatura a la falta de libertad económica, social y académica. La mayoría de las mujeres en ese entonces escribía en espacios compartidos del hogar, rodeadas de distracciones y con escasa independencia.

Woolf introduce el personaje ficticio de Judith, hermana de Shakespeare, planteándose cómo habría sido su vida. Incluso aunque hubiera sido tan imaginativa como su hermano, se esperaría que se conformara con el rol de esposa y madre. Trágicamente, Judith se quita la vida sin haber tenido la oportunidad de expresar su genio. Woolf argumenta de esta manera que las mujeres necesitan un espacio propio para desarrollar su creatividad, que les permita liberarse de las ataduras domésticas. La independencia económica es fundamental para lograrlo. Al contar con un lugar para reflexionar, las mujeres tendrían la oportunidad de experimentar y desarrollar todo un mundo hasta ese momento encerrado, y desafiar así el ideal femenino victoriano.

Woolf insistió en la libertad intelectual, allanando el camino para la segunda ola del feminismo en la mitad posterior del siglo XX. En sus propias palabras: «Habría sido imposible para cualquier mujer escribir las obras de Shakespeare en la época de Shakespeare». Y remataba con la siguiente frase: «En la mayor parte de la historia, "anónimo" era una mujer».

Orlando: A biography, publicada en 1928, es una biografía ficticia que presenta a Victoria Sackville-West, amiga y amante de Virginia Woolf, como el personaje principal. La historia sigue la vida del poeta aristócrata Orlando, quien vive quinientos años experimentando los

cambios culturales y literarios en Inglaterra. A lo largo de este tiempo, Orlando experimenta personalmente cambios en las percepciones sociales del género al transformarse constantemente de hombre a mujer. La extraordinaria longevidad del personaje permite que viva diversas experiencias, como el amor, la literatura y la política, desde perspectivas distintas según su género en ese momento.

Por otro lado, en relación con el estudio de las culturas y su influencia en la formación de los roles de género, la antropóloga cultural estadounidense Margaret Mead fue pionera al sumergirse en este tópico en una de sus obras más influyentes, titulada *Coming of age in Samoa*, publicada en 1928. Mead argumentó que las diferencias en los roles de género no eran inherentemente biológicas, sino que estaban moldeadas por expectativas culturales y sociales. Su trabajo sugirió que las variaciones en los roles de género eran maleables y dependían en gran medida del entorno cultural en el que las personas crecían, profundizando en la observación del papel de la mujer, generalmente pasado por alto.

Ya en las décadas de 1960 y 1980, durante la segunda ola feminista y en sintonía con el movimiento de liberación de la mujer, surgieron demandas que buscaban cambios todavía más profundos en la sociedad. Más allá de la equiparación salarial y la libertad para el divorcio, esta fase también demandaba otorgar a las mujeres un mayor control sobre su propio cuerpo mediante el acceso a la píldora anticonceptiva. Paralelamente, se intensificó la lucha por una mayor protección frente a la violencia doméstica y se alentó a las mujeres a salir de los roles tradicionales que las tenían encorsetadas.

Esta etapa puso de relieve la noción de que la sociedad había estado históricamente impregnada por el patriarcado, donde los hombres ostentaban el poder en la familia, el gobierno, la educación, el ámbito laboral y la esfera religiosa. El impacto del sexismo político ya se evidenciaba desde un largo tiempo en distintos aspectos de la vida de la mujer. Hasta los años ochenta, por ejemplo, el incesto y el abuso sexual infantil eran temas considerados prohibidos de hablar en la esfera pública, y la violencia sexual en general era poco discutida. Fue en ese

contexto cuando las feministas de la segunda ola dieron importancia a abordar estos temas de manera pública.

Un hito significativo fue la iniciativa de las feministas estadounidenses Ellen Bass y Laura Davis, quienes, inspiradas por las campañas contra la violencia sexual, publicaron en 1988 el libro *El coraje de sanar*. Esta obra, más que una denuncia, se convirtió en una herramienta de autoayuda dirigida a mujeres sobrevivientes de abuso infantil. La obra no sólo alentaba a hablar sobre las experiencias traumáticas, sino que también buscaba proporcionar recursos y estrategias para superar el daño psicológico.

Simone de Beauvoir, que comúnmente es asociada con la segunda ola del feminismo, escribió *El segundo sexo* (1949), su obra más conocida, en la que expuso cómo las mujeres continuaban atrapadas en roles subalternos en un mundo manejado por hombres. En ese libro expresó que la distinción entre sexo biológico y género (aunque no utilizó explícitamente dicha palabra) surge a partir de los constructos sociales, es decir, de los productos de la cultura que genera cada sociedad. También explicó que «ser mujer» es un constructo sociocultural moldeado a lo largo de generaciones y es precisamente en ese constructo donde se encuentran las causas fundamentales de la opresión de las mujeres. A esto agregó que la emancipación o liberación de la mujer se podía alcanzar mediante dos vías: el acceso al conocimiento intelectual y la participación en el mercado laboral.

Así como los objetivos del feminismo de la primera ola buscaban la igualdad legal, intelectual, política y social con los hombres, la segunda ola amplió el alcance de la lucha feminista. Aunque todavía se demandaba igualdad, las feministas de esta etapa examinaron las experiencias personales de las mujeres, cómo fueron consideradas y tratadas en el hogar y la sociedad, así como las raíces de su opresión.

Simone de Beauvoir empezó cuestionando cuál era el significado de ser mujer, observando que distintos autores y filósofos mostraban una tendencia a definir a las mujeres como «hombres imperfectos», y respondió a esto sosteniendo que para ellos la mujer es «lo otro», definido solamente en relación con el hombre. En otras palabras, la

mujer no sería más que lo que decreta el hombre, que se define y se diferencia en relación con él, no consigo misma. Él es sujeto, el absoluto, mientras que ella es el objeto. Mientras tanto, la sociedad establece lo masculino como la norma y relega a la mujer al papel de «sexo secundario».

Según la perspectiva de esta autora feminista del siglo pasado, la mujer se percibe a sí misma y toma decisiones no basadas en su verdadera naturaleza, sino según la definición que el hombre establece, y es ahí donde radica la raíz de la opresión: son condicionadas para ser objetos dependientes y no sujetos activos, obligadas a llevar vidas monótonas y poco satisfactorias para ellas mismas, forzadas a aceptar la pérdida de libertad, independencia y autonomía.

También sostuvo que muchas mujeres han sido partícipes de todo este proceso, debido a una necesidad de aprobación y protección. Ya en la segunda sección de su obra, Simone de Beauvoir se adentró en la vivencia de las mujeres desde la infancia hasta la adultez, explorando aspectos como la maternidad, las labores domésticas o la sexualidad, entre otros. Resumiendo todas estas ideas, se puede concluir que la tesis principal sostiene que las mujeres no nacen con una feminidad, sino que ésta se construye a lo largo del tiempo, puesto que no existen determinantes biológicos o psicológicos que dicten el papel que las mujeres desempeñan en la sociedad: es la civilización la que ha delineado esa figura. De esta manera, en sus propias palabras: «No se nace mujer, se llega a serlo».

Según Simone de Beauvoir, desde la infancia se instruye a las mujeres a adoptar roles específicos, creando así condiciones sociales que las llevan a la subordinación. Un ejemplo que menciona es cómo se enseña a las niñas a ser atractivas al convertirse en objetos, renunciando a su autonomía, con el fin de complacer. Por el contrario, en los niños se fomenta la necesidad de desarrollar una vida propia, explorar y vivir de manera independiente. Beauvoir destacó que los niños, al trepar árboles, enfrentarse en juegos violentos y dominar la naturaleza, experimentan su cuerpo como un medio para controlar su entorno y un instrumento de enfrentamiento. Suele decirse que «los hombres son buenos en

matemáticas, las mujeres son más afectuosas». Esta socialización se ve reforzada por el diseño de los juguetes (al menos hasta hace muy poco esto era la regla) que a menudo se basan en el sexo biológico y en los roles culturalmente asignados. Durante la infancia, aprendemos a través del juego. Los juguetes y juegos que nos rodean nos enseñan también sobre los roles. De hecho, la revista *Science* identificó que alrededor de los cinco o seis años, las niñas dejan de asociar la inteligencia con su género y dejan de creer que es una cualidad que poseen, sumado a que los juegos disponibles o diseñados para niñas no suelen fomentar la estrategia o fuerza física, sino que están orientados hacia la suavidad o la expresión estética (danza, gimnasia artística, etcétera).

Beauvoir argumentó que las mujeres deben reconocer y desafiar las construcciones sociales de la feminidad, buscar la liberación a través del trabajo satisfactorio, la actividad intelectual, la justicia económica y la libertad sexual. No olvidemos que la libertad sexual, aunque limitada, sólo fue posible en Occidente en aquellos países donde la religión ya no tenía el control sobre el gobierno y la sociedad civil.

Otra mujer que destacó en esta segunda ola fue la periodista estadounidense Betty Friedan, cuyo libro *La mística de la feminidad* (1963) es considerado un hito en el pensamiento y la literatura feminista. En dicha obra se encargó de criticar la visión tradicional de la feminidad, de hacer frente a las limitaciones que sufrían las mujeres en la sociedad de la posguerra en Estados Unidos, de exponer la insatisfacción que vivían las mujeres blancas de clase media del país en la década de los años cincuenta y también de animar a muchas a alcanzar sus metas más allá del hogar. Fue una de las fundadoras de la Organización Nacional de Mujeres (NOW) en 1966, un centro clave en la lucha por los derechos de las mujeres.

Friedan animó a las mujeres a romper el estereotipo de «mujer» conocido hasta el momento: entrevistó a mujeres, médicas, escritoras, periodistas, y descubrió que muchas mujeres en el país tenían una sensación de infelicidad precisamente por seguir viviendo y persiguiendo la «mística femenina», la imagen idealizada de la mujer que encuentra su sentido de existencia en la idea de la familia y el matrimonio como la

«alternativa más preferible». Fue ella quien definitivamente generó un renacimiento del feminismo en la década de 1960 al hacer la siguiente pregunta: «¿Quién sabe todo lo que podrán ser las mujeres cuando finalmente tengan la libertad de ser ellas mismas?».

La presión sobre las mujeres de la posguerra para que abrazaran la mística de la feminidad era enorme y se creía que la vida fuera del hogar era sólo para hombres. En los años cincuenta hubo una migración masiva de familias de clase media blanca en Estados Unidos hacia los suburbios. La percepción de éxito asociada a este fenómeno contribuyó a la idealización de la familia nuclear tradicional, en la que el hombre era el principal proveedor económico y la mujer asumía el rol de ama de casa. Esta representación de la familia patriarcal chocaba con la independencia que muchas mujeres habían logrado, lo que generó tensiones y cambios importantes en las dinámicas familiares y sociales.

A lo largo de su obra, la autora también abordó la influencia del pensamiento freudiano en la creación de esta mística: fue muy crítica con respecto a la importancia que Sigmund Freud le otorgaba al papel tradicional de la mujer en la sociedad. Por ejemplo, el padre del psicoanálisis sostuvo que el orgasmo clitoriano era considerado «inmaduro» y que la mujer «madura» debería experimentar orgasmos vaginales: según esta postura, las mujeres que no tenían orgasmos mediante la penetración vaginal debían cargar con el apelativo de «disfuncionales».

Más tarde, la sexóloga y escritora estadounidense Shere Hite publicó el *Informe Hite: un estudio nacional sobre la sexualidad femenina* (1976), en el que reveló, a través de experiencias y pensamientos en relación con la sexualidad, que muchas mujeres encuestadas no llegaban al orgasmo mediante la penetración vaginal. Hite vinculó esto al papel subordinado de la mujer en el ámbito sexual y defendió el placer sexual como un derecho de las mujeres. Su informe desafió las ideas convencionales sobre la sexualidad femenina de aquellas décadas, y lo hizo de una manera rigurosa. Su hallazgo cuestionó la idea de que el orgasmo vaginal durante la penetración debía ser la norma y resaltó la diversidad de experiencias sexuales que las mujeres podían animarse a vivir. A través

de su trabajo y desempeño, Hite contribuyó a un diálogo más amplio, diverso, abierto y plural sobre la sexualidad femenina, que generó un camino de revolución femenina en el ámbito sexual.

Había sido tal la ignorancia y el desconocimiento respecto a la sexualidad femenina, que tuvimos que esperar hasta el año 2005 para que se descubriera que la estructura interna del clítoris se extendía por un área incluso más amplia de lo que se creía previamente. Este logro fue producto del trabajo de la uróloga australiana Helen O'Connell.

Un hecho interesante es que el biólogo estadounidense y pionero de la investigación sexual humana Alfred C. Kinsey publicó un informe en 1953 sobre la conducta sexual femenina, que desafiaba las ideas de Freud sobre la «superioridad» del orgasmo vaginal. De hecho, Kinsey es reconocido por la escala que lleva su nombre, desarrollada por él y sus colegas, una herramienta muy utilizada para describir la orientación sexual de las personas en una escala continua, en lugar de categorías rígidas. La escala originalmente tenía siete grados, desde la exclusiva heterosexualidad hasta la exclusiva homosexualidad, con puntos intermedios para personas que experimentan diferentes niveles de atracción hacia ambos sexos. Más tarde, se han propuesto versiones revisadas de la escala para reflejar una comprensión más matizada de la diversidad sexual. La escala de Kinsey ha supuesto un salto significativo en la investigación sobre la sexualidad humana y ha contribuido a desafiar las ideas tradicionales y binarias sobre la preferencia sexual.

Pero retomando la crítica a la postura freudiana, Betty Friedan señaló que Freud tuvo un rol imponente en el momento de contribuir a la creación de la «mística de la feminidad», lo que supuso una idealización de los roles tradicionales de género que establecía unos límites a las mujeres, las infantilizaba y las relegaba a los típicos roles de buenas hijas, madres y esposas, contribuyendo a perpetuar estereotipos. La sociedad se indignaba más con las mujeres que elegían no ser madres que con los hombres que no se hacían cargo de sus hijos. Las cosas no han cambiado mucho. Hace poco leí que un hombre que cocina, lava los platos y hace el aseo de su casa es un adulto funcional, no un ser especial...

Actualmente, Paul B. Preciado, en su reciente obra *Yo soy el monstruo que os habla: informe para una academia de psicoanalistas* (2020), se involucró en un diálogo crítico con los psicoanalistas, especialmente con las visiones de Jacques Lacan y Sigmund Freud. En su libro, argumenta que ambas figuras contribuyeron a la perpetuación de estructuras heteropatriarcales que patologizaban los cuerpos que no se ajustan a las normas establecidas. Preciado cuestiona así las prácticas tradicionales del psicoanálisis y señala su papel en la construcción y el mantenimiento de normas y roles de género. Su punto central, al igual que muchos pensadores que se dedican al estudio de las teorías de género, es la importancia de cuestionar la idea binaria de género, porque eso supone precisamente cuestionar el privilegio de los hombres heterosexuales blancos sobre las mujeres en la sociedad; se trata de la cuestión de deconstrucción de privilegios. Para Preciado, lo difícil no es modificar la percepción, sino transformar el sistema de poder que acompaña y sostiene a esa percepción. Además, agrega que no vemos ni entendemos el mundo, sino que lo percibimos destrozándolo a través de «estrechas categorías que nos habitan».

Simone de Beauvoir también había criticado las ideas de Freud. Sostenía que contribuyó a la opresión de las mujeres al perpetuar las limitaciones de género y la forma en que relacionó la identidad y la realización de las mujeres con la esfera de la casa y la maternidad: superar estas concepciones es un camino hacia la emancipación, nos recordó la filósofa francesa.

A finales de la década de 1960, las actitudes hacia el sexo experimentaron cambios significativos, entre ellos que fue más aceptado antes del matrimonio. Dos años después de la aprobación de la píldora anticonceptiva en Estados Unidos, alrededor de 1,2 millones de mujeres ya la utilizaban, aunque para algunos conservadores esto conduciría a una «sociedad promiscua». La revolución de la píldora en la década de 1970 otorgó a las mujeres el control sobre el embarazo, la capacidad de disfrutar del sexo por placer y de decidir cuándo ser madres, la oportunidad de perseguir carreras profesionales y de limitar el tamaño de la familia. Las tradicionales, cerradas y rígidas normas familiares

establecidas comenzaban a resquebrajarse. Lo que la historia de la religión en Occidente había convertido en sagrado y religioso, comenzaba a salir a la luz, y con ello se rompía la idea de la importancia de que la mujer llegara «virgen» al matrimonio: la imagen de la mujer virgen que tenía el deber (remarco «deber») de entregarse a su único hombre por el resto de la vida también comenzaba a tambalearse.

Pero esta segunda ola, además de responder al hecho de que los derechos conquistados no se habían traducido aún en mejoras sustanciales en la vida cotidiana de las mujeres, se enfocó en reducir las desigualdades en el trabajo y dentro de la familia, así como en desafiar las normas sexuales ya mencionadas. Otro tema que también fue centro del debate más candente (que aún continúa vigente) dentro de esta ola es el aborto, sobre el cual quisiera hacer un paréntesis importante.

El aborto es la interrupción voluntaria del embarazo (aunque también puede suceder espontáneamente) y puede llevarse a cabo de varias maneras, mediante píldoras anticonceptivas, fármacos específicos o procedimientos quirúrgicos. Este tema genera una efervescente discusión, por un lado, con defensores que abogan por el derecho de las mujeres a decidir sobre su propio cuerpo y opositores que, a menudo desde perspectivas religiosas, consideran que la vida humana comienza con la concepción y que el aborto es equivalente a un asesinato.

La forma en que el aborto ha sido tratado en el curso de la historia fue tomando distintos caminos según la cultura, el nivel tecnológico y el papel de la religión en cada sociedad. En naciones mayormente católicas, por ejemplo, la tendencia ha sido prohibirlo. Pero no cabe duda de que la cuestión del aborto, o más ampliamente, el control de la natalidad, está estrechamente relacionada con el papel de las mujeres en cada sociedad.

La autora Ayn Rand sostuvo que el aborto es un derecho moral de la persona gestante, debido a que nadie más tiene derecho sobre la disposición de su propio cuerpo, y agregó que al atribuir derechos a las personas que aún no han nacido (lo que ella llamaba «no-vivos»), las antiabortistas aniquilan los derechos de los vivos a determinar el curso de sus propias vidas. La autora se preguntaba con qué derecho puede

alguien proclamar el poder de disponer de la vida de otra persona e influir sobre sus decisiones personales.

En su nota «¿Puede un liberal apoyar la despenalización del aborto?» (2021), José Benegas explica que cuando las preferencias individuales o creencias personales se convierten en aspectos determinantes de las decisiones políticas, pueden surgir conflictos que perturben la cohesión social y la convivencia pacífica. Por ello, la separación entre la esfera política y las preferencias personales, incluyendo las religiosas, ha sido un principio esencial para mantener la paz y la armonía en una sociedad diversa. A quienes se oponen al aborto, en su mayoría con fuertes convicciones religiosas, se les hace más difícil separar sus creencias personales de su actuación política. A menudo, se observa un sesgo que emplea argumentos científicos de manera selectiva para encubrir una influencia religiosa en la política. Esto sin mencionar que incluso figuras destacadas de la Iglesia, como Tomás de Aquino o Agustín, eran «pro-choice».

El autor Michael Ruse, en su obra *Por qué odiamos: un viaje a la raíz del conflicto humano* (2023), plantea lo siguiente:

> En Estados Unidos, un gobierno estatal tras otro, compuestos casi en su totalidad por miembros masculinos (blancos), están promulgando leyes contra el aborto. Si esto no busca sino mantener a las mujeres en su lugar, no se entiende qué está sucediendo. Para ello se suele apelar, además de a la pseudociencia, al cristianismo. Y ése es un terreno algo resbaladizo. Aristóteles argumentó que, al inicio, el feto tiene un alma vegetal, y que la «animación» tiene lugar después de cuarenta días para los varones y noventa días para las hembras. San Agustín siguió la idea al pensar que el alma humana no entra en el feto hasta algún tiempo después de la concepción. Así era la tradición hasta mediados del siglo XIX. Como anticipándose a Linda Lovelace, Teodoro de Tarso, arzobispo de Canterbury (668-690), dictaminó que las relaciones sexuales orales exigían de siete años a toda una vida de penitencia; el aborto, únicamente ciento veinte días. Más adelante, en 1854, la Iglesia católica proclamó el dogma de la inmaculada concepción, es decir, que María fue concebida sin «pecado original». Sólo era cuestión de tiempo que el aborto se considerara asesinato. Y llegó de la mano del papa Pío IX en 1869, una posición que hoy en día no sólo es adoptada por los católicos, sino también por los evangélicos protestantes.

En Estados Unidos el abordaje del aborto ha experimentado cambios significativos en el curso del tiempo, marcando su historia política y electoral. Es una historia compleja y ha sido objeto de debate, controversia y referencia durante muchos años. Antes de su legalización en 1973, los abortos eran practicados ilegalmente, lo que resultaba en condiciones peligrosas y a menudo mortales para las mujeres que buscaban interrumpir sus embarazos. En 1967, el aborto era considerado un crimen en la mayoría de los estados del país norteamericano, con pocas excepciones para casos de salud materna o embarazos resultantes de violación.

Sin embargo, durante la década de 1970, hubo un giro en las leyes en todo el país (España tuvo que esperar hasta 1985). Los estados comenzaron a revisar y relajar sus restricciones sobre el aborto. Finalmente, en 1973, la Corte Suprema emitió dos decisiones históricas, conocidas como *Roe v. Wade* y la menos conocida, pero igualmente importante, *Doe v. Bolton*, que establecieron el aborto como un derecho legal en todo el país. Este cambio marcó un hito en la historia de Estados Unidos.

Roe v. Wade fue un caso histórico decidido por la Corte Suprema. En este caso, Norma McCorvey (conocida como «Jane Roe» en el caso) demandó al fiscal del distrito de Texas, Henry Wade, alegando que la ley estatal de Texas que prohibía el aborto violaba sus derechos constitucionales. La Corte Suprema decidió, en una votación de 7-2, que las leyes estatales que prohibían o restringían significativamente el aborto durante el primer trimestre del embarazo eran inconstitucionales. La decisión se basó en el derecho a la privacidad implícito en la Decimocuarta Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, que protege el derecho de una mujer a tomar decisiones sobre su propio cuerpo, incluyendo la decisión de interrumpir un embarazo durante los primeros tres meses.

Sin embargo, la decisión de *Roe v. Wade* no permitía un aborto irrestricto en todo momento del embarazo. Estableció un marco de tres trimestres, en el que el estado podía regular el aborto en interés de proteger la salud de la mujer y del feto en desarrollo. Esto significaba que

mientras el aborto era legal en el primer trimestre, los estados podían imponer restricciones razonables en el segundo trimestre, y regular o prohibir el aborto en el tercer trimestre, excepto cuando la salud o la vida de la madre estuvieran en peligro. La decisión de *Roe v. Wade* tuvo un impacto relevante en la política y la sociedad estadounidenses, convirtiéndose en un punto focal de debate y controversia en torno al derecho al aborto y la autonomía reproductiva de las mujeres.

Desde entonces, ha habido numerosos desafíos legales y esfuerzos para restringir el acceso al aborto en varios estados, incluyendo la imposición de requisitos de espera, asesoramiento obligatorio, restricciones de gestación y regulaciones de los centros de aborto. Este tema ha sido polarizador en Estados Unidos, con movimientos tanto a favor como en contra de la legalización y el acceso al aborto. La lucha continúa entre aquellos que buscan proteger el derecho al aborto como una cuestión de salud reproductiva y la autonomía de la mujer, y aquellos que buscan restringirlo o prohibirlo en nombre de sus creencias morales o religiosas.

A nivel internacional, la legalización del aborto ha experimentado avances, pero las opiniones divergentes sobre los derechos reproductivos continúan siendo un tema controvertido en muchos países. Además, si realmente se quiere reducir su número, una medida más que efectiva sería asegurar que se brinde educación sexual en las escuelas, universidades y centros municipales. De esta manera, todas las personas podrían aprender sobre un tema tan crucial como la sexualidad de manera abierta y sin juicios morales. Sin embargo, una vez más, las posturas conservadoras se oponen también a esta propuesta.

Pero retomando la historia de la segunda ola del feminismo, cabe mencionar que la difusión de información sobre estos temas mostró una increíble expansión. Fue entonces cuando florecieron numerosas revistas dirigidas a las mujeres. Más allá de la búsqueda de reformas, la destacada escritora, activista y periodista estadounidense Gloria Steinem comenzó a argumentar que el mundo y la política necesitaban un cambio fundamental, sumado a que veía, parafraseándola, que la religión se había convertido sólo en una forma de política que no podía ser

criticada. En ese contexto fundó la revista *Ms.* en la primavera de 1972, que vendió 300.000 ejemplares en sólo ocho días. Esta publicación se convirtió en la primera revista en Estados Unidos en la que mujeres destacadas abordaron temas polémicos como el aborto ilegal, la violencia doméstica, los problemas derivados de la pornografía, el acoso sexual y las violaciones, y se desafiaron también los cánones sociales de belleza.

El impacto de Steinem en el movimiento feminista es enormemente significativo. Como periodista, escribió un artículo para la revista *Show* en 1963 sobre su experiencia trabajando encubierta como «conejita Playboy». Este trabajo revelador expuso la explotación y la cosificación de las mujeres en la revista y en la pornografía, y generó un debate sobre la representación de las mujeres en los medios de comunicación.

Más adelante, en su obra autobiográfica *My life on the road* (2015), nos proporciona una visión extendida de sus experiencias de vida y nos plantea la siguiente reflexión: «A veces pienso que la única división real es entre las personas que dividen todo en dos y las que no. Cuando los humanos están clasificados en lugar de vinculados, todos pierden». Steinem le pone su sello cuando dice que las niñas deben saber que pueden romper las reglas. Entonces se trataba de levantar la voz, de no volver a quedar silenciadas.

Por ejemplo, cuando Susan Brownmiller escribió *Against our will* en 1975, temas como la violación se mantenían en las sombras y se percibían como fenómenos excepcionales, ya que raramente se informaba o se hablaba abiertamente sobre ello. Si se abordaba era de manera discreta y era común culpar a las víctimas bajo la suposición de que la biología impulsaba a los hombres a «necesitar» el sexo. De acuerdo con la creencia prevalente, se consideraba responsabilidad de las mujeres controlar o al menos restringir la lujuria masculina.

Brownmiller sostuvo que desde tiempos prehistóricos la violación ha sido el principal mecanismo mediante el cual los hombres establecieron un dominio sobre las mujeres. De hecho, la autora lo plantea como una herramienta utilizada de manera consciente y calculada por los hombres para afirmar su poder sobre los cuerpos de las mujeres.

En el siglo XVII, el juez inglés Matthew Hale dictaminó que la violación conyugal no existía legalmente, ya que según él, con el matrimonio, la mujer consentía tener relaciones sexuales con su esposo de por vida. Aunque esta perspectiva era común en muchos países, en el siglo XIX, sufragistas como Cady Stanton, Lucy Stone, Victoria Woodhull y Harriet Taylor Mill argumentaron que las mujeres debían tener el derecho de decidir cuándo deseaban tener relaciones sexuales con sus esposos. La violación conyugal no fue considerada ilegal en el Reino Unido hasta 1991, y en Estados Unidos la prohibición se implementó en los cincuenta estados en 1993.

En la vibrante década de 1970, en pleno florecimiento del feminismo de la segunda ola, algunas pensadoras como Mary Daly, Janice Raymond y Sheila Jeffreys adoptaron posturas críticas hacia las mujeres trans, a las que consideraban intrusas en la conversación feminista. Estas feministas sostenían sus opiniones sobre quiénes debían ser reconocidas como mujeres y construyeron argumentos que cuestionaban la legitimidad de las identidades trans.

Janice Raymond, en su obra *The transexual empire: The making of the she-male*, publicada en 1979, acusó a las mujeres trans de ser «hombres mentalmente enfermos» que buscaban invadir los espacios reservados para las mujeres.

Paralelamente, surgió un feminismo más inclusivo hacia las personas trans. Julia Serrano, por ejemplo, argumenta que las posiciones trans-excluyentes (TERF) socavan los principios feministas al tratar a las mujeres como sujetos complejos en lugar de reducirlas a meros cuerpos. Desde esta postura se critica a las llamadas TERF por no respetar la identidad de las personas trans y por contribuir a una percepción perjudicial de las mujeres trans como hombres vestidos que amenazan a las mujeres con su energía masculina. Germaine Greer, una figura activa en el debate actual, se alinea con las posturas TERF: según su visión, si naces con genitales masculinos, estás limitado a ser considerado un hombre. Pero veamos de qué se trata esto.

Al nacer, se nos asigna un sexo y un género, lo que conlleva una serie de comportamientos culturalmente aceptados para los roles masculinos

o femeninos (también hay una construcción sociocultural que asigna a las personas un sexo al nacer, ya sea hombre o mujer, basándose en la percepción de otras personas sobre sus genitales). Sin embargo, la identidad sexual o de género puede coincidir o no con la asignación inicial. Aquellos individuos que no se identifican con el sexo o género asignado al nacer son conocidos como personas trans, que incluye a los transexuales, los transgénero y las personas no binarias.

Algunas personas trans identifican su género como masculino o femenino, mientras que otras se identifican con identidades de género no conformes a las categorías binarias tradicionales. Algunas personas trans eligen cambiar su apariencia física a través de hormonas o cirugías, y otras optan por no modificar sus cuerpos y expresan su género mediante la vestimenta, el estilo de vida o diferentes manifestaciones personales. No todas las personas trans desean someterse a intervenciones quirúrgicas y hormonales para afirmar su identidad de género, por lo que es fundamental desterrar esa creencia.

Las personas de género no binario son aquellas que no se identifican completamente como hombres ni como mujeres. Pueden sentir afinidad con aspectos tanto masculinos como femeninos. El término *trans* engloba la diversidad de identidades trans, que incluye a personas transexuales, transgénero y no binarias, sin importar los cambios físicos que decidan realizar, ya que no hay una única manera de vivir siendo una persona trans. Por otro lado, el término *cisexual* (o *cis*) describe a alguien que no es transgénero, es decir, se identifica con el género que le fue asignado al nacer.

La revelación de la disciplina social del género abre variantes de identificación con principios masculinos y femeninos, y se deja de considerar lo genital como fuente de los derechos que las personas tienen a ser como quieran ser.

Actualmente, la transfobia abarca el rechazo y la hostilidad hacia aquellos que no se ajustan a los roles tradicionales de género, como personas trans, mujeres masculinas y hombres femeninos. Las personas trans son individuos reponiéndose a formas abiertas o solapadas de opresión contra lo que son, sólo para hacer prevalecer una

preconcepción atávica y arraigada de lo que deberían ser. ¿De qué otro lado podría estar alguien que valora la libertad que de su lado?

La homofobia, por ejemplo, se presenta con manifestaciones como las que Javier Milei hizo en un reportaje con el periodista Jaime Bayly cuando éste le preguntó su posición frente a la homosexualidad. Milei le dijo, como hacen muchos, «por mí podrías acostarte con un elefante, mientras no me pases el costo». En el debate sobre la libertad sexual, éste es un argumento bastante tramposo con apariencia liberal, pero con una intención bastante hipócrita. Esa aparente amplitud en realidad está deshumanizando a la otra persona. Mientras se aparenta defender la libertad, en realidad se está haciendo un ataque feroz a la dignidad.

La homofobia consiste en establecer una equivalencia entre la homosexualidad y el sexo con un elefante, y asociar la homosexualidad como un coste potencial para los que no lo son. La realidad es que el homosexual además paga enormes costes, medibles en dinero incluso, por la homofobia. Tendrá que ver deteriorada su salud, recurrir a profesionales para quitarse de encima la homofobia que el sistema le inculcó, etcétera.

Del mismo modo se descalifica a las personas trans, buscando por ahí casos de gente que en serio o irónicamente dicen identificarse como de otra edad o de otra especie. El fin es la descalificación acerca de aceptar y llevar adelante la cuota de masculinidad o feminidad que quieran con algo que resulte repulsivo o absurdo para el público desinformado y prejuicioso. Son formas de poner en la picota pública a gente que tiene el valor de enfrentar todo ese odio y prejuicios para afirmarse como quiere en la vida. Una actitud heroica pagada con un acto deleznable.

Aunque estamos empezando a comprender y reconocer la diversidad de formas de ser hombre o mujer, aún tenemos una visión limitada de lo que significa ser transgénero. Algunos dicen que «si permitimos que la gente autodetermine su género, muy pronto empezará a identificarse como árboles, alienígenas o cualquier otra cosa», una inquietud que refleja una táctica antigua utilizada contra movimientos como el feminismo y los derechos civiles: desviar la atención del tema central.

A finales de la década de 1980 surgió una corriente feminista innovadora conocida como la teoría *queer*, que se desarrollará en las décadas posteriores y desafiará la perspectiva que considera la heterosexualidad como la norma superior a la homosexualidad. Inspirados en las teorías feministas sobre el género, los teóricos *queer* proponen que la sexualidad es un constructo social y abogan por la diversidad de identidades sexuales. En 1989, Kimberlé Crenshaw acuñó el término *interseccionalidad* para describir la interconexión e interacción de diferentes formas de discriminación. En otras palabras, es un concepto que reconoce las interacciones complejas entre diferentes formas de discriminación y opresión, como el género, el color de piel, la clase social, la orientación sexual, la capacidad física y otras características. De esta manera, Crenshaw lo usó para describir cómo las personas pueden experimentar múltiples formas de discriminación simultáneamente, creando experiencias únicas y a menudo marginadas, donde esas formas de discriminación se entrelazan y refuerzan mutuamente.

Ya en la tercera ola del feminismo, se revisaron y redefinieron profundamente los estereotipos de género. En este período, la meta fue alcanzar la atención de mujeres de diversos contextos culturales y sociales. Esta tercera ola argumentó que las mujeres requerían una liberación que se daba por lograda y tuvo lugar desde la década de 1990 hasta 2010, en parte como una respuesta a una reacción antifeminista observada hacia finales de los años ochenta en un entorno social ampliamente conservador.

Alguien que desde aquella época conservadora representaba, y continúa haciéndolo, un icono de expresión individual y rebeldía contra todas las normas impuestas es Madonna, una figura asociada a la tercera ola del feminismo, que ha abordado temas como la liberación sexual, la autonomía de la mujer y la expresión personal en sus letras, su vida y su imagen pública. A pesar del éxito de Madonna en la música pop, la industria seguía siendo predominantemente masculina.

Su enfrentamiento con la Iglesia católica por el videoclip de «Like a prayer», considerado por los religiosos como blasfemo, marcó otro hito.

Pepsi, su patrocinador, la abandonó, pero los tribunales fallaron a su favor, lo que la convirtió en un caso sin precedentes para la libertad artística femenina.

Madonna fue muy clara al explicar que estar en contacto con la propia sexualidad y poder hablar de ello no tenía nada de malo, puesto que el gran problema es que todo el mundo se siente tan tenso al respecto que lo han convertido en algo malo, tabú, cuando no debería serlo. Al final, si la gente pudiera hablar libremente de estos temas y sin tapujos, las personas practicarían un sexo más seguro, habría menos embarazos no deseados y se cometerían menos abusos.

En la ceremonia de los premios Billboard de 2016, tras recibir el premio a la Mujer del Año, Madonna dio el siguiente discurso:

> Gracias por reconocer mi habilidad para continuar mi carrera por treinta y cuatro años ante la descarada misoginia, el sexismo, la constante intimidación y el abuso implacable. Estoy recibiendo un premio por ser la «Mujer del Año», así que me pregunto: ¿qué puedo decir sobre ser mujer en la industria de la música?, ¿qué puedo decir sobre ser mujer? Cuando comencé a escribir canciones no pensaba específicamente en el género. No pensaba en feminismo. Yo sólo quería ser artista, pero mi musa real fue David Bowie. Él encarnaba el espíritu masculino y femenino, y eso encajaba muy bien conmigo. Él me hizo pensar que no había reglas. Pero estaba equivocada, no había reglas... si eras un chico. Si eres una chica, tienes que adaptarte al juego. ¿Cuál es el juego? Te permiten ser bonita, linda y sexy. Pero no actúes demostrando que eres demasiado inteligente. No tengas opinión, o por lo menos, no tengas una opinión que esté fuera de la línea del *statu quo*. Te permiten ser convertida en objeto por los hombres, y vestirte como una zorra, pero no eres dueña de tu putería. Y no, repito, no compartas tus propias fantasías sexuales con el mundo. Tienes que ser lo que los hombres quieren que seas, pero más importante aún, haz lo que las mujeres creen que es lo correcto cuando estás con otros hombres. Y finalmente, no envejezcas, porque envejecer es un pecado. Serás criticada, denigrada, y definitivamente dejarás de sonar en la radio. Años después, hice el álbum «Erótica» y se editó mi libro *Sex*. Recuerdo ser el titular de todos los periódicos y revistas. Y todo lo que leía sobre mí era condenatorio. Me llamaron «puta» y «bruja». Un titular me comparó con Satanás. Y yo decía: «Espera un momento, ¿no está Prince dando vueltas por ahí con medias de rejilla, tacones altos, lápiz de labios

> y la cola al aire?». Y así era, lo estaba, pero él era un hombre. Ésa fue la primera vez que entendí que las mujeres no tenemos la misma libertad que los hombres. Camille Paglia, la famosa escritora feminista, dijo que retrasé al colectivo femenino por haberme objetivizado sexualmente a mí misma, y yo pensé: «Vaya, si eres feminista no puedes tener sexualidad. Tienes que negarla». Entonces me dije: «A la mierda. Soy otro tipo de feminista. Soy una mala feminista». Y a los que dudaban y a los negativos, y a todos los que me enviaron al infierno y me dijeron que no podía, que no lo haría, que no debía, vuestra resistencia me hizo más fuerte, me hizo esforzarme más, me hizo la luchadora que soy hoy, me hizo la mujer que soy hoy, así que gracias.

Ya que Madonna la menciona, quisiera hacer un paréntesis breve sobre Camille Paglia, quien pareciera minimizar las problemáticas de las mujeres de la nueva ola del feminismo. Paglia reduce el progreso de la humanidad únicamente a contribuciones masculinas, y su idea de que la civilización estaría estancada si estuviera en manos de mujeres es simplista, misógina y desestima las contribuciones femeninas a lo largo de la historia, ignorando las estructuras de poder que históricamente han privilegiado a los hombres en detrimento de las mujeres (es un hecho), y esto no significa que hoy se proponga odiar a los hombres, pues, el feminismo actual no lo hace. Pareciera ser que para ella, las mujeres merecerían ser la costilla de los hombres. No conozco feministas que estén de acuerdo con lo que dice Paglia, pero seguro que la mayoría de los machistas sí estarían de acuerdo.

Por otro lado, esta autora habla de igualdad ante la ley, pero su argumento parece estar en contra de la misma y no parece insistir ni reconocer que, históricamente, las mujeres han sido discriminadas y marginadas en muchos ámbitos sociales, políticos y económicos; sumado a esto, cuando dice que «rechaza el victimismo de las mujeres», niega la existencia y el nivel de problemas como el acoso sexual o la violencia de género: acusar a las mujeres de «victimizarse», es culparlas como se culpó a «Eva» de todos los males del mundo. Además, define el feminismo actual como «histérico», repitiendo, lamentablemente, lo mismo que se dijo de las mujeres durante siglos para atacarlas, patologizarlas y minimizarlas. Siguiendo su argumento de que los

hombres son mejores que las mujeres, pero que ella «es feminista», la pregunta para Paglia sería la siguiente: ¿para qué es feminista si el machismo supuestamente tiene la razón?

Chimamanda Ngozi Adichie, en *Todos deberíamos ser feministas* (2016), plantea que la presión social empuja a muchas mujeres a tomar decisiones terribles o incluso en contra de su propia felicidad. Nuestra sociedad enseña a las mujeres solteras de cierta edad, por ejemplo, a considerar su soltería como un profundo fracaso personal, pero el hombre de esa misma edad que no se ha casado es porque «todavía no ha elegido». Se enseña a las chicas que no pueden ser seres sexuales de la misma forma que lo son los chicos. Si se tienen hijos, no importa saber que tienen varias novias, pero a las hijas que tienen varios novios se les aplica la vigilancia policíaca, se las elogia por su virginidad, pero a los chicos no. En las reuniones familiares no se le pregunta a los varones cuándo se van a casar o para cuando una novia, pero a las mujeres se las somete a esa inquisición todo el tiempo. Éstos son sólo algunos ejemplos, pero así como sucede con Madonna, las mujeres que hacen lo que quieren y viven como quieren molestan, y molestan mucho.

Pero no quiero cerrar este pequeño segmento sobre música sin mencionar a artistas como Sinéad O'Connor, quien contribuyó al activismo con sus letras y será siempre recordada por su gesto de protesta en el programa *Saturday Night Live* en 1992, cuando, durante una presentación, rompió una fotografía del papa Juan Pablo II para exponer los problemas y casos de abuso sexual en la Iglesia católica que se escondían bajo de la alfombra. Este acto generó controversia, pero puso de manifiesto cuestiones relacionadas con el abuso de poder y con temas de los cuales no se podía hablar en esa época.

En resumidas cuentas, puede decirse que la tercera ola del feminismo se distingue por la aparición de nuevas teorías, el desarrollo y la expresión de ideas de liberación. Por ejemplo, la socióloga Judith Butler se ha convertido en un icono de esta ola desafiando el estado de las cosas desde las nociones tradicionales de masculinidad y feminidad, concibiendo el género como una serie de acciones repetidas, una representación que se lleva a cabo.

En 1986, Judith Butler exploró todas estas ideas en su artículo «Sex and gender in Simone de Beauvoir's *Second Sex*», en el que, tras reconocer la nueva concepción del género de Beauvoir, presentó sus propias teorías. Al igual que Foucault, Butler ve la realidad social como una construcción del lenguaje utilizado para describirla, y por ende se centra en las estructuras lingüísticas, el discurso y los actos. Cuando Butler habla de actos, de lo performativo, se refiere a cómo se construye la realidad social mediante el lenguaje y los gestos. No sólo el habla es un acto, sino también la comunicación no verbal, y el comportamiento contribuye a la creación de la identidad de género. En cualquier contexto social existen reglas y restricciones sobre cómo una persona debería «actuar» según las expectativas sociales.

Butler sostiene que el género se forma y se mantiene a través de la repetición constante de actos performativos que, cuando se observan en conjunto, generan la impresión de una identidad de género coherente y natural. La socióloga denomina a esta repetición de actos en un contexto dado «performatividad». Al afirmar que el género es performativo, quiere decir que es algo que las personas hacen, no algo con lo que nacen (en otras palabras, que es una actuación social y no una esencia psicológica o biológica). Las personas no nacen con una identidad de género predefinida; en cambio, se considera que desarrollan una identidad de género en función de cómo se expresan, comunican y presentan. Mientras Beauvoir sugiere que el género se define a través del proceso social que es «convertirse» en una mujer, Butler destaca la influencia de la performatividad social en la construcción de la identidad de género.

Para la autora, la percepción del género como algo blanco o negro, es decir, binario, se extiende también al concepto de sexo. Este enfoque conlleva, en muchos casos, que personas intersexuales se sometan a intervenciones quirúrgicas a temprana edad para ajustar sus cuerpos a las categorías médicas de «macho» y «hembra». Las conversaciones que se centran en la dicotomía del sexo binario ignoran la existencia de personas intersexuales, que nacen fuera de las categorías tradicionales de masculino o femenino. Estas personas no son anomalías ni anormales,

más bien representan la diversidad inherente a la condición humana. Sostiene que el sexo está tan socialmente construido como el género, ya que el lenguaje utilizado para describir los genitales (femenino o masculino) es el mismo que se usa para describir el género. Asimismo, el caso de Butler expone el modo en que alguien puede tener la capacidad de ver el mundo más allá de «A o B» y plantear ideas innovadoras en torno al género, pero a la vez sostener posiciones tan incoherentes y repudiables como llamar «levantamiento» o «resistencia armada» a la masacre que ejecutó el grupo terrorista Hamás el 7 de octubre de 2023, asesinando y secuestrando a cientos de civiles.

Por otro lado, podemos explicar que el género se refiere a las características atribuidas social y culturalmente a hombres y mujeres, como roles específicos (la mujer cuida y el hombre provee), actitudes y formas de comportamiento, de expresarse o de sentir, consideradas «masculinas» (fuerza, racionalidad) o «femeninas» (emotividad, delicadeza) por la sociedad. Valentina Verbal (2022) explica las tres instancias básicas que asume el género, profundizadas por Marta Lamas (2002), de la siguiente manera:

1. La asignación de género: el sexo legal que se les asigna a los bebes a partir de su genitalidad.
2. La identidad de género: se forma alrededor de los tres años y es el sentimiento de ser hombre o mujer.
3. El rol de género: corresponde, sobre todo, a la división sexual del trabajo, pero también a las distintas actividades que se entienden como masculinas y femeninas.

Cada sociedad asigna a hombres y mujeres un determinado cúmulo de roles, comportamientos y actitudes, que marcarán los modos de relacionarse entre las personas y que son características que determinan el significado de ser «hombre» o «mujer» en un momento de la historia o en una cultura determinada. Las personas adoptan roles de género basados en factores culturales y experiencias personales, conformando identidades masculinas o femeninas. Este concepto abarca valores y

representaciones sociales vinculados a la diferencia sexual, que varían según la época, el lugar y la cultura.

Pero si recapitulamos y vamos a las definiciones para entender mejor el asunto, además de «género» podemos agregar la definición de «identidad de género»: se trata de la vivencia interna y única de género de una persona, que puede o no alinearse con su sexo biológico al nacer. Las «normas de género», por ejemplo, son las directrices establecidas por la sociedad sobre cómo se espera que hombres y mujeres sean y se relacionen. También podemos mencionar los «roles de género», que son las normas y pautas de comportamiento que, en una cultura dada, se consideran ampliamente aceptadas para las personas de un sexo específico. El término *rol* abarca las pautas, normativas y expectativas de comportamiento asociadas con lo femenino y lo masculino, que determinan tanto las acciones como la descripción y la definición de la identidad personal. Desde temprana edad, se guía a los individuos para que se ajusten a normas socialmente establecidas, que influyen en aspectos que van desde la vestimenta hasta la expresión de la afectividad.

La expresión de género, por último, se refiere a cómo nos vestimos, hablamos, actuamos y nos comportamos, y de hecho, es lo primero que percibimos de alguien y un filtro para los prejuicios. A menudo se espera que las mujeres sean femeninas y los hombres masculinos, pero la realidad es que hay infinitas formas de expresión de género. Además de manifestar roles y expresiones, las personas se perciben e identifican con un sexo o género específico. La identidad sexual representa la conciencia de pertenecer a un sexo determinado, mientras que la identidad de género refleja el sentimiento de pertenencia a los grupos definidos como hombre o mujer.

Los estereotipos de género, por otro lado, son representaciones simplificadas, y generalmente erróneas, que perpetúan ideas limitadas sobre roles y comportamientos basados en el género. Algunos de estos estereotipos incluyen la creencia de que los hombres no deben mostrar emociones, pues serán considerados homosexuales si expresan sensibilidad o sentimientos. Asimismo, se asume que las mujeres son más adecuadas para las tareas domésticas y el cuidado de los pequeños,

mientras que los hombres sólo están enfocados en el placer sexual y las mujeres en el amor. Existe la percepción equivocada de que las mujeres tienen menos interés o actividad sexual que los hombres, y que es inusual que los hombres se ocupen de las labores domésticas. Además, se estigmatiza con la idea de que las mujeres no tienen la capacidad de liderazgo debido a la maternidad y se espera que los hombres sean proveedores económicos. Estos estereotipos limitantes también incluyen la suposición de que las mujeres que trabajan descuidan a sus hijos, mientras que se espera que los hombres sean fuertes y valientes, y las mujeres, tiernas y amorosas.

Nuestra comprensión del sexo está condicionada por concepciones preexistentes de lo que implica ser masculino o femenino. Por ejemplo, una persona calificada como masculina al nacer se presupone que se identificará como tal y que experimentará atracción heterosexual hacia las mujeres. Esta «identificación coherente» se ha repetido en numerosas ocasiones, convirtiéndose en una norma cultural producto de la repetición de actos en un contexto social. Cualquier desviación de esta norma se castiga, y estos castigos son resultado de lo que se conoce como heterosexualidad hegemónica, un contexto sociopolítico en el que la heterosexualidad se considera la fuerza dominante, normal, natural e ideal. Existen conductas cotidianas que, aunque no se perciban como violentas, generan malestar e incomodidad significativos. Las miradas, risas, chistes inapropiados, comentarios desagradables o burlas también constituyen formas de discriminación.

Posteriormente, los teóricos *queer* han etiquetado esta idea como «heteronormatividad», una perspectiva del mundo en la que heterosexualidad se ha vuelto tan predominante que las interacciones o relaciones se interpretan comúnmente desde la dinámica masculino-femenino. «Heteronormativa» se refiere a una norma social que establece el comportamiento heterosexual como la única forma aceptada y válida.

En otras palabras, la heteronormatividad es la expectativa o estereotipo de que todas las personas deben ser o son heterosexuales. Implica la percepción de que sólo la atracción heterosexual y las

personas identificadas como heterosexuales tienen una sexualidad ética y legítima desde el punto de vista social y cultural.

La igualdad de género establece que hombres y mujeres son iguales ante la ley, comparten derechos y responsabilidades frente al Estado y la sociedad. Aunque la acción gubernamental es crucial, la activación de la ciudadanía también es fundamental para hacer realidad la igualdad. Sin embargo, queda un largo camino por recorrer para alcanzar plenamente ese objetivo.

En la actual y cuarta ola del feminismo, que surgió a principios de la década de 2010, se hace hincapié en problemas sociales como la violación, el acoso, el aborto y el *body-shaming* (hacer comentarios despectivos sobre el cuerpo de otra persona avergonzándola y criticándola). Esta etapa se caracteriza por el activismo en redes sociales y plataformas digitales. De hecho, en el año 2012, la escritora y feminista británica Laura Bates fundó Everyday Sexism Project, un espacio donde las mujeres comparten experiencias de acoso y reciben respuestas de cientos de miles de personas alrededor del mundo, incluso hasta el día de hoy.

En 2017, el periódico *The New York Times* publicó un artículo en el que se exponían numerosas acusaciones de abuso sexual contra el influyente productor de cine Harvey Weinstein. Más de ochenta mujeres, entre ellas actrices famosas como Ashley Judd y Rose McGowan, se presentaron con denuncias de acoso sexual, agresión y violación por parte de Weinstein a lo largo de décadas.

Este escándalo desencadenó el movimiento #MeToo, en el que mujeres de todo el mundo compartieron sus propias experiencias de acoso y abuso sexual en las redes sociales, lo que generó un amplio debate sobre los abusos de poder, sumados al machismo en la industria del entretenimiento y más allá. Este *hashtag* de redes sociales fue propuesto ese mismo año por la actriz Alyssa Milano, recuperando un movimiento iniciado por la activista Tarana Burke en 2006, quien había creado un grupo para supervivientes de violencia sexual marginadas.

Alyssa Milano publicó en Twitter que «si todas las mujeres que han sido acosadas sexualmente o agredidas escribieran "Me Too" [yo

también], podríamos dar a las personas una idea de la magnitud del problema». Más de medio millón de mujeres respondieron tan sólo en las primeras veinticuatro horas, poniendo de relieve el tamaño del acoso sexual en todo el mundo. Desde ese tuit, #MeToo se ha utilizado más de veinte millones de veces en Twitter y ha sacudido al mundo.

Donald Trump ha sido muy claro sobre el rol que deben tener las mujeres en la sociedad. En su libro *El arte de volver*, publicado en 1997, incluso teorizó sobre los «diferentes tipos de mujeres»: «Desde el principio tienes que dejarle claro a las mujeres qué les va a quedar si las cosas salen mal. Hay tres tipos de mujeres. La primera es la que si realmente ama a su marido, se niega a firmar el acuerdo por un tema de principios. La segunda es la que tiene todo calculado y quiere sacar provecho del idiota con el que está casada. La tercera es la que lo acepta porque prefiere dar un golpe rápido y quedarse con lo que le ofrecen».

El típico argumento que usan estos machistas de manual cuando quieren «cuidar» a las mujeres o pretender que les importa su seguridad, es el de «yo también tengo una hija, una madre y una esposa». Estas declaraciones resaltan una ideología patriarcal subyacente, que ha sido característica del Partido Republicano desde hace ya largas décadas, la de relegar a las mujeres a esos tres roles puntuales, describiéndolas desde ahí y colocándolas en roles subordinados siempre dentro de la estructura familiar tradicional, nunca por todo lo que es y puede ser la mujer. Es interesante notar la omisión de términos como *hermanas*, que podrían haber sugerido una apreciación de las mujeres más allá de su relación con los hombres. Todo esto refuerza la percepción de que la valía de las mujeres está vinculada a su relación con los hombres.

Por ejemplo, la problemática de la mala conducta de los hombres hacia las mujeres en el entorno laboral persiste como una experiencia perjudicial para muchas de ellas. Acciones como ésta ayudan a modificar nuestra comprensión del contexto. La principal razón para cancelar a estos individuos abusadores era reducir el daño a posibles futuras víctimas, y establecer un ejemplo para otros posibles y futuros abusadores. Aunque algunos lamentan la «pérdida» o la «destrucción» de sus carreras profesionales, es crucial reflexionar sobre sus acciones

durante el tiempo que las tenían y, sobre todo, enfocarnos en la víctima, lo que sufrió y lo que sufre tras un trauma como ése.

Un año más tarde, un grupo de mujeres firmó una carta para el periódico francés *Le Monde*, en la que condenaban el abuso pero también criticaban el movimiento #MeToo por una supuesta percepción puritana: sostenían que presenta a las mujeres como víctimas y somete a los acusados de abuso sexual a un linchamiento mediático sin darles derecho a réplica. Es difícil cambiar algunos sistemas de poder desde dentro, y parece ser que Hollywood es uno de ellos: las artistas salieron en masa a contar sus experiencias de abuso y acoso sexual gracias al movimiento #MeToo. En España podemos mencionar el caso de agresión sexual de los Sanfermines de 2016, determinante a la hora de exponer el machismo dentro del sistema judicial, los medios y la sociedad en general de ese entonces. Este caso confluye hacia la reacción social, desencadenada en 2018, donde un millón de mujeres tomaron las calles a lo largo del país bajo el lema «yo sí te creo», y difundieron el *hashtag* #cuéntalo en redes sociales, invitando a las mujeres y jóvenes españolas a contar los casos de abuso y violencia sexual vividos, marcando el inicio del #MeToo español.

Algunos y algunas no se considerarían de ninguna manera machistas por levantar la bandera de victimizar a los hombres por el movimiento #MeToo, cuando en realidad están victimizando a los acosadores y abusadores, por el hecho de que el orden establecido socialmente avalaba hasta hace muy poco sus conductas. Hay una clara línea demarcatoria entre la seducción de igual a igual, pasar la raya de lo que el otro no se muestra dispuesto a hacer y el uso de una posición de poder para lograr objetivos sexuales. Hay cierta hipocresía incluso al decir que la mujer «liberal» tiene que aguantar y poner los límites por sí misma, como si eso quitara al abuso masculino su carácter de abuso. No es un argumento real juzgar a un feminismo basado en la fortaleza que «ya tiene» la mujer. Es simplemente culpabilizar a la mujer por su situación, una forma de cinismo diría yo, o de sumisión activa cuando es sostenido por mujeres. Estamos presenciando sociedades que cuestionan a las víctimas, donde hay ideas preconcebidas de cómo debe comportarse la

víctima, mientras se culpa a las víctimas y se justifica a los violadores o agresores.

Cada mujer ha ido liberando a otra a lo largo de los siglos. Aun en la actualidad, el cuerpo de la mujer sigue controlado por normativas estatales en relación con la capacidad reproductiva, y muchos de los comportamientos personales o sociales están sujetos a un escrutinio más riguroso en términos de moralidad social. Todavía la mujer sigue siendo de alguna manera influenciada por una educación que instruye para ser «buenas señoritas», lo que resulta en una regulación excesiva de parte de la mujer sobre su propio comportamiento. El término *puta*, por ejemplo, es uno de los estereotipos sociales más utilizados en el mundo para hablar mal de las mujeres y se usa de manera peyorativa para desacreditarla, acusándola de tener una actitud promiscua o disfrutar del sexo (cuando a los hombres no se los pone bajo la lupa de la misma manera, sino que más bien se les felicita). Todavía hay estereotipos que romper y cosas que cambiar... Por ejemplo, si eres mujer, seguro que te habrá pasado que tus amigas te hayan preguntado por WhatsApp si has llegado bien a casa después de una salida.

A modo de cierre, quiero también mencionar a mujeres de otras partes del mundo. Malala Yousafzai es un ejemplo destacado de resistencia femenina en Oriente Medio, donde todavía quedan muchos temas pendientes. Por ejemplo, ha desafiado la prohibición talibana a la educación de las niñas en Pakistán. A pesar del ataque personal que recibió de parte de los talibanes en 2012, Malala se convirtió en una defensora destacada del derecho a la educación y contra el extremismo religioso. Su caso se hizo famoso en todo el planeta. Hoy, miles de mujeres de todo el mundo se suman a la lucha de las mujeres en Afganistán, cuyas vías de acceso a la educación formal han sido cerradas por los talibanes. Además, la mayoría no puede trabajar, las niñas no pueden ir a la escuela, ni las mayores a la universidad, y sufren fuertes restricciones de sus derechos a la libertad de expresión, de reunión y de movimiento, incluida la elección de su propia ropa.

Otro ejemplo importante es el que llevan adelante organizaciones como «Save a Girl, Save a Generation» desde Europa, que están

batallando contra la mutilación genital femenina: según las cifras estimadas de Naciones Unidas, cientos de millones de niñas y mujeres en la actualidad han sufrido algún tipo de mutilación de este tipo, un número que posiblemente supera los doscientos millones, con una tasa que aumenta en vez de disminuir (la mayoría de ellas antes de cumplir los cinco años). Esta práctica consiste en cortar total o parcialmente los órganos genitales femeninos o cualquier otra lesión que no tenga fines médicos, generalmente efectuada por motivos culturales, religiosos o de otra índole. Esta práctica inhumana no se da solamente en lugares como África y Oriente Medio, sino también en Asia, América Latina, Europa e incluso en América del Norte.

También corresponde hablar sobre el apedreamiento de mujeres hasta la muerte como forma de castigo por «delitos» como el adulterio, que sigue siendo practicado en algunas partes del mundo, principalmente en regiones donde se aplica la ley islámica. Estas prácticas son comunes en ciertos países con sistemas legales basados en la interpretación estricta de la sharía, como Arabia Saudita, Irán, Afganistán y algunas partes de Nigeria y Pakistán.

No quisiera cerrar este capítulo sin hablar de Mahsa Amini, la joven de la oprimida minoría kurda de Irán que fue detenida por la policía de la «moralidad» del país debido a que no cumplía con la ley del uso obligatorio del velo. Fue golpeada y sometida a torturas dentro de una furgoneta policial, lo que resultó en su muerte tres días después bajo custodia policial. Su muerte desencadenó el levantamiento nacional «Mujer, vida, libertad», que pronto se volvió global, contra la desigualdad y la represión en Irán. Las autoridades respondieron con una violencia inusitada, e ilegal, que incluía el uso de munición real contra manifestantes pacíficos. En estas manifestaciones, las mujeres quemaron sus velos, se cortaron el cabello, se quitaron el hiyab y pisotearon imágenes de líderes iraníes, arriesgando sus vidas por exigir sus derechos fundamentales. Las fuerzas mataron a cientos de manifestantes, hirieron a muchos más y realizaron detenciones arbitrarias masivas. Además, las autoridades iraníes han utilizado cada vez más la pena de muerte como herramienta de represión política, ejecutando a personas en juicios

sumarios, muchas veces por delitos menores, por publicar en redes sociales o por tener relaciones sexuales consentidas entre adultos.

No cabe duda de que esta etapa feminista actual encuentra un terreno fértil importante en el ámbito digital, sobre todo teniendo en cuenta los problemas que enfrenta la mujer en distintas regiones, religiones, sociedades y continentes, sin restarle importancia a ninguna y sin hacer de las cosas un juego de suma cero (una lucha no invalida a la otra y no es que hay «una única lucha feminista en el mundo» que es válida o prioritaria), que han llevado sus reivindicaciones a distintos ámbitos: el desarrollo masivo de internet desde los años noventa ha tenido un impacto notable en el crecimiento, visibilidad, estructura y tácticas de varios movimientos sociales, entre ellos, por supuesto, el feminismo. Las mujeres que han alzado su voz han logrado una visibilidad que ha llevado a la sociedad a tomarse más en serio las denuncias de violencia sexual. A pesar de los cambios en las leyes y la mayor libertad, muchas denuncias por violencia de género dentro del ámbito familiar no se llevan a cabo o no se mantienen en el tiempo debido a que las mujeres no tienen una opción económica viable, y por eso es importante seguir apoyando sistemas que apuesten por el desarrollo y el crecimiento económico, con mayores oportunidades y posibilidades de movilidad social, independencia, democracia y libertad.

Conclusión

En estas páginas hemos estado reflexionando sobre doctrinas políticas, formas de gobierno, ideas, pensamientos para resistir a las ideologías, todo lo que ocurrió, ocurre y quizá ocurrirá en la discusión del poder. Ahí se juega mucha de nuestra capacidad para vivir la vida a nuestra manera. Pero aun bajo la opresión de los pensamientos más cerrados y castigadores hay una llama en todos nosotros que ningún relato organizado puede apagar.

A lo largo de estas páginas hemos hecho un rápido repaso de las ideologías que todavía nos rodean, en un entorno compuesto por contenidos filosóficos, prejuicios y trampas, pero donde también se plantean los dilemas básicos de la política actual. Hemos visto que esas ideologías están traspasando las fronteras y se mezclan desordenadamente porque cada concepto tiene en cada lugar su propia historia, y se mezcla con otras historias y otros contenidos.

Con el tiempo, creo que este aparente desorden, este mar de ideas y pasiones, se decantará para simplificar el diálogo, y que ese diálogo será global, mal que les pese a los enemigos del mundo globalizado, que son los miembros del partido más globalizado de todos, el nacionalismo de tintes cristianos o que usa el cristianismo en vano, como su propia religión les prohíbe.

Éste no es el fin de la discusión acerca de cuál es la discusión, en qué se enfrentan las ideologías y cuáles son sus razones. Debe ser tomado como apenas la cabeza de playa en la lucha por acomodar la biblioteca.

Pero más allá de la depuración, lo que seguro será necesario es apelar a la honestidad intelectual para que no se le siga llamando libertad al control o justicia a la persecución. Lo que pasa es que eso al final

depende del pensamiento crítico, del que demasiada gente se quiere apartar.

Es grande el trabajo que queda por hacer para mantener civilizada a nuestra civilización. Y ahí el lector tendrá que tomar partido por algunos de los caminos abiertos. Una tarea que no será fácil, porque cada vez se dispone de más herramientas para controlar el pensamiento. Ni siquiera nos hemos adentrado en el mundo que supondrá el uso de la inteligencia artificial. Tampoco en algo bastante complicado como es hasta qué punto los algoritmos han contribuido a la confusión actual de las ideas, al confirmarle a cada uno lo que ya cree, al empujar a todo el mundo a quedarse instalado en sus errores. Eso será tarea para más adelante.

Mi reto todavía consiste en compartir información sobre el respeto y la historia del pensamiento crítico a personas de todas las edades, a las que se hacen preguntas, pero también a las que se enfrentan violentamente entre sí por diferencias relacionadas con sus preferencias sexuales, su color de piel, su lugar de nacimiento, el género con el que se identifican, las sustancias que consumen, sus ideas o el dios al que rinden culto.

Quizá ya no podemos definirnos tanto por las palabras, porque muchas de ellas han perdido su significado y seguirán mutando, sino más bien por nuestras acciones, ideas y actitudes, tanto hacia los demás como hacia nosotros mismos. La cuestión no es qué somos, sino qué actitudes adoptamos.

Somos parte de un mundo, de un entorno, de sociedades en las que muchas personas están convencidas de que hacer el mal a otros es hacer el bien en abstracto y que constantemente están predicando la obediencia a lo establecido por ideologías, dioses, teorías conspirativas o políticos supremos. Esto nos demuestra que aún queda pendiente el trabajo de separar al ser humano de la obediencia para poder ser uno mismo.

Podemos actuar como nuestros propios destructores; de hecho, es la manera en la que ha estado actuando el ser humano desde hace tiempo. Nos anulamos, no nos permitimos existir, obedecemos de manera ciega una orden anunciada por alguien que de antemano percibimos que tiene

autoridad y, encima, las personas castigan y le hacen la vida imposible a todo aquel que se atreva a romper dicho formato, a salirse de la regla, lo deshumanizan, lo maltratan y lo convierten en merecedor de discursos de odio —el derecho a ofender—, en el culpable de todos los males que padece la sociedad (lo que conocemos como Occidente, civilización o cualquier otro nombre). Y lo peor es que muchos lo hacen en el nombre del «amor», te corrigen por tu propio bien.

No tenemos que cumplir los mandatos morales de la sociedad, no tenemos que seguir siendo fieles a los papeles asignados. Lo moral no es un deber, decía Ayn Rand, es un beneficio. Parte de la magia de la vida es que estamos en un viaje, con principio y final, en el que no sabemos cuál será la próxima parada, pero nuestras decisiones, el entorno que nos rodea y las actitudes que adoptamos dependerán mucho del camino que sigamos. Al final, la vida, como diría algún escritor, es el conjunto de todas nuestras decisiones.

No nos limitemos a vivir una historia o una vida que alguien más nos ha hecho creer que debe ser la nuestra. La mejor manera de influir en otras personas es con el ejemplo. Por eso debemos aprovechar ese espíritu revolucionario que nos empuja a través de un torbellino de sensaciones para buscar un mundo mejor. Sí, eso es estupendo, pero no debemos olvidar que a veces la revolución más grande, el primer paso para cambiar el mundo y hacerlo un lugar mejor, más ameno, inclusivo, empático, respetuoso, libre y plural, consiste en cambiar nuestro propio mundo, es decir, nosotros mismos. El que no se mueve, como dice la famosa frase, no escucha el ruido de sus cadenas.

Para hacer esa revolución hay que atreverse a dos cosas al principio: pensar por uno mismo y vivir nuestra propia vida, sin limitar nuestros deseos mientras no hagan daño a otros, comunicarnos con respeto, demostrar coherencia entre lo que pensamos y lo que hacemos, y dejar que las demás personas vivan sus vidas. No le impongamos a los otros nuestros miedos, ni dejemos que otros nos impongan los suyos.

Caminar cansa más que dejarse arrastrar o llevar. Salirse de la norma, de lo convencional, es un desafío, ya que las personas te van a cuestionar, te van a decir que ése no es el mejor camino porque te vas a perder. Si

perderse es abrir los ojos, entonces vamos a perdernos, vamos a explorar y escapar del mundo que diseñaron otros para nosotros. El desafío en este mundo es ser tú mismo cuando los demás quieren que seas como ellos. Ser normal es renunciar a lo que te hace único para hacer feliz a una mayoría que ya renunció a ello en su momento.

Existe una teoría que dice que el sentido de la vida es algo que nosotros mismos inventamos porque, dado que somos seres humanos con razonamiento abstracto, necesitamos entender, asimilar, encontrar un sentido o finalidad para justificar nuestra existencia, para superar la angustia de sabernos seres finitos. Nos olvidamos de vivir el presente mientras sentimos culpa por el pasado y miedo por el futuro. Como dice Juan Carlos Onetti, nos damos la maniática tarea de construir eternidades con elementos hechos de fugacidad, tránsito y olvido. De esta vida, como nos recuerda la sabiduría popular, nos llevamos sólo una muda de ropa y no somos nosotros quien la elegimos.

Nos vamos a morir. Ésa es la gran certeza. Te vas a morir, así que anímate a pensar, reírte, bailar, llorar, cantar, amar, abrazar, leer sobre cosas que nunca imaginaste, pensar que las ideas que sostienes tal vez son falibles, anímate a cuestionarlas, anímate a hacer todo lo que te dijeron que no eras capaz de hacer, anímate a ser tú antes de que no puedas hacerlo. Hay una sola muerte, pero vida, por ahora, tenemos todos los días. Me gusta esa frase del novelista Joel Dicker que dice que la vida es una novela que ya sabemos cómo termina: el protagonista muere al final. Así pues, lo más importante no es cómo termina nuestra historia, sino cómo vamos a llenar las páginas, tanto las nuestras como las de los demás. No escribamos esas historias con sangre, tristeza, rechazo o burla. Escribamos esas historias con amor, respeto, empatía y libertad, siendo más amables, cambiando vidas para bien y recordando que hacer visible lo que pretende ocultarse bajo la sombra es un poderoso acto disruptivo.

Bibliografía

Adichie, Chimamanda Ngozi , *Todos deberíamos ser feministas*, Literatura Random House, Barcelona, 2016.

Adorno, Theodor W., *et al.*, «El estudio de la personalidad autoritaria (prefacio, introducción y conclusiones)», *Empiria, Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, 12 (2006/1950).

Applebaum, Anne, *El ocaso de la democracia*, Debate, Madrid, 2021.

Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2006/1951.

Ball, Carlos, «Inmigración: ¿A favor o en contra?», Cato Institute, 8 de mayo de 2002.

Benegas, José, *Un mundo contaminado: ideas tóxicas de izquierda y derecha que acosan a las sociedades abiertas y amenazan nuestras democracias*, Deusto, Barcelona, 2023.

—, «Milei presidente: por qué ya no soy uno entre los liberales», *Revista Noticias*, Buenos Aires, 2024.

Dawkins, Richard, *Ateísmo para principiantes*, Espasa, Barcelona, 2019.

—, *El espejismo de Dios*, Espasa, Barcelona, 2017/2006.

De Beauvoir, Simone, *El segundo sexo*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2017/1949.

Eco, Umberto, *Contra el fascismo*, Lumen, Barcelona, 2018.

Fernández, Luis Diego, *La creación del placer: cuerpo, vida y sexualidad en Michel Foucault*, Galerna, Argentina, 2022.

Fiske, Alan Page; y Rai, Tage S., *Virtuous Violence*, Cambridge University Press, Estados Unidos, 2014.

Franklin, John Hope; y Higginbotham, Evelyn, *From slavery to freedom*, McGraw-Hill Education, Estados Unidos, 2010.

Freeden, Michael, *Ideology: A very short introduction*, Oxford University Press, Reino Unido, 2003.

Fukuyama, Francis, *El liberalismo y sus desencantados*, Deusto, Barcelona, 2022.

Fundación Reason, «La inmigración y los principios de la Declaración de Independencia», *Reason Magazine*, 2021.

Gillespie, Nick, «¿Fue Foucault un libertario?», *Reason Magazine*, 28 de noviembre de 2022.

Gillespie, Nick; y Weissmueller, Zach, «Foucault, Hayek y una "incredulidad hacia las metanarrativas"», *Reason Magazine*, 2018.

Griswold, Daniel T., «Los inmigrantes enriquecen la cultura estadounidense», Cato Institute, 22 de octubre de 2002.

Hamowy, Ronald, *The enciclopedia of libertarianism*, Sage, Estados Unidos, 2008.

Harnecker, Marta, *Socialismo y comunismo*, Akal, Madrid, 1979.

Heywood, Andrew, *Political theory: An introduction*, Palgrave MacMillan, Estados Unidos, 2015.

Hobson, John M., *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, Editorial Crítica, Barcelona, 2004.

Kennedy, John F., *Una nación de inmigrantes*, Confluencias Editorial, Almería, 2018/1958.

Lamas, Marta, *Cuerpo: diferencia sexual y género*, Taurus, México, 2002.

Machan, Tibor; Zupan, Marty; y Waterman, Al, «Straight talk from Thomas Szasz», *Reason Magazine*, 1973-1974.

Marty, Antonella; y Benegas, José, Ensayo de Loris Zanatta en *Nacionalismo: el culto común del colectivismo*, Cedice, Venezuela, 2021.

McCloskey, Deirdre, *Por qué el liberalismo funciona*, Deusto, Barcelona, 2020.

Mill, John S., *Sobre la libertad*, Tecnos, Madrid, 2008/1859.

Mudde, Cas; y Rovira Kaltwasser, Cristóbal, *Populism: A very short introduction*, Oxford University Press, Reino Unido, 2017.

Nixey, Catherine, *La edad de la penumbra*, Taurus, Madrid, 2017.

Norberg, Johan, *Abierto: La historia del progreso humano*, Deusto, Barcelona, 2021.

Owens, Ernest, *The case for cancel culture: How this democratic tool works to liberate us all*, St. Martin's Press, Estados Unidos, 2023.

Pinker, Steven, *En defensa de la Ilustración*, Paidós, Barcelona, 2018.

Popper, Karl, *Conjeturas y refutaciones*, Paidós, Barcelona, 1983/1963.

—, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona, 2010/1945.

Preciado, Paul B., *Yo soy el monstruo que os habla: informe para una academia de psicoanalistas*, Anagrama, Barcelona, 2020.

Rand, Ayn, *Capitalismo: el ideal desconocido*, Deusto, Barcelona, 2022/1966.

—, *La rebelión de Atlas*, Deusto, Barcelona, 2019/1957.

—, *La virtud del egoísmo*, Deusto, Barcelona, 2021/1964.

Rosanvallon, Pierre, *El siglo del populismo: historia, teoría, crítica*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2020.

Rovelli, Carlo, *El orden del tiempo*, Anagrama, Barcelona, 2018.

Ruse, Michael, *Por qué odiamos: un viaje a la raíz del conflicto humano*, Deusto, Barcelona, 2023.

Savater, Fernando, *La aventura de pensar*, Debate, Madrid, 2008.

Sebreli, Juan José, *Dios en el laberinto: crítica a las religiones*, Sudamericana, Argentina, 2016.

Semán, Pablo, *Están entre nosotros: ¿de dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2023.

Stanley, Jason, *Cómo funciona el fascismo: diez conceptos clave para entender el auge y los peligros de los nuevos tiranos del mundo*, Blackie Books, Barcelona, 2018.

Stefancic, Jean; y Delgado, Richard, *Critical race theory: An introduction*, 3.ª ed., New York University Press, Estados Unidos, 2017.

Stefanoni, Pablo, *¿La rebeldía se volvió de derecha?: Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común*, Siglo XXI Editores, México, 2021.

Stenner, Karen, *The authoritarian dynamic*, Cambridge University Press, Estados Unidos, 2005.

Triviño, Beatriz, *Desarmar la masculinidad*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2021.

Unesco *et al.*, *Orientaciones técnicas internacionales sobre educación en sexualidad: Un enfoque basado en la evidencia*, Unesco, Francia, 2010.

Vargas Llosa, Mario, *La llamada de la tribu*, Alfaguara, Barcelona, 2018.

Verbal, Valentina, «La ideología de la "ideología de género": comprendiendo una reacción conservadora», *Femeris: Revista Multidisciplinar de Estudios de Género*, 7, 1 (2022), pp. 56-74.

Whitehead, Andrew L.; y Perry, Samuel L., *Taking America back for God: Christian nationalism in the United States*, Oxford University Press, Estados Unidos, 2020.

Zanatta

Ideologías
Antonella Marty

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta, Sylvia Sans Bassat, 2024

© Antonella Marty, 2024

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2024
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-234-3757-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta